
ANNA GILS
LA TIENDA DE LAS FLORES PENTAGRAFIADAS
Las flores hablan sin palabras y dicen lo que el corazón siente
LA NATURALEZA INSPIRA EL ALMA
RAMOS
PLANTAS
EVENTOS
TALLERES
Lavanda
Cosechada con amor

La tienda de las flores pentagrafiadas

Anna Gils

COLECCIÓN milamores

La tienda de las flores pentagrafiadas
ISBN: 9791387832254
ISBN ebook: 9791387832759

Derechos reservados © 2026, por:

© del texto: Anna Gils
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mis abejitas lectoras,
a los primeros amores y a los predestinados.

Prólogo
el último concierto

Guillaume

Estoy sentado en el camerino con las piernas cruzadas y el pie derecho moviéndose al ritmo frenético de mi nerviosismo. Tengo las manos sudorosas, lo cual es una excelente señal cuando se supone que en unos minutos voy a tocar el piano frente a cientos de personas. Estupendo, Guillaume, te superas. Miro al espejo, donde una versión pálida y ansiosa de mí me devuelve la mirada. «La nueva promesa del piano en toda Europa», dicen.

—Claro, claro, la promesa —murmuro entre dientes, estirando los dedos como si ese movimiento pudiese expulsar la ansiedad de mi cuerpo.

No funciona. Nunca funciona.

Un golpe en la puerta interrumpe mi maratón mental de pensamientos catastróficos.

—Guillaume, tienes que ir a microfonarte. Vamos con el tiempo justo —la voz es firme, de alguien que por supuesto ha visto a muchos músicos desmoronarse antes de salir al escenario.

Genial, yo seré el siguiente episodio de su programa personal de desastres en directo.

—Ya voy —respondo escueto.

Me levanto, ajusto la chaqueta, compruebo que el lazo está bien atado, aunque, con total franqueza, podría estar mal y nadie notaría la diferencia. Total, no soy un cantante pop. Las luces me ciegan en cuanto abro la puerta y un pequeño enjambre de personas me guía por los pasillos para que no me pierda por el camino.

Al llegar entre bambalinas, una mujer se acerca con el pequeño objeto y la petaca atados por cables. Me lo coloca en la solapa y la cajetilla la ajusta en la parte trasera de la cinturilla del pantalón, me da unas palmaditas en el hombro y desaparece como un *ninja*.

Todo está a punto. Todo menos mi cabeza, claro. Justo cuando estoy preparándome para recibir la absurda introducción: «Guillaume, el prodigio del piano que está revolucionando Europa», el teléfono me vibra en el bolsillo.

—¿Quién me llama ahora? —maldigo molesto, pero respondo de todas formas, porque la vida no puede ser sencilla, ¿verdad?

—Guillaume... soy Isa —la voz al otro lado es tensa, quebrada.

No necesito más de un segundo para darme cuenta de que algo no va bien. Si mi prima de Mallorca me llama, es que nada lo está.

—Isabel, ¿qué pasa? —pregunto, mientras al fondo, por los altavoces, escucho la dichosa presentación.

—Este joven pianista ha conquistado los corazones de toda Europa...

—Es tía-abuela María del Carmen —empieza ella, y el corazón se me cae a los pies—. Ha fallecido.

El aire se me escapa de los pulmones y me quedo en blanco. Tía-abuela María del Carmen. La mujer que me cuidaba todos los veranos cuando mis padres estaban demasiado ocupados para hacerlo. La que me hacía ensaimadas mientras yo practicaba mis escalas torpes en el piano de su salón. La que me enseñó a valorar la música, a escucharla con el alma. Y ahora... ahora ya no está.

—No... —es lo único que consigo decir.

Me llevo una mano al rostro. Me arden los ojos y, antes de poder detenerlas, las lágrimas empiezan a correr.

—Lo siento tanto, Guillaume —continúa mi prima con la voz rota.

A lo lejos, el presentador sigue con su sermón:

—Guillaume representa una nueva era para la música clásica...

Qué irónico. Me siento como si estuviera atrapado en una cruel broma del destino. Este año ya perdí a alguien importante, y ahora... otra más.

—Gracias por decírmelo —respondo en voz baja, incapaz de procesar el dolor de otra pérdida tan reciente.

Cuelgo sin decir nada más y me quedo allí, parado, con el micrófono pegado a la solapa, sintiéndome más vulnerable que nunca.

—Guillaume, estás en la entrada —una voz me saca de mi ensimismamiento.

El regidor hace un gesto para que salga al escenario. Perfecto. Justo en este momento.

Respiro hondo. «Tienes que salir. No puedes dejar que todo se derrumbe ahora», me repito a mí mismo, como si esas palabras pudieran calmar el caos que siento en el interior. El telón se abre. La ovación de aplausos me golpea como una ola gigantesca, me sacude, pero no me reconforta. Sonríen, me vitorean, esperan que toque otra pieza más que los deje sin aliento. Y aquí estoy yo, luchando por no desmoronarme frente a ellos.

Me acerco al piano, sintiendo las piernas temblar como si fueran de gelatina. Me siento en el banco, respiro hondo otra vez y, antes de empezar, realizo el pequeño ritual que llevo haciendo desde que ella se fue. Saco su foto, la de Sophie, la mujer que me inspiró en todo y que falleció hace unos meses por culpa del cáncer. La coloco junto a la partitura.

—Por ti, Sophie... y por ti también, tía María del Carmen —murmuro.

Las lágrimas amenazan con salir de nuevo, pero las contengo. Debo hacerlo.

Coloco las manos sobre las teclas y el primer acorde suena. Profundo, suave, lleno de la tristeza que siento, pero también del amor que ellas me dieron. Cada nota que toco es un homenaje, un agradecimiento a esas dos mujeres que me hicieron ser quien soy hoy. La sala está en completo silencio, y, mientras toco, me doy cuenta de que, aunque una parte de mí se ha ido con ellas, también

me han dejado algo: esta música. Mi manera de seguir adelante, incluso cuando siento que ya no puedo más.

El piano suena con una melancolía que llena la sala, pero también con una esperanza sutil. Los dedos se deslizan sobre las teclas y, por un momento, todo encaja. Todo está bien.

Envuelto en una luz suave, casi íntima, mis dedos empiezan a presionarlas con calma, como si las descubriese de nuevo. Es una de esas piezas que me arranca del mundo y me sumerge en el sonido, en las emociones, en el drama de cada acorde. Cierro los ojos, dejándome llevar por la intensidad, olvidando que hay un público, una sala entera observándome. Solo existo yo, el piano y la música que fluye entre nosotros. Por unos instantes me olvido de todo lo que ha sucedido.

Entonces lo oigo. Un pitido agudo, molesto, como una alarma de reloj mal ajustada.

Abro los ojos un segundo, pero decido ignorarlo. «No pasa nada, Guillaume, eres un profesional», me digo mientras intento mantener la concentración. Sigo tocando, buscando de nuevo ese lugar en el que estaba hace unos segundos. Poco a poco lo consigo, las notas fluyen otra vez, mis manos vuelven a conectarse con el piano.

Hasta que, por supuesto, el pitido vuelve.

Esta vez es más insistente, como si el universo estuviera conspirando para hacerme perder la cabeza. Respiro hondo, forzando una sonrisa en los labios, y sigo tocando. «Tranquilo», me repito para mí. «Solo es un teléfono. Alguien lo apagará».

Pero no lo hacen. No, claro que no.

Y algo en mí se rompe. La música sigue, pero mis manos ya no son suaves. Aporreo las teclas. Con cada golpe, la rabia contenida en mi pecho se transforma en sonido. Las lágrimas empiezan a brotar, involuntarias, pero ahí están, cayendo sin parar. El público, que al principio aplaudía y suspiraba con cada acorde, ahora está en completo silencio. Y yo no paro. Mis dedos golpean las teclas con furia. El piano cruje bajo la violencia de mis manos.

Una de las teclas se escapa como una bala. Sin pensarlo, la agarro. ¿Y qué hago? Pues la lanzo, claro. Con toda mi frustración

contenida, la arrojo hacia la zona de donde proviene ese maldito pitido.

—¡A ver si apagas eso de una puñetera vez! —grito, aunque mi voz se quiebra entre el llanto y la furia.

El silencio que sigue es casi ensordecedor. *Flashes* y móviles me apuntan.

Apenas tengo tiempo para reaccionar cuando mi mánager, con la cara más roja que un tomate, y parte del equipo de la organización vienen hacia mí. Me apartan del piano como si fuera un loco en pleno ataque.

—Guillaume, basta —me dice mi mánager entre dientes, intentando no hacer más espectáculo del que ya he montado.

Me dejo llevar, con las manos temblorosas y el corazón todavía desbocado. Miro el piano, sus teclas, la que falta y todo lo que pienso es: «Bueno, por lo menos alguien aprenderá a silenciar el móvil en un concierto después de esto».

Salseos matutinos

Mónica

Salir al balcón y que el sol me roce con sus infinitos rayos de luz. ¡Bendito sea! Los primeros días de primavera empiezan a florecer en mi querida Valldemossa, y lo agradezco.

Antes de cerrar la puerta, cojo el sombrero de paja del perchero de la entrada, me coloco las gafas de sol para protegerme y me voy.

—¡*Bones,* Mónica! —me saluda Fina desde la ventana de la casa de enfrente de la mía.

Ella es mi vecina y la más cotilla de todo el pueblo. No hay rumor, cotilleo o chisme que se le escape, y más ahora que en nada empieza la temporada de los guiris y esto será peor que cierto programa que todos ya sabemos.

—*Bones,* Fina —le devuelvo el saludo sin entretenerme mucho para que no se atreva a pararme y contarme el último rumor.

—¿Para la tienda? —curiosea mientras sacude el trapo de la cocina.

—Algunas debemos pagar su jubilación. Por cierto, ¡¿quiere hacer el favor de no tirar las migas a la calle?! Luego vienen las palomas a comerse mis plantas.

—Y lo bonitas que son. —Hace una pausa y yo me paro en medio de la calzada para mirarla con la ceja levantada—. Tus plantas, digo. Que son hermosas.

Niego con la cabeza y una sonrisa se me dibuja en la cara. Esta mujer es imposible. A sus setenta y tres años ya no la cambiaremos.

—Buenos días, Fina —me despido sin tener ganas de seguir hablando con ella.

Escucho cómo murmura, pero me da igual: el sol brilla, me he puesto mi vestido blanco favorito y el buen tiempo ya ha llegado. Sonriente, saludo a los vecinos con los que me cruzo. Adoro vivir aquí, somos como una gran familia.

Aunque a veces tener a alguien como Fina en ella puede ser cargante, pero también muy emocionante por la cantidad de cosas que se llega a enterar.

El teléfono vibra en la *tote bag*. Mientras rebusco, alguien me roza el brazo.

—¡Uep! *Com anam?* —don Gregorio siempre tan cariñoso.

—Bien, de camino a la floristería —le respondo cogiendo el teléfono y sacándolo de la bolsa.

—Maravilloso. Luego paso a por margaritas.

—Estupendo. —Miro de reojo la pantalla sin dejar de sonreír al pobre hombre.

Es Sofía. Descuelgo y, mientras me llevo el teléfono a la oreja, le grito a Gregorio.

—Recuerda regar las orquídeas una vez a la semana.

—Buenos días a ti, también —se ríe mi amiga.

—Lo recuerdo, gracias, mi flor —se despide el hombre.

—No estaba hablando contigo —le respondo a Sofía, que se ríe al otro lado de la línea.

—Ya lo sé, boba. ¿Has desayunado?

—Una infusión de rosas y un plátano.

La risa se intensifica y no puedo más que poner los ojos en blanco. Será malpensada.

—¿Quieres dejar de reírte de mí?

Pero ella sigue. Al llegar a la calle Uetam, me paro en la baranda de piedra que me llega justo por el pecho, me pongo de puntillas para contemplar los campos. Siempre me ha encantado que Valldemossa esté dividida por un pequeño valle lleno de huertos y vida. Es pura fantasía.

—Tía, en serio. ¿Algún día aprenderás a hablar? —me riñe de manera amistosa.

—¿¿Y tú te vas a tomar en serio lo que digo?

—Está bien, está bien, ya paro. En una hora me paso por la floristería. ¿Ensaimada?

—Perfecto.

—Hasta ahora, churri.

Algún día aprenderé a pensar antes de hablar con Sofía. Le saca la punta a todo y yo nunca pillo una.

La gente empieza a regar los campos que se extienden bajo mis pies. No hay mayor placer que vivir en un lugar como este, lleno de historia. Invadida por la melancolía, suspiro al ver a dos vecinas del pueblo recoger algunos alimentos. Pura maravilla.

Con los pies entumecidos por ponerme de puntillas, vuelvo a la realidad. Ando sin prisa por la calle, todavía quedan más de veinte minutos para abrir la floristería.

Los primeros turistas han llegado con la promesa de llevarse una experiencia inolvidable, enamorarse de los conciertos en honor a Chopin, paseos por los jardines de la Cartuja, deliciosas cenas bajo las velas con Valldemossa de fondo… En definitiva, me ilusiono al pensar que, por ejemplo, la pareja que baja del taxi pasará su primer fin de semana juntos en este paraíso escondido. Fantaseo con la sonrisa que llevan en los labios, en la ilusión de haberlo conseguido, de haber llegado hasta aquí con su relación. Ella se encarga de bajar las maletas mientras él paga la carrera, para luego fundirse en un tierno beso, respirar los aromas de sus vacaciones, cogerse de la mano y andar acaramelados bajo los primeros rayos de sol hasta su nidito de amor.

Sonrío. Qué bonito es tener algo así. Pero, aquí estoy, soltera y feliz, con el sueño de seguir adelante con mi pequeña floristería, una amiga que vale por cien y el cariño de todo el pueblo que me ha visto nacer.

Contenta, me paro en el kiosco de la esquina.

—*Bones*, Marcelo. ¿Tienes mis periódicos viejos?

—*Hem*, señorita de las flores, los tienes ahí —me indica desde detrás del mostrador.

Frente a la puerta hay un hatillo de más de veinte ejemplares de ayer.

—*Perfecte*. ¿Cuánto es?

—Tres tulipanes y un clavel —responde con una sonrisa.

—Al mediodía te los traigo.

—Estupendo.

Me despido con la mano antes de cargar con los periódicos.

—¿Te ayudo? —pregunta un chaval.

—Pues mira, si me los recoges me harás un favor. Ayer me quedé clavada de la ciática.

—¿Ya tienes ciática? —pregunta Marcelo preocupado.

—Nada grave. Cogí mal un par de hortensias y me dio el tirón.

—Ve al fisio.

El joven ha cogido el hatillo y, en lugar de entregármelo, cabecea y me indica que me los deja en la entrada de la floristería.

—Veo que tienes nuevo repartidor.

—Saúl quiere comprarse una bici nueva, y ya sabes que su madre es un poco rata.

Me río al recordar cómo me regateó hace una semana por unas rosas.

—Cierto, cierto.

—Buenos días, Fina —saluda Marcelo a mi vecina, que acaba de llegar.

—*Bones sigon* —responde ella.

—Os dejo por aquí, juventudes. Divertíos.

—¡No te olvides de mis tulipanes! —grita Marcelo al irme.

—Ni del clavel. —Me despido con una sonrisa.

Sin demorarme más, sigo hasta la floristería. Mis vecinos de negocio también suben las persianas. Un nuevo día empieza. En breve llegarán los primeros coches de línea con los turistas y todo tiene que estar impecable para entonces.

El chaval me ha dejado los periódicos en el escalón de la entrada y se despide con la cabeza.

—¡Espera! —le grito para que se detenga.

Busco en los bolsillos del vestido y encuentro una moneda. Se la lanzo como agradecimiento.

—¡Gracias, Mónica!

Se pierde por la siguiente esquina con una sonrisa en la boca. Es lo maravilloso de este sitio, el apoyo de la comunidad.

Saco la vieja llave de hierro, medio oxidada pero que huele a recuerdos e historias, y abro el gran portalón de la floristería. Entro con el pie derecho, tal como mi abuela me aconsejó que hiciera siempre, y activo todas las luces.

—Buenos días, mis pequeños brotes —saludo a las plantas.

Conforme voy entrando, paso las manos por las hojas para despertarlas poco a poco. Guardo mi *tote bag* en la trastienda, dejo el sombrero en el perchero y cojo el delantal tejano. Lo ato mientras doy un vistazo, analizando todas y cada una de las plantas y flores de la tienda. Algunas necesitan abono, otras agua y otras sol.

Antes de ponerme manos a la obra, miro el cuadro de la abuela que tengo colgado al lado del mostrador y le dedico mis mejores augurios para el día de hoy.

Ahora sí, cojo un par de macetas con los *espatifilos* y los saco a la calle. Giro el cartel que hay en la puerta de madera. Abierto.

Un piano en Valldemossa

Guillaume

El sol cae implacable sobre el asfalto del *parking* del aeropuerto. Con dos horas de retraso y mi nivel de paciencia por los suelos, la cosa va a peor: la furgoneta con mi piano, un Steinway & Sons, está abandonada en medio de una rotonda. Cuánto echo de menos mi querida París.

—Perfecto. Esto es justo lo que necesitaba hoy —mascullo mientras los ojos me arden de frustración.

¿Dónde demonios están los de la mudanza cuando los necesitas? Mejor aún, ¿quién deja un piano de ese calibre tirado en medio de una carretera de tercera categoría? Esto es para meterles una denuncia que les haga arrepentirse hasta del momento en que aprendieron a conducir.

Respiro hondo, intentando no perder el control. Pero, claro, eso sería demasiado fácil. Saco el móvil y marco el número de la compañía. Una, dos, tres veces suena, y nadie responde.

—¿Es que son gilipollas o qué? —suelto mientras cuelgo.

El teléfono casi se me escapa de las manos de lo fuerte que lo aprieto. Miro a través del cristal de la cabina de la furgoneta, pero no hay ni rastro del conductor. Fantástico. Doy la vuelta al vehículo buscando alguna pista, cualquier señal que me diga qué pasa. Y ahí está. La puerta del conductor, abierta... y las llaves, puestas. ¡Perfecto!

—¿En serio? —exclamo al aire, como si alguien fuera a responderme—. ¿Qué más puede salir mal hoy?

Con un gruñido que lo más probable es que haya asustado a algún turista desprevenido, me subo al asiento del conductor y enciendo el motor. El ronroneo del vehículo es casi insultante, tan calmado, tan... indiferente. Con mi humor por los suelos, salgo del *parking* esquivando los coches con una destreza nacida del puro desespero.

El sudor se me acumula en la frente, una señal física de que estoy a punto de perder los papeles. Pero no puedo permitirme un colapso emocional ahora. No cuando estoy conduciendo una furgoneta cargada con un piano de casi doscientos kilos. Con cada kilómetro que avanzo, mi rabia se convierte en una bola de fuego en mi pecho. Todo esto es ridículo. ¿Por qué no puedo tener un día normal? Un día en el que simplemente recojo un piano y todo va bien. ¿Es mucho pedir?

El paisaje cambia poco a poco, y las carreteras secundarias de Mallorca se despliegan ante mí. Los campos de olivos y los viñedos parecen burlarse con su serenidad eterna. Como si ellos, con sus hojas meciéndose al viento, me estuvieran diciendo: «Relájate, Guillaume, no es para tanto». Pero no, no voy a relajarme. No cuando estoy atrapado detrás de un camión que va a dos por hora.

La retención en la sierra de Tramuntana es la guinda del pastel. Carreteras estrechas, camiones enormes, y yo, aquí, intentando no gritarle a la nada.

—Fantástico —gruño mientras mis dedos tamborilean con impaciencia sobre el volante.

En ese momento, suena el móvil. El nombre de Isabel aparece en la pantalla.

—Guillaume, ¿cómo vas? —pregunta con un tono que indica que espera una catástrofe.

—¿¡Cómo voy!? ¡Estoy en una furgoneta con un piano abandonado que he tenido que conducir yo mismo, atrapado en un atasco en mitad de la nada! Así que... genial, ¿y tú?

—Tranquilo —ríe disfrutando del caos—. Solo quería recordarte que seas amable con la inquilina. Tía María del Carmen le tenía

mucho aprecio, y yo también.

—¿La inquilina? —repito, incrédulo—. ¿Qué inquilina? Nadie me dijo que había alguien viviendo en la casa.

—Bueno, no vive ahí, y lleva más de dos años. No te preocupes, es encantadora.

—¿Cómo que no…?

—No me seas gruñón —me corta—. Es momento de que vuelvas a casa y… socialices.

—Sí, claro, porque lo único que me falta en este día es socializar —replico con sarcasmo antes de colgar.

Por fin, veo el cartel que indica la entrada a Valldemossa y el corazón me da un brinco. Estoy a punto de llegar. Solo un poco más y este maldito día habrá terminado. Giro el volante, adentrándome en las pintorescas calles empedradas del pueblo, y la furgoneta cruje bajo mis manos. Pero no me importa. Estoy tan cerca.

Sin embargo, cuando llego a la casa de mi infancia, esa pequeña parcela de paz y recuerdos, la noche ha caído y todo mi mundo se desmorona.

Frente a mí, la casa está rodeada de plantas. No pequeñas macetas decorativas, no. Estoy hablando de una jungla en miniatura. Es como si la mismísima naturaleza hubiera decidido que la casa de tía María del Carmen era el lugar perfecto para montar un criadero de plantas.

El sudor en mi frente no es solo por el calor esta vez.

—No... puede... ser... —murmuro, sintiendo cómo la desesperación se apodera de mí.

Claro, claro. Porque si algo podía ir peor tenía que ser esto. Soy alérgico a la mitad de las plantas conocidas por el hombre, y ahora parece que voy a vivir en una tienda de jardinería.

Me bajo de la furgoneta con una risa nerviosa.

—Muy bien, Valldemossa —digo, mirando al cielo—. ¡Guillaume ha llegado! Y está más cabreado que nunca.

Fina es una cotilla, pero se lo agradezco

Mónica

Justo cierro la puerta de casa y mi cuerpo se relaja al instante. No es que la floristería me cargue, pero transportar flores de aquí para allá te deja medio deslomada. Debería llamar al fisio para que me arregle el tirón de la espalda.

Un ronroneo me da la bienvenida desde lo alto del mueble del comedor.

—Buenas noches, Amandine —la saludo mientras dejo la cesta que me hace de bolso en el perchero de la entrada y cambio las sandalias por los zuecos de ir por casa—. ¿Qué tal tu día?

Como es de esperar solo me responde girando los ojos y bajando la cabeza hacia sus patitas blanquecinas para volver a quedarse dormida.

Pongo los ojos en blanco cuando paso a su lado en dirección a mi cuarto. Sin pensarlo mucho me deshago del vestido y me coloco el pijama de manga corta.

—¡Alexa! Pon música.

El altavoz que tengo en el pasillo se enciende y veo su luz a través de la puerta.

—¿Qué quieres escuchar esta noche, Mónica?

La voz robótica siempre me ha dado un poco de repelús, pero con tal de no ir yo al reproductor de música…

—Algo bailongo.

Pasan un par de segundos antes de que vuelva a responderme.

—Preparando una *playlist* bailonga para desestresarte del largo día.

Asiento al mismo instante en el que cojo una goma del pelo y me lo ato en una coleta larga. Cuando las primeras notas de la última canción de Shawn Mendes suenan, empiezo a moverme hacia el baño, donde empieza mi rutina de *skincare* nocturna. Desde lavarme la cara y desmaquillarme los ojos hasta ponerme la mascarilla que dejaré actuar mientras preparo la cena.

Canturreando, miro en la nevera y apenas veo una triste caja de fideos chinos, que llevan un par de días esperándome, y dos yogures.

—Esta noche me toca hacer la compra.

Aunque no me apetezca mucho hacerla por internet, no me queda más opción. Mañana por la mañana voy a pasarme por el invernadero que hay a las afueras de Soller y eso me va a dejar fuera de combate toda la mañana.

Meto las sobras en un bol y al microondas antes de que el ruido del timbre suene.

—¡Voy! —grito lamiendo la cuchara con la que me he ayudado a arrastrar la comida.

En cuanto abro la puerta me encuentro con doña Fina, que se lleva la mano al pecho mientras hiperventila.

—¡¿Qué ha pasado?! —me alarmo al verla en tal estado.

—No te lo vas a creer. Es que no… —repite mientras se cuela en casa.

—Por favor, adelante —murmuro de mal humor.

Con toda seguridad, seguro que se le ha estropeado el televisor. O peor, se ha quedado sin chismes que contar.

—¿Tienes un té? —pregunta al llegar a la cocina.

—Nop, esta noche me toca hacer la compra —respondo abriendo la puerta del frigorífico—. ¿Un yogur caducado?

—*Neeeeeena…* Mañana me paso a por verduras y carne para llenarte la nevera.

Cierro la puerta de golpe justo cuando suenan las campanitas del microondas.

—¿Qué es lo que pasa, Fina? —inquiero mientras saco mi precaria cena y me siento en la silla frente a ella.

Estas incursiones no es que sean habituales, pero de vez en cuando nos hacemos compañía, sobre todo cuando tiene algún que otro cotilleo y no sabe con quién hablarlo.

—¿Te acuerdas de Guillaume? —me pregunta clavando su mirada en la mía.

Niego con la cabeza.

—Sí, *nena,* sí. El sobrino de María del Carmen, la difunta propietaria de tu floristería.

Siento como si me tirasen un jarro de agua fría por encima. No será verdad. ¿Ha regresado?

—¿Guille? ¿El que venía a pasar los veranos aquí?

—El mismo con el que correteabas por los campos.

Asiento llevándome una nueva cucharada a la boca.

—Está aquí.

—¿Qué? —niego con la cabeza intentando no atragantarme con la comida—. Eso es imposible. Lo último que sé es que estaba con su mujer dando la vuelta por media Europa de gira.

Guillaume o Guille, que era como le llamábamos los amigos, era el guaperas del grupo. Siempre venía a pasar los veranos a Valldemossa, jugábamos a escondernos, con las bicis e incluso a que no nos pillaran robando algunas frutas de los campos. Cuando septiembre llegaba, él se esfumaba. Eso sucedió hasta los dieciséis, cuando empezó a ser el niño prodigio del piano.

—Pues ha vuelto.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Por don Gregorio?

—¿Ese vejestorio? —Mira quién fue a hablar—. Qué va. Estaba de regreso a casa de mi vuelta de la tarde, cuando al pasar frente a tu tienda me encontré con un camión y un piano.

—Ya… pero eso no significa...

—Estaba abriendo el portón y maldiciendo por las flores, así que sí que era él.

Entonces todas las alarmas se me encienden. ¿Será cierto? ¿Habrá regresado?

Él fue el motivo por el cual el grupo se disolvió. O quizás fuese que todos teníamos edad de no seguir a los padres cuando llegaba el verano. Pero siempre recordaré esa última noche. Él tuvo la culpa de todo.

La finca es mía

Guillaume

El sonido ensordecedor del timbre me sobresalta haciendo que ruede por la cama hasta llegar al suelo. De golpe.

—¡Joder! —mascullo al mismo tiempo que me llevo una mano al culo para frotarme donde me he llevado el mamporrazo.

El timbre vuelve a sonar, pero esta vez no es un sonido intermitente, no. Ahora es permanente. Alguien se ha propuesto quemarlo. O, mejor dicho, dejarme sordo.

—¡Ya va! —grito poniéndome de pie y acercándome a la puerta del balcón que da a la calle.

«¿Quién cojones es?».

La puerta de madera chirría cuando forcejeo con ella para abrirla, pero se ha decidido a no ceder ni una pizca. Maldigo por todo lo alto, ya que el sonido ensordecedor me va a dejar fuera de combate durante un mes seguido si sigue así.

Apresurándome, cojo la bata sedosa y bajo las escaleras a toda prisa. Me recojo la melena en una coleta baja y abro la puerta de muy mal humor.

—¡¿Se puede saber qué *collons* quieres?! —grito antes de quedarme sin aliento por quién aparece frente a mí.

Es una mujer de cabello ondulado y corto por encima de los hombros, más bajita que yo y con cara de cabreo superlativo. Sin duda, reconozco a esa pequeña diablilla. Mónica. Mi Mónica.

—¡Eres un puto ladrón! —me grita mientras me aparta para entrar.

—Pasa, pasa… —suspiro.

Antes de cerrar la puerta, doy un vistazo a lado y lado de la calle para ver que nadie esté cotilleando de más. Aunque sea un pueblo de veraneo, la gente autóctona siempre ha sido una metomentodo de campeonato.

—Eras la última persona que me esperaba que me hiciese una jugarreta como esta —grita desde el pasillo, casi llegando a la puerta que conecta con el local.

En cuanto la luz cobra vida, siento que me he quedado más sordo si se puede.

Mónica, la joven con la que había pasado algunos veranos cuando venía por aquí, se gira hecha un basilisco.

—¡Serás…!

—Como termines la frase, te juro que te echo a rastras de mi casa. —Su rostro se torna del color de las rosas y sus ojos van a estallar de la ira—. Vamos a calmarnos un poco.

Cuando llego a su lado, me fijo en lo que está mirando. El piano.

En mi defensa diré que ayer cuando llegué no estaba como para hacer todas las maniobras para subir el piano al piso de arriba. Además, técnicamente y según los papeles de la herencia, el local es mío. Por último, me aseguré de no pisar, quitar o romper ninguna de las decenas de plantas que me encontré.

—¡Me has arruinado la floristería con ese mamotreto! —Se enfurruña señalándolo.

Me froto los ojos para desperezarme.

—Vayamos por partes. —Le agarro del brazo en el que lleva un reloj antiguo y miro la hora antes de soltarlo—. Son las seis y media de la mañana…

—Demasiado tarde, me parece a mí.

Mónica me saca de mis casillas, pero para no montar un numerito me masajeo el puente de la nariz y cojo aire.

—¿Un café y hablamos?

—¿Quieres embaucarme de nuevo, *tros de suro*? —me señala con el dedo—. Durante cinco años este ha sido mi hogar, mi floristería y

no porque vengas a pasar el verano, de nuevo, me vas a tocar los…

—Te entiendo —suspiro cortándola antes de que termine la frase —. Pero ¿podemos hablarlo?

—¿Contigo? —Asiento con la cabeza sin entender a qué viene la pregunta—. Ya hablarás con mi abogada.

Sin dejarme responder ni una sola palabra más, saca su teléfono, hace un par de fotos de mi instrumento y se larga por donde ha entrado.

Incrédulo y con ganas de volverme a meter en la cama, cierro la puerta de entrada, pero ya me he desvelado.

—Empezamos bien esta nueva etapa —me digo pensando en qué voy a hacer.

Lo peor de una abogada es que sea tu hermana

Mónica

Cabreada. Estoy cabreada. Guillaume me ha arruinado el día. No solo porque ahora su enorme piano de cola esté ocupando más de media tienda, sino porque tengo que hablar con la última persona con la que quiero hacerlo: Aina, mi hermana. No puedo permitirme contratar un nuevo abogado, así que debo recurrir a ella sin remedio.

Resoplando, me acerco a la cafetería de La Cova que está levantando las persianas.

—¿Tienes abierto para un carajillo? —le pregunto con una sonrisa cansada.

—*Bones sigon* —me saluda con su inigualable acento alemán—, ¿no es muy temprano?

—No cuando te enteres del último salseo —comenta la indiscutible voz de Fina detrás de mí.

Adoro a esta mujer, pero a veces es peor que un grano en el culo.

—Buenos días, queridísima vecina —le suelto con sorna.

La propietaria hace girar la llave y abre la puerta. Antes de entrar, sube los diferenciales para que las luces del local cobren vida. Es una preciosidad de sitio: el aroma de las flores que le llevé ayer flota por el aire, las mesitas cubiertas por manteles de cuadritos en tonos

suaves y las paredes con estampado de florecillas hacen de este café un rincón cuqui y acogedor.

—Adelante, sentaos donde queráis —nos indica con su eterna sonrisa.

Sin poder evitarlo, tomo asiento en la mesa que da a la ventana desde donde puedo ver la puerta de mi floristería y controlar si mi archienemigo sale o no de ella.

—¿Ya has ido a verlo? —inquiere Fina sentándose a mi lado y replicando mi gesto de cotillear fuera.

—No, no —responde Clove poniéndose el delantal de volantes y conectando las máquinas—. Os esperáis a que prepare el desayuno antes de contar.

Ese comentario me saca una sonrisa. Por muy sola que viva en la casa de mi abuela y lejos de mi familia, es imposible sentirte así en un pueblecito como este. Sin quitarle la vista a la puerta de madera del otro lado de la calle, esperamos a que Clove nos sirva. Mientras, Fina habla de cómo su nieto se ha presentado a un concurso de deletreo de palabras y lo poco que sus cinco hijos vienen a visitarla.

Una vez tenemos los bocadillos y los cafés en la mesa, las tres nos ponemos a comentar sobre la última novedad: Guillaume. Fina no se deja ni un solo detalle sobre lo que me contó anoche, mientras que Clove le echaba la bronca por estar a esas horas por la calle. Cuando me toca a mí comentar la jugada de la mañana, las dos paran de desayunar para no perderse ningún punto del tema. Por supuesto, no me dejo detalle alguno de la cara de sorprendido o los gestos de no entender qué había hecho de malo de Guillaume.

—Pero ¿ha venido para quedarse, para vender la propiedad o para arreglar papeles? —me aturulla la barista antes de dar un sorbo a su *chai latte*.

—No tengo ni la más remota idea —afirmo echando un vistazo a la calle—, pero si se ha traído el piano, me da a mí que ha venido a joderme la vida. Como mínimo.

—Eso no se hace. No, Señor —apunta Fina apretando los labios malhumorada.

—Debería haberte mandado un *mail* o un mensaje avisándote.

—Es que es esto —suelto rebuscando los papeles que llevo en el bolso sobre el arrendamiento del local—. Según pone aquí tengo un contrato indefinido con la cláusula de que nadie, aun después de muerta María del Carmen, puede sacarme de allí a menos de que haya algún tipo de impago o irregularidad legal.

—Qué raro… —suelta Clove señalando lo que acabo de citar—. Eso está escrito a mano.

Y está en lo cierto. Ese último punto lo incluyó hace un año, cuando le diagnosticaron párkinson en fase avanzada.

—Sí, pero fíjate que es la misma letra que en su firma.

Les enseño las caligrafías, que coinciden, aunque la última parece más temblorosa debido a la enfermedad.

—Eso debería verlo…

—Lo sé —suspiro tomando un mordisco de mi bocadillo.

Dejo que la textura untuosa del aguacate se deshaga en la boca saboreando la calma antes de la tormenta. Debo llamar a mi hermana hoy sin falta.

—¿No puedes gestionarlo tú por mí? —le lloriqueo a Clove.

—¿Cuánto hace que no hablas con ella? —me pregunta levantando una ceja.

—No hace tanto —niego con la cabeza—. ¿Desde Reyes?

—*¡Ai, mereta meua!* —se santigua Fina—. De eso hace como cinco meses. Estamos a finales de mayo, cariño.

—Pues eso, poco tiempo —respondo asintiendo con la cabeza—. Pero sé que debo llamarla.

—Hazlo ahora, mi niña —me apremia la mujer mayor.

Antes miro el reloj y apenas son las siete y cuarto de la mañana.

—Es muy temprano —me excuso—. A las diez la llamo.

—Vamos a ver. ¿Qué es peor: tu pique con tu hermana o que el gilipollas que te rompió el corazón a los dieciséis años te arrebate tu vida?

La sentencia de Clove me deja pensando. Cualquiera de las dos cosas es tan jodida como para no saber cuál es peor.

—¿Y si me hago una lobotomía y me fugo al norte de la Sierra de Tramuntana con las cabras?

—¿Qué te han hecho las pobres cabras? —suelta Clove poniéndose de pie porque un nuevo vecino acaba de entrar a la cafetería.

—Déjalo —comenta Fina con el teléfono al oído—, ya estoy llamándola.

—¡¿Qué?!

—No sabes cuánto te adoro —suelta la barista con una sonrisa en la boca antes de atender el nuevo pedido.

Haciendo malabares, intento quitarle el móvil a Fina, pero se mueve de tal forma que o la araño o se caerá de la silla en cualquier momento

—*¡Bones, carinyet!* —responde mi vecina—. Nooo, nooo. Nada grave. A ver, sí, es importante, pero nadie está herido.

Por su respuesta intuyo que ha preguntado si alguien se ha muerto. Pongo los ojos en blanco mientras le inquiero a doña Fina que me deje el aparato para hablarle a mi hermana. Pero lejos de hacerme caso, se pone de pie y empieza a andar mientras le cuenta el tema del momento.

—Déjame a mí hablar con Aina —le ruego poniendo cara de puchero.

—Sí, *filla*, sí. El *molt cabró*. Si es que no le ha dado tiempo para… —Fina asiente con la cabeza a algo que le ha dicho mi hermana. Yo me subo por las paredes—. *Clar, clar*. Vale… Sí… De acuerdo, ahora se lo diré. Un *petonet, carinyet*.

Y sin darme tiempo a que pueda hablar con ella, Fina cuelga la llamada y sonríe al mismo tiempo que Clove se acerca.

—Podías haber dejado que lo solucionara yo, ¿no? —pregunto cruzándome de brazos.

—¿Para qué? Ya está todo solucionado. Tenemos un plan.

El cementerio de los malos recuerdos

Guillaume

Hacía mil años que no sentía correr el aire puro por mis pulmones. Después de la «cálida» bienvenida de Mónica al pueblo, no me puedo quitar de la cabeza lo increíble que está. Cumplir años le ha sentado de maravilla, pero el numerito que me ha montado… Eso no le ha ido nada bien a mi vieja amiga la ansiedad. Claro que las cinco llamadas de Isabel que no he respondido tampoco han ayudado. ¿Tan difícil es desconectar una temporada?

Después de tomarme un café rápido en casa, he decidido volver a mis días de juventud y regresar a un sitio especial para mí. Así que me he enfundado unos pantalones viejos de chándal, una camiseta de manga corta blanca, las deportivas y he salido a correr por la Sierra de Tramuntana.

Al salir a la calle, me he sentido superobservado. Algunos vecinos de toda la vida me han saludado y hemos terminado hablando del paso de los años. Y, aunque no sé ni yo mismo qué hago aquí, he jurado que vendría más a menudo.

Las calles bañadas por los rayos tempraneros del sol y los escasos turistas que merodean por ellas hacen que mis recuerdos de pequeño regresen a mi memoria. Lo peor es que ella, Mónica, está en casi todos ellos. Me veo con las bicicletas echando carreras,

disfrutando de los helados en la plaza de la iglesia… Pero el mejor aparece cuando me paro enfrente de casa de su abuela y recuerdo las noches en las que todos subíamos al tejado para contemplar las estrellas e inventarnos historias de viajeros espaciales o fantasmas del pasado.

Sacudiendo la cabeza y volviendo a reprender la marcha, me alejo de todo ello y me acoplo a las callejuelas por las que la música de Chopin fluía hace cientos de años. Gracias a él y a los varios pianistas que han pasado por la *Cartoixa*, mi *hobby* secreto se convirtió en mi pasión hasta llegar a arruinarme, pero esto último había sido culpa mía.

Sin darme cuenta choco contra alguien.

—Perdona —respondo quitándome el auricular de la oreja y fijándome en una mujer de más o menos mi edad—. ¿Sofía?

Se frota el brazo contra el que he impactado y, al escuchar mi voz, una sonrisa de oreja a oreja le ilumina el rostro.

—¡¿Guillaume?! Pero tú…

Emocionado porque la segunda persona de la pandilla se alegre de verme, nos fusionamos en un cálido abrazo. Ya solo me quedan Adrián y Jordi para estar todos juntos otra vez.

—Joder, cuántas ganas tenía de volver a veros —respondo sintiendo todas y cada una de las palabras.

—Hacía mil años… —Nos separamos, pero ella sigue con la sonrisa en los labios—. Aunque ahora solo quedamos dos en el pueblo, bueno tres.

—Créeme que lo sé —respondo a regañadientes poniendo los brazos en jarras—. Ya me he encontrado con Mónica.

—¡¿Cómo?! Y la cacho guarra no me ha dicho nada. —Las cejas se le juntan en una icónica cara que no sé si es enfado fingido o le va a caer una buena a mi «compañera de local»—. Me debe una buena explicación.

Acto seguido se empieza a reír y nos ponemos un poco al día, pero lleva prisa por lo que no nos demoramos mucho y prometemos tomar un café pronto. Agradecido, le doy un par de besos en la mejilla y sigo con el camino que mis pies dicten, ya que dejo la cabeza fluir en el buen recuerdo de Sofía y el resto del grupo.

Un buen rato después, y con los pulmones ardiéndome por el esfuerzo, llego sin querer a un lugar que mi memoria recordaba mejor que yo. Sentado en el viejo olivo donde nos reuníamos la pandilla, veo el Mediterráneo brillante por los rayos del sol. Agradecido, abrazo el viejo tronco y siento su perenne paz.

Agotado, me siento al pie del árbol para disfrutar de un minuto de concentración en mi yo. Cruzo las piernas y, aunque no soy fiel practicante de yoga o meditación, decido que es buen momento para cerrar los ojos y vaciar la mente.

Según me enseñó mi tía abuela María del Carmen, a este olivo lo llamaban el cementerio de los malos recuerdos. Ella, junto a su grupo de amigas, se escapaban de Valldemossa hasta este rincón para desahogar sus penas, dejando que el viento se las llevara mar adentro. Y eso mismo estoy haciendo yo. Dejar que las imágenes de mi fatídico concierto, las llamadas de aviso de un vacío existencial y el mal inicio con Mónica se alejen para siempre. O en este instante.

El olor a salitre y a los últimos días de primavera me devuelven esa calma que tanto necesitaba. Ser pianista siempre ha sido mi pasión secreta, eso para lo que estaba hecho, pero los conciertos cada vez me queman más. Las piezas de grandes clásicos ya no me llenan como antes y las giras infinitas se tornan hastiosas y abrumadoras.

La opresión que sentía en el pecho cuando he llegado se ha cambiado por la ansiedad de los momentos que estoy viviendo. Me llevo las manos a la cara y me froto los ojos intentando equilibrar mis emociones, pero las lágrimas de frustración amenazan con liberarse todo el rato. Recuerdo lo duro que fue cuando le dije a mi padre que quería estudiar piano y alejarme del legado familiar de la medicina. Sus ojos rebosaban de decepción y su desprecio se quedó clavado en mí. Me esforcé cada día, cada fin de semana y cada verano desde que tenía dieciséis años en ser el mejor. Quería demostrarle que podía ser el número uno. Y vaya si lo había logrado. Incluso había conseguido tocar en la Super Bowl americana.

Me he recorrido el mundo entero, aceptado todo tipo de retos y renunciado a una vida normal. He dejado de lado mi querida isla, a mi familia y amigos para convertirme en lo que soy ahora, un fiasco. Un monstruo que ha perdido los papeles y a algunas personas que no me ha dado tiempo a decirles que las quiero lo suficiente.

Y en ese instante decido que toda mi trayectoria como pianista se quede aquí, en el cementerio de los malos recuerdos. Quiero volver a empezar, pero necesito tiempo. Aunque hay una cosa que sí puedo hacer ahora.

La floristería es mía

Mónica

Antes de que sonaran las diez, mi hora de apertura, vi que Guillaume no había regresado.

—¡Venga! —me azuza Sofía que se había unido al desayuno.

—¿Y si regresa ahora? — suelto mordiéndome una uña.

—Le cuentas lo que te ha dicho tu hermana —responde Clove mientras sirve dos cafés en la mesa de al lado.

En el fondo tienen razón. No podré esconderme toda la vida. Aunque cada vez siento que lo de la lobotomía me convence más. Llámame cobarde, pero no me gustan los enfrentamientos.

Hace un rato que Fina se ha ido a su cita con el podólogo, pero aseguró que después se pasaría por la floristería. No quería quedarse sin el cotilleo entero.

—Vamos las dos —sentencia mi amiga poniéndose en pie.

—Vaaaaale.

Siguiendo sus pasos, pago la cuenta y salimos a la calle. No puede ser tan difícil. Llevo cinco años abriendo las puertas de madera y vendiendo ramos. Con el corazón latiéndome con fuerza, cruzamos y abro el negocio.

—¿Ves? —Señalo el piano que reina en el centro de la tienda—. Con este trasto ahí en medio es imposible pasar.

—Mmmmm —murmura Sofía mirando el instrumento de música desde la calle—. Tengo una idea.

Con esa sonrisa tan pícara y característica de ella, entra y empieza a contarme el plan.

A media mañana, todo Valldemossa ya se había enterado de la llegada de mi nuevo compañero de edificio y habían venido a informarse sobre si la floristería seguiría abierta. Planté mi cara angelical con la que atendía cada día afirmando que habría flores y plantas durante años siempre que yo estuviese en este pueblo.

Doña Fina se ha pasado después de su cita médica, pero se ha ido sin chisme alguno. Mi hermana, por su lado, me ha mandado la documentación pertinente de mi arrendamiento para que se la dé a Guillaume o se la deje en el buzón, ya que todavía no ha llegado.

El tintineo de la campanilla sobre la puerta principal de la floristería se apaga en la lejanía cuando la última clienta sale con su pequeño ramo de lirios blancos envueltos en papel *kraft*. Me quedo un momento en silencio, disfrutando del aroma a flores frescas y a la ligera humedad que impregna el aire. Ese olor familiar, reconfortante, como un abrazo invisible que me rodea cada día y me dolería perder por un capullo.

Agobiada por la situación, me meto en la trastienda, donde el ambiente es tan tranquilo que me quedaría a vivir aquí. La luz cálida de una lámpara antigua ilumina la mesa de trabajo, llena de tallos verdes, tijeras de podar y rollos de cinta de satén. Me arremango un poco la blusa y me recojo el cabello en un moño flojo antes de ponerme manos a la obra.

Necesito terminar los últimos arreglos de un par de ramos. Cojo un puñado de rosas de té y las mezclo con ramitas de eucalipto, disfrutando del suave crujir de las hojas mientras las monto con sumo cuidado. Cada flor encuentra hueco en el ramo. Me encanta esta parte de mi trabajo, perderme en los colores y las texturas, cómo mis dedos juegan con los pétalos y las cintas hasta formar una perfecta armonía.

Esta mañana me han hecho un encargo especial que no deja de rondar por mi cabeza: el ramo de novia de Clara. Una vez termino los pedidos de los ramos que son para esta tarde, me siento en el taburete junto a la mesa y saco mi cuaderno de bocetos. Paso las páginas con energía buscando espacio entre los garabatos de ideas anteriores. Quiero que su ramo sea perfecto, que encaje con su sonrisa tímida y la dulzura de su voz cuando me habló de su boda.

Empiezo a dibujar las primeras líneas sueltas, probando combinaciones de flores en el papel antes de pasar a las de verdad. Peonías, porque adora su suavidad y su aire romántico. Unas ramitas de lavanda, para el aroma y un toque de encanto silvestre. Tal vez algo de astilbe, para darle una sensación más etérea.

Estoy tan metida en mis flores que por un segundo ni me doy cuenta de que fuera, la lluvia golpea con suavidad contra los cristales de la ventana, un sonido rítmico que se mezcla con el susurro de las flores al moverse entre mis manos. Me detengo un instante, cierro los ojos y sonrío. Me encanta este rincón del mundo que he creado para mí, donde el tiempo parece detenerse entre ramos de flores y trazos de lápiz.

En ese instante una punzada atraviesa mi mente y él vuelve a ella. Él y su inminente no sé qué va a pasar. Sin querer darle más protagonismo, sacudo la cabeza.

Con un suspiro satisfecho, vuelvo al papel y continúo dibujando. Aún queda mucho por hacer, pero cada pequeño detalle me acerca más a ese ramo perfecto, ese que hará brillar los ojos de Clara en su gran día.

Pling, pling, pling.

Ni olvido ni perdón

Guillaume

La lluvia me ha pillado desprevenido, en Valldemossa nunca sabes cuándo va a llover. Tiene su propio microclima.

Con la decisión de hacer las paces con Mónica y proponerle una tregua, llego a las puertas de la floristería. La luz cálida del interior me indica que todavía está trabajando a pesar de que no hay nadie por la calle. Sacudo las manos para quitarme el exceso de agua, pero cuando pongo un pie dentro, toda tregua se ha ido al garete.

El piano que dejé ayer y que venía con la intención de retirar y que me ayudara a hacerlo, no es más que un mostrador de plantas y flores. Están por todos lados: sobre el teclado, la tapa frontal que cubre las cuerdas está levantada y ofrece todo un abanico de cactus sin pinchos, hay flores que se enredan en las patas atadas con cordeles…

Al ver todo el maltrato que ha sufrido, toda la calma y el buen rollo se transforman en un bola de fuego e ira que quiero hacer explotar en ese mismo instante.

—¡Mónica! —grito empezando a quitar las macetas.

Sin apartar la vista del arco de la trastienda, me fijo en cómo mi antigua amiga se acerca con una sonrisa en los labios.

—¿No te gusta mi nueva decoración para la tienda? —se burla al ver lo que hago.

—Esto-esto… ¡ARGH! Es inadmisible. ¿Eres consciente de lo que has hecho? —Señalo el piano y la tierra que se ha introducido entre las cuerdas pinzadas.

Se cruza de brazos antes de apoyarse contra el marco del arco y se lleva una mano en la barbilla. En menos de dos segundos su rostro se ensombrece hasta fruncir las cejas.

—Pagarte con la misma moneda.

—¡¿Qué?! —me quedo incrédulo. Apenas le he dado la bienvenida y una explicación por todo esto.

—Lo que has escuchado. Si tú vienes después de todo lo que pasó y me arruinas mi floristería —señala al instrumento—, yo le saco un gran partido.

—Yo no arruiné tus plantas. Las aparté.

Puntualizo, pero ella no quiere ni oírme, así que decido cruzarme de brazos y escucharla.

—Me. Jodiste. La. Vida —enfatiza todas y cada una de las palabras mientras se acerca al desastre—. No permitiré que lo vuelvas a hacer. Además, y para que te quede claro, María del Carmen me arrendó este local con ciertas condiciones, que por cierto tienes en tu *mail* gracias a mi abogada.

Señala unos papeles que se ha sacado del bolsillo del delantal, donde también guarda las tijeras de poda y alguna que otra herramienta más.

—Yo solo venía a…

—No, Guillaume. Este local es mi vida y tú ya la jodiste en su momento. Ahora es mi turno y esto no me lo quitarás. —Hace una pausa y se me queda mirando al mismo momento en el que cojo una maceta y la reviso.

Ha sido un acto reflejo, pero por un instante dudo si tirársela a la cabeza o dejarla despotricar, subir al piso para empezar con todo el papeleo que debo hacer, ponerme un poco con la música y responder las llamadas de Isabel.

—¿Has terminado? —consigo preguntarle antes de que alguien salga mal herido de esto.

Por unos instantes, sus ojos se agrandan, atónitos. Me fijo en que su pecho sube y baja agitado. Creo que se esperaba que le montase

un espectáculo, que le gritase. Pero, tal y como dijo mi psicóloga en la última sesión, el reproche por no entender unos motivos no especificados nunca se debe tratar con ira. Así que, sin esperar una respuesta por su parte, miro por última vez la maceta que tengo entre las manos y decido empezar esta guerra.

La tiro al suelo. El crujido de la cerámica al partirse me rompe por dentro, pero es liberador, como esas empresas donde vas a romper vajillas para desestresarte.

—¿Qué cojones…? —murmura Mónica al ver como cojo otra de las macetas que hay dentro de la caja del piano y la estrello también.

Termino con todas ellas. Mi vieja amiga no da crédito a lo que hago. No sé si esto lo hago por el simple hecho de que ella no me ha escuchado desde un principio, para descargar toda la frustración de estos días, o por el hecho de que mi vida se rompió y me tomo la libertad por donde me da la gana. Pero las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos de nuevo.

Estoy harto de que todos me digan lo que debo o no hacer, me tiene hasta los cojones que nadie me escuche ni cuando vengo a hacer las paces —que, a decir verdad, dudo que sea esto lo que estoy haciendo—, pero me da igual.

Cada planta que sale disparada contra el suelo tiene un rostro, un motivo o unas palabras que me dañaron. No grito ni hablo, ni siquiera ella me detiene. Me libero, me dejo ir hasta que solo queda una y Mónica se ha acercado hasta mí.

En su rostro veo la confusión, la incredulidad y las ganas de matarme. La entiendo.

—Y esta última —agito la maceta que hay entre los dos— no la voy a romper en mil pedazos. Quiero que la guardes porque justo es lo que te iba a ofrecer. La paz.

Se la entrego y sus labios forman una perfecta o. La veo afectada ante mi cambio de actitud. Por mi parte, suavizo el gesto. Respiro con profundidad dejando que el aire se renueve en mis pulmones. La descarga de adrenalina por haber destrozado las macetas parece más una *vendetta* personal que una actitud característica de mí. Siempre he sido pacífico, pero esta mujer me ha sacado de mis

casillas desde el mismo instante en que he puesto un pie en este tranquilo pueblo.

Me he desahogado, pero eso no quita de que la forma en la que lo he hecho sea la más correcta, y me empiezo a arrepentir al instante. Me arrodillo en un acto de intentar coger los trozos más cercanos justo cuando el jarrón de la paz se desploma a mi lado y se rompe. Trozos de maceta se hacen añicos que salen volando directos a mí, la tierra sale por los aires y no me da tiempo a protegerme los ojos antes de que alguna de esas cosas entre y empiecen a escocerme.

—Métete tu paz por donde te quepa —concluye ella antes de escuchar sus pasos alejarse.

En ese instante sé que la he vuelto a joder pero bien.

Un tardeo para tomar decisiones

Mónica

Sofía y yo nos sentamos en el sofá con una copa de vino en mano mientras esperamos a que mi hermana coja la llamada por Skype.

Aunque por un lado la reacción de Guillaume me ha tomado desprevenida, sé que al lanzar esa planta he firmado la entrada a una batalla que me podría dejar sin negocio en menos de lo que canta un gallo.

—Si es que para qué pierdes los papeles —me regaña Sofía dándole un sorbo a su bebida.

—Pero si la idea de usar el piano como escaparate fue tuya —la regaño medio ofendida.

Dejando el cristal sobre la mesita, me guiña un ojo.

—¿Y lo bonito que quedó, qué?

Tiene razón. Había quedado precioso, con un tono clásico. Como todo el mundo en este pueblo está con Chopin que no caga, le daba un toque turístico.

—Ese no es el tema —empiezo antes de que el *pling* de la llamada aceptada me deje muda.

—No es el tema ¿de qué? —pregunta mi hermana con cara de cabreo.

—Mónica ha puesto al pianista en su sitio —declara Sofía aplaudiéndose.

No sé si he hecho bien, pero ese cabrón ya me rompió el corazón una vez y no quiero que lo haga ahora dejándome en la estacada a nivel laboral. Lo tengo claro.

—Sorprendedme.

Sin mucha demora y sin florituras, le cuento todo lo que ha pasado con pelos y señales.

—Pero ¿te has vuelto loca o te falta poco? —escucho el grito casi sin la necesidad de usar la videollamada.

—No, pero es que él me dejó…

—Excusas —suelta un resoplido Aina mientras se retira su perfecta melena hacia atrás—. En primer lugar, él hizo mal en colocar ahí el piano sin haberlo comunicado con antelación, pero diremos que, cuando tú cerraste la floristería, él —que es el heredero legítimo de esta—, no había llegado. No sabemos si tenía o no tu contacto para avisarte en ese preciso instante.

—Está en el contrato de arrendamiento del local —apunta mi amiga.

Si hay algo que odio es hablar y tener que aguantar el sermón de marisabidilla de mi hermana. Ella es la mayor y siempre ha sido la perfecta de la familia, pero yo tampoco soy un ogro.

—Cierto, pero teniendo en cuenta, y no es que lo defienda, que debió de llegar a altas horas de la madrugada debido al accidente de coche que hubo ayer en la nacional, encuentro lógico que no lo hiciera. —Hace una pausa para seguir con su soliloquio de abogada superguai que empieza a sacarme de mis casillas—. Seguimos en que estamos de acuerdo en que un instrumento de esa envergadura no se puede mover con facilidad, con lo que da gracias a que lo haya dejado en un lateral del local.

—Sí —apunto—, pero es mi local. Mío.

—Técnicamente, no. Solo lo tienes alquilado, y él es el propietario. Y antes de que me cortes —me advierte porque sabe que venía un reproche—, deberías saber y admitir que llevo razón. Total, que…

Ella sigue enumerando todos y cada uno de los apartados desde un punto objetivo que para nada tiene que ver con el mío. Guillaume

puede ser muy guapo y encantador, pero también es un tío que falta a su palabra, que te traiciona y cuando tiene la oportunidad te mete la puñalada por la espalda. Bueno, más o menos lo mismo que está haciendo mi hermana en este instante, que en lugar de apoyarme, me mete la bronca.

—En fin —concluye ella—, has metido la pata hasta el fondo. ¿Algo que alegar?

Sí, que la odio por ser tan perfecta y hacer lo correcto siempre. Con ella nunca había un día que no me reprochara alguna cosa, y empiezo a estar harta. Si no fuera porque es un tema legal, ni siquiera la hubiese llamado.

—Que no quiero perder mi local —me enfurruño como una cría.

—Pues este no es el camino. Joder, hermanita, que ya tienes treinta y tres, eres madura como para hacer estas cosas.

—Pero… —empiezo antes de que Sofía me corte.

—Que yo sepa, el destrozo de las plantas no ha sido cosa suya —su defensa me hace abrir los ojos y asentir a su favor.

—Exacto. Y eso necesita venganza —apunto antes de murmurar— y una limpieza a fondo.

—Dejad de sacar balones fuera, por favor —nos corta mi hermana —. Me pondré en contacto con su abogado y veré si puedo sonsacar alguna cosa, pero tú —me advierte señalándome—, más te vale mantener una tregua y firmar la paz antes de que todo se eche a perder.

No doy crédito a lo que escuchan mis oídos. ¿En serio me está diciendo que deje pasar las pérdidas económicas del destrozo de hoy y haga como si nada?

Sofía, que está sentada a mi lado, dibuja círculos en mi espalda cuando nota mi resentimiento.

—Aina —intenta mi amiga poner un poco de orden antes de que me coma viva a mi hermana—, no es justo.

—Por supuesto que sí. —Se frota los ojos agotada antes de darle la bronca a uno de sus hijos por perseguir a otro con un calcetín sucio—. No puedes comportarte como mis críos, Mónica. No puedes montar una guerra de un malentendido. Tú misma has dicho que ni siquiera sabías a qué ha venido lo de las plantas. Así que habla con

él y firma una tregua hasta que podamos solventar el tema del alquiler a nivel legal. Mientras, no quiero escuchar más *vendettas* ni trifulcas ni chiquilladas. O te va a costar todo por lo que tanto has trabajado.

Con las ganas de llorar y la frustración a flor de piel terminamos media hora después y unas ganas enormes de bloquear a mi hermana de todas partes. En cuanto la llamada termina, Sofía y yo admitimos que esto no puede quedar así.

El resto de la noche volvemos a la escuela primaria maquinando planes perversos pero efectivos para ahuyentar a Guillaume de Valldemossa y hacer que se vaya por su propio bien.

Hay torturas peores, pero esta me toca los bemoles

Guillaume

Cinco días llevo en la isla, cinco largos, terribles y agotadores días que hacen que todo el *mindfulness* que mi prima Isabel me ha recetado para llevar la nueva situación se vayan al garete.

Hace unos días recibí un correo del conservatorio de París con la cancelación del resto de la gira anual y me piden una dimisión amistosa para que me desvincule de ellos. Pero no solo esto, mi mánager ha dimitido después de las malas críticas por el concierto y no conseguir apoyo por ninguna parte.

Mi vida se va al garete, aunque lo peor es cuando recibo la citación del notario para que vaya a leer el testamento de mi difunta tía, María del Carmen. No sé qué esperar al respecto.

Así que aquí estoy, en la casa que ella dejó atrás, una casita de piedra con contraventanas azules, rodeada de una buganvilla descontrolada que se enreda en la verja de madera del patio trasero. A pesar de todo el caos que tengo en la cabeza, no puedo negar que hay algo reconfortante en este rincón del mundo. Me recuerda al hogar, a mis días felices de veraneo con el sonido de las olas rompiendo con tranquilidad contra la orilla y el aroma salado mezclado con el dulzor de las flores que invaden el jardín. El sol,

aunque no es fuerte, calienta lo suficiente para darme una sensación de calma que no había sentido en mucho tiempo.

En la cocina, la tetera silba anunciando que el agua está lista. Me sirvo un té de manzanilla en una de las tazas de porcelana antigua que mi tía solía coleccionar y salgo al porche. Me dejo caer en la mecedora y miro el horizonte. Por un instante, todo el ruido de mi mente se acalla. La isla tiene ese efecto, o quizá es el recuerdo de mi tía y su manera de afrontar la vida con serenidad lo que me obliga a respirar hondo y tratar de encontrar un poco de paz entre tanto desastre. Aunque lo más probable es que sea domingo y Mónica no andará por aquí haciendo trastadas con el piano, al cual aún no le he encontrado un nuevo rincón y sigue en medio de la floristería.

El testamento se leerá mañana, pero hoy, por primera vez en días, decido no pensar en ello. Me centro en lo que tengo frente a mí: un cielo despejado, el murmullo del viento entre los árboles y el calor de la taza entre las manos. Quizá este no sea el final que imaginaba para mi carrera, para mi vida, pero aquí, en este preciso momento, siento que tal vez sea un nuevo comienzo.

Harto de todo, entro a comprobar por última vez las redes sociales, en las que me abuchean a diario, si alguno de mis colegas de profesión me ha escrito algún mensaje. Nada.

En realidad no tengo ni idea de por qué lo hago. Los seguidores han caído en picado y las visualizaciones solo son por el morbo. Y me jode. Me gustaba grabar mis sesiones de práctica, algún que otro tutorial… Me daba vida y sentía que la presión de tantas horas con la música llegaba a la gente de una manera más cercana. A veces, incluso pedía que me propusieran canciones y hacía alguna que otra *cover*, pero ¿ahora? Ya nada queda de los felices días. Quizás sería mejor que diese de baja la cuenta también y me pusiera a hacer otra cosa con mi vida.

Riiiing, riiiiing.

—¡Buenos días, Isabel! —respondo mientras tomo otro sorbo de té.

—¿Cómo está mi primo favorito?

—Soy el único que tienes —resoplo poniendo los ojos en blanco.

—Por esa razón lo eres.

Sus tonterías me reconfortan por un instante. Le comento cómo ha ido mi primera semana y los últimos giros de mi vida. Oficialmente soy un parado que lo único que sabe hacer es tocar teclas blancas y negras, pero con gracia.

—Creo que en una de estas navieras buscaban pianista para un viaje del Imserso.

—Gilipollas —me río ante su ofrecimiento—. No lo sé. Siento que me he perdido, que ya nada encaja en mí.

—Quizás es hora de volver a tus raíces, a eso que en realidad te hacía feliz.

—Esto está siendo un infierno —protesto como cuando teníamos diez años.

—No será para tanto. Además, he estado bicheando por redes y —hace una pausa dramática antes de soltar la bomba— Mónica ha mejorado con el tiempo.

Aunque me joda admitirlo, tiene razón. Mi antigua amiga está radiante ahora, al menos de físico, porque el carácter sigue igual de quisquilloso y tocapelotas que siempre.

—Es insufrible.

—Te gusta.

—Gustaba.

—Estabas enamorado de ella antes de entrar al conservatorio de música.

—Eso fue hace una eternidad —ataco pasándome una mano por el pelo, nervioso.

—Eso fue hace como dieciséis años.

—Lo dicho, una eternidad.

—Lo que tú digas —sentencia ella, pero escucho como se le escapa una sonrisa traviesa—. Entonces ¿qué? ¿Te abres una nueva cuenta y empiezas de cero?

Lo pienso y le doy mil vueltas, pero ya debo empezar de cero con mi carrera como para conseguir ni que sea una nueva gira para el año que viene como para dejar atrás algunas decenas de miles de seguidores en redes.

Una vez apuro las últimas gotas del té, decido que ya tengo suficiente sol y recojo todo. Hace casi un mes que apenas he rozado una sola tecla del piano, a nivel musical me refiero, porque para quitar la tierra que el otro día Mónica se dedicó a meter entre ellas y las cuerdas sí que tuve que hacerlo. No sé qué demonios le pasa por la cabeza y si le pregunto termina gritándome frases sin sentido sobre nuestro último verano que no llego a comprender.

Ahora no quiero pensar en ello, quiero dejarme fluir, afinar el piano y dejar que la magia vuelva a salir de mis dedos, disfrutar del sonido de las melodías y dejarme llevar. Así que meto la cabeza dentro de la tapa del piano y verifico por enésima vez que todas las cuerdas estén en su sitio y bien afinadas. Después, salgo y bajo la cubierta de madera. Separo el taburete para sentarme, abro la tapa de las teclas y reposo los dedos sobre ellas. Una sensación de angustia me llena por dentro. Cierro los ojos, pero las imágenes del último concierto vienen a mí. Siento la rabia de ese teléfono al sonar y cómo eso va creando mella en mi interior. La mente me juega malas pasadas, pero en ese instante, hundo uno de los dedos en una nota grave, luego otro y otro más hasta que las notas se unen en la *Cabalgata de las valquirias*, de Wagner. Mi fuente de desahogo.

Encontré la octava maravilla

Mónica

Mañana es la apertura del testamento de María del Carmen y ya me han notificado que deberé asistir. Imagino que Guillaume también irá por lo que debo armarme de paz y tranquilidad hoy para mañana estar fresca como una rosa y justificar mis años en la tienda para que me deje quedar y darle en toda la cara a ese creído.

Por eso, hoy Sofía y yo hemos decidido ir a la playa. Aunque estamos en mayo y las temperaturas no son como para zambullirse, pasear por la arena, tumbarnos al sol mientras leo alguna revista de cotilleos y hablar de los últimos chismes del pueblo siempre es bien.

El sol apenas ha asomado entre las montañas cuando dejo el coche frente a la casa de Sofía y le doy un buen bocinazo para que se entere de que he llegado.

—¿Lista? —pregunto a gritos con la ventanilla bajada cuando veo que se asoma por su ventana para comprobar si soy yo.

Mientras espero a que la señora decida bajar, tamborileo con los dedos en el volante y me pongo a canturrear la canción que suena en la radio. Sí, mi coche es una tartana algo *vintage* que todavía lleva un reproductor de casetes.

Sofía aparece en el portal con una sonrisa de oreja a oreja y una bolsa de tela colgando del hombro. Va descalza, con las sandalias en la mano y el pelo recogido a lo loco. Creo que ni se ha parado delante de un espejo para mirarse. Me hace un gesto para que espere mientras cierra la puerta con un golpe seco.

—¿Alguna vez no he estado lista para la playa? —replica respondiendo a mi pregunta a la vez que se sube de un salto al coche.

Como puede, mete la maxibolsa en los asientos traseros, me da un par de besos y se pone el cinturón.

—Las chanclas —la regaño señalando el calzado.

Con una sonrisa divertida empieza a ponérselas mientras me responde.

—Deja de ser mi madre y arranca.

El viaje es un vaivén de risas y canciones de los noventa, aquellas que siempre regresan a nuestras *playlists* sin importar cuántos años pasen y que, por supuesto, cantamos a pleno pulmón mientras el viento entra por las ventanillas abiertas. Por un rato, olvido lo que me espera al día siguiente y me dejo llevar. La apertura del testamento. Las posibles sorpresas. La incertidumbre.

Vamos, una mierda pinchada en un palo.

—¿En qué piensas? —la voz de Sofía me saca de golpe de mis pensamientos.

—¿Qué? En nada —miento, pero ella me lanza esa mirada de «Te conozco demasiado bien, así que empieza a soltar prenda».

—Mónica, mañana va a ser lo que tenga que ser. Hoy estamos aquí, ¿recuerdas? Playa, sol y mi capacidad infinita de hacer el ridículo si es necesario.

Suelto una carcajada al darme cuenta de que justo eso es lo que va a pasar. Si en nuestro grupo de los veranos había alguien patoso, ella era la que se llevaba todos los números. Aunque debo confesar

que a veces parecía que Sofía tuviera un don para arrancarme de mi propia cabeza.

Cuando llegamos a la playa, el agua tiene ese azul cristalino que solo he visto en postales, con ninguna nube al frente y las gaviotas dando sus primeros vuelos después del letargo invernal. Extendemos las toallas sobre las piedras y nos quitamos las camisetas de tirantes, dejando que el sol nos acaricie la piel.

—¿Baño rápido o primero confesamos todos nuestros pecados? —bromea Sofía estirándose como un gato.

—Baño rápido —respondo, porque la idea de quedarme quieta un segundo más me resultaba insoportable.

Corremos hacia el mar, chillando cada vez que una ola nos roza las piernas. El agua está helada, pero es justo lo que necesitaba: un golpe de realidad. Nos sumergimos de un salto, y durante un rato, solo existen las burbujas, el sonido amortiguado del agua y la risa de Sofía resonando cerca.

No sé cuánto tiempo estamos así, disfrutando de la calma de la playa vacía antes de que llegue la temporada de turistas y saboreando el salitre que se cuela por todas partes. Nos reímos, jugamos a ver quién llega antes a aquella roca y nos hundimos como hacíamos antaño cuando recorríamos con las bicis la cala de una punta a la otra.

Cuando volvemos a las toallas, chorreando y con el pelo pegado a la cara, Sofía saca dos bocadillos de la bolsa.

—He hecho los de siempre —comenta tendiéndome uno—. Queso, tomate y albahaca.

—Nuestro favorito para las grandes ocasiones.

—Y con la albahaca de mi nueva plantita.

—Te dije que era la mejor —porque, por supuesto, se la había regalado yo con la esperanza de que no fuera a matarla como los últimos tres cactus.

Casi se me saltan las lágrimas de la emoción al escuchar que lleva una semana viva. Ella siempre recuerda esas pequeñas cosas. Es como si supiera que, en este momento, necesito algo familiar, algo seguro.

—Gracias —susurro antes de darle el primer mordisco.

El sol apenas roza la línea del horizonte cuando dejo el coche en el *parking*. El aire de la tarde aún conserva ese frescor salado que solo encuentras en este pueblo. Saludo a Marcelo, el del kiosco, cuando paso por enfrente y veo que está cerrando el chiringuito.

Con la toalla sobre el hombro y la bolsa de la playa colgada del brazo, me voy directa a casa a darme una ducha y quitarme el salitre del cuerpo. El suelo empedrado resuena bajo mis sandalias mojadas y cada paso parece arrastrar conmigo las risas del día, las canciones desafinadas en el coche, las olas rompiendo contra la orilla…

A medida que avanzo, la familiar silueta de mi floristería aparece al final de la calle. La fachada está cubierta de macetas colgantes y el aroma a lavanda y jazmín flota en el aire. Lo adoro. Sonrío, porque, aunque mañana todo puede cambiar, este rincón seguirá siendo mío, al menos por ahora. Pero algo me llama la atención. La puerta está entreabierta y una tenue luz se cuela por ella. Alguien ha entrado a robar.

Pero justo cuando voy a cruzar la calle para acercarme a la tienda a ver qué pasa, unas notas musicales me detienen. Un piano. Su sonido, suave y melancólico, vibra en el aire como una caricia de antaño. Cierro los ojos un instante, dejando que las cuerdas dibujen un puente entre la realidad y ese rincón de mi mente donde vuelvo a inicios de 2010 y esa misma pieza me dejaba horas embobada viendo cómo Guillaume acariciaba las teclas. Debe de ser él.

—Es una maravilla, ¿no crees? —murmura Marcelo que acaba de pararse junto a mí.

—Siempre lo ha sido —se me escapa el pensamiento en voz alta.

La melodía continúa cuando el kioskero se va y yo me acerco a la puerta y no decido hacer otra cosa que sacar el teléfono y grabar lo que se ve a través de la rendija de la puerta. Disfruto hasta que la pieza termina y, justo en ese instante, la madera cede en un chirrido estridente y me delata.

Mañana nos vemos en la notaría

Guillaume

El último acorde del *Preludio n.º 1 en do mayor*, de Bach, todavía vibra en el aire cuando la puerta de la floristería se abre. El sonido de la madera al crujir me saca de mi burbuja particular. Mis manos, adoloridas y tensas tras horas de tocar el piano, descansan sobre las teclas, incapaces de moverse.

Entonces la veo. Mónica. De pie junto a la puerta, con la toalla sobre el hombro y la bolsa de la playa colgada del brazo. Pero lo que en realidad capta mi atención es el destello de su teléfono, que intenta esconder tras ella cuando nuestras miradas se cruzan.

—¿Estabas… grabando? —pregunto con la voz más ronca de lo que esperaba.

Su rostro se enciende con un rubor carmesí, como si acabara de ser descubierta haciendo algo prohibido.

—Yo… era solo… Tocabas el preludio. El de Bach —comenta por fin, encogiéndose de hombros, como si esa explicación bastara—. Siempre fue mi favorito, ¿recuerdas?

Y debería bastar. Debería ignorarlo, dejarlo pasar. Al fin y al cabo, ¿qué importa un vídeo más o menos? Pero algo dentro de mí —quizá la nostalgia, quizá la música— no me permite soltarlo.

—¿Querías subirlo a redes? —pregunto intentando sonar tranquilo, pero las palabras han salido con más dureza de la que me imaginaba.

Mónica pestañea un par de veces, sorprendida. Asiente y niega un par de veces.

—Sí, o sea, no. Solo quería guardar este momento. No sé por qué… quería recordar viejos tiempos —susurra.

El silencio se alarga entre nosotros. El piano, las flores, el olor a lavanda y jazmín flotando en el aire. Es un instante frágil, como las últimas notas aún suspendidas en el eco.

—Puedes quedártelo —añado al fin, dejando que las palabras salgan como un hilo casi invisible—. Y si quieres subirlo, hazlo. Total, nadie quiere verme ya.

La última frase la suelto en un murmullo, más para mí que para ella, que parece no haberlo escuchado. La sombra de una sonrisa asoma en sus labios.

—Gracias, Guillaume.

Respiro hondo, intentando ignorar el latido sordo en mi pecho. Estos días han sido un verdadero tormento, pero sentirla cerca de nuevo, justo con esta pieza, que era de sus favoritas, y verla sonreír de nuevo, es como si el cielo nos diese una segunda oportunidad.

—¿Te quedas un rato? —pregunto, sin pensarlo demasiado.

Mónica vacila un instante antes de asentir.

—Sí. Me encantaría.

Da un par de pasos hacia dentro, pero antes de que pueda siquiera bajar la tapa del teclado se frena.

—¿Estás bien?

Frunce el ceño mientras se mira los pies mojados como si estuviese dudando si dar un paso más.

—Yo… Lo siento… No puedo.

Y sin mediar más palabras sale corriendo por donde ha entrado y me quedo solo a medio levantarme de la banqueta y con el corazón latiéndome con demasiada fuerza. El tormento no ha desaparecido, claro. Mañana será otro día. Pero hoy… hoy no pienso dejar que nada me arrastre lejos de este momento.

Primera sorpresa del día

Mónica

El estridente sonido de una gaviota graznando me despierta de golpe. No hay alarma. No hay pitido insistente recordándome que hoy es el día. Y aunque me he despertado sonriente, cuando mi cerebro logra encenderse, me doy cuenta de lo que no encaja. Mi corazón da un vuelco cuando miro el reloj en la mesita: 9:55.

—¡No, no, no! —musito, saltando de la cama como si el suelo quemara—. ¡Mierda!

Tengo cinco minutos. Cinco miserables minutos para vestirme, coger lo esencial y salir corriendo a la notaría. Las palabras «lectura del testamento» giran en mi cabeza como un eco martilleante. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Ayer, mientras veía un capítulo más de *Las chicas Gilmore*, me quedé hasta las tantas y se me olvidó por completo poner la alarma.

El recuerdo me golpea mientras me meto a la fuerza en unos vaqueros y una blusa arrugada. Guillaume. La floristería. El preludio de Bach flotando entre nosotros como un puente invisible. Estuve a punto de quedarme, de dejar que esa sonrisa cautelosa y sus palabras suaves me arrastrasen, como si el tiempo no nos hubiera separado. Pero estábamos justo donde la última vez, en medio del caos.

—¡Basta! —me regaño a mí misma mientras me cepillo el pelo de cualquier manera.

Cojo las llaves y el bolso y salgo disparada por la puerta. Las calles de Valldemossa, que en sus días de invierno son acogedoras y tranquilas, se convierten en un laberinto imposible mientras intento esquivar a los primeros turistas y vecinos que pasean sin prisa.

—¿Otra vez tarde, Mónica? —la voz de Fina me golpea como un jarro de agua fría.

La encuentro justo cuando doblo la esquina. Mi querida vecina de abajo, con su delantal floreado y su expresión de desaprobación perpetua, me clava los ojos.

—No tengo tiempo, Fina —respondo sin detenerme.

—Nunca tienes tiempo. Siempre con prisas, siempre con la cabeza en las nubes. Así no llegarás lejos, niña —masculla, pero ya estoy a medio camino de la siguiente calle.

El aire salado me arde en los pulmones cuando, al fin, alcanzo la notaría. La puerta de madera oscura está entreabierta. Respiro hondo, tratando de recomponerme antes de entrar pero es inútil. Como puedo, abro la puerta.

Mi hermana de pie, con los brazos cruzados, hablando en voz baja con Guillaume.

El tiempo parece detenerse. Mis dedos aún están cerrados alrededor del pomo de la puerta y mi mente se queda en blanco.

—¿Qué…? —murmuro para mis adentros.

Ellos no me ven todavía, pero algo en su lenguaje corporal —la inclinación sutil de sus cabezas, la tensión flotando entre ellos— me dice que esa conversación no es casual.

El reloj de la pared marca las 10:05. Llego tarde. Y no solo para la lectura del testamento, por lo que ven mis ojos.

Aina me saluda con una mirada que podría marchitar hasta los cactus de medio Sahara si quisiera. Su ceño fruncido es un muro infranqueable y, antes de que pueda abrir la boca para dar una excusa, ya me está sermoneando.

—¿De verdad, Mónica? —se impone en voz baja con ese tono cortante que me hace sentir como si tuviera cinco años—. Las pintas que llevas, la hora que es… ¿Algún día harás algo bien a la primera?

Me echo el pelo detrás de la oreja, evitando sus ojos, pero ella no ha terminado. Bajo la mirada mientras jugueteo con uno de los

botones de la blusa.

—Y no pongas esa cara, que te conozco. Además —me toma del brazo y me aparta un poco del pasillo—, tenemos que hablar.

El corazón me da un vuelco. «Tenemos que hablar» nunca ha sido el comienzo de nada bueno. Sin poder evitarlo, levanto la cabeza y sigo su mirada, y entonces lo veo.

Guillaume.

Se ha sentado en una de las sillas del pasillo, con las manos entrelazadas y la cabeza baja, como si quisiera fundirse con el suelo. Su perfil, tan familiar, todavía me causa un nudo incómodo en el estómago. Por unos instantes vienen a mi mente imágenes de ayer tocando su piano con tal pasión que me emocionó por dentro. No levanta la vista, pero sé que ha notado mi presencia.

—¿Qué haces aquí? —susurro, aunque una parte de mí ya intuye la respuesta.

Mi hermana suspira.

—Mónica, tienes que dejar de putearlo —suelta sin rodeos ni tapujos—. He estado hablando con él, intentando ser amable… y ¿sabes qué me ha contado? Al principio parecía alegre, incluso encantador, pero cuando le he preguntado por ti… —Hace una pausa, buscando mi reacción—. No ha tenido ningún problema en mencionarme cómo el otro día envolviste las rosas con sus partituras. O cómo le metiste tierra en el piano.

El rubor sube a mis mejillas tan rápido e intenso que creo que voy a arder de un momento a otro. Bajo la mirada, las palabras de mi hermana pesan más que cualquier regaño.

—Fue un accidente… —musito, aunque esa excusa no se la creería ni el gato de doña Fina.

—¿Accidente? —repite ella, incrédula—. Vamos, Mónica. Sabes que no fue un accidente. Y él también.

El silencio se vuelve más denso entre nosotras. Cada palabra de mi hermana golpea justo donde más duele. Siento el peso de mis actos sobre los hombros, ese revoltijo de orgullo herido y arrepentimiento que he estado ignorando durante semanas. Pero en el fondo él tampoco se queda atrás.

—Ya, pero seguro que… –empiezo a defenderme y a contarle lo que él hizo por su parte.

La puerta del despacho del notario se abre, interrumpiéndonos.

—Señorita Mónica, señor Guillaume, acompañantes —anuncia con voz grave—. Ya pueden pasar.

Todos enmudecemos. Incluso mi hermana se queda callada.

Guillaume se levanta poco a poco, sin mirarnos. Yo apenas puedo moverme.

El momento ha llegado.

Mañana nos vemos en la notaría

Guillaume

Estamos los tres sentados frente a la mesa de madera oscura, un mueble sólido, pesado, llevando sobre él el peso de generaciones y generaciones de notarios. El aire en la habitación es denso, apenas roto por el sonido rítmico de las hojas siendo giradas por las manos del hombre.

Mónica está justo enfrente de mí. Aunque intenta mantener la vista fija en el documento, la noto inquieta. En más de una ocasión, sus ojos se deslizan hacia los míos, pero cada vez que nuestras miradas conectan, ella las desvía, apresurada. Como si mirar más de un segundo significara admitir algo que ninguno de los dos quiere poner en palabras.

Yo también aparto la mirada, clavándola en el bolígrafo que el notario tiene sobre la mesa. Mis dedos tamborilean de forma casi imperceptible sobre mi rodilla, un reflejo involuntario de la tensión que llevo encima desde esta mañana.

Aina, la hermana de Mónica, mantiene los labios apretados. Sé que todavía está molesta. Cuando me ha preguntado antes sobre las pequeñas, digamos, «batallas» diarias entre su hermana y yo, lo he contado con una especie de sonrisa nostálgica, casi con cariño. Pero ella no lo ha visto así. Para Aina parecía más bien la confirmación de

que soy parte del problema, otro elemento que complica la vida de Mónica. Y para nada esa era mi intención.

El notario carraspea, enderezándose en la silla.

—Bien, como iba diciendo —su voz es grave, neutral, profesional —, la señora María del Carmen ha dejado estipulado que la herencia debe ser aceptada bajo una de las siguientes formas: pura y simple, con beneficio de inventario, o bien puede ser rechazada. Cada uno de ustedes tiene el derecho de decidir cómo proceder.

La sala parece encogerse a mi alrededor y por tal como se agita Mónica en el asiento, presiento que a ella le pasa lo mismo.

—El señor Guillaume —continúa— ha sido designado como heredero universal, según lo indicado por la señora María del Carmen en su testamento. Por lo tanto, le pregunto manteniendo las formas si acepta la herencia según alguna de las formas mencionadas con anterioridad.

La garganta se me cierra por un instante. La palabra «universal» pesa más de lo que creí. La casa, las tierras… todo lo que alguna vez le perteneció a mi tía ahora está a punto de pasar a mis manos. No sé si estoy preparado para esa responsabilidad, pero lo único que tengo claro es que rechazarlo sería traicionarla.

Noto la mirada de Mónica. Esta vez, no la esquivo.

—Sí —respondo al fin, con la voz algo más firme de lo que esperaba—. Acepto la herencia.

El silencio que sigue es ensordecedor.

Mónica parece aguantar la respiración, pero cuando la miro a los ojos, ella levanta una ceja y puedo escuchar su voz gritando un «Me has jodido la vida». Pero en realidad lo único que quiero hacer es dejar las cosas tal y como están y seguir con mi vida, si es que tengo alguna.

El notario ajusta las gafas sobre el puente de la nariz y retoma el testamento, sus dedos tamborilean sobre las páginas amarillentas como si cada palabra que está a punto de pronunciar cargara un peso invisible. Me tenso en la silla, sintiendo cómo el aire en la habitación se espesa.

—*Molt bé*. En ese caso —pasa la página—, vamos a proceder con la lectura del testamento. Este documento fue escrito y firmado por

la señora María del Carmen el 18 de agosto del 2008 —anuncia, su voz firme y cortante como el filo de una navaja.

Agosto. El último verano que pasé en Valldemossa.

El recuerdo me golpea como un latigazo: las tardes interminables en la vieja casa de mi tía, el sonido del piano flotando entre las paredes agrietadas y las citas robadas con Mónica que, aunque nunca llegamos a intimar, siempre ardían debajo de la superficie. Me paso una mano por la nuca, tratando de aflojar la tensión, pero el nudo en mi garganta se hace más grueso.

El notario pasa a una hoja distinta y extrae una nota manuscrita. El papel cruje al desplegarse.

—Antes de proceder con la distribución de bienes, hay una cláusula especial. La señora María del Carmen dejó instrucciones explícitas: la lectura íntegra del testamento solo se realizará si Guillaume y Mónica están a solas en la sala.

El silencio cae como una lápida sobre nosotros y no puedo más que echar un vistazo a la hermana de mi compañera de herencia.

Aina reacciona primero, con sus ojos abiertos de par en par y su mandíbula apretada.

—¿Perdón? —su voz vibra con incredulidad—. Soy su abogada, tengo derecho a estar presente.

El notario levanta la vista con calma profesional.

—Estoy cumpliendo con las últimas voluntades de la difunta. Ella fue muy clara: solo Guillaume y Mónica.

Aina se vuelve hacia Mónica, esperando a que su hermana intervenga, pero ella está demasiado ocupada mirando sus propias manos y evitando cruzar miradas con cualquiera de nosotros.

—Esto es absurdo —protesta Aina—. ¿Qué pretende tu tía? ¿Un espectáculo? ¡Esto no tiene sentido!

El notario, impasible, señala la puerta.

—Por favor, señora, le ruego que espere fuera.

La rabia de Aina se propaga por el espacio. Se inclina hacia Mónica y le susurra algo al oído, demasiado bajo para que lo capte, pero puedo ver la forma rígida en que Mónica asiente.

Al final, con un último vistazo que podría fulminar hasta el más pintado, Aina recoge sus cosas y sale, dando un buen portazo para

demostrar su enojo.

El eco de ese ruido retumba en mi pecho.

Ahora estamos solos.

Mónica y yo. Y el testamento de mi tía María del Carmen entre nosotros, como una bomba a punto de estallar.

La gran Heren-Putada

Mónica

El eco de la puerta cerrándose tras Aina aún retumba en mi cabeza cuando me doy cuenta de lo que significa: estamos solos.

Sola con Guillaume.

Tengo la sensación de estar frente a frente con el mismísimo diablo, aunque el verdadero tormento es la maraña de recuerdos y emociones que ahora hierven dentro de mí. No sé qué pretendía María del Carmen al insistir en que solo nosotros dos estuviéramos aquí. ¿Un castigo? ¿Una última jugarreta desde el más allá?

El notario carraspea y despliega una nota manuscrita, sus dedos arrugados deslizan el papel con un sumo cuidado.

—Esta es una carta personal que la señora María del Carmen quiso que leyera antes de proceder con la distribución de bienes —anuncia, su voz grave y solemne—. Dice así:

> «Queridos Mónica y Guillaume:
>
> Si estáis leyendo esto, significa que he empezado el viaje al otro mundo, pero antes de dejar este, quería recordaros algo que quizás ya habéis olvidado o que tal vez nunca os atrevisteis a admitir. Este verano he sido testigo de algo hermoso, algo que hizo que mi vieja alma recordara lo que es el verdadero amor. Os vi juntos. Os vi reír, discutir por tonterías, tocar el piano al atardecer y pasear por las calles de Valldemossa como si el mundo solo os perteneciera a vosotros dos.

Sé que, aunque las cosas ahora están bien, no siempre va a ser así, ya que el verano está llegando a su final y sabemos que Guillaume partirá pero hay amores que trascienden las peleas, el orgullo y el tiempo. Algunos amores están escritos en las estrellas, otros en las notas de un preludio y otros, como el vuestro, en los silencios incómodos y las miradas furtivas.

No os estoy dejando esta herencia solo por lo que sois individualmente, sino por lo que podríais ser juntos, si alguna vez os permitís ver más allá de las heridas que os hicisteis.

Con cariño,

María del Carmen».

El silencio que se forma a posteriori es mucho más incómodo que la carta que acaba de leer.

No sé cómo reaccionar. Mi garganta está tan seca que cualquier palabra quedaría atrapada antes de salir. Mis manos están frías, las escondo bajo la mesa mientras fijo la vista en un punto perdido del escritorio, temiendo que, si miro a Guillaume, me desmoronaré.

En mi cabeza se han vuelto a formar las imágenes de ese verano, los paseos, los besos robados… Y mi corazón lo ha vuelto a vivir como si fuese la primera vez. Y por un instante me muero de ganas por saber si esta carta también ha revuelto a mi compañero de herencia.

Así que lo hago. Lo miro.

Me doy cuenta de que él ya tiene sus ojos clavados en los míos. Hay perplejidad en ellos, sí, pero también algo más, algo que me cuesta descifrar. ¿Culpa? ¿Tristeza? ¿O quizá una necesidad que ambos hemos intentado enterrar desde aquel verano?

El notario, ajeno a la tormenta que acaba de desatarse dentro de mí, dobla la carta con delicadeza.

—Ahora, si están listos, procederemos con el resto de la lectura contractual del testamento —anuncia, como si lo que acaba de leer no hubiera sido una bomba emocional.

Pero yo no estoy lista y me temo que nunca lo estaré.

El notario rebusca en un cajón hasta encontrar un caramelo que no duda en llevarse a la boca y comienza a leer. Una sensación de

ahogo empieza a aprisionarme el pecho cuando sus palabras resuenan por la sala.

—En primer lugar —prosigue con su voz áspera—, todos los bienes económicos, las cuentas bancarias y las inversiones de la difunta María del Carmen, pasan íntegramente a Guillaume.

El sonido de su nombre es un golpe seco en mi pecho. Aunque soy consciente de que en eso yo no tengo ni voz ni voto, y que es lógico, me hace ponerme en lo peor. Guillaume no reacciona, su rostro es una máscara de piedra, pero yo sé que su mente bulle tras esa fachada.

—Ahora —continúa el notario—, respecto a la finca y el local comercial situados en Valldemossa, existen condiciones específicas que deben cumplirse para conservar la herencia.

Mi estómago se retuerce y mi corazón se detiene por un instante. Condiciones. Claro, la tía María del Carmen nunca haría las cosas fáciles. Ya no lo hacía en vida, menos una vez hubiese puesto un pie en el otro mundo. Si hasta cuando nos daba calderilla para comprar piruletas nos hacía resolver algún acertijo o prueba por el estilo.

—Primera condición: coexistencia obligatoria. Ambos herederos, Mónica y Guillaume, deberán vivir juntos en la vivienda de la planta superior durante un año entero como mínimo, sin abandonarla más de 48 horas seguidas, salvo emergencias justificadas.

Siento como si el aire se detuviera antes de salir de mi cuerpo. ¿Compartir casa con Guillaume por un año?

El notario no se detiene.

—Segunda condición: el local de la planta baja deberá convertirse en un negocio común. Podrá ser un café, una librería, un taller artesanal… Ambos deberán contribuir económicamente y con su trabajo diario durante un mínimo de seis meses.

—No me jodas —murmura mi compañero de herencia.

Echo un vistazo a Guillaume. No parece más aliviado que yo. Un negocio juntos. Esta mujer se había vuelto loca por completo. Si apenas han pasado quince días y no sé cómo el local sigue en pie.

—Tercera condición: cualquier reforma o mejora en la finca deberá ser aprobada y consensuada por ambos, y las decisiones importantes solo se validarán si hay un acuerdo mutuo.

Suelto un leve suspiro. Con nuestra capacidad para ponernos de acuerdo, ya puedo imaginar lo que eso significará. La casa no aguantará ni dos días.

—Cuarta condición: en caso de disputa grave, deberán acudir a un mediador designado por la testadora antes de tomar acciones legales. En este caso se ha propuesto a la señora Fina como mediadora.

¿Un mediador? ¿Doña Fina? Esto roza lo absurdo. Esa mujer, aunque la quiera con locura, es una metomentodo y…

—Usted debe de estar… —empiezo, pero enseguida me corta para seguir con la lectura.

—Quinta condición: deberán organizar al menos cuatro eventos públicos en el local durante el primer año —continúa el notario—. Un mercadillo, una lectura de poesía, una jornada solidaria… Lo que sea.

Mi mente da vueltas. ¿Eventos? Apenas puedo respirar. ¿Qué coño vamos a hacer?

—Sexta condición: si alguno decide vender su parte de la finca, pierde *ipso facto* su derecho a la herencia, que pasará al otro heredero en su totalidad.

Mis manos tiemblan sobre mi regazo. Guillaume sigue imperturbable. Pero por dentro yo me estoy martirizando a más no poder.

—Séptima condición: ambos deberán mantener viva una tradición específica de la difunta, como plantar un árbol cada primavera en el jardín o leer una carta especial escrita por ella en el aniversario de su muerte. Ustedes sabrán cuál es esa tradición que ella más impartía para tenerla en cuenta.

Trago saliva. La tía de Guillaume siempre nos decía que las raíces eran importantes, pero esto va más allá. Esto no tiene sentido ninguno.

—Octava condición: no podrán ceder sus derechos a un tercero para cumplir estas normas. Solo ustedes dos pueden tomar las decisiones y ejecutar las tareas.

Una chispa de frustración brota en mi pecho. Estamos atrapados en este juego y lo más jodido es que nada ni nadie podrá estar a mi

lado.

—Por último —dice el notario, levantando la mirada de los papeles —, hay una cláusula secreta. Solo será revelada si ambos cumplen todas las condiciones. De lo contrario, si al cabo de un año no han cumplido, la finca será donada a una organización benéfica elegida por la testadora.

Silencio absoluto. Por fin el hombre ha dejado de hablar y mi cabeza puede empezar a pensar, creo. Mi mente es un caos y la información salta de una a otra sin conexión alguna.

Guillaume mantiene la mirada fija en el escritorio, pero su mandíbula tensa lo delata. La tía María del Carmen ha tejido una red tan fina como inquebrantable, y ahora estamos atrapados en ella.

Mi negocio depende de ello. Mi vida entera está en nuestras manos, pero sobre todo, en las de él. Si yo acepto, pero Guillaume no lo hace, estoy vendida. Y en este caso, no sé si quiero gritar o reír. Quizás ambas cosas.

Acuerdos y desacuerdos

Guillaume

El silencio que queda tras las palabras del notario pesa como una losa sobre mis hombros. Las normas se amontonan en mi cabeza, una tras otra, como si alguien las hubiera grabado a fuego. Coexistencia obligatoria. Negocio conjunto. Renovación compartida. Y así, una cadena de reglas absurdas que me atan a esta finca y, sobre todo, a Mónica.

—Tiene que haber alguna manera de modificar esto —mi voz suena más tensa de lo que esperaba mientras me paso una mano por el cabello, desordenándolo aún más—. Quiero decir que no es razonable. ¿De verdad no hay una cláusula que permita una renegociación?

El notario, un hombre mayor con gafas gruesas y expresión pétrea, sacude la cabeza lentamente.

—El testamento es claro, señor Guillaume Moreau. Las condiciones son inamovibles. Cualquier intento de eludirlas resultará en la pérdida inmediata de sus derechos sobre la herencia. El suyo.

Sus palabras me golpean el pecho tan fuerte que me quedo helado. Siento una punzada de frustración. No puedo permitir que algo así suceda, ya tengo suficiente con mi propio tormento como para sucumbir a los deseos de María del Carmen.

—¿Y si… si uno de los dos decide abandonar? —insisto de nuevo, notando yo mismo la desesperación en mis palabras.

—El otro heredero obtendría la totalidad de la finca, así como el negocio. —El notario me mira con severidad—. Pero si ambos incumplen las normas, la propiedad será entregada a la organización benéfica designada.

—Esto es una locura —susurro, más para mí que para él.

De reojo, veo a Mónica. Está callada, con la mirada clavada en un punto fijo de la mesa, las manos entrelazadas sobre el regazo y una pierna tamborileando con fuerza contra el parquet. No me devuelve la mirada, y eso me irrita más de lo que debería. ¿Es que no le afecta esto? ¿O simplemente está conteniendo su propia tormenta interna?

Mi mente vuela a París. A mi apartamento vacío, a la luz grisácea filtrándose por las cortinas de lino. A las teclas del piano cubiertas de polvo. Ya nada me retiene allí. La música, que una vez fue mi refugio, se ha convertido en una prisión. Desde que mi tía falleció, cada nota que toco suena hueca, desde el altercado que arruinó mi carrera, siento que no pertenezco a ningún sitio.

Pero quedarme aquí… ¿Un año entero compartiendo techo con Mónica? Los últimos quince días han sido un desfile de roces, de discusiones agotadoras, de miradas que dicen más de lo que deberían. Si un par de semanas han sido así, ¿cómo voy a sobrevivir un año entero?

—Guillaume —la voz de Mónica, suave pero firme, me saca de mis pensamientos.

Levanto la vista. Por fin, nuestros ojos se encuentran. Hay algo en los suyos que me desarma. ¿Culpabilidad? ¿Resignación? Por un momento, el verano de hace años vuelve a mí. Los paseos por Valldemossa, las risas en la playa, las noches compartiendo secretos al borde del acantilado. Pero ese verano murió junto a todo lo demás.

—¿Esto cambia algo para ti? —le pregunto intentando encontrar una respuesta entre sus palabras.

Ella parpadea, confusa. Creo que necesitamos tener una conversación antes de aceptar o no. Esto no solo me afecta a mí, también a ella.

—No lo sé —admite—, pero si lo que buscas es una salida fácil, Guillaume, me temo que no la hay.

Su sinceridad me irrita y me conmueve a la vez. Estoy hecho un mar de dudas y no sé qué pensar o qué hacer. El notario carraspea, bastante incómodo con el aire cargado que flota en el ambiente.

—Imagino que necesitarán un rato para deliberar sobre estas palabras, ¿verdad? —pregunta con voz seca mientras nos escudriña con la mirada.

Me quedo en silencio. Mi mente sigue debatiéndose entre París y Valldemossa, entre la libertad y el encierro. Pero, sobre todo, entre huir de Mónica o quedarme a enfrentar lo que aún late entre nosotros.

—Si, por favor —acepta Mónica.

El notario sale de la sala sin apenas hacer ruido dejándonos en una situación de lo más incómoda. Ahora solo quedamos Mónica y yo, sentados uno junto al otro, con el testamento abierto sobre la mesa exigiéndonos que hablemos desde el silencio.

El silencio es denso. Ella juguetea con un mechón de su cabello, enrollándolo y desenrollándolo alrededor de un dedo, y yo tamborileo con el pie haciendo que cada golpe sea más seco que el anterior.

—¿Firmamos una tregua? —propongo al fin con mi voz un poco más áspera de lo que pretendía.

Mónica levanta la vista, parpadeando antes de que nuestros ojos se conecten. Su expresión es cautelosa, pero no me interrumpe.

—Solo por un momento —le proporciono este matiz—. Pongamos todas las cartas sobre la mesa. No vamos a resolver nada si seguimos lanzándonos pullas como si fuéramos adolescentes.

Ella aprieta los labios, dudando. Su ceño se vuelve a fruncir, pero al final asiente.

—Vale —responde—, pero solo porque no quiero que mi hermana se pase los próximos meses regañándome como cuando éramos pequeñas.

Dejo escapar un suspiro de alivio. Al final esto es algo con lo que vine aquí, en hacer las paces aunque solo fuese por un breve

instante, aunque ahora parece que se ha convertido en un instante de trescientos sesenta y cinco días. Esto es un comienzo.

—Lo primero —empiezo, apoyando las manos sobre el testamento —, esta herencia es una putada como una catedral. No hay otra forma de decirlo.

Mónica suelta una carcajada amarga que hace que los ojos se le achinen y se le marquen los hoyuelos que hacía años que no veía.

—¿Te crees que no lo sé? —se ríe—. No pedí nada de esto, Guillaume. La floristería... Eso es lo único que me importa. Es mi vida.

La floristería. Por supuesto. Para Mónica, ese pequeño local lleno de aromas dulces y colores por donde los haya. Y ahora, gracias a las reglas de mi tía, también es mi cárcel.

—Yo no sé nada de flores ni de plantas ni de llevar un negocio así —confieso, midiendo cada una de mis palabras—. Si vamos a hacer esto, ese punto tendremos que hablarlo.

Mónica alza una ceja.

—¿Negociar? —repite—. ¿Quieres abrir una tienda de pianos en medio de Valldemossa y joderme mi razón de vivir?

—No es eso. Solo digo que tendremos que encontrar un término medio. Yo no voy a regar plantas sin saber lo que hago, y tú no vas a querer que toque tus rosas con mis partituras.

Ella aprieta la mandíbula, y por un segundo creo que va a saltar de la silla para empezar una nueva discusión. Pero en lugar de eso, suelta un largo suspiro.

—Mira —suelta al fin—, perdona si estos últimos quince días he sido... difícil, pero eso no significa que te guarde rencor —añade con una sonrisa tensa—. Lo que pasó entre nosotros... Eso no desaparece solo porque tengamos que compartir una casa ahora.

Y ahí va todo. Éramos demasiado jóvenes y ella apenas es consciente de todo lo que me sucedió en ese momento de mi vida como para que me juzgue tan a la ligera. Admito que no fue lo mejor y que le rompí el corazón, aunque a mí me rompieron hasta el alma.

Me paso una mano por el pelo, nervioso. ¿Por qué cada conversación con Mónica tiene que ser un campo de minas?

—Lo sé —respondo con un hilo de voz.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, pero esta vez hay algo diferente. Algo más pesado.

—¿Y qué hacemos con las normas? —pregunto al fin.

Mónica se cruza de brazos.

—Empezar por asumir que mi hermana va a ser nuestra niñera —concluye con sorna—. Estará encima de nosotros cada vez que respiremos, Guillaume. Y si nos salimos un milímetro de lo que dice mi tía, adiós finca. Yo no voy a renunciar a mi felicidad.

Ella no va a renunciar, pero yo debo joderme, ¿no? Aprieto los dientes. Pero ¿qué remedio me queda? No tengo nada ni nadie que me ate a otra parte del mundo.

—Estamos metidos en un buen berenjenal —admito.

Mónica se encoge de hombros.

—Solo nos queda decidir si saltamos juntos o nos arrastramos el uno al otro al fondo.

Nos miramos en silencio un segundo, pero entonces caigo en la cuenta de algo.

—Norma uno —puntualizo levantando un dedo de la mano.

—Más normas no, *si us plaaaaau* —gruñe.

Le sonrío al ver esa clásica reacción suya.

—Espera, que te va a gustar. Sobre la norma uno. Viviremos en la misma finca, pero te dejaré la habitación de invitados.

—Ni loca iba a meterme en la misma cama contigo —resopla, indignada.

La tregua sigue en pie, pero las grietas ya empiezan a mostrarse.

Una cena de locas

Mónica

El sonido de las voces en el comedor me pone los nervios de punta. Doña Fina habla con su tono de siempre, tan agudo y dramático, mientras que Aina responde con su lógica aplastante de abogada del diablo. Y luego está él, Guillaume, callado pero presente, que lleva escuchándonos decir barbaridades desde que hemos salido de la notaría con la aceptación de la herencia firmada.

Sofía y yo, en cambio, estamos en la cocina. El aroma a las pizzas que estamos preparando para cenar apenas logra calmarme y eso que soy de esas que adora comer. Mi amiga tiene los brazos cruzados, mirándome con la ceja subida y riéndose entre dientes.

—Es una señal del destino —apunta, en voz baja, pero con un entusiasmo que me crispa todavía más—. ¡Vamos, Mónica! Que os hayan dejado la casa y el negocio bajo esas condiciones… Eso no pasa por casualidad.

—No empieces —susurro, con los dientes apretados, sacando un par de botellines de cerveza de la nevera—. El destino no tiene nada que ver. Es una jugarreta, una trampa con el nombre de su tía escrito en cada cláusula.

—¿Y qué tal si no lo es? —insiste, inclinándose hacia mí—. A lo mejor María del Carmen vio algo que vosotros os negáis a ver. Lo vuestro… era especial.

—Es pasado —la corto, casi escupiendo las palabras—. Guillaume y yo ya no somos lo que fuimos. Ni lo seremos. Jamás.

Sofía niega con la cabeza con ese gesto suyo tan típico, como si supiera algo que yo no sé. Y lo peor es que me irrita, porque una parte de mí teme que tenga razón, y no es buena señal. Ya caí en las garras del pianista una vez y nadie salió bien parado.

—Estabas loca por él —susurra, y sus palabras caen como una gota en un charco, haciendo que mi corazón dé un pequeño parón al recordar la verdad—. Y él te miraba como si fueras su canción favorita de Bach.

—¿Y qué importa eso ahora? —mi voz se quiebra, y me apresuro a calmarla—. Ahora él quiere volver a París y yo quiero seguir con la floristería. No hay más.

—¿Eso es lo que quieres, Mónica? —su tono cambia, volviéndose suave, casi compasivo.

No es lo que quiera, es lo que debe ser. Yo estoy muy bien ahora, tengo mi vida tranquila como siempre soñé, alejada de mi hermana —cosa que va a volver a cambiar en nada— y con el trabajo de mis sueños. Para nada quiero cambiar esta estabilidad para arriesgarme con Guillaume a ¿qué? ¿A otra vez una vida de incertidumbre?

Antes de que pueda responder, la puerta del comedor se abre y la voz de Aina nos llama.

—¿Podéis venir ya? —nos reclama con esa severidad que hace parecer que estamos a punto de firmar un tratado de paz o declarar una guerra.

Respiro hondo. Sofía me da un apretón rápido en el brazo y me lanza una mirada cómplice.

—Piénsalo —susurra justo antes de que cruce el umbral y ella se quede en la cocina.

Guillaume está de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados. No me mira. En realidad no mira a nadie y parece estar sumido en sus propios pensamientos. Doña Fina está sentada, suspirando de una manera demasiado teatral incluso para ella, mientras que Aina despliega papeles sobre la mesa.

No sé si esto es el destino o una broma cruel del universo, pero lo único que sé es que estamos a punto de tomar una decisión que

podría cambiarlo todo.

Sofía saca las *pizzas* del horno con un movimiento rápido, para no perderse nada de la que puede ser la gran discusión de la historia de la humanidad. El olor a queso fundido y tomate especiado debería ser reconfortante, pero lo único que siento es el nudo cada vez más grande en mi estómago. Aina, con su profesionalidad cortante, vuelve a llamar la atención de todos.

—Bien —empieza, cruzándose de brazos una vez todos estamos sentados alrededor de la mesa—, he estado pensando, y podríamos explorar algunas vías judiciales para apelar ciertos términos del testamento. Por ejemplo, el tema del negocio conjunto. No es razonable obligar a dos personas a trabajar juntas si no hay voluntad real de hacerlo. Teniendo en cuenta que además estáis en dos mundos laborales totalmente distintos.

—Eso suena bien —añado, más para darme algo de espacio que porque crea que funcione.

—Pero, ¡vamos! —salta Sofía, con esa chispa de entusiasmo que provoca que todos la miremos de golpe—. Esto tiene que ser una señal, una oportunidad para que os entendáis. La tía María del Carmen no era tonta.

—Sofía, por favor —murmuro, removiendo el vaso de agua delante de mí.

La voz de Aina vuelve a tomar las riendas.

—Guillaume, también está el tema de tu carrera. Tienes las giras, conciertos, compromisos... No veo cómo podría encajar eso con estar aquí un año entero y solo poder escabulliros un máximo de 48 horas seguidas.

Me giro para mirarlo. Sé cómo funciona su vida, o al menos cómo funcionaba. Siempre viajando, siempre en movimiento. Pero Guillaume apenas pestañea.

—No será un problema —masculla con una calma que me crispa.

Frunzo el ceño. ¡¿Por qué no sería un problema?! Se supone que está en lo más alto de su carrera, que tiene contratos y fechas cerradas con meses de antelación. ¿Acaso está mintiendo?

—¿Qué significa eso? —pregunto notando cómo mi voz ha salido más afilada de lo que pretendía.

Guillaume baja la vista a la mesa por un segundo antes de responder. Y lo hace sin mirar a ninguna de nosotras.

—No tengo nada programado para el próximo año.

La frase queda suspendida en el aire, como si nadie supiera cómo procesarla. Aina entrecierra los ojos, analizando cada matiz de su voz.

—¡Vaya! —comenta Sofía intentando salvar la situación, aunque solo consigue que la tensión suba de tono más aún—. Eso facilita las cosas, ¿no?

—Claro, ¡perfecto! —Aina aplaude ante el giro de los acontecimientos—. Entonces solo falta organizar el reparto de tareas para el negocio.

Pero yo no me quedo para nada tranquila ante la respuesta de mi «nuevo compañero de piso». No entiendo cómo puede tener todo el resto del año libre. Es lo primero que averiguaré en cuanto ponga un pie en casa de María del Carmen. Y por ese motivo, decido cambiar de tema.

—Aina —empiezo, sintiendo la necesidad de rebajar las expectativas—, no puedes estar aquí todo el tiempo vigilándonos.

—Ya, bueno, tampoco podré dedicarme a esto las primeras semanas —admite—. El bufete sigue siendo mi prioridad y tengo a mis hijos. Pero para inicios de junio estaré más libre.

Hago cálculos rápidos. Quedan quince días para eso. Por lo que mi excusa para librarme de mi guardaespaldas ha sido un fracaso total.

—Quince días —murmuro, más para mí que para los demás.

Guillaume no dice nada, solo tamborilea los dedos sobre la mesa. Yo intento buscar su mirada, pero la esquiva. Por un segundo, me pregunto si este testamento es solo una trampa más de la tía María del Carmen para obligarnos a enfrentarnos a algo más grande que una simple herencia.

Ya tenemos todo más o menos claro cuando el reloj marca alrededor de la medianoche. La mudanza será este fin de semana y Aina se ha encargado de repasar con una precisión británica las normas de la herencia.

Guillaume y yo debemos instalarnos en la casa de la tía María del Carmen cuanto antes y empezar a planear lo del negocio conjunto. La idea es que yo traslade la floristería al local delantero y deje la trastienda para él, aunque eso implica embalar todas las plantas, herramientas, decoraciones y los pedidos pendientes. Mientras que él no sé cómo hará para meter el piano en ese rincón.

Mi futuro compañero, por su parte, se ha mantenido callado toda la noche mientras Aina hablaba de repartir las tareas.

Doña Fina ha insistido en que contemos con su ayuda —«para vigilar que no os matéis el uno al otro»—, mientras que Sofía ha ofrecido su coche para hacer los viajes. Mi hermana, por supuesto, ha dejado claro que vendrá cada vez que pueda, aunque ahora parece un poco agobiada con la idea de tener que supervisar el circo que promete ser esta convivencia forzada.

Guillaume ha sido el primero en levantarse de la mesa, recogiendo su chaqueta, demasiado rígido e incómodo. Su mandíbula parece más apretada de lo normal y sus pocas palabras están muy medidas. Algo le pasa, aunque no sé qué. Antes, al menos, había cierta chispa entre nosotros, aunque fuera para lanzarnos pullas. Ahora, su silencio es como un muro de piedra.

Lo acompaño hasta la puerta, más por instinto que por otra cosa, y cuando llegamos al umbral, dejo escapar un suspiro. Sé que tengo que decir algo. Ya que si vamos a vivir juntos —aunque sea a la fuerza—, no podemos seguir así.

—Oye... —empiezo, provocando que sus ojos se claven en los míos, fríos, como si solo esperara que acabara para largarse—, quiero disculparme por todo lo que ha pasado estos días en la floristería. Lo de las partituras, lo de la tierra en el piano... Sé que me pasé. Si hay algo que reparar del piano, dímelo. Lo pagaré.

Guillaume ni siquiera parpadea. Hay un segundo de silencio incómodo y creo por un instante que se va a arrepentir de haber

aceptado nuestro futuro «juntos». Luego, su voz se torna más cortante que nunca:

—No hace falta. Ya está arreglado.

Su respuesta es tan seca que me deja helada. Esperaba una burla, una de sus sonrisas torcidas, incluso un comentario sarcástico. Pero no esto.

—Aun así, lo siento. De verdad.

—Está bien. —Hace como que se quiere ir, pero antes de empezar a bajar las escaleras, se da media vuelta—. Una última cosa, ¿soy yo o me ha parecido ver un gato esconderse en tu habitación antes?

—Oh, una gata, Amandine. ¿Te importa?

¿Cómo no se me ha ocurrido que Amandine también se va a mudar conmigo y con él, por supuesto? Debo de poner una cara de susto, ya que él parece sonreír después de mi reacción.

—Mientras no se suba a mi cama, también es bienvenida —responde, aunque su tono dice lo contrario. Da un paso hacia la puerta—. Nos vemos el sábado.

Sin más, baja las escaleras, dejándome allí, con las disculpas aún colgando de los labios y una sensación extraña por todo el cuerpo. Cierro la puerta despacio, con el estómago revuelto. Ahora soy yo la que siente que algo se ha roto.

La semana más corta de mi vida

Guillaume

La casa está sumida en un completo silencio, salvo por el leve crujido de las paredes y el zumbido distante de la nevera. Tumbado boca arriba en la cama, con los brazos cruzados sobre el abdomen, miro el techo esperando encontrar las respuestas que se me escapan. Mañana es sábado. La mudanza.

Ha pasado una semana desde que acepté la herencia y cada día ha sido una repetición monótona de rutinas que me inventé para no pensar demasiado. Me levantaba temprano, salía a correr por las calles adoquinadas, compraba algo rápido para desayunar y luego volvía a casa para enfrentarme a la limpieza. Una tarea que se volvió casi obsesiva. No porque la casa lo necesitara —tía María del Carmen la mantenía impecable— sino porque el acto de fregar, ordenar y deshacerme de cosas viejas me permitía evitar otro tipo de pensamientos.

He despejado la habitación que da al jardín trasero para Mónica. Era un despacho lleno de papeles amarillentos, libros con las páginas dobladas y cajones repletos de cartas que no me atreví a leer. Todo eso lo metí en cajas y lo subí al altillo. Ahora la habitación está vacía, con las paredes cubiertas por los ganchos de los antiguos cuadros y un armario viejo que chirría cuando lo abres. Incluso dejé un hueco

en la cocina para sus cosas. Un pequeño gesto, pero suficiente para crear la ilusión de que puedo ser hospitalario cuando me da la gana.

En parte, también me hace gracia tener a su gata. Ya hemos hablado de que su reino será la tienda, que le dejaré un hueco en la trastienda para el arenero y que podrá salir al jardín a jugar. Me hace ilusión, no soy muy fan de los perros, pero los gatos… Siempre he querido uno.

Todo ese esfuerzo se desmoronó cuando, esta tarde, me di cuenta de un detalle evidente: solo hay un baño en toda la casa.

Una maldita bañera de esmalte desgastado, un lavabo con el grifo que gotea y un espejo agrietado. No hay espacio suficiente para dos personas, ni siquiera para compartirlo de forma civilizada.

¿Dónde pondrá sus cosas? ¿Tendré que hacer hueco para sus cepillos, sus cremas, su maquillaje? ¿Qué vamos a hacer por las mañanas cuando ambos necesitemos prepararnos?

Suspiro y me giro hacia un lado, cerrando los ojos con fuerza, como si eso bastara para obligarme a dormir. Pero no funciona. Hace cinco años que no comparto mi hogar con nadie. Desde que Sophie murió, mi vida ha sido una sucesión de noches solitarias y días demasiado largos. Nadie ha ocupado su lugar, ni en mi corazón ni en mi casa. Ahora tendré que compartir mi espacio con Mónica, justo cuando había decidido que lo mejor era mantener las distancias.

Esta semana apenas la he visto. Ella ha estado trabajando en la floristería y yo he evitado acercarme más de lo necesario. No quería más discusiones, más miradas tensas ni más palabras a medio decir. Siendo sinceros, tampoco quería enfrentarme a lo que siento cada vez que la veo: una mezcla confusa de rencor y algo más, algo que prefiero no nombrar.

Pero mañana todo cambiará. Ella llegará con sus maletas, con su ropa, sus libros y sus silencios incómodos. Y este espacio, mi refugio, dejará de ser solo mío.

Me paso una mano por el rostro, cansado, frustrado. Si al menos pudiera dormir un poco, tal vez mañana tendría fuerzas para lidiar con todo esto. Pero sé que no será así. Porque mañana, cuando ella cruce la puerta con sus cosas, será el comienzo de un año largo y complicado.

Y no estoy seguro de cómo voy a sobrevivir.

El timbre suena, estridente, a las diez en punto. Justo cuando me he sentado en el jardín trasero hojeando un libro del que no he leído ni dos páginas enteras. Lo dejo sobre la mesa del salón y aliso la camisa, como si eso fuera a cambiar algo.

Abro la puerta.

Mónica está allí, con ese gesto neutro que parece su firma personal. A sus espaldas, Sofía se pelea con una caja enorme que apenas le deja ver por dónde pisa. Mientras, Doña Fina, como era de esperar, está cuchicheando con Marcelo el del kiosco. A la gente de este pueblo le gusta demasiado el salseo, y hoy les estamos sirviendo el plato principal.

—¡¿Ya estáis aquí?! —exclamo con una sonrisa forzada mientras me rasco la nuca, no me esperaba que llegasen tan temprano—. Pues nada, sed bienvenidas. Emmm… Pasad.

Mónica niega poniendo los ojos en blanco mientras Sofía salta de uno al otro con una mirada divertida desde detrás de la caja.

—Estás de buen humor, Guillaume —comenta la amiga dejando atrás el coche y subiendo a la acera—. ¿No habrás tomado un chupito para afrontar este día?

—¡Solo agua, lo juro! —contesto levantando las manos en señal de inocencia.

Mónica suspira, dejando en el suelo una maleta pequeña. Parece cansada ya y ni siquiera hemos empezado.

—¿Podemos entrar? Tenemos demasiado público y quiero dejar de ser la comidilla —susurra lanzando una mirada furtiva a nuestros vecinos.

Abro más la puerta y hago una reverencia exagerada.

—Por supuesto, adelante. Vigila los escalones.

Sofía se ríe entre dientes, mientras Mónica pasa directamente sin mirarme. No puedo evitar seguirla con los ojos desde donde estoy mientras arrastra la maleta por el suelo.

Una vez dentro, la casa se siente más pequeña. El aire pesa un poco más y, aunque estoy de mejor humor, no dejo de pensar en las horas de sueño que me faltan.

—He dejado la habitación trasera libre para ti —le comento, más serio ahora, mientras cierro la puerta tras de mí. —Saqué todo lo de mi tía y te hice hueco en la cocina. Pero...

Me detengo, porque noto que lo que voy a decir no va a gustarle.

—Pero ¿qué? —pregunta Mónica girándose de golpe para mirarme con fijeza por primera vez esta mañana.

—Solo hay un baño —confieso soltando la gran noticia.

Silencio.

Sofía suelta una carcajada.

—¡Oh, esto promete ser divertido! ¿Ya habéis decidido quién tendrá derecho exclusivo a la ducha a las ocho de la mañana?

—Deberemos hacer turnos, por supuesto—me apresuro en apuntar, intentando restarle importancia.

Mónica cierra los ojos un segundo y asiente con una tensión oculta.

—Perfecto —responde sin más—. ¿Dónde dejo el resto de mis cosas?

Señalo hacia el pasillo.

—Te lo enseño..

Ella toma la maleta y la caja que su amiga acaba de dejar y me sigue. Detrás, Sofía se apoya en el marco de la puerta y susurra lo bastante alto como para que ambos la oigamos:

—Esto va a ser más interesante de lo que pensaba.

Finjo no escucharla, pero el falso entusiasmo que me ha sostenido hasta ahora empieza a tambalearse.

Cuatro viajes más y la habitación de Mónica parece más un almacén que un dormitorio. Cajas apiladas contra las paredes, una maleta abierta sobre la cama y una pequeña bolsa que supongo lleva lo esencial. Ella sale de la habitación, se limpia las manos en los vaqueros y comenta que va a aparcar el coche. La puerta de la entrada se cierra con un chasquido suave y, de pronto, Sofía y yo estamos solos.

Amantine, la gata, ya ha inspeccionado toda la tienda a su antojo. Mónica le ha colocado su cama y todos sus bártulos en la planta inferior y le ha «hablado» sobre que no puede subir a la planta de arriba. La verdad es que verla me ha hecho mucha gracia y tengo la sensación de que este animalillo y yo nos vamos a llevar bien.

Hay un silencio incómodo que intento disolver con una sonrisa forzada mientras salimos de ahí y nos metemos en la cocina.

—¿Un café? —pregunto señalando la cafetera sobre la encimera.

Sofía asiente con una sonrisa amable, aunque noto que también está un poco tensa. Preparo dos tazas y le ofrezco una, invitándola a sentarse conmigo en la mesa de la cocina.

—Bueno —empiezo con voz ligera—, supongo que esto ya es oficial. Mi nueva compañera de piso ha invadido mi territorio personal.

Sofía deja escapar una risa suave mientras remueve el café con la cucharilla.

—No sé si decirte «enhorabuena» o «lo siento» —responde, con un destello divertido en los ojos—. Mónica no es precisamente fácil. Y menos contigo.

—No hace falta que me lo digas —bromeo—. Lo estoy descubriendo por mí mismo. Pero ¿cómo está? Quiero decir... ¿cómo lo lleva?

Sofía suspira y mira el líquido negro en su taza como si buscara las palabras adecuadas.

—Está bien, supongo. Sé que se siente extraña —admite—. Dejar la casa donde ha vivido siempre, la floristería que no sabe cómo va a terminar... Todo. Nuestra amiga nunca ha sido fan de los cambios drásticos, ya lo sabes.

Asiento despacio. Sí, lo sé. Mónica siempre ha sido de raíces firmes y costumbres marcadas. Cualquier sacudida en su rutina es como un terremoto personal. Y parece que yo soy el centro de todos ellos en su vida.

—La entiendo —respondo con una risa amarga—. La verdad es que yo también me siento extraño. He vivido solo durante años, y ahora... esto.

Tomo un sorbo de mi bebida mientras Sofía me observa, ladeando la cabeza.

—¿Seguro que estás bien con todo esto? —pregunta—. No me refiero a la herencia o a las normas absurdas de María del Carmen, sino a Mónica.

Mi sonrisa se tambalea un segundo, pero la reconstruyo al instante. Llevo haciéndome esa misma pregunta desde que supe que ella estaba en el testamento y, conociendo a mi tía, lo que ello implicaría.

—Claro que sí —respondo con un entusiasmo forzado—. Estamos siendo adultos civilizados. Esta semana no nos hemos matado, así que todo irá bien.

El silencio vuelve, aunque esta vez es muy incómodo. Antes de que pueda añadir algo más, la puerta principal vuelve a abrirse y Mónica entra, sacudiéndose las manos.

—El coche ya está —anuncia—. ¿De qué habláis?

Sofía y yo intercambiamos una mirada rápida.

—De lo mucho que me alegra compartir baño contigo —respondo irritado por todo lo que conlleva ese hito.

Mónica me lanza una mirada afilada, pero hay algo en sus labios que amenaza con convertirse en una sonrisa. Solo amenaza.

—Tranquilo, que antes de usarlo daré tres toques para asegurarme de que no estés dentro —comenta tan mordaz como he sido yo—. ¿Quién quiere más café?

Sofía oculta una risa tras su taza. Yo me recuesto en la silla y trato de convencerme de que sí, todo irá bien.

—Ya parece que esta sea su casa —me burlo señalando cómo se mueve por la cocina con soltura.

—Tengo algo que contarte y no sé si te gustará mucho.

Una nueva idea

Mónica

Ha sido idea de Sofía, como casi todo lo que roza el límite entre lo brillante y lo arriesgado, y apoyada por mi hermana. Pasamos la semana dándole vueltas a cómo podríamos mantener eso de vigilarnos el uno al otro para cumplir con las absurdas normas del testamento. Entonces, mientras compartíamos un desayuno en la cafetería de Clove, a mi amiga se le ocurrió: abrir una cuenta en redes sociales. Sofía lo apoyó al instante.

—Podéis documentarlo todo —aclara Sofía, emocionada—. Así, si alguien duda de que estáis haciendo las cosas mal, ahí tenéis las pruebas. Fotos del negocio, vídeos de los eventos… incluso una cuenta atrás del año que tenéis que pasar juntos. ¡Será como un *reality show*, pero más elegante!

A mí, con total sinceridad, me pareció una idea brillante. Funcional, directa. Aunque, claro, hay un pequeño inconveniente: Guillaume. Y es que él ha desaparecido por completo de las redes.

Así que aquí estamos, sentados en la cocina de su casa —de nuestra casa, al menos por ahora— con una taza de café entre las manos y mi amiga a un lado esperando a que suelte la bomba.

—He estado pensando —empiezo tratando de sonar casual— que podríamos abrir una cuenta en redes para documentar todo lo que hacemos. Como una forma de demostrar que cumplimos las normas.

Guillaume parpadea una vez. Luego otra. Silencio absoluto.

En mi estómago se ha formado un nudo que apenas me deja respirar, pero ahora ya está, ya lo he soltado, pero no puedo parar de tamborilear con el pie, nerviosa ante su opinión.

—¿Una cuenta en redes? —repite como si no hubiese entendido.

Sofía se lanza antes de que él pueda decir algo más o de que yo pueda aportar más ideas.

—Sí, así todo el mundo podrá ver que estáis cumpliendo con las reglas: la convivencia, el negocio, los eventos… todo. Transparencia total.

Su expresión es difícil de leer. Durante un segundo, creo que va a decir que sí, que le parece bien, pero entonces la comisura de sus labios se tensa.

—¿Y exactamente a qué «todo el mundo» os referís? —Su voz ha dado un giro de la alegría de cuando nos ha recibido a la de ahora —. Porque, que yo sepa, solo debería tener constancia tu hermana y el notario, como mucho.

—A la gente del pueblo —intento calmar la situación—, a los clientes del futuro negocio… Aina también podrá seguirnos sin estar aquí cada dos por tres.

—Y al cotilla de Marcelo, y a Doña Fina, y a medio pueblo que no tiene nada mejor que hacer que comentar sobre nuestra vida — replica él, apoyando la taza con más fuerza de la necesaria— Y ya no hablemos de si esto se hace viral. ¡Tengo una imagen que mantener!

Sofía le lanza una mirada fulminante.

—¿Cuál es el problema? No tenéis nada que ocultar.

Pero Guillaume se levanta de golpe. Va hacia el salón y regresa con su teléfono. No entiendo nada hasta que empieza a deslizar fotos. Fotos de nosotros. De hace años.

Ahí estamos, Guillaume y yo, riendo con la cara manchada de pintura en lo que fue un intento fallido de decorar la antigua floristería de María del Carmen. Otro en la playa, él con una guitarra y yo bailando sobre la arena, sin música. Y uno más, una *selfie* borrosa, los dos apiñados en un rincón de la verbena del pueblo, su brazo sobre mis hombros, mi sonrisa más brillante de lo que recordaba.

Pero luego pasa a las fotos de estas semanas que ha ido haciendo de nuestras gamberradas. ¿Tenía intención de denunciarme? ¿Por qué lo guardó todo?

—¿Esto también lo vamos a publicar? —pregunta con un tono de voz suave pero cortante.

No sé qué decir. Las fotos son un golpe directo a mi orgullo y mi corazón. No recordaba que hubiera tantas, ni que nos hubieran capturado así, tan nosotros.

—No es lo mismo —susurro.

Pero el daño ya está hecho. Ahora, la idea de la cuenta en redes me pesa como una piedra. Él se queda allí, mirándome, y yo solo quiero que la tierra me trague.

Sofía carraspea con esa seguridad que siempre me hace sentir que tiene un plan aunque el mundo entero esté en medio de un apocalipsis zombie. Está sentada a mi lado, con las manos cruzadas sobre la mesa de la cocina, y entre nosotros, un cuaderno abierto lleno de anotaciones coloridas y *post-its* pegados en los márgenes.

—Vamos a calmarnos un poco —rompe el hielo con firmeza—. La idea no es una locura. De hecho, es práctica. Si contamos vuestra historia en redes, matamos varios pájaros de un tiro: mantenemos a raya a Aina y a doña Fina, mostráis que estáis cumpliendo con las normas y, además, podría ayudarnos a promocionar el negocio que montemos. Bueno, que montéis.

Guillaume, sentado frente a nosotras, sigue con los brazos cruzados. Su expresión es una mezcla de incredulidad y fastidio, aunque hay algo en su mirada que me dice que está pensando, evaluando cada palabra de Sofía. Pero no las tengo todas y sigo moviendo el pie, histérica.

—Promocionar ¿el qué exactamente? —resopla—. Ni siquiera hemos decidido qué vamos a hacer. ¿Cómo pretendes promocionar algo que no existe?

Sofía sonríe de lado, esa sonrisa de «ya lo tengo todo pensado».

—Es cierto, aún no hemos definido el concepto —admite—, pero creo que justo por eso es una gran oportunidad. Podemos empezar documentando el proceso: la mudanza, las ideas, las reformas… La gente adora las historias reales, las tramas con altibajos. Cuanto

más auténtico, mejor. A día de hoy, ser creador de contenido es una profesión.

Yo asiento, aunque noto una especie de nudo en el estómago. Sofía tiene razón, pero eso no quita el temor de que esto acabe siendo un desastre. Guillaume sigue sin decir nada y la tensión en la cocina podría cortarse con un cuchillo.

—Además —añade Sofía, aprovechando el silencio—, si no lo hacemos, ya sabes lo que pasará. Tendremos a Aina revisando cada paso que damos y a doña Fina asomada a la ventana cada vez que entres o salgas de la casa. ¿Quieres eso?

Guillaume aprieta los labios. Creo que la mención de doña Fina ha sido un golpe bajo pero maestro. Nadie quiere tener a la vecina más chismosa del pueblo cronometrando nuestras idas y venidas y contándoselo a todo el mundo a boca llena.

Después de unos minutos que se me antojan eternos, él suspira, como si se rindiera ante la evidencia.

—Está bien —responde, aunque su voz sigue cargada de reticencia—, pero no esperéis que sonría a la cámara como si esto fuera un capítulo más de una serie.

Sofía aplaude con alegría, triunfante, y yo le lanzo una mirada de agradecimiento. Todos los nervios se van de un plumazo y me siento llena por dentro. Si lo hacemos así, ya estamos cumpliendo con más de una de las cláusulas del testamento, y es genial. Sin embargo, la calma dura poco.

—Por cierto —murmura Guillaume mientras vuelve a pasar las imágenes de cuando éramos unos adolescentes—. Ya que vamos a ser tan públicos con esto, ¿por qué no recordamos un poco nuestras viejas historias?

Empieza a deslizar las fotos de su galería, y sigue mostrando más recuerdos de aquellos buenos tiempos que compartimos.

Mi corazón da un vuelco. La cocina me parece más pequeña de repente, como si las paredes se cerraran sobre nosotros.

—¿Tú crees que podrías hacer un vídeo de inicio con estas fotos y contarlo todo desde ahí? —pregunta él con una sonrisa que ilumina sus ojos.

Sofía se emociona y grita que sí, que ella se encarga de editar varios vídeos y que necesita hacernos fotos. También nos pide nuestros teléfonos para abrir la cuenta de redes, así como nos obliga a sacarnos una foto de los dos para ponerla de perfil. Y en menos de lo que canta un gallo, la aventura empieza de nuevo.

La tranquilidad se ha ido al garete

Guillaume

La noche ha caído hace un buen rato. Las luces de Valldemossa parpadean como pequeñas luciérnagas atrapadas tras las ventanas, y la casa está sumida en un silencio extraño, apenas roto por el crujido ocasional de la madera envejecida bajo mis pies. Sofía se marchó hace un par de horas, dejándonos a Mónica y a mí a solas por primera vez desde que empezó esta absurda convivencia forzada. Y, para qué negarlo, estoy bastante acojonado.

Desde mi habitación, alcanzo a oírla en la suya. Canturreando, por lo que parece. Reconozco el sonido de unos pies moviéndose al ritmo de la melodía que tararea, pero que no escucho salir de ningún reproductor. No sé si reírme por lo ridículo de la situación o preocuparme aún más. ¿Cómo vamos a sobrevivir a esto? Yo necesito paz para tocar y prepararme para mis sesiones de estudio.

La cena ha sido rápida y funcional. Dos platos de pasta que compartimos en silencio, con la televisión encendida más para ocupar el espacio que por un interés real. Ahora, mientras el reloj avanza hacia la medianoche, solo queda un paso más: el baño.

El maldito baño compartido, que me tiene en ascuas desde que me he dado cuenta.

Decido ser práctico. Recojo mis gafas de la mesilla y me dirijo al baño, con la mente dándole vueltas a un millón de cosas. ¿Deberíamos establecer horarios? ¿Normas? ¿Reglas básicas de convivencia? Estoy por abrir la puerta cuando, de repente, algo ocurre.

—¡Eh! —grita Mónica desde el otro lado, cerrándola de golpe.

El pomo me da un golpe seco en la mano, haciéndome soltar el aire con un bufido.

—¿Qué demonios...? —musito, apartándome de la puerta como si acabara de toparme con un muro invisible.

—¡Estoy aquí dentro! —responde ella, como si no fuera evidente.

—Eso ya lo veo. Pensé que estabas en tu habitación —replico con los dientes apretados—. Podrías haber puesto el pestillo.

—Lo haría si hubiese uno —me reprocha—. Podrías haber llamado.

El silencio que sigue es más incómodo que cualquier discusión que hayamos tenido hasta ahora. Doy un paso atrás, pasándome una mano por el pelo mientras miro el techo, buscando paciencia donde no la hay.

—Esto no va a funcionar —susurro.

—¿Qué? —pregunta desde el otro lado.

Me siento como cuando eres pequeño y te pillan haciendo una trastada.

—Nada. —Me froto la cara con las dos manos y limpio las gafas con el bajo de la camiseta del pijama.

Esperando en el pasillo, me doy cuenta de que la gata está sentada en el último peldaño de la escalera, antes de pisar nuestro piso. Me mira con la cabeza ladeada esperando a que le cuente lo que acaba de pasar.

—¿Te has fijado? —le pregunto acercándome a ella y poniéndome en cuclillas—. Me ha robado el baño.

Amantine hace un intento de rugir y me enseña los dientes. Al no hacer ruido alguno, no sé si estoy a punto de sentir sus colmillos hincados en mi piel o si me está sonriendo.

—¿Lo encuentras bonito?

Y sin más, se pone a ronronear. Es adorable. Divertido, le rasco la cabecita mientras espero a que ella salga.

El agua empieza a correr en el lavabo. La imagino mirándose al espejo, con toda probabilidad con esa media sonrisa triunfal que pone cada vez que tiene razón, aunque esta vez no sea el caso.

Un minuto. Dos. Tres.

La puerta por fin se abre, y ahí está ella, con el pelo recogido en un moño desordenado y una camiseta amplia que apenas deja ver el borde de sus *shorts*. Su cara parece relajada, y un aroma a jabón junto al vaho salen por el pasillo. Lo extraño es que es una sensación que me gusta y me reconforta.

—Todo tuyo —proclama dando un paso a un lado y moviendo la mano para que entre.

—Genial —respondo con un falso entusiasmo mientras entro y cierro la puerta tras de mí—. Mañana debemos hablar sobre esto.

—Por supuesto. Lo que tú digas —esto último lo suelta desfilando por el pasillo de espaldas a mí y levantando la mano.

—¿A qué hora te levantas? —pregunto justo cuando traspasa la puerta de su habitación.

Antes de cerrar, se da media vuelta y me mira con fijeza.

—Cuando lo haga.

Cierra tras de sí de un portazo.

Agotado, me apoyo en el lavabo y miro mi reflejo. Ojeras marcadas, una tensión en la mandíbula que no recuerdo haber tenido antes y mi pelo largo rubio cae desmadrado fuera de la coleta que me he hecho a media tarde mientras organizaba la cocina con las novedades de Mónica. Esto no es una buena señal.

La única certeza que tengo es que esta primera noche ha sido una declaración extraña de guerra no pronunciada. Y que, si quiero sobrevivir al año que tenemos por delante, necesitaré más que paciencia y una red social para no mandar a la mierda la herencia de mi tía.

Me despierto con una extraña sensación de descanso, algo casi inusual en estos tiempos que corren. La luz matutina se filtra a través de las cortinas y, por un momento, todo parece normal. Hasta que salgo de la habitación.

El pasillo, que ayer estaba más o menos despejado, ahora tiene dos cajas grandes plantadas justo al lado de la puerta de Mónica. Una de ellas abierta, con libros apilados a medias y un jersey que asoma por un lado junto a un par de sujetadores mal tirados. Perfecto. ¿Cómo se supone que voy a moverme por aquí si cada vez que giro una esquina tengo que esquivar algo suyo? ¿Estamos otra vez igual? Debo de estar soñando.

Con un bufido, decido dejarlo pasar —por ahora— y me encamino al baño. Abro la puerta sin pensarlo demasiado, pero me detengo en seco.

El baño parece otro. No el mío. No el que he estado utilizando hasta que llegó el huracán Mónica. Media encimera está invadida por productos: cremas, cepillos, perfumes, y un artilugio extraño de piedra rosácea que rueda. Hay una toalla colgada de cualquier manera de la barra de la bañera, todavía húmeda y la ventana, por supuesto, sigue cerrada. El aire está denso, cargado de humedad, como si el vapor de su ducha de anoche siguiera flotando.

Y juro por Chopin que cuando ayer salí del baño esto no estaba así.

—Genial —murmuro entre dientes.

Me muevo con torpeza, apartando un bote de acondicionador para hacer sitio a mi pasta de dientes. Cada movimiento me crispa más. Esto no va a funcionar. Me repito una y otra vez pensando que Mónica había cambiado para el bien de todos, pero no. Cada espacio que compartimos acaba absorbido por su presencia, su desorden y el caos absoluto.

Cierro el grifo con más fuerza de la necesaria y salgo del baño. Camino por el pasillo y, al pasar por delante de su puerta cerrada, me detengo un segundo. Las cajas siguen ahí. Las miro con desdén.

Respiro hondo, aunque no sirve de mucho.

Al final, golpeo con suavidad la puerta con los nudillos. Y espero lo que se me antoja una eternidad a que abra.

—Mónica —mi voz suena más cortante de lo que pretendía—, ¿te importaría si desayunamos y establecemos algunas normas?

Silencio.

Doy un paso atrás, cruzándome de brazos. Estoy a punto de llamar de nuevo cuando la puerta se abre. Aparece mi compañera de casa, todavía con el pijama puesto, el pelo revuelto y los ojos medio cerrados.

—¿Qué pasa? —bosteza.

—Tus cajas —respondo, señalándolas— ocupan medio pasillo. Lo entiendo, pero apenas puedo llegar a la cocina. ¿Piensas dejarlas ahí para toda la eternidad?

Ella entrecierra los ojos, intentando enfocarme, como si estuviera demasiado dormida para comprender.

—Guillaume, son las ocho de la mañana. Me mudé ayer.

—Son las ocho y media —corrijo, aunque no sé por qué, ya que tiene pinta de que se van a quedar en este pasillo hasta la eternidad siguiente.

—Vale, las moveré luego —afirma sin gran entusiasmo, encogiéndose de hombros.

—Luego ¿cuándo? ¿Después de que alguien tropiece con ellas? Entiendo que todavía no lo hayas desembalado todo, pero dejarlo aquí es un peligro.

Sus labios se tensan y ese destello de irritación que conozco demasiado bien cruza por su rostro. Y debo admitir que en el fondo lo echaba de menos.

—Voy a hacer café —responde esquivándome mientras camina hacia la cocina.

Me quedo plantado en el pasillo, con las cajas y la humedad del baño todavía aferrándose a mi piel.

Esto no ha hecho más que empezar.

Más normas

Mónica

El sol empieza a asomar por la ventana de la cocina. Con el pelo alborotado y los ojos entrecerrados, me fijo en lo acogedora que es la casa. Aún no soy persona hasta que me tomo el café, así que bostezo mientras saco una taza y lo preparo lo bastante fuerte como para revivir a un muerto.

Con movimientos torpes, cojo un panecillo, lo corto sin demasiada precisión y empiezo a untar mantequilla. Luego, busco queso, jamón y todo lo que pueda convertir ese bocadillo en algo decente. Abro un cajón tras otro, dejando algunos entreabiertos sin darme cuenta y, de vez en cuando, un plato o una cuchara chocan entre sí haciendo demasiado ruido.

Estoy muy cansada para preocuparme. Ayer fue un día de locos y, aunque a veces soy de las que deja las cosas por el medio, no me gusta estar ocupando de más, como con las cajas.

Es entonces cuando noto una presencia. Levanto la vista y ahí está Guillaume, plantado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una expresión que roza el fastidio. No dice nada, solo me mira y me hace sentir incómoda. Sus ojos recorren cada uno de los cajones abiertos, el cuchillo mal dejado sobre la encimera y mi desastroso arte para hacer un desayuno.

—¿Qué? —mascullo, con la boca medio llena mientras le doy el primer sorbo al café.

No estoy de humor, pero pongo el cuchillo en el fregadero bajando la mirada. Me siento pillada infraganti.

Guillaume no se inmuta. Suspira de forma exagerada, como si necesitara dejar claro lo mucho que le incomoda mi caos matutino. Pero juro que soy de las que una vez desayuna ya es persona. Luego, sin decir nada, camina hasta la mesa, se sienta frente a mí y me observa en silencio unos segundos más.

Debo reconocer que se ha vuelto mucho más maniático de lo que recordaba.

—Tenemos que hablar —anuncia con una seriedad que me despierta más que el café.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Hay que establecer unos mínimos de convivencia —suelta mientras señala un cajón medio abierto que cierro con el pie.

Aparto el bocadillo, resignada. Estupendo. Apenas llevo un día aquí y ya estamos con las reglas.

—Adelante, te escucho.

Apoyo un codo sobre la mesa y dejando caer la cara en la palma de la mano.

Guillaume se inclina un poco hacia delante.

—Para empezar, podrías cerrar los cajones después de abrirlos. Y no dejar los platos amontonados ni las cosas fuera de su sitio.

—Vaya, lo siento mucho, no sabía que vivía con el inspector de cocina —respondo con sarcasmo—. No soy…

—El baño —ignora mi comentario y prosigue cortándome a media frase—. Hay que establecer turnos. No puedes dejar las toallas húmedas colgando por cualquier lado ni olvidarte de abrir la ventana. Esta mañana parecía una sauna.

—No la abrí porque entraba aire, pero lo tendré en cuenta —respondo con un bostezo, aunque por dentro ya empiezo a sentir un ligero ardor—. También deberíamos ir a por un mueble nuevo para mis cosas, ya que apenas tengo espacio.

Achina los ojos y asiente, de acuerdo con mi propuesta.

—Las cajas del pasillo no pueden quedarse ahí. Tenemos que mantener las zonas comunes despejadas.

—Las moveré cuando acabe de ordenar mi cuarto —replico, cruzando los brazos—. Tengo intención de dejarlo todo listo hoy y no dejar nada por en medio. Ayer…

—Lo sé. Era demasiado tarde —afirma robándome una tostada—, pero me gusta el orden.

El silencio se forma entre nosotros. Guillaume me sostiene la mirada, y por un instante me gustaría saber qué le está rondando por la cabeza, pero, ahora mismo, con el sueño pegado a los párpados y el café apenas surtiendo efecto, lo único que consigo es cabrearme.

—¿Algo más? —pregunto elevando una ceja.

—Por ahora, eso es suficiente —responde él, con un tono cortante —. Bueno, no. Espera.

Del bolsillo de su pantalón saca el teléfono y estira la mano antes de sacarnos una foto.

—¿No debemos empezar a generar contenido? —me pregunta con una sonrisa ladeada.

No sé si es el café o la simple emoción de empezar a convertir este sitio en un hogar, pero hoy me despierta esa pequeña chispa de ilusión. Por primera vez desde que crucé el umbral de la casa de Guillaume, la idea de convivir con él no me parece del todo terrible. Extraña, sí, pero no imposible.

—¿Te parece si empezamos por el altillo? —propone él tras publicar la foto en redes.

Todavía tiene el móvil en la mano, pero ya está enfocando su mente en una idea nueva. Lo veo en sus ojos. Guillaume no sabe estar quieto.

Asiento con entusiasmo. Antes de subir, paso por mi habitación para ponerme unas mallas y una camiseta vieja y nos encaminamos a las escaleras que crujen bajo nuestros pies. El altillo está lleno de polvo y muebles antiguos. Hay un armario de pie que me llama la atención, perfecto para el baño, y también un par de estanterías que podrían quedar bien en mi habitación.

—¿Este armario? —pregunta Guillaume, señalándolo con el dedo.

—Sí, para el baño. Así podemos organizar las cosas y que no haya «desorden» —resalto la última palabra con una sonrisita y poniendo

un tono burlón que hace que sus ojos se tornen blancos de la desesperación.

—Me parece bien. —Su tono es neutro, pero cuando empezamos a bajar el mueble, ya está hablando de cómo organizarlo.

Una vez lo colocamos en el baño, se queda un momento mirándolo con una mano en la cadera y la otra frotándose la barba de dos días que no se ha afeitado, como si planeara la distribución de un museo.

—Vamos a dividir los estantes —declara, sacando un rollo de cinta adhesiva y un rotulador de alguna parte.

¿Dónde guarda estas cosas?

—¿Vamos a qué? —repito entre divertida y sin entender nada.

—Organización, Mónica. Un estante para cada uno. Etiquetas para que no haya confusiones. —Empieza a escribir «G» y «M» en pequeños trozos de cinta que pega en los bordes de cada balda.

Saco el móvil y le hago una foto.

—«Convivir es dividir el espacio... literalmente» —murmuro mientras lo subo a nuestra cuenta y se la muestro con una sonrisilla.

No queda ahí la cosa. Cuando pasamos a la cocina, hace lo mismo con la nevera. Pega trozos de cinta en cada estante: arriba el suyo, abajo el mío. Luego repite el proceso en la alacena y hasta en el ropero de la entrada.

—¿Y si quiero un yogur tuyo? —bromeo, cruzándome de brazos.

—Lo pides —su respuesta es tan seria que me echo a reír—. Otra regla: cada uno coge lo suyo y nunca se roba.

—¿Bajo ningún concepto?

—Ni aunque mi balda esté llena y venga un apocalipsis zombi.

Para contrarrestar tanto control, decido darle un toque de vida al lugar. Mientras él sigue etiquetando cada armario, cajonera o espacio que podamos compartir, subo algunas de mis plantas. En mi habitación coloco un par para purificar el aire, dejo unas aromáticas en la cocina —menta, albahaca, romero…— y una pequeña planta de bambú en el baño para que absorba la humedad.

Cada vez que coloco una, Guillaume las va sacando.

—Esto aquí no —me regaña quitando el bambú de la repisa de la bañera.

—¿Por qué no?

—Porque el vapor del agua puede hacer que se pudra.

—Es una planta de humedad, Guillaume. Le encanta el vapor del agua.

Silencio.

—Ah. —Y vuelve a colocarla con una mueca.

No puedo evitar sacar otro vídeo de la escena:

«Cómo educar a tu compañero de piso en el arte de las plantas».

Para cuando terminamos, mi habitación tiene un aire más acogedor, la cocina huele a hierbas frescas y el baño parece una especie de invernadero minimalista. Guillaume sigue con su perfección cuadriculada. Hay algo curioso en cómo encaja con mi pequeño caos.

Mientras edito otro vídeo para las redes sentada en el taburete del mostrador, una parte de mí se pregunta si, después de todo, esta convivencia forzada podría ser algo más que una simple obligación.

Escucho como la puerta de la habitación de Guillaume se abre y como al poco suenan sus zapatos por las escaleras. Reconozco que me va de perlas que baje para enseñarle lo que acabo de hacer y que le dé el visto bueno.

—¡Ei!

Mi compañero apenas se para al escucharme llamar su atención.

—Llevo prisa —gruñe antes de bajar el escalón de la tienda y adentrarse por las calles de Valldemossa.

Extrañada por sus escuetas palabras, abandono mi puesto y salgo tras él hasta llegar a la calle. La verdad es que reconozco que va más tieso de lo normal y su tono no era para nada amigable. También me fijo en que lleva una carpeta bajo el brazo y se dirige hacia el centro.

«¿Qué estará tramando?», me pregunto mientras cruzo los brazos sobre el pecho antes de que una clienta me pregunte si tengo *espatifilos.*

Adaptándonos sin remedio

Guillaume

Los primeros días de convivencia con Mónica pueden resumirse con una sola palabra: caóticos. Pero si tengo que confesar por todo lo que estoy pasando, entonces empezaré por el principio: finales de mayo, calor húmedo, alergias, pelos de gato en todas partes y demasiados tés de sabores extraños rondando por la cocina.

Nuestra rutina no se parece en nada a lo que yo me esperaba de dos adultos funcionales. Ella se levanta haciendo el máximo ruido posible mientras yo intento reunir el valor para volver a ponerme con la música, desayuna como un colibrí —picoteando aquí y allá— y deja la cafetera sucia como si fuera parte de la decoración. Yo intento mantener el orden. Subrayo: intento. Porque entre las flores, la gata, las cajas de cartón que todavía no han encontrado su lugar y la tendencia natural de Mónica a dejar las ventanas abiertas —con lo que implica eso en relación a bichos voladores con los que no he pactado compartir espacio—, vivir aquí es como coexistir en medio de un catálogo de IKEA donde alguien decidió mezclar todas las páginas.

Al principio pensé que exageraba, que me estaba dejando llevar por mis manías. Pero hace un par de días me encontré una ramita de lavanda en el piano y supe que este caos va para largo.

—Es para que inspire calma —dijo ella, como si arriesgar la vida de un Steinway de cola fuera una causa noble.

Hacer eso es un sacrilegio para un instrumento que puede llevar a mil complicaciones, empezando por si una de esas diminutas flores cae entre las teclas.

Pero así vamos. El desayuno es una coreografía de tazas que cambian de lugar, de platos que aparecen en sitios insólitos —como encima del microondas. ¿Por qué?— y de la gata, Amandine, que parece haber desarrollado una fijación con mis tobillos.

Luego está la música. Intentar ensayar mientras ella se pone a hablar con sus plantas en voz alta es… frustrante, por decir lo mínimo.

—¡Guillaume! ¿Te has llevado mis tijeras de podar?

—¿Qué? ¡No!

—Pues alguien las ha cogido y no he sido yo.

—¿Crees que me dedico al cultivo clandestino en mis ratos libres?

—¿Lo haces?

A veces no sé si lo dice en broma. Otras veces, lo sé con certeza y me sigue pareciendo alarmante, porque una parte de mí se está acostumbrando a ello, y me gusta.

Hoy es jueves y hace un calor sofocante. Estoy limpiando la encimera de la cocina cuando, de pronto, escucho un ruido a mis espaldas. Me doy la vuelta con calma para ver cómo Mónica entra hecha un basilisco.

—¡Guillaume! ¿¡Qué le has dado a Amandine!?

Me giro confundido. La gata está sentada sobre la encimera junto a mí, lamiéndose una pata con la calma de un monje budista.

—¿Perdona?

—¡Ha vomitado! ¡Y estaba en tu regazo hace media hora!

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Le diste un trozo de queso. ¡Te vi!

—Era un fragmento minúsculo de queso curado. Francés, de calidad.

—¡Tiene intolerancia a la lactosa, Guillaume!

Resoplo. Me acerco a Amandine y le paso la mano por la cabeza. La muy traidora ronronea como si fuera su amante de toda la vida.

—¿A ti te da problemas la leche? —murmuro, poniendo la voz que se le pone a los bebés.

Amandine ronronea de manera afirmativa para luego lamerme la mano por haberle dado de comer a escondidas.

—Lo que me faltaba —resopla Mónica.

—Si en realidad le sentara tan mal, no estaría tan… —hago una pausa dramática mientras ella se acurruca entre mis dedos— reconciliada con el universo.

Mónica frunce el ceño.

—Claro, claro. Ahora te adora. Porque le das lo que no debe comer. Igual que los niños que adoran al abuelo que les da caramelos antes de cenar.

Me encojo de hombros, complacido.

—Qué puedo decir. Tengo mis encantos.

Ella cruza los brazos, gira sobre sí misma y se va al piso de abajo sin decir nada más.

—¡Y no le vuelvas a dar lácteos! —grita desde las escaleras.

Me quedo ahí, en silencio. Amandine se despereza y salta al taburete de la cocina. Se me queda mirando con esos ojos que juzgan y a la vez te hacen sentir como un dios.

—Parece que tú y yo nos llevamos mejor que con tu madre —murmuro, rascándole detrás de las orejas.

El resto del día, Mónica lo pasa sin dirigirme la palabra más que lo necesario. Nada de bromas, ni miradas, ni el típico empujoncito cuando pasamos por el pasillo. Solo una especie de digna indiferencia.

Y claro, todo esto me irrita. Porque al final la gata sigue viva, no ha vomitado más y claramente me prefiere a mí.

Pero no soy idiota. Sé que está molesta, que detrás de esa rabia hay miedo. Y eso, aunque no lo diga, me pincha.

Al caer la noche, mientras estoy terminando de revisar unos papeles importantes del notario, Mónica abre la puerta de mi habitación con paso lento. No habla. Me apresuro a recogerlo todo

como si me hubiesen pillado in fraganti. Ella me mira extrañada cuando meto los documentos en el cajón de mi escritorio.

Entre nosotros se hace una pausa tensa mientras mi corazón bombea con fuerza.

—He estado pensando —dice al fin—. Quizá deberíamos tener un protocolo.

—¿Protocolo?

—Para Amandine. Lo que puede y no puede comer. Qué medicinas darle si pasa algo. Cosas básicas. Así no volvemos a discutir.

Asiento en silencio, agradecido de que esté dispuesta a hablar.

—Me parece bien. Aunque sigo creyendo que ese queso era un manjar digno de reyes.

Ella me mira, ladea una sonrisa y niega con la cabeza.

—Eres imposible.

Pero ya no hay ira en su voz. Solo resignación divertida.

Pasamos el resto de la noche hablando de temas tontos: cómo se ha adaptado al nuevo rincón que ha montado en la tienda, cómo Aina sigue preguntando si ya nos hemos peleado a muerte, cómo doña Fina le manda memes sobre la vida en pareja cada noche. Pequeñas cosas que, si lo pienso bien, no hacíamos hace apenas una semana.

Así que, si tengo que sacar una conclusión de estos primeros días de convivencia, es que sí, son un desastre. Pero un desastre compartido. Uno en el que, poco a poco, vamos encontrando un ritmo. No perfecto. No armonioso. Pero uno que —en medio de refunfuños, ronroneos y alguna que otra flor de papel en mi café— empieza a sonar a hogar.

Y aunque no lo diga en voz alta, sé que esta rutina caótica, lenta y desordenada me está empezando a gustar.

Tarde de chicas y cosas raras

Mónica

Estamos rodeadas de *lycra*, espejos traicioneros y música *chill* veraniega que suena bajita por los altavoces. Sofía ya ha cogido media tienda de bikinis. Yo intento no dejarme llevar, pero sin poder evitarlo termino con cinco bañadores colgando del brazo y la sensación de que me vendría bien haber ido al gimnasio este invierno. O esta década.

—¡Mira este, Moni! —Sofía sostiene uno con estampado de piñas y tirantes amarillos—. Si no lo usas para la playa, te vale para servir cócteles en un chiringuito.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende de lo buenos que estén los cócteles.

Nos reímos mientras entramos en el probador doble. Ella ya se está quitando la blusa antes de que yo haya terminado de cerrar la cortina.

—A ver —empieza mientras se desabrocha el sujetador con total naturalidad—, hoy toca tarde de chicas, y eso incluye confesiones. Te veo con cara de «necesito desahogarme y aún no me he atrevido». Así que venga, suelta.

—¿Y si solo vengo a por el bikini ideal?

—Y yo solo por mirar, no te jode —protesta alzando una ceja con malicia.

Suspiro divertida mientras empiezo a sacarme los vaqueros. Me pongo el primer bañador, negro, elegante, demasiado serio.

—La verdad es que pensaba que sería más difícil —admito dando un cuarto de vuelta para mirarme en el espejo, metiendo barriga como si eso fuera a cambiar algo—. Lo de convivir con Guillaume. Creía que acabaríamos matándonos antes de pasar una semana juntos.

—¿Y? ¿Lo estás matando o…?

—No. Me está sentando bien, en realidad. Él es ordenado, a su manera. Tiene sus rarezas, claro. Como que le molesta que cambie las cosas de sitio en la cocina. Y tiene un cronómetro mental para todo. Pero también me hace café sin que se lo pida, se acuerda de qué tés me gustan y la gata lo adora.

—Peligroso eso último. Si Amandine se cambia de bando, ya no tienes salvación.

—¡Te juro que me hace *ghosting* desde que él está en casa!

—No me extraña. Guillaume era un amor antaño. Y lo sabemos.

—¿Y yo no?

—Tú eres mi florista favorita.

—Qué capulla.

Me echo a reír, incapaz de defenderme. Me cambio el bañador por uno de dos piezas, rojo. Sofía ya está posando con uno con volantes que parece sacado de una película setentera.

—¿Y tú? ¿Qué tal con tus ligues?

—Eh, no estamos aquí para hablar de mí. Estamos aquí para que confieses que te estás enamorando de Guillaume por segunda vez.

Al escuchar sus palabras siento como si todo ese batiburrilo de sensaciones que tengo dentro se estrellaran a toda velocidad. Esta mujer está loca de remate.

—¿Qué?

—¡Lo sabía!

—No he dicho que…

—Pero tu cara, sí.

Me vuelvo a mirar en el espejo, ahora evitando mis mejillas que seguro que están más rojas que el bikini.

—Es distinto —murmuro, bajando la voz sin darme cuenta.

—Claro que es distinto. Porque ahora sois adultos. Más o menos. Y estáis pasando por algo juntos. Eso une. Eso, y que te cocina, te acompaña al veterinario y te deja flores de papel sin motivo.

—¿Te lo ha contado?

—No, tú me lo contaste, tontita. Y cada vez que hablas de él se te pone esa cara de «ojalá no me gustara, pero maldita sea».

Le tiro una percha con suavidad.

—Ya, bueno. A veces me dan ganas de estamparle algo en la cabeza. Pero luego lo veo con la gata dormida encima o se le queda el pelo revuelto después de ensayar y se me pasa.

Sofía se detiene, seria por un segundo.

—Mónica, sabes que está bien sentir algo otra vez, ¿no?

Me quedo callada. El ruido de las cortinas, del probador vecino, del ventilador del techo, llenan el silencio. Me miro de nuevo. Mis caderas, mis muslos, mi barriga. Y aún así, algo dentro de mí no se detiene en eso, sino en la sensación cálida que tengo al recordar cómo Guillaume me miró ayer mientras pelaba una naranja como si fuera la escena más interesante del mundo.

No me estoy enamorando de él. Lo sé. El amor no se siente así. Pero si es cierto que pasamos muchas horas juntos, la cuenta de Instagram crece como la espuma y cada vez me siento más segura junto a él.

Pero ¿enamorarme? No. He tenido otras parejas aparte de él y todas me han terminado rompiendo el corazón. Claro que sé que él puede ser diferente, pero ni de coña. Aún quedan muchos meses juntos por delante y no.

—Sí —respondo, al fin—. Sí, lo sé.

—¿Y te da miedo?

—Mucho.

—¿Él sabe algo?

—Pero ¿qué dices? —Ahora sé que se ha vuelto loca de remate—. Sofía, que le esté cogiendo cariño no implica que me esté enamorando de él. Además, apenas hablamos si no es para discutir

sobre el plato que no he recogido o cualquier cosa que haya hecho mal.

—Se está haciendo el duro.

—Ni duro ni dura.

—Bueno… —se ríe Sofía, colgando otro bikini del gancho y poniéndose uno nuevo—. A veces los que parecen más duros son los más blanditos por dentro. Como los *croissants*.

—Comparar a Guillaume con un *croissant* debería ser ilegal.

—¿Y si es un *croissant* francés?

—Bueno —le doy la razón con una sonrisa—, ahí sí.

Salimos a probarnos otro más frente a los espejos grandes del pasillo. Un par de chicas a nuestro lado también ríen y comentan. Hay algo reconfortante en esa intimidad de mujeres que se ríen de sí mismas, que se hacen cumplidos, que se sostienen con una sola mirada.

—Ese te queda brutal, Sofía.

—Y tú pareces una diosa griega dispuesta a conquistar la playa —suelta antes de meterse de nuevo en el probador.

Nos miramos, hinchamos el pecho y hacemos una pasarela improvisada entre risas. Mientras me acomodo los tirantes del bikini de rayas y me giro frente al espejo, lo veo.

Guillaume.

Va caminando por la acera de enfrente, con paso rápido, la camisa blanca remangada hasta los codos y esa manera suya de andar que mezcla elegancia con urgencia.

Me quedo quieta un segundo, sin saber si lo estoy imaginando. Pero no, es él. Lo reconozco por cómo lleva el pelo recogido en una coleta baja. Me sorprende porque no me había dicho que saldría hoy. Tampoco tiene nada de raro, claro, pero... no sé. Me llama la atención.

Entonces entra en el portal justo enfrente de la tienda.

El de la notaría.

Mi corazón se acelera un poco. Frunzo el ceño y me acerco al escaparate, apartando con cuidado una percha con sombreros de ala ancha para poder mirar mejor.

—¡Sofía! —llamo sin apartar la vista de la portería—. ¡Sofía, ven, corre!

—¿Qué pasa? ¿Has visto una oferta del 70% y tu vida ha dado un giro?

—¡No! Guillaume. Acaba de pasar por aquí.

—¡¿Qué?! —exclama, saliendo del probador con un bikini verde en la mano—. ¿Guillaume aquí? ¿Dónde?

—En la acera de enfrente. Entró en la notaría.

Ella se me une junto al escaparate, pero cuando busca con la mirada ya es tarde.

—Yo no veo a nadie.

—¡Porque ya ha entrado! Te he dicho que corrieses —le reprocho con una sonrisa nerviosa.

Sofía entrecierra los ojos y luego me mira con una mezcla de diversión e intriga.

—¿Qué hace Guillaume en la notaría un sábado por la tarde?

—No lo sé —respondo en voz baja, sin dejar de mirar el portal como si fuera a salir de nuevo en cualquier momento—. ¿Y si es algo importante?

—¿Como qué?

—No sé. ¿Papeleo de la herencia? ¿Un cambio? ¿Algo que no me ha contado?

—Mmm... Quizá solo ha venido a firmar algo rutinario. O ha venido a hablar con el notario. O... —me mira de reojo—. O igual te ha visto desde fuera y ha querido darte un toque de misterio.

—¡No seas tonta!

Niego con la cabeza ante su ocurrencia.

—¿Yo? Nunca. Pero tú tienes esa cara de «mi corazón ha hecho pum» y eso no se te da bien disimular.

—Es que me ha sorprendido. Ha sido como verle en otro contexto. Como cuando ves a tu profe del cole fuera del aula.

Sofía se ríe mientras vuelve a meterse en el probador.

—Bueno, profe *sexy*, ¿vas a seguir probándote bikinis o te vas a quedar haciendo guardia en el escaparate como una acosadora?

—Voy, voy —respondo, aún mirando por última vez hacia la notaría antes de cerrar la cortina.

Me pongo otro bikini, esta vez azul, con bordes de *crochet* blanco. Me queda bien. De hecho, me hace ilusión que me quede tan bien. A veces una se acostumbra a mirarse con lupa, pero hoy me veo y pienso «estás guapa, estás viva, estás feliz».

—¿Sabes qué? —le confieso desde dentro—. Me encanta que estemos haciendo esto. Hacía mil que no teníamos una tarde para nosotras.

—Y nos la merecemos. Además, después de la que pasaste con Amandine y el susto, esto era obligatorio. Tarde de bikinis, cafés helados y cotilleos. Por prescripción médica.

Pero mi cabeza no para de darle vueltas al mismo tema.

—¿Y si Guillaume está organizando algo raro? ¿Y si quiere cambiar el testamento? ¿Y si quiere poner la finca a su nombre?

—¿Y si ha ido a preguntar si puede casarse contigo sin que te enteres?

—¡Sofía!

—¡Ay, qué sé yo! —responde entre risas—. Eres tú la que le ha visto y ya estás armando una serie de Netflix en tu cabeza.

—Pero es raro, ¿no? No me ha dicho nada.

—Igual es algo personal. O confidencial. No todo el mundo va contando cada paso que da.

—Pero Guillaume suele decirme si sale.

—O igual quería sorprenderte luego.

Me pongo la ropa de nuevo con una sensación rara. No son celos. Tampoco es desconfianza. Es más bien esa punzada de curiosidad que se mezcla con la sensación de que algo se está gestando y no sé qué es.

Pagamos los bikinis y salimos a la calle, justo a tiempo para ver cómo la puerta de la notaría se cierra detrás de un hombre que no es Guillaume.

Nada. Se ha esfumado.

Nos vamos caminando calle abajo y, aunque charlamos sobre otras cosas —sobre un chiringuito nuevo, sobre lo bien que me quedan las flores en el pelo—, mi cabeza vuelve una y otra vez al mismo sitio.

Cuando llegamos a casa, me encuentro una nota en la cocina. Guillaume ha pasado antes que yo.

> «He salido a hacer unas gestiones. Volveré pronto. Si llegas antes, hay tarta de almendras en la nevera. —G».

Sonrío sin querer.

—¿Sabes? —llama mi atención cuando deja de leer el trozo de papel—. Si yo fuera tú, le diría algo. A tu ritmo, sin presión. Pero no te calles. Que los trenes no pasan tantas veces.

Y aunque no lo haya, me gusta que haya vuelto a revolverme el pecho, aunque sea con una nota, con una mirada desde lejos, con una tarta en la nevera.

Y por primera vez, en mucho tiempo, estoy dispuesta a dejar que ese misterio siga creciendo. Porque no todo hay que saberlo al momento. Algunas cosas, algunas personas, merecen ser descubiertas poco a poco.

Nuevas ideas que no terminan de encajarme

Guillaume

Para cuando junio asoma, la floristería empieza a ser un caos de gente que viene y va. El calor parece haber despertado a todo el pueblo y con él a los turistas que comienzan a invadir las calles empedradas, las terrazas de las cafeterías y, por supuesto, nuestro local. Para ser sincero, no entiendo que los guiris decidan llevarse flores. Lo más normal sería el pan de patata o las ensaimadas, pero ¿plantas? No lo entenderé nunca, y eso que ya me lo advirtió Mónica, pero creí que era una exagerada.

Al final, conseguimos trasladar el piano a la parte trasera del local, justo en un rincón demasiado apartado de los curiosos para asegurarme de que nadie le ponga la mano encima o se hagan los graciosos intentando simular el famoso *Claro de luna*. Mónica insistió en poner una especie de biombo con hojas secas —según ella, para crear un ambiente acogedor—, pero lo único que hace es acumular polvo y me da más sensación de claustrofobia que otra cosa.

Lo peor de todo es que ya no puedo ensayar mis diez horas diarias. Apenas consigo sacar dos, a veces, tres, si tengo suerte y no hay alguien rondando cerca durante el mediodía, intentando asomarse entre las plantas para ver qué estoy haciendo. El sonido del piano ya no resuena como antes; ahora se mezcla con el timbre

de la puerta, las risas de los clientes y las conversaciones que Mónica mantiene con todo el mundo. Porque, claro, ella tiene que ser el alma del negocio. A mí no me queda nada más que joderme. La chica que saluda a todos, que recuerda nombres y que siempre tiene un comentario ingenioso a mano me saca de mis casillas siempre que puede. Incluso en redes.

Esta mañana, mientras intentaba repasar una pieza para el concierto de otoño —si es que llego a tiempo para prepararlo y no me lo cancelan a última hora—, un grupo de tres mujeres mayores entró y se quedó mirando cómo deslizaba los dedos sobre las teclas haciendo que la melodía sonase como por arte de magia. Una de ellas incluso le hizo una foto. Mónica, como si fuera lo más normal del mundo, se acercó sonriendo.

—¿A que lo hace bien? —comentó con ese tono ligero y encantador suyo—. Es Guillaume, un pianista profesional.

Me quedé helado. No quiero ser el espectáculo de nadie, mucho menos una atracción más en este desfile de curiosos. Pero la calidez de sus palabras me ablandó un poco el corazón de hielo.

Después de que las mujeres se fueran, le pedí a Mónica que no hablara de mí como si fuera parte del mobiliario. Por supuesto, sigo con mi fachada de «te voy a hacer la vida imposible tanto si te gusta como si no». Ella frunció el ceño, confundida.

—Solo quería darte visibilidad —contestó—. A la gente le gusta saber quién eres.

—No soy un tema de conversación —gruño.

La tensión quedó flotando en el aire entre nosotros. En cierto modo sigue siendo así. Todavía tengo demasiado reciente el accidente en el recital y me siento presionado. A veces incluso tengo miedo de que alguien me reconozca y pueda jugarnos una mala pasada. Al final, volví al piano, pero las teclas me pesaban como piedras.

Por otro lado, Amandine no me quita ojo. No es que le tenga tirria ni nada por el estilo, mientras ella se quede en la tienda a mí me da igual. Pero es que ha encontrado su lugar favorito en el último estante de plantas y así puede controlar todos y cada uno de mis movimientos.

Por la tarde, cuando el bullicio baja un poco, intento reorganizar el almacén de la parte trasera. Hay cajas sin abrir, sacos de tierra y estanterías que parecen a punto de venirse abajo. Mónica entra de vez en cuando, dejando macetas por aquí y allá, tarareando alguna canción. Cada vez que la veo moverse con tanta facilidad entre el caos, me hierve la sangre. Yo necesito orden, necesito estructura, y aquí solo hay improvisación.

—Podríamos poner un cartel fuera —sugiere de repente—. Algo como «Vivero y melodías».

La miro sin saber a qué ha venido ese giro de la situación.

—¿Qué?

—Sí, podríamos hacer pequeños conciertos aquí cuando las plantas florezcan del todo. Sería precioso.

Suelto el destornillador que tengo en la mano.

—¿Quieres convertir esto en un circo?

Mónica parece herida, pero enseguida se recupera.

—No. Quiero que la gente venga, que les guste, que compren. —Hace una pausa para colocarse un mechón rebelde detrás de la oreja—. Además, es parte de nuestro trato, ¿recuerdas? Cuatro eventos al año, negocio conjunto…

No respondo al instante. Solo me apoyo en una de las cajas y cierro los ojos por un momento, intentando controlar la frustración. Esto no es lo que imaginé cuando firmamos ese maldito testamento.

Tengo la sensación de que el negocio florece, pero la música se marchita.

—Esto no tiene ningún sentido —respondo al final mientras cierro la tapa del piano con más fuerza de la necesaria.

Las teclas se ocultan tras el barniz oscuro, como si al desaparecer ellas también pudiera desaparecer el agobio que me recorre por no poder mantenerme en forma como estaba acostumbrado a hacerlo.

Mónica, que se ha ido junto a la puerta para cerrar por hoy la tienda, gira la cabeza hacia mí y me observa con las cejas arqueadas.

—¿A qué te refieres? —pregunta con una falsa calma que me da escalofríos.

Apoyo las manos en las caderas y miro a mi alrededor. Las flores, los ramos improvisados, las macetas apiladas en una esquina... Y, por otro lado, el archivo de partituras, la cafetera que aún ni hemos probado para los cafés de media mañana y el piano, que parece más un adorno que un instrumento. Todo luce como una mezcla caótica sin pies ni cabeza.

—¿Qué somos, Mónica? —pregunto con una sensación que me oprime el pecho cada vez que le doy vueltas al tema—. ¿Una floristería con música de fondo? ¿Una sala de chismorreros donde vendemos plantas y les ofrecemos un ensayo gratuito? Porque ahora mismo esto parece el salón de una abuela excéntrica.

Ella resopla, cruza los brazos y se apoya contra la puerta. Su gata también gruñe para apoyarla.

—Somos lo que queramos ser —contesta con los ojos en blanco —, pero tenemos que ponernos en serio con esto. Hay que definirlo, Guillaume. Tenemos un mes hasta el primer evento y seguimos sin decidir qué demonios vamos a ofrecer.

Me paso una mano por el pelo, tirando suave de las raíces para aliviar la presión en la cabeza. El pasado fin de semana se acercó Aina, su hermana, para presionarnos con poner fecha al primer evento para que no se nos juntaran todos al final de nuestra condena.

—¿Cuándo quieres que lo haga? —espeto—. No puedo ensayar mis diez horas diarias si cada vez que me siento al piano hay alguien entrando a curiosear o preguntando si puedo tocarles el último hit de *reguetón* a piano.

Ella alza las manos, exasperada.

—¡Pues ensaya mientras la tienda esté abierta y suda de los clientes! —exclama como si fuera la solución más obvia del mundo.

La miro, incrédulo.

—¿Mientras la tienda esté abierta? —repito con sorna—. Sí, claro, porque un concierto de piano clásico combina a la perfección con el sonido de las vecinas que entran a cuchichear, las tijeras cortando tallos y las conversaciones sobre quién necesita un ramo para el cumpleaños de su suegra.

Mónica frunce los labios y noto cómo su paciencia se va desgastando. Igual que la mía. Desde la primera noche, soy consciente de que esto ha sido una mala decisión.

—Guillaume, tenemos que adaptarnos. Si este trato no funciona, nos quedamos sin la finca. Y entonces no tendrás ni piano ni tiempo para ensayar.

Sus palabras me saben a un jarro de agua fría que me devuelve a la cruda realidad. Abro la boca para responder, pero las palabras se me atascan en la garganta. Sé que tiene razón, pero eso no hace que me sienta menos atrapado.

—Necesitamos un plan claro —resuelvo al final con la voz más tensa de lo que pretendía.

—Lo sé —contesta ella suavizando el tono—. Y lo haremos. Juntos.

El silencio cae entre nosotros. Afuera, el pueblo empieza a sumergirse en la tranquilidad de la noche, mientras aquí dentro, las paredes parecen demasiado estrechas para todo lo que nos estamos jugando.

Empiezan las apuestas

Mónica

Si algo no ha cambiado son los desayunos en la cafetería de Clove. El aroma a café recién hecho y las tostadas crujientes siguen siendo la mejor manera de comenzar el día, aunque ahora con un toque añadido: las charlas a cuatro voces que resuenan por la pequeña terraza. Sentada junto a Sofía y doña Fina, saboreo mi capuchino mientras deslizo el dedo por la pantalla del móvil.

—Diez mil seguidores —anuncio con una sonrisa radiante, levantando el teléfono para mostrarles nuestro pequeño triunfo—. ¡En menos de un mes! Y ni un solo comentario de odio por ahora.

—Porque sois encantadores —añade Sofía con una risita mientras unta mermelada de higo en su *croissant*—. La gente adora las historias peculiares. Una florista y un pianista obligados a convivir. Es como una de esas comedias románticas, pero con buen gusto.

Doña Fina entrecierra los ojos, dándole un sorbo a su té. Por mi parte los hago rodar frustrada. El *shippeo* que tiene mi amiga entre Guillaume y yo no es ni medio normal.

—No os confiéis, los *haters* siempre acaban saliendo cuando menos te lo esperas —nos señala Fina con la cucharilla para advertirnos—. El vídeo de Guillaume etiquetando los tarros de semillas de la semana pasada es pura fantasía.

No puedo evitar reírme. Fue un *reel* espontáneo, capturando a Guillaume en plena misión organizativa con cara seria mientras

pegaba etiquetas alineadas con minucioso cuidado en cada bote y me enseñaba la mejor manera de hacerlo. La gente lo adoró.

—Es que él tiene ese aire de «todo tiene que estar en su sitio» que a la gente le encanta —bromeo, guiñándole un ojo a Sofía.

—Menos a ti —me apuñala ella con una ceja alzada.

Abro la boca para protestar, pero Guillaume, que hasta ahora había estado más callado, removiendo su *espresso*, por fin habla. Estos desayunos se han convertido en un chequeo de que seguimos con el trato supervisado por mi antigua vecina.

—Alguien tiene que mantener cierto orden —su tono es neutral.

Las comisuras de sus labios tiemblan un poco y por unos instantes dudo si va a sonreír o a regañarme por haber dejado el tapón de la pasta de dientes sin colocar.

—Por cierto —comenta Sofía—, ahora que ya tenéis una comunidad considerable, deberíais empezar a pensar en cómo capitalizarla. Ya sabéis, colaboraciones, productos... ¡Incluso podríais hacer directos mientras Guillaume toca el piano y tú compones ramos de flores!

La idea me hace abrir los ojos como platos.

—¡Eso sería genial! Podríamos hacer algo como «Flores y notas». Yo preparo arreglos mientras él toca. ¿Qué opinas, Guillaume?

—¿Puedes dejar de meterle título a cada cosa que pienses? —murmura a regañadientes.

Es un pequeño toc que tengo. Es como si ponerle título lo hiciese todo más real aún.

—Céntrate —le regaño.

Él ladea la cabeza, pensativo, y por un segundo temo que vaya a echar por tierra la idea con uno de sus discursos sobre «seriedad y profesionalidad». Pero, para mi sorpresa, solo dice:

—Podría funcionar, siempre que no interrumpas mis ensayos.

Doña Fina suelta una carcajada ronca.

—Esa es su manera de decir que le gusta.

El ambiente se llena de risas y por un momento siento que todo encaja: las redes sociales, el negocio, la convivencia caótica pero divertida con Guillaume. Puede que esto aún esté en sus primeras fases, pero la energía es contagiosa.

—Vale, entonces, ¿empezamos este domingo con el primer directo? —pregunto con emoción.

Sofía asiente entusiasmada y doña Fina nos lanza un «yo os veré desde casa» mientras Guillaume, sin decir nada, da otro sorbo a su café. Solo, negro, amargo… como su alma, vamos.

Pero hay algo en su silencio que esta vez, por extraño que suene, me parece menos distante y mucho más... prometedor.

Un poco más tarde y de camino a la floristería, pasamos cerca del kiosco con la mala suerte de que escuchamos la conversación entre Saúl, Marcelo y un par de vecinos más. Guillaume y yo no decimos nada, nos quedamos a una distancia prudente, fingiendo que miramos la portada de una revista mientras las palabras flotan en el aire.

—Yo digo que dos meses —afirma uno de los vecinos con toda la seguridad del mundo.

—¿Dos meses? —se burla otro—. ¡Una semana más y punto! ¿Has visto cómo se miran? Como el gato y el ratón. Eso no llega ni al sábado que viene.

Guillaume a mi lado suelta un suspiro tan profundo que casi lo confunden con el viento. Yo, en cambio, tengo que morderme el labio para no reírme. Hay algo en la seriedad de sus apuestas que me parece tan absurdo como divertido y no me puedo creer que tengamos a todo Valldemossa viciado a nuestras aventuras y desventuras.

—Pues yo digo que cumplirán el plazo —añade Marcelo—. No sé, Mónica tiene pinta de aguantar. Pero él…

—Él parece a punto de estallar —remata Saúl.

Casi me atraganto con mi propia saliva ante la ocurrencia. Giro la cabeza poco a poco hacia Guillaume, que tiene la mandíbula tensa y las manos metidas en los bolsillos, además de una mirada de pocos amigos que fulminaría a cualquiera que pasase por ahí.

—¿Te han llamado dinamita? —le susurro, divertida.

—No. Y pienso darles el gusto de escucharme ahora mismo y decirles que…—contesta con los dientes apretados.

—Tú no vas a decirles nada —afirmo, tapándome los labios con la mano para que no me salga cualquier barbaridad.

No puedo evitarlo, su expresión ceñuda y lo mucho que intenta mantener la compostura me arrancan una risita. Él me lanza una mirada de advertencia, pero eso solo consigue que la risa se me escape más fuerte.

—Están apostando sobre nosotros, Guillaume —susurro—. ¡Sobre cuánto tiempo duraremos! Es como un *reality show*.

—Me alegra que te haga gracia —cuchichea él, más seco de lo habitual.

—Un poco, sí.

—Pues a mí no —añade él tajante..

El momento se vuelve más intenso cuando uno de los vecinos cotillas continúa:

—De todos modos, lo que más me intriga es cómo piensan hacer funcionar esa mezcla rara de floristería y… ¿qué era lo otro? ¿Música? ¿Conciertos? Suena a receta para el desastre.

—Bueno, a veces las recetas raras sorprenden —comenta Saúl, encogiéndose de hombros—. El otro día probé a hacer churros con chorizo y…

Me planto las manos en las caderas al escuchar la última idea culinaria del ayudante del kiosquero y miro a Guillaume con una sonrisa traviesa.

—¿Qué te parece si les damos una sorpresa? —le propongo, guiñándole un ojo y ladeando una ancha sonrisa.

—¿Cómo cuál? —pregunta él, mirándome con desconfianza.

—Demostrarles que no solo vamos a durar más de una semana, sino que vamos a montar el negocio del año.

Su ceño fruncido se suaviza solo un poco, lo suficiente para que me dé cuenta de que he tocado un punto débil: su orgullo.

—Perfecto —concluye poniendo los ojos en blanco—, pero si vamos a hacerlo, lo haremos bien.

—¡Hecho! —respondo con una sonrisa enorme.

—Tenemos que ponernos las pilas con el evento.

Mientras nos alejamos del kiosco, ya estoy pensando en todas las formas posibles de dejar a esos vecinos cotillas con la boca abierta.

Un sábado con mi prima

Guillaume

Desde que aterricé en Mallorca he evitado ciertos encuentros. No porque no quisiera ver a Irene, sino porque sabía que verla sería como mirar de frente todo lo que dejé en pausa: mi carrera, mis compromisos, mis giras, mis notas aún flotando entre los muros del conservatorio. Hoy, sin embargo, no hay excusas que valgan. Hemos quedado en Palma, frente a la catedral, justo al mediodía.

La ciudad siempre ha sido una mierda para encontrar aparcamiento, y lo sabemos. Desde que hicieron la remodelación del casco antiguo y pusieron las calles peatonales, casi no se puede dejar el coche en la calle. Y eso es lo que me está pasando ahora, que no hay ni un puto puesto donde dejar el coche.

—¿Por qué demonios es tan difícil aparcar en esta ciudad? —refunfuño, dando vueltas por lo que parece la cuarta vez.

Aprieto el volante, tenso. La ansiedad se me cuela por la ventanilla abierta junto con el olor a mar. Indignado y cabreado, al final decido dejarlo en un *parking* cerca del centro.

Cuando finalmente encuentro un hueco, apenas cabe el coche. Es una de esas plazas con columna que son demasiado pequeñas y te quedan en el ángulo muerto. Maniobro como puedo y dejo el coche mal pero aparcado, que ya es algo. Camino rápido, intentando sacudirme el sudor de la frente. Al menos lo he conseguido.

Cuando llego a la plaza, Irene ya está allí, apoyada contra la verja de la catedral, con unas gafas de sol enormes y un vestido de lino que se mueve al ritmo del viento. Me sonríe cuando me acerco.

—¡Te has superado, Guille! Solo media hora tarde —bromea mientras me da un abrazo reconfortante—. Ya pensaba que me habías dejado plantada.

—Lo intenté, créeme. Pero no había escapatoria —le contesto, medio en broma medio en serio.

Nos miramos un segundo y ambos sabemos que bajo las pullitas hay una tensión extraña entre nosotros.

—¿Vamos a comer? —propone.

—Llévame a algún sitio que no haya cambiado, por favor.

Terminamos en la vieja taberna donde solíamos colarnos cuando teníamos diecisiete. Aún huele igual: a pan caliente, a aceite de oliva y a recuerdos. Nos sentamos junto a la ventana. Irene pide sin mirar la carta.

—Dos *pa amb oli*, uno con jamón y otro con queso. Y una botella de agua con gas —le ordena al camarero.

—Como si el tiempo no hubiera pasado —comento apoyando los codos en la mesa. Dibujo una sonrisa cargada de nostalgia.

Ella me clava la mirada.

—Sí ha pasado. Y mucho. Mira, voy a ir directa: desde que decidiste quedarte en la finca y montar tu negocio con Mónica, has perdido tres patrocinadores. Y la gira europea está oficialmente cancelada salvo un concierto en octubre en Lyon, que no consigo que te confirmen ni cambiar de fecha porque nadie me responde.

Trago saliva. No esperaba que empezáramos por ahí. Claro que a Irene siempre le ha gustado ir directa al grano. Es muy maja y sociable, pero al final es demasiado hueso cuando se trata de temas importantes.

—Lo sé. Me lo imaginaba —admito, bajando la mirada a la mesa —. Irene, lo siento. Sé que esto no es lo que planeamos. Pero

necesitaba parar. Necesitaba aire. La música por sí sola ya no era suficiente. No cuando me estaba rompiendo por dentro.

—No te estoy culpando, Guille. Solo estoy preocupada. ¿De verdad estás bien?

Asiento, pero es un gesto lento, meditado.

—Estoy aprendiendo a estarlo. Mónica me está enseñando, aunque no lo sepa.

La mención de su nombre hace que Irene levante una ceja.

—Así que convivencia, ¿eh? ¿Cómo va eso?

Suelto una risa sarcástica.

—¿Quieres la versión bonita o la real?

—Dame la jugosa, por favor, y no te dejes ni un detalle.

—Es complicado. Tiene una gata que me odia a ratos y me ama a otros. Me deja pelos por todas partes. Y Mónica... Bueno, es un terremoto desorganizado. Una mañana me levanto con flores por todo el fregadero, al día siguiente hay partituras por el suelo. Nos estamos acoplando. Chocamos. Pero también nos reímos. Y hay ratos, los mejores, en los que nos entendemos sin palabras.

Irene sonríe con ternura.

—Suena a convivencia real. No de postal.

—Exacto. No es perfecta. Pero es... viva.

—¿Y tú? ¿Sigues componiendo?

—Cuando no estoy frustrado, sí. A veces me despierto en mitad de la noche con una melodía en la cabeza. Y otras veces no consigo encajar ni una sola nota. Al menos ahora tengo motivos para componer que no son los de antes.

—¿Y el concierto de octubre?

—No lo sé, Irene. No quiero decir que no, pero tampoco puedo decir que sí. Si voy, quiero hacerlo bien, sentirlo de verdad.

Ella asiente, seria.

—Lo entiendo. Solo necesito que me lo digas en algún momento para poder ayudarte, para que no tenga que perseguirte por toda Europa.

Reímos los dos y, por un momento, siento que todo va a estar bien. Aunque esté lejos del escenario, aunque mi nombre no esté en

carteles luminosos, mi interior ha encontrado un lugar donde echar raíces.

—Gracias por seguir ahí —le confieso de pronto.

—Siempre, tonto. Soy tu prima, tu representante y tu fan número uno. Aunque seas un desastre a veces.

El camarero nos sirve los platos y el pan cruje cuando lo corto. Irene se relaja. Yo también.

—Oye —llamo su atención—, ¿tú qué tal con ese tío? Emmm… ¿Joan?

Mi prima se echa a reír mientras deja los cubiertos en el plato cuando ha terminado.

—Eso fue un rollo de fin de semana. Nada importante.

—¡Oh!

No entiendo el amor moderno. Siempre me he considerado un clásico en este ámbito, o sea, no un machista de la mujer en casa y tal, pero nunca me ha llamado eso de un amor en cada puerto ni las relaciones abiertas. Cuando he querido a alguien, siempre me he sentido a gusto con una sola relación a la vez.

Entre confidencias y nostalgia, los dos terminamos de pasar la tarde juntos.

Limpieza por casa que nunca falle

Mónica

Una vez cierro la tienda al mediodía y me aseguro de que las flores están bien regadas y las luces apagadas, subo al piso superior con una sola cosa en mente: limpieza general. Esta semana me toca a mí. La semana pasada fue el turno de Guillaume, aunque él siempre acaba barriendo o fregando más de la cuenta. Me da la sensación de que lo hace a propósito, como si le relajara más de lo que quiere admitir, y yo no me voy a quejar. Pero hoy no. Hoy soy yo la que se pone la banda sonora del día y me adueño del escenario.

Pongo la radio a todo volumen, esa emisora local que mezcla clásicos de los 90 con alguna que otra canción *indie* y, sin darme cuenta, estoy canturreando mientras me ato el pelo en un moño desordenado y me subo las mangas. Empiezo por la cocina, que siempre me gusta hacerlo primero porque, cuando está limpia, me da una sensación de orden instantáneo. El aceite salpicado de anoche todavía brilla en la vitrocerámica y me dan ganas de regañar a Guillaume en voz alta. En lugar de eso, cojo el estropajo con energía y le doy un buen repaso.

—¡Eso por freír sin tapa, pianista rebelde! —le grito al aire mientras me río sola y saco una foto para los *stories*.

Sigo con la escoba en la mano y me deslizo al compás de la canción que empieza a sonar: una versión acústica de *I Want to Break Free*. Me río al pensar que el destino se ríe conmigo: sí, quiero liberarme ¡de las pelusas bajo el sofá! Canturreo con voz impostada mientras barro, sintiéndome la protagonista de un musical doméstico.

—¡Guillaume, prepárate para encontrar tu calcetín perdido! —anuncio al aire triunfal, cuando la escoba tropieza con uno bajo el sillón.

El salón es siempre mi punto débil. No porque esté demasiado sucio, sino porque me distraigo con facilidad. Veo los libros apilados en la mesita, los cuadernos de bocetos abiertos y los posavasos con frases graciosas que compramos en el mercadillo del sábado y me detengo un instante a hojear uno de los blocs. Tiene un dibujo a medias. Una flor. Y junto a ella, en lápiz, una nota:

«para M».

Me quedo un momento en silencio, apretando los labios en una sonrisa suave, y luego vuelvo a lo mío. Paso el plumero por la estantería y tengo que resistirme a reorganizar todos los libros por colores. Otro día. Hoy tocan tareas productivas, no perderme en el mundo de lo estéticamente perfecto.

Conforme avanzo hacia el baño, cambio de canción. Ahora suena una balada romántica que me hace girar sobre mí misma con la fregona como si fuera mi pareja de baile.

Empiezo a tararear mientras echo el producto de limpieza en el cubo y remojo la fregona. El suelo está frío bajo mis pies descalzos, pero me da igual. Estoy en mi salsa. El baño huele a limón y menta y todo empieza a relucir. Me encanta este momento en que todo parece nuevo otra vez.

Cuando vuelvo al salón para repasar el polvo de la tele que se me había olvidado, me detengo. Paso el paño con cuidado, dejando todo brillante.

El horno pita. He metido pan congelado para acompañar la comida que dejé lista antes de bajar a abrir la tienda. Todo está casi en su punto. Miro alrededor y sonrío con las mejillas enrojecidas por el esfuerzo, el corazón contento y la música todavía sonando de fondo.

Al final llego a su dormitorio y me sorprende la cama medio hecha. Guillaume ha debido levantarse tarde y ha intentado de estirarla, aunque claramente lo suyo no son las esquinas. Una sonrisa burlona se me escapa. Me acerco, la rehago como a mí me gusta, con las almohadas mullidas y bien colocadas. Luego paso el plumero por el cabezal, por la cómoda y me paro un segundo delante del espejo.

Paso la escoba para retirar alguna que otra pelusa. Cuando llego al pequeño escritorio y barro por debajo, me doy cuenta que hay unos papeles que se le han caído. Me agacho para cogerlos. Parecen documentos oficiales.

Antes de que pueda leer lo que pone, escucho la llave girar en la puerta. Me apresuro a dejarlos sobre la mesa y salir del cuarto.

El corazón me martillea como si me hubiesen pillado haciendo algo malo.

—¿Mónica? —llama Guillaume, riendo—. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondo con voz fingida mientras me acerco a las escaleras—. Aunque más bien soy una especie de hada del orden que ha venido a rescatar este castillo de las garras del caos.

Él se asoma con una sonrisa cómplice y me observa de arriba abajo, sudada, despeinada, con la escoba aún en la mano y el plumero bajo el brazo.

—Estás… Sí, pareces un hada del orden —se apresura en corregir lo que sea que iba a soltar cuando llega a media escalera—. ¿Te contrato por tiempo indefinido?

—Va a ser que ni de coña —le contesto entre risas mientras le doy la escoba—. Es más, ahora tú te encargas de la cena.

—Pero si huele a comida ya hecha.

—Yo cociné, limpié y dejé la lavadora puesta. Lo justo es que tú pongas la mesa y sirvas el vino.

Se ríe y se rinde.

—Sí, hada del hogar. Lo que usted mande.

Mientras él se aleja tarareando, yo me dejo caer en el sofá, agotada pero contenta de haber dejado todo en orden. A pesar de todo, de las discusiones, del caos, de las listas de tareas y de las semanas alternas, estamos construyendo algo real. Día a día.

Canto a media voz la canción que suena ahora y cierro los ojos un momento. En ese instante algo me viene a la cabeza. ¿Qué serán esos documentos oficiales que he visto en su habitación?

Buscando el repertorio

Guillaume

—Es muy lúgubre para un concierto de verano.

Levanto la mirada de las teclas y allí está Mónica, con las manos cubiertas de tierra y una regadera goteando en el suelo de madera. Su ceja arqueada es la personificación de la crítica. La melodía, suave y melancólica, muere entre mis dedos.

—Es una pieza clásica —respondo seco para zanjar el tema.

—Es deprimente —insiste ella dejando la regadera sobre el mostrador de la tienda.

Resoplo. Llevamos toda la mañana así. Dos días para San Juan y, aunque la fecha del concierto esté fijada para el 15 de julio, parece que hay una necesidad urgente de planificar todo al dedillo.

Me cruje el cuello mientras flexiono los dedos y comienzo a tocar otra pieza, algo más animado pero no lo suficiente para ella, al parecer. No tarda ni dos minutos en empezar a mover las macetas pesadas de la entrada para reubicarlas. Una, dos, tres… El sonido de la cerámica arrastrándose contra la madera hace que pierda los nervios.

—¿De verdad tienes que hacer eso justo ahora? —pregunto, apretando los dientes y sin dejar de tocar.

—¿De verdad tienes que tocar eso justo ahora? —responde ella igual de rápido y usando las mismas palabras.

Pongo los ojos en blanco antes de ponerme en modo pataleta de niño haciendo sonar una serie de notas discordantes. ¿Que es infantil? Sí. ¿Que me importa? Ni de coña.

—¡Guillaume! —exclama girándose con brusquedad y salpicando agua de una maceta a la alfombra.

Sonrío con fingida inocencia. Ella aprieta los labios y yo retomo una melodía que, admito, suena como el comienzo de una marcha fúnebre.

—Te odio —murmura volviendo a sus plantas.

—¿Ah, sí? Pues a tus begonias les encanta mi arte.

—Se están marchitando por tu culpa.

La tensión vibra en el aire, no de una manera desagradable, sino como esas chispas que surgen cuando dos polos opuestos se acercan demasiado. Yo toco más fuerte; ella mueve las plantas más rápido. Y así seguimos un rato, cada uno ocupando su espacio, cada uno intentando sobresalir por encima del otro.

Entonces, sin previo aviso, empiezo a tocar una melodía más suave, un vals sencillo que encaja con el ritmo del agua al caer de su regadera. Mónica frena y, sin girarse, comienza a tararear.

—Esa sí me gusta —murmura sonriendo.

—Vaya, todo eso que hemos conseguido.

Ella se vuelve, apoyándose en el marco de la puerta, con una sonrisa ladeada.

—Tal vez deberíamos ensayar juntos alguna canción para el concierto. ¿Qué te parece?

Mis dedos se detienen sobre las teclas. El eco de su propuesta me desarma un poco. Compartir escenario, compartir más cosas que esta absurda convivencia forzada…

—¿Podríamos? —pregunto sin entenderla mucho.

Y aunque intento sonar neutral, la idea no me desagrada del todo.

Una avería por San Juan

Mónica

Cuando me levanto la mañana de la verbena de San Juan, lo primero que hago es ir a revisar mis plantas. Aunque todavía sigo pensando cómo Amandine ha subido a dormir conmigo ya que siempre lo hace en la camita de la trastienda, pero no le doy mucha importancia.

La rutina me calma: rociar las hojas, comprobar si alguna necesita un poco más de luz o menos agua… Todo mientras pienso que hoy será un día tranquilo pero demasiado largo. Mi hermana, su marido y sus tres hijos llegarán para pasar la vigilia aquí y se alojarán en mi antigua casa, por supuesto. Ya me imagino el barullo, los niños correteando por las calles del pueblo y mi cuñado preguntando por el wifi y quejándose de la mala comunicación que hay en este rincón del mundo.

Mis pensamientos se disuelven cuando un líquido me empapa los pies descalzos. Parpadeo. Miro hacia abajo.

El agua cubre el suelo. Más bien el agua me llega a los tobillos.

No es una pequeña filtración ni un charco insignificante. El techo de esta zona está intacto. Algunas macetas pequeñas y ligeras flotan en ella, hay hojas por todas partes y lazos que adornan el desastre.

—¡Guillaume! —grito provocando que mi voz se quiebre entre el eco del espacio de la escalera.

No hay respuesta.

El agua sigue saliendo. No sé de dónde vendrá, pero hay un sonido constante de gorgoteo del que no me había percatado hasta ahora y que me pone los pelos de punta. Corro hacia la trastienda, las plantas olvidadas, mis pies chapoteando como cuando era pequeña y saltaba los charcos en días de lluvia. Rodeo el biombo que se cae al suelo y ahí está: una tubería rota escupiendo agua con furia contra la pared.

—¡Guillaume! —vuelvo a gritar, pero esta vez con más fuerza.

A los pocos segundos, lo veo aparecer con el pelo revuelto y sin atar, una camiseta vieja y cara de no haber procesado aún lo que está ocurriendo.

—¿Qué…? —empieza a decir.

Sus ojos se abren de par en par y sus labios se aprietan con fuerza hasta formar una ligera línea.

—¡La tubería! —señalo porque el desastre habla por sí solo.

Él reacciona al fin, pisa con fuerza el agua, resbala un poco y maldice. Abre el mueble donde guardamos las herramientas y saca una llave inglesa, como si eso fuera a solucionar el caos en un segundo.

—¿Dónde está la llave de paso? —pregunta, apremiante.

—¿Cómo voy a saberlo? —respondo, agitada, mientras niego con la cabeza—. Se supone que tú eres el organizado.

—¡No sé dónde están las llaves de esta casa! —gruñe forcejeando con la tubería como si pudiera cerrarla a mano.

El agua sigue brotando, extendiéndose por el suelo, acercándose al piano, donde ya cubre los pedales.

—¡El piano, Guillaume! —exclamo, ya que parece que él no ha reparado en eso.

Aunque por un lado a veces lo maldiga por estar hasta los fines de semana tocando aquel instrumento del diablo, me siento muy responsable ahora mismo.

—¡Lo sé, lo sé! —responde en lo que parece un gruñido gutural.

Deja caer las herramientas y se sujeta el cabello para poder ver con tranquilidad sin que se le caiga en medio de la cara. Me pongo a buscar con desesperación por las esquinas del local, levantando alfombras mojadas, abriendo puertas que chirrían.

La puerta de entrada suena. Es Sofía.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta con los ojos como platos.

—¡Inundación! —chillo, y siento que la desesperación me sube por la garganta.

Guillaume se gira a ella como si fuera su salvación.

—¿Sabes dónde está la llave de paso?

—¿La qué?

El suelo sigue cubierto de agua bajo mis pies mientras intento mantener el equilibrio, los cubos de agua de las rosas flotan entre el mobiliario y cada vez que Guillaume pisa fuerte para moverse, el agua salpica a nuestro alrededor como si estuviéramos en medio de una tormenta.

Nuestra amiga se fija en la fachada antes de entrar y por unos instantes desaparece de mi visión. «Qué gran ayuda», pienso. Escucho ruidos que me hielan la sangre, creo que la finca está a punto de colisionar.

—¡Aquí! —grita Sofía desde fuera, señalando una pequeña placa metálica oxidada a un lado de la fachada—. ¡Es la llave de paso!

Guillaume se lanza hacia ella, resbalando pero sin perder la compostura. Yo me muevo hacia donde están ellos y empiezo a llenar cubos y vaciarlos sin tregua, pero cada vez que vuelvo a sumergirlos, el agua parece haber subido un poco más.

—¡Date prisa! —le grito con la voz quebrada por la desesperación.

—¡Estoy intentándolo! —responde él, forcejeando con la llave que parece no haberse movido en años.

Sofía se agacha junto a él, sujetando la placa para que no se cierre de golpe, mientras que Guillaume empuja con todas sus fuerzas. Por fin, suena un crujido metálico y la manecilla intuyo que cede. El agua deja de brotar, pero el desastre ya está hecho.

—Genial —resoplo, apoyándome contra la pared y pasando las manos por la cara empapada—. Ahora solo queda lo peor.

—Achicar el agua —remata Guillaume, con una expresión tensa.

—Sí —responde Sofía con una sonrisa sacando el teléfono—, pero esto se merece una foto y unos vídeos mientras os ponéis manos a la obra.

Tendrá morro, la jodida.

—¿Tú no piensas ayudar? —Soplo un mechón de pelo que me ha caído frente a los ojos.

—Alguien tiene que documentarlo todo —hace una pausa dramática— por el bien de la herencia.

Nos quedamos unos segundos en silencio, con el eco de las gotas cayendo de nuestras ropas al suelo, antes de reírnos por la ocurrencia alocada de mi amiga. Guillaume, siempre eficiente, ya ha cogido una fregona y un par de trapos, repartiéndolos como si fuéramos un equipo de limpieza profesional.

—Mi hermana llega en menos de dos horas —murmuro, más para mí que para ellos.

—¿Y? —pregunta Guillaume moviendo la fregona, que no sirve para mucho.

—Que es perfecta. Todo tiene que estar en orden —replico, agachándome para absorber el agua con un trapo empapado—. No puedo dejar que vea esto.

—¿Perfecta cómo? —insiste él.

—Perfecta como en: 'Hola, soy Aina, madre de tres hijos impecables, con una casa reluciente y una vida de ensueño'. Esa clase de perfección.

Guillaume suelta una carcajada amarga.

—Quisquillosa es, pero esto no es culpa tuya —responde dejando el mocho y cogiendo un cubo para sacar el agua más rápido—. Tendrá que aguantarse.

—No suena a un plan que tenga ella en mente —responde Sofía por mí.

—No tienes ni idea —resoplo escurriendo el trapo en el cubo.

El agua parece interminable. Guillaume trabaja en silencio, sus movimientos calculados y casi furiosos son de gran ayuda. Mientras, Sofía murmura planes sobre ventilar el lugar y evitar que el olor a humedad lo invada todo.

—Esto tiene que estar seco antes de que ella ponga un pie aquí —me repito como un mantra.

Me pongo a sacar macetas a la calle para salvar las plantas que han quedado afectadas.

—Tranquila, Mónica. Lo arreglaremos —responde Sofía con su tono calmado.

Pero Guillaume solo me lanza una mirada cargada de escepticismo antes de volver a empujar la fregona con más fuerza.

Mi hermana no puede ver esto. No puede ver que estoy luchando por mantener mi vida a flote mientras ella sigue siendo la imagen de la perfección.

El agua sigue corriendo por las rendijas del suelo, como un recordatorio implacable de que la tormenta aún no ha terminado.

Pensando demasiado alto

Guillaume

A media tarde, la hermana de Mónica, Aina, llega con su marido Lluc y sus tres maravillosos y ruidosos hijos. Lo de maravillosos lo digo porque así es como Mónica los llama con sarcasmo, y empiezo a entenderlo ya que, ahora mismo, parecen un pequeño ejército de huracanes entrando por la puerta, desparramando mochilas, toallas y juguetes como si la tienda fuera un parque de atracciones. Mónica, que hasta hace un momento trataba de escurrir una fregona empapada con más fuerza de la necesaria, se pone rígida, con una sonrisa tirante que parece a punto de desmoronarse.

—¡Hola! —exclama Aina, con esa energía inagotable que la caracteriza y ese tono de escepticismo tan peculiar.

Los niños ya están correteando alrededor del piano, lo que hace que se me acelere el pulso.

—Eh, ¡cuidado con eso! —grito tratando de sonar amable mientras bloqueo el acceso a las teclas con el cuerpo.

El más pequeño me mira con cara de querer descubrir qué pasa si golpea una de ellas con el puño. Le escudriño con los ojos en una mirada de «tócalo y te convierto en cuerda pinzada».

Mónica suelta la fregona y me mira de reojo cuando siento esa sensación de que alguien te observa.

—Ve a cambiarte —le murmuro—. Yo termino de mover los jarrones. Ya casi hemos sacado toda el agua.

—Pero… —empieza a decir cuando ve a uno de sus sobrinos estirando las hojas de una de las plantas del mostrador.

—Hazlo —insisto, más firme esta vez.

No quiero que estalle frente a su hermana. Ella me fulmina con la mirada, pero desaparece escaleras arriba. Me froto el rostro con las manos mojadas y me giro hacia Aina, que ahora inspecciona el lugar con una ceja arqueada.

—¿Ha llovido aquí dentro? —pregunta con los labios formando una delgada línea.

—Algo así —respondo, tomando el primer jarrón que encuentro y colocándolo junto a los otros, alejados del rincón que aún gotea.

Mientras muevo las plantas y los objetos más delicados, los niños siguen revoloteando por la tienda. Lluc, por su parte, está más pendiente del teléfono que de sus hijos. Respiro hondo. No puedo perder la paciencia. No ahora. Pero ¿cómo se puede estar tan pancho?

Cuando por fin coloco el último jarrón, Aina se cruza de brazos, observando cada rincón del local.

—La verdad —comenta con lo que parece un deje de asco en su voz—, me imaginaba algo más… organizado.

Suelto un suspiro quedo.

—Ha sido un día complicado. —Hago una pausa para revisar las escaleras un instante antes de seguir—. No seas muy dura con ella. Se está esforzando mucho.

Reconocerlo en voz alta me deja con una sensación extraña pero ligera en el cuerpo. En el fondo, por muchas riñas y excentricidades que tengamos, es cierto, nos estamos dejando la piel para que esto salga adelante.

—Querrás decir «nos» —puntualiza.

Justo entonces, Mónica baja las escaleras con el pelo que parece todavía húmedo y un vestido blanco que ondea alrededor de sus piernas. Por un momento, hay un silencio incómodo. O quizá soy yo el único que lo siente.

—¿Qué? —pregunta ella al mismo tiempo que sus mejillas se enrojecen al descubrir que la estoy mirando más tiempo del necesario.

—Nada —respondo con rapidez—. ¿Lista para la verbena?

Antes de que pueda contestar, uno de sus sobrinos tira del bajo de su vestido.

—Tía Mónica, ¿puedo tocar el piano?

Ahí vamos otra vez. Serán tocapelotas…

—No, corazón —comenta ella cogiéndole de la mano y llevándoselo hacia la puerta principal—. Quizás otro día. Por cierto, he dejado algunas macetas en el balcón de tu habitación, Guillaume. No las toques, quiero que se sequen al sol.

Antes de que salga, le guiño un ojo y asiento ante el cable que me ha tirado. De esta forma me doy cuenta de que está igual de preciosa que siempre y que esa sonrisa de felicidad sigue causando mella en mí.

Cuando veo que Mónica y su familia se van, me fijo en que Amandine, la gata, ronronea feliz y se coloca de un salto en su rincón favorito de la estantería, justo entre un libro de botánica que Mónica dejó abierto y una pequeña maceta con un esqueje de lavanda. El silencio que deja la partida de su hermana, Lluc y los niños es una bendición caída del cielo.

—Por fin, Amandine —susurro, agachándome para pasar la fregona por enésima vez—. Ahora sí que estamos en paz.

La gata me mira con esos ojos ámbar y ladea la cabeza como si en realidad comprendiera la odisea de las últimas horas. Al menos alguien aquí tiene sentido común.

—¿Sabes? —sigo murmurando mientras arrastro las macetas más grandes lejos del charco persistente—. Mónica puede ser un torbellino, pero no sé cómo lo hace. Ha conseguido que sus sobrinos no me toquen el piano ni una sola vez. Eso ya es una hazaña.

Amandine cierra los ojos, ronroneando más fuerte, y yo lo tomo como un gesto de aprobación. Estoy colocando las macetas alrededor del instrumento, creando una especie de fortaleza improvisada para protegerlo del agua, cuando Sofía aparece sin previo aviso.

—¿Estás hablando bien de Mónica? —pregunta con una sonrisa socarrona mientras se apoya en el marco de la puerta—. Esto merece ser grabado.

Doy un respingo y casi dejo caer una de las macetas.

—No me jodas, ¿desde cuándo estás ahí? —pregunto sintiendo un nerviosismo extraño recorrer mi espalda.

—El tiempo suficiente como para oírte decir que Mónica es un torbellino, pero que hace «hazañas» —imita mi voz con un tono exagerado y se cruza de brazos—. Vaya, vaya, Guillaume. ¿No será que empiezas a apreciarla más de lo que admites?

—No digas tonterías —respondo, volviendo a concentrarme en el charco que se resiste a desaparecer—. Solo digo que tiene cierta habilidad para mantener el caos bajo control. Más o menos.

Sofía suelta una carcajada.

—¿El caos bajo control? ¿Estás seguro de que estamos hablando de la misma Mónica?

—¿Quieres ayudarme o solo has venido a cotillear? —gruño ofreciéndole otra fregona.

—Un poco de ambas —confiesa, pero la acepta y empieza a mover el agua hacia la trastienda—. Aunque admito que, a vuestra manera, hacéis un buen equipo.

Frunzo el ceño, pero no respondo. Me concentro en limpiar los últimos rastros de agua mientras Amandine, impasible, nos observa desde su rincón.

Sofía tiene razón, aunque no pienso afirmarlo. Mónica y yo somos como dos corrientes opuestas, pero, de alguna manera, hemos encontrado una forma de avanzar sin anularnos el uno al otro. Aunque a veces, más que avanzar, parece que solo estamos intentando no ahogarnos.

Una verbena asfixiante

Mónica

Cuando la noche cae, mi familia y yo ya hemos cenado con tranquilidad. La mesa sigue ocupada por restos de pan, trozos de coca y copas a medio vaciar. He notado, entre bocado y bocado, que Lluc no ha levantado la mirada del teléfono en toda la cena. Apenas ha participado en las conversaciones sobre los niños, las vacaciones o las recetas familiares. Mi hermana, en cambio, está más radiante que nunca.

—¿Está todo bien con Lluc? —le pregunto en voz baja mientras recogemos los platos.

Aina sonríe de oreja a oreja y asiente sintiéndose superorgullosa de lo que va a soltar.

—Está cerrando un trato con una empresa de las grandes —me responde con esa manera suya de remarcar «las grandes», como si esas dos palabras fueran un sello de prestigio..

Asiento, aunque en mi cabeza resuena un: «¿y no puede cerrar el trato mañana?». Pero me lo guardo. No es el momento y no quiero montar un pollo con su perfeccionismo.

Salimos todos a la calle poco después. Los niños corren delante de nosotros, persiguiendo las primeras chispas que vuelan desde las hogueras que ya arden en varios puntos del pueblo. El aire huele a humo y a pólvora. Las risas y las voces resuenan por todas las calles de Valldemossa, mezclándose con las canciones populares que

alguien ha puesto desde un altavoz. La verbena de San Juan está en pleno auge.

Aina camina a mi lado más tiesa que un palo de escoba y vigilando que los niños no se desmadren más de la cuenta. Pero me fijo en su naturalidad para ser así. Parece que incluso con un vestido sencillo y unas sandalias cómodas, brilla más que nadie.

—He visto vuestra cuenta de redes —Aina deja caer el comentario sin dejarme responder con algún gruñido de aprobación —. Diez mil seguidores en menos de un mes. No está mal, aunque, con el ritmo que lleváis, os vais a quemar enseguida.

Me detengo un momento para encender una bengala, intentando que su comentario no me afecte más de la cuenta y termine por quemarme a mí.

—Vamos bien —respondo con una sonrisa tensa. —. Tenemos un plan y lo estamos siguiendo.

—¿Un plan? —Aina arquea una ceja—. Además de las redes, tenéis que mantener el negocio, organizar los eventos... cumplir con todas las normas del testamento. No quiero ni imaginar el estrés.

Mi mandíbula se aprieta un poco, pero intento mantener el tipo. Ella nunca ha sido capaz de ver que puedo conseguir las cosas por mi propio pie. Se le ha subido a la cabeza que María del Carmen la dejase como guardiana nuestra, y se cree, como siempre, con derecho a opinar. Mejor dicho, a juzgar.

—Nos organizamos —respondo con firmeza.

Ella suelta una risa suave para destensar el momento, pero ya solo con respirar el mismo aire, me crispo.

—Claro, claro —musita—. Oye, ¿y Guillaume? ¿Él también tiene un plan o solo improvisa?

El comentario me saca de mis casillas y, aunque intento disimular, me sale mal. Sé que lo dice con esa maldita sorna que siempre usa cuando algo le parece un juego de niños.

—Guillaume y yo estamos alineados —zanjo el tema, y me sorprende lo segura que sueno, a pesar del revoltijo de emociones que me bulle por dentro.

En ese momento, una explosión ilumina el cielo, y los primeros fuegos artificiales estallan en una lluvia de colores sobre nuestras

cabezas. Agradezco el estruendo, porque durante un segundo, me da la excusa perfecta para no tener que responder a nada más.

Mientras miro el firmamento, la ansiedad me corroe por dentro y casi habría preferido quedarme en la tienda, embarrada hasta las cejas, que seguir aguantando a mi hermana. Porque Aina, aunque me saque de quicio, tiene razón en algo: aún no tenemos todas las respuestas. Y las normas del testamento no piensan darnos tregua.

El primer concierto después del desastre

Guillaume

Hoy por fin tenemos el primer concierto en la tienda de flores. Por la mañana, hemos cerrado para colocar las sillas que hemos encontrado por toda la casa: un batiburrillo de estilos que va desde las de madera del altillo hasta un par de plegables que ni siquiera sabía que teníamos escondidas en el jardín trasero. La verdad es que lo hemos solucionado en un momento y sin discutir mucho. Salvo por alguna plantita que no he visto y he tirado sin querer.

No hemos hecho venta de entradas ni publicidad a lo grande. Todo ha sido muy íntimo y hecho en un santiamén. Por supuesto, Sofía ha dicho que ella se encargará de grabarlo y retransmitirlo en directo para nuestros fans.

Me siento un poco acojonado. Aunque cada vez son menos los abucheos que recibo por mi último concierto y nos cae poco *hate*, siento la presión de hacerlo bien a la primera.

Ahora estoy dando vueltas por el pasillo, esperando a que sea la hora y, sobre todo, a que Mónica decida salir de la habitación. El piano ya está afinado a la perfección, las luces están atenuadas y las flores distribuidas de forma estratégica por cada rincón de la tienda, como si quisieran ser parte del espectáculo. Todo está listo, menos yo. Las manos me sudan y, aunque hemos decidido que daré el

concierto con un pantalón y una camisa de lino, siento como si la tela estuviese empapada en mi espalda.

Me paso la mano por el pelo una y otra vez. Siento el sudor en la nuca y ese incómodo tic en el ojo que me acaba de dar por primera vez en la vida. No debería estar tan nervioso, no es mi primer concierto ni mucho menos. He tocado en auditorios, en cafés repletos, incluso en alguna boda al aire libre donde llovía a cántaros. Pero esto... Esto es diferente. Es nuestro concierto. Y tenemos demasiado en juego.

Miro la puerta cerrada de la habitación de Mónica y suspiro.

—¿Vas a salir en algún momento o planeas hacer una gran entrada justo cuando toque la primera nota? —pregunto intentando sonar más relajado de lo que me siento.

No hay respuesta. Golpeo con suavidad la puerta con los nudillos.

—Mónica...

Por fin, la puerta se abre un poco y ella asoma la cabeza. Su pelo está libre y volátil, pero lleva ese vestido verde oscuro que siempre consigue que las palabras se me enreden un poco.

—Estoy buscando el broche de hojas doradas —se queja mientras rebusca en uno de los cajones de la cómoda que compramos hace unas semanas.

—¿El broche? —repito, incrédulo—. Mónica, en menos de quince minutos tenemos que empezar.

—Lo sé, pero sin el broche no me siento... completa.

Me río, aunque suene más como un jadeo nervioso.

—¿Completa? Vamos a tocar música, no a caminar por una alfombra roja. —Hago una pausa mientras doy un vistazo a una caja del tocador—. Es más, tú misma dijiste que esto era del *chill*.

Ella me fulmina con la mirada mientras sigue rebuscando en su mesilla de noche. Después de unos minutos que se me antojan eternos, saca el broche, triunfante, como si hubiese resuelto un misterio de gran envergadura.

—¡Ajá! Ya está. Estoy lista.

Coge un par de mechones de pelo y se los anuda con él para que no le caigan sobre la cara.

—Por fin.

Bajamos juntos las escaleras y al llegar al local, ya hay algunas personas sentadas: vecinos curiosos, algún turista despistado y Sofía con su móvil en alto, probando ángulos para el directo.

—A sonreír —me susurra Mónica rozando mi brazo con el suyo.

El estómago se me encoge aún más. El primer acorde está a punto de sonar, y no estoy seguro de si es más por el concierto o por una nueva sensación que se me instala en la boca del estómago al ver a mi compañera de piso.

Sonrío a todos los que van llegando mientras me acerco con calma al piano. Suelto un largo suspiro cuando decido subir la tapa de las teclas y sentarme. Antes de poner las manos sobre ellas, busco a Mónica con la mirada, que está justo en la entrada recibiendo a todo aquel que quiera vernos, y asiente para que empiece a tocar. En ese instante, siento que nunca he estado menos preparado en mi vida.

Las teclas responden a mis dedos con una ligereza que casi me asusta. La melodía fluye, suave como el agua de un arroyo en primavera, y cada acorde parece aligerar un poco el nudo en mi estómago. Respiro hondo, dejo que el sonido del piano me envuelva y, por un momento, olvido las sillas mal combinadas, las plantas reubicadas a última hora y las luces que parpadearon antes de encenderse del todo. El testamento que parecía una condena empieza a emocionarme de verdad.

El local se va llenando poco a poco. Lo noto más por las vibraciones del suelo y los murmullos que por levantar la vista, porque no quiero perder el ritmo. Cada vez que alguien entra, siento una oleada de nervios —¿y si no les gusta?, ¿y si piensan que esto es ridículo?, ¿y si me reconocen y empiezan a abuchearme?—, pero las notas siguen saliendo, limpias y claras, dejando que el piano haga su efecto y me tranquilice.

Puedo ver de reojo a Sofía moviéndose por el fondo con el móvil en alto, grabando cada acorde. Mónica, junto a la puerta, les sonríe a los recién llegados y les indica con una pequeña inclinación de cabeza dónde pueden sentarse. Me siento como en el primer concierto que di, salvo que aquella vez estaba solo y en esta ocasión tengo a Mónica. No sé por qué, pero su presencia hoy me transmite

calma; cada vez que se me acelera el pulso cuando creo que no llego a una nota, la miro y la veo sonreír o asentir y me infunde una sensación de serenidad a la que no estoy acostumbrado. Me hace sentir expuesto, pero en el fondo me gusta.

En un momento dado, cambio la melodía por una más animada, casi juguetona, y oigo algún que otro susurro divertido entre el público. Eso me arranca una sonrisa. No puedo evitarlo. Mis dedos se deslizan por las teclas, marcando un ritmo más alegre, y el ambiente también parece transformarse en una sintonía relajante.

Cuando termina la pieza, dejo que el último acorde se alargue hasta morir del todo. El silencio que lo sigue dura apenas un segundo antes de que empiecen los aplausos. Mi pecho se hincha, una parte de mí todavía no se cree de que haya gente aplaudiéndome en nuestro pequeño local de flores y música.

Mónica me lanza una mirada fugaz, su sonrisa se expande orgullosa por su rostro, y me doy cuenta de que estoy feliz. Nervioso, sí, con el estómago aún revuelto, pero feliz.

—Voy a tocar otra —anuncio, mi voz más firme de lo que esperaba.

Esta vez, al posar las manos sobre el piano, sé que lo hago no solo para ellos, sino también para mí. Porque después de dos meses por fin me siento en casa.

Celebrando nuestro primer éxito

Mónica

Para celebrar el éxito de nuestro primer concierto, Guillaume y yo hemos decidido darnos un respiro y pasar el domingo entero en Alcúdia.

Hace un día espléndido, con el sol acariciándonos la piel y una brisa marina que nos refresca justo lo suficiente para que el calor no resulte asfixiante. Paseamos tranquilos por las calles empedradas, entre fachadas de colores tierra y buganvillas que trepan por las paredes. Hay un ambiente relajado, con turistas y locales disfrutando del día, de las terrazas llenas y de los aromas de pan recién horneado y café flotando en el aire.

—Es curioso —comenta Guillaume con esa sonrisa ladeada y sus gafas de sol redondas que me recuerdan a los guitarristas de *rock*—, pero a pesar de haber viajado hasta la otra punta de la Sierra de Tramuntana, nunca había venido aquí.

—Prepárate, porque hoy vas a descubrir una de mis zonas favoritas de Mallorca —le respondo con entusiasmo.

Nos detenemos en cada pequeño rincón que nos llama la atención. En una tienda de artesanía, me enamoro de unos pendientes de cerámica pintados a mano y Guillaume insiste en comprármelos.

En otra, nos quedamos un buen rato observando a un hombre tallar figuras en madera, hasta que el artesano se percata de nuestra fascinación y nos deja probar con sus herramientas. Guillaume, siempre tan meticuloso, intenta hacer una pequeña clave de sol, pero termina pareciendo más un garabato. Por supuesto, lo grabo para colgarlo más tarde en redes y hacer un pequeño *vlog* sobre nuestra aventurilla.

Yo, en cambio, ni siquiera logro que la madera no se me resbale de las manos. Terminamos riéndonos a carcajadas y comprándole al hombre un pequeño delfín tallado como recuerdo.

Antes de ir a comer, nos encontramos con una pequeña tienda de vestidos *boho*. Nada más entrar, siento que pertenezco a este lugar: las telas ligeras, los bordados delicados y los colores suaves que parecen sacados de un sueño veraniego.

—Tengo que probarme al menos tres —le anuncio a Guillaume.

Levanta una ceja en plan: «¿en serio?»

Como respuesta, fuerzo una sonrisa exagerada hasta enseñar todos los dientes y achinar los ojos para reforzar mi autodeterminación.

—Tres... seguro —murmura cruzándose de brazos—. Adelante, estrella de las flores. Sorpréndeme.

Me meto en el probador con un par de opciones, pero a medida que avanzo en mi elección, sigo encontrando más vestidos que quiero probarme. Uno blanco con encaje, otro verde menta con mangas acampanadas, otro de lino con bordados florales... Para cuando me doy cuenta, tengo una pila de al menos ocho prendas.

—Menos mal que solo… —empieza a gritar él detrás de la cortina.

—Shhh… —le ordeno callar antes de soltar una pequeña risilla.

Salgo con el primero, un vestido largo de color crema con tirantes finos y vuelo ligero. Guillaume asiente con aprobación.

—Me gusta. Te da un aire de diosa griega.

—¿Diosa griega o turista emocionada? —bromeo girando sobre mis esparteñas de tacón.

Vuelvo al probador y salgo con un segundo vestido, este de color lavanda con mangas vaporosas. Guillaume levanta una ceja.

—Este es peligroso. Si lo compras, tendremos que asegurarnos de que nadie más que yo te vea con él.

Pongo los brazos en jarras al escucharle.

—¿Y por qué solo tú, si se puede saber?

—Convivencia conjunta hasta mayo del año que viene, ¿recuerdas? —Hace una pausa para mirarse las uñas antes de seguir —. Si sales con él puesto y un alcudiano se enamora de ti, vas a romper las normas al mudarte tan lejos. Entonces convertiré la tienda en una cueva de música siniestra.

¿Si un alcudiano se enamora de mí? Sus palabras me sorprenden. Sí que es cierto que en estos últimos días Guillaume ha bajado la guardia y no está tan quisquilloso, pero ¿celoso de que alguien se fije en mí?

Un remolino se me forma en el estómago ante esa posibilidad y, aunque no quiero admitirlo, quizás, solo quizás Sofía tenga razón. Pero… Nah, no puede ser.

Río y sigo con mi desfile improvisado mientras niego con la cabeza ante su ocurrencia. Cada nuevo vestido provoca un comentario suyo, algunos más halagadores, otros ridículos sin más. Cuando me pruebo uno amarillo mostaza, pone cara de pocos amigos.

—Ese color no es para ti. Me recuerda a un mantel que tenía mi tía. Si hurgamos en el desván seguro que lo encontramos.

—¡Guillaume!—exclamo entre risas.

El verdadero caos llega cuando intento probarme un vestido de lino de una sola pieza, de esos que se anudan en la espalda. Trato de colocármelo en el pequeño probador y, en algún punto, me doy cuenta de que he metido la cabeza por el lugar equivocado. Ahora estoy atrapada, con los brazos torcidos y el vestido enredado como un ovillo de lana en un gato hiperactivo.

—Guillaume —murmuro tratando de salir del embrollo. —, necesito ayuda.

—¿Perdona? —responde desde fuera con tono divertido.

—Estoy atrapada.

Se escucha un suspiro teatral antes de que descorra la cortina unos centímetros. Solo asoma la cabeza, mirándome con los labios

apretados para no reírse. Sus ojos, ahora libres de las gafas de sol, dicen todo lo contrario.

—¡No te rías! —le advierto.

—No me estoy riendo. —Su mirada brilla con demasiada diversión.

Me saca una foto a traición antes de troncharnos de la risa y terminar con dolor de brazo por lo apretada que llevo la tela.

Con paciencia y un par de momentos en los que me pellizca sin querer en su intento de ayudarme, logramos sacar mi cabeza del lugar incorrecto y anudar el vestido como se debe. Para cuando salgo, las vendedoras nos miran con una expresión entre curiosidad y diversión.

—Creo que nos vamos a llevar este —sentencia Guillaume, señalándolo—. Le ha costado tanto ponérselo que al menos debe servir para algo.

Termino comprándome dos vestidos, el lavanda y el terrible vestido de lino. Al salir, la risa floja todavía nos persigue.

El resto del día lo pasamos entre playa, helados y fotografías espontáneas. Cuando cae la tarde, nos sentamos en una terraza con vistas al puerto, compartiendo una copa de vino blanco mientras miramos el sol ocultarse en el horizonte.

—Hoy ha sido un día perfecto —susurro relajándome en la silla.

Guillaume me mira con una expresión pausada que no le había visto hasta ahora:

—Digamos que hay imágenes que no me podré sacar en años de la cabeza. —Se lleva una mano al pecho exagerando el dramatismo —. Si esta noche tengo pesadillas, espero que recaigan sobre tu conciencia.

Nos volvemos a sumir en una calma perfecta para terminar la semana.

Las flores que nacen del caos

Guillaume

Aporreo las últimas notas en el piano y me frustro porque no consigo encontrar el equilibrio en el ritmo. O mis manos van demasiado lentas o no logro sacarlo. Aprieto los dientes y vuelvo a empezar desde el principio, pero la misma sensación de descontrol me invade y al final dejo caer las manos sobre las teclas con un sonido desafinado y abrupto que me chirría en las orejas. Me paso una mano por el pelo, resoplando.

Es primera hora de la mañana y Mónica sigue durmiendo. Por suerte, esta vez he conseguido un piano eléctrico que tengo en mi dormitorio y me puedo poner auriculares para no molestar en mis noches de insomnio.

Pero ni así consigo calmarme. Agobiado, lanzo las partituras al suelo con la mala pata de que una de ellas se rompe por la mitad. Frunzo el ceño y me inclino para recogerlas, intentando que no se desordenen demasiado. Me siento en el suelo y suelto un suspiro mientras mis dedos juegan con el trozo de papel rasgado.

Un ruido me dice que Mónica se ha levantado y se ha metido en el baño. Refunfuño. No quería despertarla, aunque a decir verdad no sé si he sido yo o no. No quería que me viera así. No hoy. Pero entonces, mientras mis manos siguen doblando con frustración la

partitura rota, me doy cuenta de que ha tomado una forma curiosa. Como una flor. Me quedo mirándola, dándole unas vueltas entre los dedos. Y de repente, se me ocurre una chorrada.

Con más cuidado, termino de doblar el papel hasta que consigo darle la forma de una pequeña flor. Una rosa pentagrafiada. No es la cosa más bonita del mundo, pero tiene su encanto. Al menos me ha sacado de mi nube de oscuridad, y eso siempre es bien.

Escucho el sonido del colchón cuando Mónica vuelve a la cama. Es demasiado temprano para ella. Tiene sentido. Ha tenido una semana de locos, sin parar ni un segundo con la floristería, la resaca postconcierto y los pedidos de decoración para eventos. Y yo he estado tan metido en mis propias neuras que apenas le he hecho compañía.

Dejo la flor de papel a un lado y me pongo en pie con un propósito. Si no puedo tocar bien el piano esta mañana, al menos haré algo útil. Le voy a preparar el desayuno. Salgo de la habitación con pasos silenciosos y me dirijo a la cocina. Enciendo la cafetera y saco pan y fruta. Una comida sencilla pero que quede bonita: tostadas con mermelada, un café con leche espumoso y unas fresas cortadas en rodajas que coloco con cierto esmero en el plato.

Siento un pequeño alivio al hacer esto por ella. Un gesto sencillo, pero necesario porque al final todos desayunamos. Coloco la flor pentagrafiada en un pequeño jarrón improvisado junto a la bandeja y dejo una nota a su lado: «Voy al súper. Luego ya me encargo de pasar la mopa y fregar los cacharros».

Agarro las llaves y salgo de la finca, respirando hondo el aire fresco de la mañana. Quizá, con suerte, cuando regrese, me sienta un poco menos frustrado.

No hay nada como un buen chisme

Mónica

Las noches de verano tienen ese ambiente especial que siempre me calma. El calor del día se atenúa conforme el crepúsculo se va formando, el aire es más ligero y las calles del pueblo, aunque están en pleno bullicio de gente pasando sus vacaciones, adoptan un ritmo más pausado. Caminamos de regreso a casa, con las luces tenues de las farolas proyectando sombras suaves en el suelo. Fina va a mi lado, hablándome sobre las nuevas recetas que ha probado para la próxima visita de sus nietos. Mientras, Marcelo comenta el último chisme del barrio: su kiosco funciona más para la novela rosa de los vecinos que para las *celebrities*.

Sofía, en cambio, parece estar en una burbuja aparte. Sonríe mirando su móvil y de vez en cuando suspira haciendo que su mirada se torne más brillante si cabe. Al final, incapaz de contenerse más, suelta:

—Eun-Ji y yo hablamos todos los días. Me ha mandado un vídeo de su último desfile y ¿sabéis qué? ¡Me ha dicho que le gustaría venir al concierto de otoño de la tienda si todavía está por aquí el mes que viene!

—¿La influencer de moda de Seúl? —pregunta Marcelo arqueando una ceja—. ¿La que tiene más seguidores que habitantes este

pueblo?

Sofía asiente radiante mientras yo niego con la cabeza. Marcelo es peor que una portera.

—¿Y no será solo un amor de verano? —bromea Fina con cariño.

—¡Pues claro que es un amor de verano! —responde Sofía, y las mejillas se le tiñen de un leve rubor—. O no. No sé. Hablamos de todo, no solo de moda, también de libros, de viajes… Es muy dulce. Y tiene un sentido del humor increíble.

La escucho mientras miro las ventanas iluminadas a lo largo de la calle. Cada casa parece un pequeño universo, con risas, luces y sonidos que se mezclan con la noche. Es como si cada uno tuviera su propia historia vibrando en silencio.

—¿Vas a invitarla a la tienda? —le pregunto con un tono suave.

—Si todavía está aquí en septiembre, sí —responde Sofía, soñadora—. Me dijo que quería ver más del pueblo, más allá de los *clichés* turísticos. Le hablé de las flores, de la música… Guillaume tocando el piano, tú con las plantas… Le pareció romántico. Todo le parece romántico.

—Parece una chica con buen gusto —bromeo haciendo que todos los demás se rían.

Cuando llegamos a la calle donde vivo, me detengo un segundo, respirando hondo. La noche tiene ese olor a jazmín y tierra húmeda, y la conversación de Sofía me deja una sensación cálida.

—Si viene, le preparamos una velada inolvidable —añade Fina, cómplice.

—Eso seguro —respondo, con una sonrisa tranquila mientras abro la puerta. El verano apenas empieza y las noches aún guardan muchas historias por contar—. Cambiando de tema, ¿qué tal va la puja de los vecinos, Marcelo?

En este instante, chincho a Marcelo para que confiese sobre la puja y saber quién ha ganado por el momento sobre el testamento. Además, quito un poco el foco de Sofía que parece agobiarse con tanta pregunta.

—Venga, Marcelo —le insto, poniéndome pillina mientras tamborileo los dedos en el brazo—. Guillaume y yo sabemos que lo sabes.

Fina se ríe entre dientes mientras Sofía, distraída mirando el teléfono, vuelve a suspirar con una sonrisa bobalicona. No me cabe la menor duda de quién ha sido ese último *pling*. Pero ahora mismo tengo otro objetivo: Marcelo y su habilidad para enterarse de todo.

—Yo no sé nada —responde, pero la curva traviesa en la comisura de sus labios lo delata.

—Vamos —insisto—, si ya escuchamos las apuestas en el kiosco en cuanto os enterasteis de mi mudanza. La del testamento tiene que estar por las nubes.

Marcelo carraspea y desvía la mirada hacia la plaza, donde algunas luces de las farolas tintinean.

—Dicen que hay dos grupos claros —empieza, por fin—. Los que creen que no aguantáis ni hasta el otoño y los que apuestan por Navidad.

Fina suelta una carcajada. Por mi parte niego con la cabeza.

—Que preparen sus monederos porque les vamos a callar la boca a todos.

—¿No hay nadie apostando a que lo consigan? —pregunta Sofía guardando el teléfono en el bolsillo trasero del *short*.

Marcelo se encoge de hombros.

—Hay un par de optimistas. Tu tía Berta ha puesto dinero a que llegáis a la primavera —comenta señalando a mi amiga.

—¡Hombre, qué detalle! —exclamo, soltando una risotada—. Una fan entre tanto aguafiestas.

—Vaya moral que hay por aquí —masculla Fina.

Al final, esta situación es hasta absurda.

Seguimos caminando, la noche nos envuelve con su brisa cálida y el aroma dulzón de las flores que asoman por las rejas de algunas casas. Hay un ambiente tranquilizador en este paseo, en esta rutina de risas compartidas y confesiones a medio susurrar.

—¿Y tu *influencer* —le pregunta doña Fina— cuándo viene a comer a casa?

Su sonrisa se tambalea un poco.

—De eso ni hablar —responde Sofía negando con la cabeza.

—Debemos conocer a quién te ha robado… —comienza a protestar.

—Ni. De. Coña —la corta Sofía.

Fina y yo nos miramos de reojo. Sabemos que está más pillada de lo que quiere admitir.

Y entonces, justo cuando estamos doblando la esquina hacia la tienda, un sonido seco nos congela a todos. El cristal roto resuena como un latigazo en la quietud de la noche.

Me quedo inmóvil, sintiendo el latido acelerado y una sensación de ahogo en el pecho.

—¿Ha sido... dentro? —susurra Marcelo.

Guillaume.

Todo está roto

Guillaume

El peso de las teclas bajo mis dedos es reconfortante. Cada nota brota con la suavidad de una hoja al caer, llenando el local vacío con un eco cálido. La tienda huele a lavanda y tierra húmeda, una mezcla peculiar pero tranquilizadora. Me dejo llevar, tocando una pieza de Chopin que fluye como un suspiro. El concierto de otoño sigue más presente que nunca siendo el faro al que me aferro mientras todo lo demás —la convivencia forzada, las redes sociales, las apuestas encubiertas del pueblo sobre nuestra derrota— queda en un segundo plano.

Respiro hondo con los ojos cerrados mientras mis manos vuelan por las teclas. Estoy aquí, en el momento, sintiendo cada acorde como si fuese una extensión de mí. Es un instante de armonía pura, de equilibrio. Me permito sonreír. Está siendo un buen ensayo.

Hasta que el móvil vibra sobre la tapa del piano. Sigo tocando, ignorándolo, dejando que la melodía acabe su ciclo natural. Cuando la última nota se desvanece, recojo el teléfono sintiendo el orgullo de haberlo hecho perfecto. Mi prima.

—Hola, Isabel —respondo con voz serena, todavía impregnada de la calma del ensayo.

Al otro lado, el silencio es breve, lo suficiente para que mi estómago se tense.

—Guillaume —titubea—, me acaban de llamar de San Petersburgo. El concierto de otoño... Lo han cancelado.

El mundo parece tambalearse.

—¿Qué? —mi voz refleja la incredulidad que siento por dentro.

—Lo siento muchísimo. El patrocinador principal se ha retirado. Dicen que no pueden seguir adelante sin la financiación. No hay concierto.

El teléfono casi resbala de mi mano. Me pongo de pie de golpe, haciendo chirriar el banco contra el suelo. El eco de la melodía anterior parece burlarse de mí, aún flotando en el aire.

—No, no... Isabel, ¿cómo que no hay concierto? —mi tono sube, quebrándose—. Llevamos meses preparando esto. No pueden... no pueden anularlo así como así.

—Sé que es una putada, Guillaume. Yo también estoy en *shock*.

La tienda, que hace un minuto era mi refugio, ahora la siento como una jaula. El aire pesa. Las macetas, las flores, el piano... Todo parece apretarme el pecho. Mis dedos, que antes danzaban con gracia, ahora tiemblan, crispados.

—¿Y qué hago ahora? —pregunto, la voz quebrada, el pánico reptando por mi garganta.

Silencio.

Cuelgo antes de que pueda responder. Necesito aire. Necesito gritar. Necesito... No sé ni lo que necesito en realidad.

Pero lo único que hago es quedarme allí, las manos clavadas en las teclas, como si pudieran salvarme de este vacío que de repente me envuelve.

No hay nada. No me queda nada de todo lo que he estado años construyendo con mi esfuerzo, con mis horas, con mis lágrimas. Pero ya no puedo más, ya no.

Lanzo el móvil contra el suelo y grito de rabia, de impotencia. El sonido seco del golpe rebota por las paredes del local vacío de gente. Estrello las gafas que uso para tocar contra la tapa abierta de la cola del piano, haciendo que una de las cuerdas vibre con un chirrido agudo y desgarrador. El sonido me araña los oídos, pero no me detiene. Que le jodan al piano, a las horas de ensayo, a los jurados que me negaron sus puertas.

Me tiro del cabello con ambas manos con tanta fuerza que los mechones se deslizan de la coleta que Mónica dice que me da ese aire sofisticado. Ya no queda nada de sofisticado en mí ahora. Solo quiero llorar, derribar el mundo, volver atrás. Pero lo más jodido es que soy consciente de que seguiría los mismos pasos. Una y otra vez.

La gata, Amandine, ronronea desde su rincón en la estantería, observándome con esos ojos dorados que parecen juzgarme. No le presto atención. Ni a ella ni a nada. Solo siento este nudo hirviente en el pecho que amenaza con asfixiarme.

—¡Todo es por mi culpa!— escupo haciendo que mi voz retumbe más fuerte de lo que esperaba—. Mi culpa por pensar que podía manejar esto. Por creer que, por una vez, no todo estaba perdido.

Me giro sobre mis talones y le pego una patada a la banqueta del piano, que se tambalea y cae de lado con un golpe sordo. El piano, mi piano, me devuelve su silencio solemne, como si también me reprochara mi arrebato.

Mi culpa por aceptar esa jodida llamada que desató todo el resto.

Mi culpa por haber creído que podía escapar de la sombra de mi padre.

Mi culpa por cada vez que me dijeron que no era suficiente, que mi forma de tocar necesitaba más perfección, más precisión, más disciplina. La voz de mi profesor del conservatorio está resonando en mi cabeza: «La música no es arte, Guillaume, es matemática pura».

—¡Mi culpa por estar aquí! —bramo con la garganta ardiendo.

Por estar atado a esta tienda. A esta maldita herencia. A esta vida que no elegí.

Por estar atado a Mónica.

Mi pecho sube y baja demasiado rápido como para controlarlo. El sudor me resbala por las sienes. Siento que el aire no entra en mis pulmones. Todo da vueltas.

Entonces, sin saber cómo, mis dedos agarran una de las macetas de Mónica. Una de esas con flores que no sé ni nombrar, las que cuida con tanto esmero, con tanto amor. Las que riega mientras canta bajito y a destiempo con la música de fondo. Ya podía afinar de una puta vez.

—¡Y también su culpa!

El pensamiento me golpea más fuerte que cualquier sonido. Antes de poder detenerme, lanzo la maceta contra la ventana que da al jardín trasero.

El cristal estalla en una lluvia de astillas brillantes. La maceta, ahora hecha trizas, esparce tierra y tallos mutilados por el suelo.

El silencio que sigue es absoluto.

Mi respiración se convierte en un eco desgarrado.

Al mirar el desastre frente a mí, me doy cuenta de lo que acabo de hacer. Me dejo caer de rodillas al suelo y bramo en un llanto descontrolado. La he jodido. La he jodido en todos y cada uno de los días de mi vida.

Noche de pánico

Mónica

Con prisas abro la puerta de la tienda. Fina, Marcelo y Sofía se quedan fuera, murmurando entre ellos. Sus voces se disuelven en el aire cuando entro y veo lo que tengo delante.

Guillaume está de espaldas, arrodillado en el suelo. Llora, llora a moco tendido y con una intensidad que me deja paralizada por un momento. Nunca lo he visto así. Ni a él ni a nadie.

El piano, ese viejo instrumento que tanto adora, tiene la tapa levantada y una de sus cuerdas vibra de manera muy sutil, como si acabara de ser golpeada. El cristal de la ventana tiene un agujero astillado y puedo ver rastros de tierra por el suelo.

Por un instante me vienen imágenes de que alguien haya podido entrar a robar o que haya aparecido un duendecillo de las montañas y se haya divertido. Pero ¿Guillaume? ¿Qué coño ha pasado aquí?

El pecho me duele al verlo de esta manera. Tengo la sensación de que alguien o algo me está apretando el corazón para que deje de respirar. Siento un impulso irrefrenable y sin pensarlo dos veces, me aproximo a él.

—¡Guillaume!—lo llamo intentando poner la voz más firme que puedo reunir.

No responde.

Me acerco más, me agacho a su lado y noto que tiene los puños tan apretados que los nudillos están blancos, como si hubiese estado

conteniendo un sentimiento mucho más grande que las lágrimas. Con la cabeza gacha, no consigo verle los ojos y, aunque intento levantarla, hace demasiada fuerza para mí.

—Eh... estoy aquí, háblame.

Sin previo aviso, me abraza.

Es un abrazo feroz, desesperado. Tengo la sensación de que va a desmoronarse por completo si no me agarra con todas sus fuerzas. Me aprieta contra él, con su pecho temblando contra el mío y por un momento creo que me va a espachurrar, pero no me aparto. No podría aunque quisiera.

—No... no puedo... no puedo... —murmura entre sollozos, una y otra vez.

Las palabras le salen a trompicones y juro que tengo que hacer un esfuerzo casi titánico para entenderlo.

—No puedes ¿qué? ¿Qué ha pasado?

Solo repite esas mismas palabras como un mantra.

Su angustia lo oprime cada vez más. Siento pánico. No sé qué hacer, no sé cómo ayudarlo, no sé nada. Y esto me acojona de verdad.

Con suavidad, le acaricio la espalda, intentando calmarlo, pero también tratando de tranquilizarme yo. Porque verlo así me destroza. Es como si de repente hubiera dejado de ser ese Guillaume contenido y elegante y hubiese explotado como un torbellino de emociones reprimidas.

—Isabel... me ha llamado —consigue decir, por fin.

Me aparto un poco, lo justo para verle la cara. Tiene las mejillas rojas, los ojos hinchados y los labios temblorosos.

—¿Isabel? ¿Qué ha pasado?

Se frota la cara con las manos con tanta fuerza que me preocupa que acabe haciéndose daño.

—El concierto de otoño. —Traga saliva y suelta un suspiro roto—. Lo han cancelado.

Me quedo sin palabras. ¿Y por eso se ha puesto de esta manera? ¿Por un concierto?

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé —grita con una rabia que me sobresalta—. No... no lo sé, Mónica. Dicen que han cambiado la programación, que prefieren una música más moderna, con más proyección. Que mi música... que no encaja.

—¿Cuándo te lo han dicho?

—Me llamó Irene hace un par de días.

Lo veo desmoronarse otra vez. La desesperación vuelve a apoderarse de él.

—Pero eso no tiene sentido —suelto, no sé si refiriéndome a su comentario o a mi pensamiento.

Sea lo que sea, no servirá de nada.

—Esto no tiene sentido —escupe las palabras—. No importa cuánto trabaje, no importa cuánto me esfuerce, nunca es suficiente. ¡Nunca!

Golpea una de las piezas de cerámica y el sonido seco me hace dar un respingo.

—Guillaume... —intento decir algo, pero no sé qué.

Por primera vez la que se queda sin palabras soy yo. Solo quiero que deje de destrozarse así.

—¿Para qué seguir? ¿Para qué molestarse? Al final siempre... siempre acaba así.

Lo observo, mi corazón latiendo rápido, y siento que las palabras se me acumulan en la garganta, pero ninguna parece la correcta.

El silencio que sigue es brutal.

Pero no me quiero quedar quieta y hago lo único que se me pasa por la cabeza: lo abrazo. Guillaume se pone rígido ante la muestra de afecto, pero poco a poco me envuelve.

Aunque él está sentado y yo de pie, una oleada de sensaciones se me cuela bajo la piel. Su llanto se calma hasta dejar un reguero de hipidos que me recuerda a antaño y no puedo más que echar de menos esos momentos de complicidad entre los dos.

Cuando se acomoda mejor, su oreja se acopla en el hueco de mi pecho, como si estuviese escuchando el ritmo frenético de mis latidos. Y aunque suene extraño, me gusta. Me hace sentir que aunque con palabras no sé qué decir, este gesto es mucho más importante.

No sé cuánto tiempo estamos así, quizás sean segundos, pero para mí se torna una eternidad que no…

Espera. Doy un respingo al darme cuenta de que estamos demasiado cerca el uno del otro. Que esto está durando más de lo que pretendía y que…

Él parece notar mi cambio de actitud porque poco a poco se separa hasta que sus manos se quedan posadas sobre mi cadera y le veo esbozar una sonrisa.

—Saldremos de esta —le prometo, aunque no tenga ni idea de cómo solucionar nada.

Con alguna lágrima todavía rodándole sobre la mejilla, veo que mira a un lado y otro del desastre que ha formado en la tienda.

—Juro que lo recogeré todo.

—No te preocupes ahora por la maceta. Vamos a dar una vuelta y a despejarnos. Luego ya lo haremos.

Y allí estamos los dos, entre trozos de cerámica, un piano herido y las sombras de una noticia que ha arrasado con la calma de la tarde.

Un pasito entre nuestro muro

Guillaume

Cuando salimos a la calle, el aire fresco de la noche me golpea el rostro, pero no logra deshacer el nudo que se me ha formado en el pecho. Respiro hondo, tratando de estabilizar el pulso, pero mis manos aún tiemblan.

La cercanía de Mónica hace que cada uno de mis sentidos se agudice; su abrazo de hace unos minutos sigue grabado en mi piel, tengo la sensación de que su calor se ha quedado en mi camisa. Andamos en silencio, uno al lado del otro, sin rumbo fijo. El eco de nuestros pasos resuena en las calles desiertas, pero el silencio entre nosotros se hace cada vez más denso, hasta que me pesa tanto que necesito romperlo.

—Lo siento —murmuro con voz ronca.

Mónica no responde de inmediato. Sigue caminando, con la vista fija en el suelo empedrado. Cuando habla, sus palabras no son las que esperaba.

—¿Es la primera vez que te pasa? —pregunta con calma, sin juicio en su voz.

La pregunta me toma por sorpresa. Me tenso de inmediato. No es un tema del que me guste hablar. Mi instinto es esquivar la conversación, hacer como que no ha dicho nada. Pero cuando la

miro de reojo, veo en su expresión un sentimiento que me desarma: interés. No hay lástima. No hay miedo. Solo interés.

Trago saliva, sintiendo que la garganta se me cierra. Quiero decirle que sí, que nunca me había pasado antes, que solo ha sido un mal momento. Pero sería una mentira descarada. Después de tanto tiempo y de todo lo que hemos evolucionado, no se lo merece. Debe saber con el «monstruo» con el que vive.

—No —respondo con un hilo de voz.

Nos detenemos en una esquina y Mónica se apoya contra una farola. Me mira con expectación, esperando que continúe. Yo miro al cielo intentando encontrar las palabras correctas para no asustarla.

—No es la primera vez —admito sintiendo que el corazón me martillea con fuerza—. Alguna vez me ha pasado, pero siempre a solas. Nunca he hecho daño a nadie, pero —cierro los ojos un segundo y respiro profundo intentando serenarme— la frustración me hace perder el control. Me siento atrapado en mi propia cabeza y no encuentro salida. Rompo cosas. Grito. Me ahogo en mis propios pensamientos. Sé que tengo que cambiar mi actitud —la voz se me quiebra y sacudo la cabeza—. No es tan fácil.

Cuando levanto la vista esperando encontrar miedo en su rostro, solo veo comprensión. Su mirada es suave, sin rastros de temor. Se cruza de brazos y ladea la cabeza con sutileza antes de hablar.

—No te tengo miedo, Guillaume.

Sus palabras me golpean como un mazazo. Parpadeo, desconcertado.

—No... ¿No?

Ella niega con la cabeza, una pequeña sonrisa le ilumina el rostro, haciendo que la tensión dentro de mí se afloje un poco.

—No. Eres un cabezota y a veces insoportable, pero no te tengo miedo. —Da un paso hacia mí y baja la voz—. Y si alguna vez necesitas hablar, estoy aquí.

Me quedo en silencio. Quiero agradecerle, quiero decirle que me alivia escuchar eso, que su presencia hace que la tormenta en mi cabeza sea un poco más llevadera. Pero las palabras se me atascan en la garganta. No estoy acostumbrado a este tipo de interacciones,

a la posibilidad de compartir mis debilidades con alguien sin que me miren con lástima o me juzguen por ello.

Asiento con torpeza.

—Gracias —murmuro bajando la mirada.

Ella no insiste. No me presiona para que hable más de lo que quiero. Solo asiente y seguimos caminando, en silencio, pero esta vez es un silencio cómodo. Un silencio que no me asfixia.

No lo digo en voz alta, pero algo dentro de mí cambia en ese momento. Tal vez, por primera vez en mucho tiempo, no me siento tan solo en esta lucha.

Una noche para la reflexión

Mónica

En cuanto llegamos a casa después del paseo, me meto en la ducha y reflexiono sobre él, sobre nuestra historia hasta ahora y me doy cuenta de que, aunque haya sufrido ese ataque de frustración, no le tengo miedo. Y una necesidad brutal de ayudarle me nace de lo más hondo de mi ser. Mientras el agua me resbala por el cuerpo, siento que no quiero verlo así. No por mí, sino por él. No quiero que se hunda en esa espiral de angustia y rabia que lo consume por dentro.

Me quedo un buen rato bajo el chorro de agua caliente, dejando que el vapor se lleve mis pensamientos más oscuros. ¿Cómo puedo ayudarlo sin hacerle sentir que lo trato como si fuera frágil? Guillaume no es frágil. Es fuerte, orgulloso y terco, y quizá por eso mismo le cuesta tanto aceptar su vulnerabilidad. Sus palabras resuenan en mi cabeza: «Nunca he hecho daño a nadie, pero la frustración me hace volverme loco y romper cosas». Siento un nudo en el estómago. No porque me asuste, sino porque duele imaginar cuánto ha sufrido en silencio. Lo peor es que no he estado en ninguno de esos momentos para saber qué debo hacer ahora.

Unos toques en la puerta me sacan de mis pensamientos. Me sobresalto un poco y respiro hondo antes de responder.

—¿Sí?

—He pedido comida china a domicilio —anuncia Guillaume desde el otro lado sin abrir la puerta—. Está ya aquí.

Me apresuro a quitarme el jabón del pelo, envolverme en la toalla y salir con el cabello mojado y revuelto. Lo encuentro en la cocina, sacando platos y palillos de madera de la última vez que pedimos. Sus movimientos son pausados, como si se tomase su tiempo para meditar en cada acción que hace. Sus ojos, sin embargo, lo delatan: está agotado.

—Gracias —confieso mientras me apoyo en la encimera.

—No sabía qué querías, así que pedí un poco de todo.

Me mira de reojo intentando averiguar si lo ha hecho bien o mal.

—Eres un desastre con las cantidades, y lo sabemos.

Aunque lo he dicho en un tono sarcástico para destensar la situación, él se encoge de hombros y, aunque no sonríe del todo, noto que mis palabras lo han sacado de sus pensamientos por un segundo. Pero el silencio vuelve, y lo veo inquieto. No puedo ni imaginarme por todo lo que está pasando, ya que nunca he tenido un brote de ansiedad tan fuerte como el suyo.

Decido no presionarlo. Se lo dije antes: si quiere hablar, que lo haga cuando se sienta listo.

Nos sentamos a la mesa y empezamos a comer en un silencio más cómodo. Los fideos humeantes y el arroz nos envuelven con su aroma familiar. La comida siempre tiene algo de reconfortante, algo de hogar. Guillaume juega con los palillos antes de soltar, casi en un susurro:

—Gracias por no salir corriendo.

Levanto la mirada y lo encuentro observándome con lo que parece incredulidad en la mirada.

—¿Por qué habría de salir corriendo?

—Porque no ha sido un gran espectáculo —contesta haciendo una mueca.

Dejo los palillos a un lado y me inclino un poco hacia él.

—Guillaume, todos tenemos malos momentos. Lo que pasó hoy no te define. Lo que hagas con ello, sí.

Él baja la vista al plato, su mandíbula se tensa. Sé que está procesando mis palabras, pero también que le cuesta creerlas del todo.

—No quiero que pienses que estoy roto —confiesa después de un rato.

—No lo hago.

Levanta la mirada, buscando en la mía. Verificando que lo que digo lo pienso de verdad, ya empiezo a conocer sus miradas y en el fondo una pizca de esperanza se cierne en mi estómago. Lo conozco.

Terminamos de cenar sin más conversaciones profundas, pero noto cómo poco a poco se relaja. Después de recoger la mesa, nos sentamos en el sofá, cada uno con una taza de té caliente en las manos y las dos galletitas de la suerte que nos han puesto en el pedido. Es curioso cómo estos pequeños rituales han ido surgiendo entre nosotros, sin siquiera darnos cuenta.

—¿Sabes? No tienes que enfrentar esto solo. Si necesitas ayuda…

Guillaume cierra los ojos y suspira. Durante un instante temo haber dicho algo que no debía, pero entonces habla con la voz más serena de lo que esperaba:

—No sé cómo hacerlo.

—¿El qué?

—Pedir ayuda sin sentir que estoy fallando —admite en voz baja.

Mi pecho se aprieta con ternura y tristeza a la vez. Me acerco a él en el sofá y apoyo una mano en su brazo. Aunque es un contacto inocente, siento que una pequeña descarga me recorre y me reconforta a partes iguales.

—Pedir ayuda no es fallar, Guillaume. Es permitirte mejorar.

Él asiente despacio sin decir nada más. No lo presiono. Sé que este es un proceso lento, y lo único que puedo hacer es estar aquí cuando me necesite.

—Por cierto —cambio de tema y lo miro cara a cara—, ¿vas a comerte tu galletita de la suerte?

Él mira donde señalo con el dedo y esboza una sonrisa que me calienta por dentro.

—Por supuesto. Eso ni se pregunta.

De un impulso, coge las dos y me las tiende para que coja la que más me guste.

—Esta misma.

Tiro de una de ellas y la saco del envoltorio. La rompo por la mitad dejando que el papelito se revele y lo leo.

—»Mañana te tocará limpiar el baño, pero encontrarás algo perdido».

La carcajada que suelta Guillaume hace que me ría de inmediato. Será puñetera la galleta.

—Creo que no quiero abrir la mía —habla cuando puede parar de troncharse—. Más limpieza no quiero, suficiente tengo con la tienda.

Me regala la otra, que dejo sobre la mesilla para comérmela más tarde.

—Anda, va. Voy a poner la tele un rato —acepto mi destino como limpiadora del baño por un día mientras niego con la cabeza.

Pongo la serie que estamos viendo por las noches y nos quedamos así, en silencio, con nuestras tazas de té humeante entre las manos y la voz de fondo de la televisión. Poco a poco, la ansiedad en su rostro se suaviza. Sé que esto no se soluciona de la noche a la mañana, pero lo que importa es que está dispuesto a intentarlo. Yo estaré aquí para recordárselo cada vez que lo olvide.

No sé por qué, pero esa afirmación hace que un pequeño muro que había entre nosotros se rompa un poco.

Algo raro pasa

Guillaume

Mientras desayuno con Mónica, ella da un sorbo a su café y deja la taza sobre la mesa con una energía que ya me hace sospechar que una nueva idea, no sé si buena o mala, se le ha pasado por la cabeza.

—He estado pensando —empieza, removiendo la cucharilla con demasiada calma para no alterar mis nervios, pero consigue el efecto contrario— que podríamos hacer un adorno floral grande para la zona de los focos de la tienda. Un cartel o una pequeña exhibición que llame la atención desde fuera. No sé, me imagino un pequeño jardín vertical con ramas secas y flores silvestres, que tenga un aire natural pero llamativo.

La idea me gusta. Sin pensarlo demasiado, le respondo con un tono burlón.

—Bueno, pero primero tendrías que pedir permiso al dueño de la finca.

Ella me mira con una ceja arqueada, aunque hay un brillo divertido en sus ojos. Se reclina en la silla, cruzando los brazos.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es ese dueño tan importante al que tengo que pedir permiso? Que yo sepa, yo soy la futura propietaria de la tienda, ¿recuerdas?

Me cruzo de brazos sobre la mesa para acercarme más a ella.

—Ya —por un segundo pierdo lo que iba a decir cuando mis ojos se fijan en los labios de Mónica, que me imita el gesto y se acerca peligrosamente—, pero la fachada está en la zona de jurisdicción del propietario de la finca.

—¡Oh! —suelta en una exhalación que hace que se me pare el corazón por un instante—. En ese caso, ¿sabes dónde podría encontrarlo?

—No sé si lo conoces —respondo, retándola con la mirada—, pero es un pianista bastante guapo, aunque algo maniático con el orden y las cosas bien hechas. Se rumorea que tiene una gata que lo acompaña en sus ensayos.

Mónica suelta una carcajada, una de esas auténticas, que siempre me recuerdan a esos maravillosos momentos de antaño.

—¡Vaya, pues qué suerte! Porque yo tengo una gata que hace justo eso.

Seguimos desayunando entre charlas tranquilas y bromas, disfrutando de esa calma matinal. Entre mordiscos a su tostada y sorbos a su café, Mónica divaga sobre las flores que podría usar: lavanda para el aroma, girasoles por la luz, tal vez unas enredaderas secas para darle textura.

—Aunque, claro, —dice con fingida seriedad—, sin permiso del dueño, no puedo hacer nada.

—Ya te digo. La burocracia de esta finca es un asunto serio —respondo, mordiéndome el labio para no reír.

Ella se levanta con determinación y desaparece por el pasillo. Yo me quedo sentado, observando cómo su silueta se escabulle por el marco de la puerta y escucho el sonido de cajones abriéndose. Vuelve después de unos minutos con un trozo de papel en la mano, que empieza a doblar con paciencia, con movimientos cuidadosos y concentrados. Me quedo mirando, intrigado.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, apoyando los codos en la mesa y la cabeza en mis manos.

—Pidiendo permiso, claro está —contesta sin mirarme y frunciendo el ceño cuando hace una doblez demasiado pequeña.

La observo con atención. La dobla una vez y otra. Sus dedos trabajan con seguridad y poco a poco el papel va tomando forma.

Tardo unos segundos en darme cuenta de lo que está haciendo. Es una flor. Igual que la que le hice yo aquella mañana de insomnio.

Se muerde el labio inferior, centrada en el último pliegue. Luego, coge un bolígrafo y escribe algo en uno de los pétalos de papel antes de alzar la vista y extenderme la flor.

—Aquí tienes. Mi solicitud formal al dueño de la finca.

Cojo la flor con delicadeza y leo lo que ha escrito.

> «Se solicita autorización para llenar de vida este lugar — y de paso hacer que el dueño sonría más —».

Las comisuras de mis labios se alzan y siento que mi corazón da un pequeño brinco.

—Voy a tener que evaluar esta solicitud con mucho detenimiento —carraspeo para guardar la compostura y le doy un par de vueltas a la flor entre los dedos.

—Tómese su tiempo, señor —responde ella con un aire de fingida formalidad, aunque la sonrisa no se le borra del rostro.

Yo tamborileo los dedos sobre la mesa como si estuviera considerando en serio la propuesta. Mirando por encima de mis lentes, veo cómo Mónica se pone de rodillas sobre la silla para sentarse mientras apura el café. Veo como finge un nerviosismo excesivo que me hace gracia. Aunque a veces pienso que necesito mi propio espacio, compartir este lugar con ella me está haciendo más feliz de lo que imaginaba. Cuando ya ha cambiado de postura tres veces, decido que es momento de dejar de hacerla sufrir.

—Bien, tras un exhaustivo análisis, el dueño de la finca considera que esta solicitud está bien fundamentada y es de vital importancia para la armonía del lugar. Así que —me inclino hacia ella y dejo la flor de papel sobre la palma de la mano que tiene extendida en la mesa—. Autorizada.

Mónica suelta una risa, cierra la mano sobre la flor y se pone a dar saltos de alegría por toda la cocina. Sin previo aviso y, con la felicidad que me contagia, se acerca a mí, me rodea y me planta un sonoro beso en la mejilla que desequilibra mi estabilidad emocional.

—Gracias, señor propietario. Ha sido usted muy razonable.

No sé cuánto tardo en responder y recobrar la compostura de ese beso fugaz.

—Soy conocido por mi gran capacidad de discernimiento —respondo quitándole hierro al asunto mientras me encojo de hombros.

Nos quedamos así, mirándonos con complicidad, sintiendo esa calma serena que nos envuelve. Es en momentos como este cuando me doy cuenta de lo feliz que soy aquí, con ella, con nuestra finca, con nuestras bromas tontas sobre permisos y flores de papel. Y, por supuesto, con nuestras risas, que llenan la cocina como la mejor melodía.

Esto es más grave de lo que creía

Mónica

Unos días después de la conversación en la cocina, por fin tengo el adorno floral frente a la puerta de entrada y a Guillaume refunfuñando a mi lado por su excesivo tamaño. Sus brazos están cruzados y su expresión es de pura resignación mientras observa la estructura de madera y enredaderas que he diseñado.

—Mónica, te lo digo con todo el cariño del mundo, pero esto es una barbaridad —suelta lanzándome una mirada de incredulidad.

—Exagerado —me burlo, dándole un golpecito en el brazo—. No es tan grande.

—No, claro que no —responde con sarcasmo—. Ocupa la mitad de la fachada. Con dos escaleras no podremos con él.

Pongo los ojos en blanco, pero en el fondo sé que tiene razón. No calculé lo engorroso que sería subirlo y asegurarlo siendo solo dos. Lo miro de reojo y veo cómo tamborilea los dedos contra su antebrazo, pensativo.

—Vale, genio de la logística, ¿cuál es tu propuesta? —pregunto, cediéndole la palabra.

Guillaume suspira hondo y mira alrededor.

—Podemos desmontar parte de la estructura para aligerarla. Luego la subimos por partes y la volvemos a unir arriba. Pero

necesitamos más manos.

En ese momento, Doña Fina aparece con su bastón y su mirada de halcón, analizándonos de arriba abajo.

—¿No os habéis enterado todavía de que en este pueblo no se puede hacer nada sin que acabe siendo un evento comunitario? —señala, con su tono de siempre, entre severo y divertido.

Al instante, como si hubieran estado esperando una señal divina, Sofía aparece para ayudarnos.

—¡Cuidado con eso, que pesa como un demonio! —grita Guillaume cuando una de las piezas se tambalea.

—A ver, que alguien pequeño se suba por aquí a enganchar las flores —ordena Sofía, con una eficiencia sorprendente.

Guillaume me atrapa de la cintura cuando intento subir por la escalera sin pensarlo dos veces.

—Ni hablar. ¡No quiero que te mates cayéndote de ahí!

—Tengo experiencia subiendo escaleras, gracias —le espeto, poniendo los ojos en blanco.

—Yo tengo experiencia en verte tropezar sin necesidad de que haya algo en el camino —responde haciendo una mueca infantil.

Después de sudar la gota gorda y con la ayuda de todos, logramos colocar el adorno justo donde quería. Desde abajo, lo contemplo con una sonrisa orgullosa mientras el sol de la tarde resalta los colores de las flores y las ramas que caen con gracia.

—No era tan mala idea, ¿eh? —le comento con sorna a Guillaume, dándole un codazo.

Él me observa con una mezcla de fastidio fingido aunque sé que en el fondo me adora.

—Acepto mi derrota. Ha quedado precioso —afirma, pasando un brazo por mis hombros—. Aunque si nos cae encima con la primera tormenta, te haré pagar por ello.

Sentir el roce y peso de su brazo sobre los hombros hace que dé un respingo. No estamos familiarizados con las muestras de cariño, pero reconozco que algo en mí se despierta, aunque sacudo la cabeza para negarlo y pensar que solo ha sido una ilusión por la falta de muestras de cariño que tengo estos últimos años.

—Oh, vamos, la estructura está bien puesta. Y si se cae, lo reconstruimos —le aseguro.

El pitido de su teléfono rompe la magia del momento. Guillaume lo saca y, al revisar el número que hay en la pantalla, se tensa antes de soltarme y hacer un gesto con la mano para que lo excuse.

Extrañada, lo miro y veo que se ha puesto nervioso. Se ha ido un par de árboles más abajo hablando en un murmullo. No logro entender de lo que habla y una sensación extraña se me filtra en las entrañas. ¿Será una mujer?

¿Estoy celosa?

Al final del día, nos quedamos solos frente a la tienda, contemplando nuestra obra. El adorno floral es más que un simple decorado; es el símbolo de todo lo que hemos construido aquí juntos, y me parece precioso.

—Lo hicimos —susurro dejando caer mi mano sobre su hombro.

—Lo hicimos —responde, y da un respingo cuando entramos en contacto.

Y en ese momento, mientras el viento mece calmado las flores y la luz dorada del atardecer envuelve la escena, todo en mi mundo está en el lugar preciso donde debe estar.

Hasta que un maullido extraño llama nuestra atención.

Al entrar en la tienda, me encuentro a Amandine con un objeto extraño en la boca, algo con pelos y púas. Una procesionaria. Mi estómago se encoge y un escalofrío me recorre la espalda. No, no, no. Esto no puede estar pasando.

—¡Guillaume!—grito con la voz quebrada por el miedo.

Él ya está a mi lado, ha entrado corriendo y se arrodilla junto a Amandine en el mismo instante en que suelta el insecto como por arte de magia. Mi gata se lame la boca y sacude la cabeza porque le molesta.

—¿Qué hago? ¡Mónica, dime qué hacer!

Mi mente se queda en blanco. No tengo ni idea. No sé cómo actuar en este tipo de situaciones. Me han hablado de lo peligrosas que son las orugas procesionarias para los gatos, pero nunca me imaginé que podría pasarle a ella.

Amandine vuelve a sacudir la cabeza. Su lengua sale un poco de su boca y me doy cuenta de que está babeando. Mi pulso se acelera y el miedo me paraliza por un segundo.

—¡Tenemos que llevarla al veterinario, ya!

Guillaume asiente y la toma con cuidado en sus brazos, pero ella se revuelve y suelta un maullido de dolor.

—¡Mierda, mierda! —murmura él tratando de sujetarla sin hacerle daño.

Corro hacia el mostrador y agarro el transportín de Amandine. Guillaume logra meterla dentro mientras ella sigue sacudiendo la cabeza y maullando de forma extraña. No puedo soportarlo. Me siento impotente.

—Yo la llevo —afirma Guillaume mientras me roza el rostro con los dedos para que le mire a los ojos y tranquilizarme por un instante.

—No, voy yo. Es mi gata.

—Mónica, alguien tiene que quedarse aquí para revisar que no haya más procesionarias en la tienda. Si hay una, podría haber más.

—¿Y si la ha cogido fuera? —razono recordando que las procesionarias no deberían estar solas en el local—. Quizás mientras estábamos colocando esto se ha ido a dar una vuelta y…

El hipo por el llanto viene a mí de nuevo y no me puedo ni imaginar lo que le habría podido pasar a Amandine si la hubiesen atropellado o robado o…

—Tranquila —dice rozándome la pierna para que note su contacto —. Ahora lo que importa es ella y saber si hay más bichos aquí o no. La charla de gata adolescente y rebelde ya la tendremos cuando se ponga bien.

¡Mierda! Tiene razón, pero no quiero dejar a Amandine sola en esto.

—Voy yo —repite Guillaume que ya está encaminándose hacia la puerta.

Me quedo mirando cómo se aleja con mi gata dentro del transportín y el corazón en un puño. No puedo hacer otra cosa que confiar en él. Es más rápido y tiene más fuerzas que yo en este instante.

Respiro hondo y me obligo a centrarme. Busco en mi teléfono información rápida sobre las orugas procesionarias y lo que debo hacer. Lo primero: revisar que no haya más. Lo segundo: si hay alguna, no tocarla. Sus pelos son peligrosos, pueden provocar reacciones graves incluso en humanos.

Sujeto un palo de escoba con fuerza y empiezo a revisar cada rincón de la tienda, moviendo con cuidado las macetas, las cajas de envíos, revisando las esquinas del suelo y las repisas. Mi respiración está agitada y cada vez que veo una sombra sospechosa, el corazón me da un vuelco. Por suerte no encuentro ninguna otra, pero sé que debo seguir revisando.

Tomo el insecto que Amandine soltó y lo coloco dentro de un frasco de vidrio, asegurándome de que esté bien sellado. No quiero correr riesgos.

El sonido de mi teléfono me sobresalta. Es Guillaume.

—¿Cómo está? —pregunto saltándome el protocolo de saludar..

—La están atendiendo. Tienen que darle corticoides y lavarle bien la boca. Dicen que si tragó algún pelo urticante podría complicarse, pero por ahora está estable.

Aprieto los labios y asiento, aunque él no pueda verme.

—Voy en cuanto cierre aquí.

—No, quédate y revisa bien la tienda. Tenemos que asegurarnos de que no haya más.

Cuelga antes de que pueda decir algo más. Suspiro y me paso la mano por la cara.

La tienda me parece inmensa de repente. El miedo sigue en mi pecho, pero me obligo a seguir revisando. No pienso dejar que esto vuelva a ocurrir.

Más grave de lo que pensamos

Guillaume

Mientras espero a que le hagan las pruebas del estómago a Amandine, un torbellino de pensamientos me atraviesa sin descanso. Mónica no está aquí. La dejé fuera porque estaba en *shock*, porque se bloqueó, porque no podía ni moverse. Pero ahora, en la fría sala de espera de la clínica veterinaria, me doy cuenta de que le he quitado todo el poder de decidir sobre su propia gata. ¿Hice bien en hacerme cargo de la situación?

Me froto la cara con las manos, sintiendo la tensión en mis mandíbulas. Recuerdo su expresión pálida cuando le arrebaté a Amandine de los brazos y corrí hasta aquí. Apenas si logró murmurar que me daría alcance en cuanto pudiera. No podía reaccionar, no podía pensar. Y yo tampoco podía esperar.

Miro el reloj. Han pasado apenas quince minutos, pero se siente como una eternidad. El veterinario y su equipo están revisándola ahora mismo. ¿Cómo pudo pasar esto? Las procesionarias son peligrosísimas, y si Amandine ha ingerido alguna de sus púas…

—No. No quiero pensar en eso. No puedo —murmuro en un sonido casi imperceptible.

Alzo la vista y me encuentro con el mostrador. Una recepcionista teclea en su ordenador con una calma pasmosa. Para ella, es un día

cualquiera. Para mí, es un infierno.

Me levanto y camino de un lado a otro, cruzándome de brazos y soltándolos después. Siento el móvil vibrar en el bolsillo. Mónica.

—¿Ya sabes algo? —noto la preocupación en cada una de esas tres palabras.

Su voz suena entrecortada. Me imagino que está en la tienda, revisando todo con manos temblorosas, buscando más rastros de esas malditas orugas.

—Todavía no han salido —le comunico tratando de sonar más tranquilo de lo que estoy en realidad—. La están revisando.

—Voy para allá.

El tono no da lugar a discusión. Me pasa por la cabeza decirle que espere, que ya la llamaré en cuanto tenga alguna noticia, pero es absurdo. Esta es su gata. Necesita estar aquí.

Cuelgo y vuelvo a sentarme, aunque no dejo de mover las piernas, golpeando con la punta del zapato el suelo. Respiro hondo. La imagen de Amandine con la oruga en la boca no deja de repetirse en mi mente como una maldita película de terror. ¿Cuánto tiempo la tuvo? ¿Cuántas púas ha tragado? ¿Cómo no nos dimos cuenta antes? Joder, esto es una pesadilla.

La puerta de la clínica se abre y Mónica entra con el cabello alborotado, con la cara desencajada. Su mirada me busca de inmediato y, cuando nos encontramos, su expresión se suaviza apenas. Se acerca rápido y sin decir nada me agarra de la mano, apretándola con fuerza. Su piel está fría, sus dedos tiemblan.

—¿Nada?

Niego con la cabeza y le acaricio el dorso de la mano con el pulgar. Sus labios están apretados en una fina línea y los ojos rojos de haber estado llorando. Joder, esto es peor que cualquier pelea, peor que cualquier discusión que hayamos tenido. La impotencia es brutal.

Justo entonces, una puerta se abre y aparece el veterinario. Mónica y yo nos levantamos al mismo tiempo. El hombre nos mira con una expresión profesional, serena, pero con un atisbo de comprensión en los ojos.

—Hemos terminado las pruebas —nos informa haciendo un gesto para que nos acerquemos—. En efecto, Amandine ha tragado algunas púas de la procesionaria y también se le han quedado clavadas otras tantas. Ahora bien, vamos a explicarles el procedimiento que seguiremos.

Nos comunican que la gata se deberá quedar ingresada unos días hasta que expulse todo el veneno de la oruga, que podemos pasar a verla pero solo cinco minutos antes de que empiecen con toda la lista de cosas que deben hacerle. Mónica asiente con la cabeza y, sin soltarme, me aprieta la mano con fuerza. Sus dedos tiemblan por un instante contra los míos, pero no dice nada. Yo tampoco. Solo avanzo junto a ella por el pasillo de la clínica veterinaria, con las paredes pintadas de un azul pálido que debería transmitir calma, pero a mí me hace sentir más inquieto.

Entramos en la habitación donde han dejado a Amandine. La pequeña gata está en una camilla, con una vía en la pata delantera y los ojitos entrecerrados. Respira de forma acompasada, pero es evidente que está débil. Mónica se suelta de mi mano y se acerca con cautela, como si temiera hacer algo que la pudiera perjudicar más. Le pasa la mano con suavidad por la cabecita y le susurra.

—Aquí estamos, pequeña. Todo va a estar bien. Lo prometo.

Amandine mueve la cola en un pequeño gesto y cierra los ojos. No tiene energía para maullar, pero parece reconocerla. Mónica se inclina y le da un beso en la frente antes de apartarse. Yo también me acerco, le paso los dedos con suavidad por el lomo y murmuro.

—Tienes que ponerte bien, revoltosa. Tienes una tienda que patrullar y controlar si me paso de *allegro* en mis ensayos.

Mónica suelta un sonido ahogado, una especie de risa triste que se corta demasiado rápido. Me giro hacia ella y sus ojos ya brillan por las lágrimas que lucha por contener.

La veterinaria entra en ese momento y nos indica que es hora de salir. Mónica besa la patita de Amandine con delicadeza y yo la guío hacia la salida con una mano en su espalda. En cuanto salimos de la habitación, la contención de Mónica se rompe. Su cuerpo se sacude con un sollozo fuerte y se cubre el rostro con ambas manos. No lo

pienso. No lo dudo. La rodeo con mis brazos y la atraigo contra mi pecho.

—Shhh... Estoy aquí. Estoy aquí.

Ella se aferra a mi camisa, hunde el rostro contra mi pecho y sigue llorando. Su respiración es errática, como si las emociones se le hubieran atascado en la garganta y ahora estuvieran saliendo todas de golpe. Yo solo la sujeto más fuerte. No me importa nada más en este momento. Ni la gente que pueda estar mirándonos, ni el frío del pasillo, ni la preocupación que sigue clavada en mi estómago como un anzuelo. Solo importa ella.

—Todo va a salir bien —susurro contra su cabello—. Amandine es fuerte, la veterinaria sabe lo que hace. Estará bien.

Ella asiente contra mi pecho, pero sigue llorando. Cada tanto se le escapa un hipo. Yo me balanceo con lentitud de un lado a otro para calmarla ni que sea un poco. Le paso una mano por la espalda, haciendo círculos con los dedos, esperando que eso le ayude.

—Es mi culpa —murmura con la voz quebrada—. No vi la oruga. No revisé la tienda antes de dejarla sola. Si le pasa algo...

—No es tu culpa, Mónica. No lo es. No podías saberlo. Nadie podría haberlo previsto.

Ella niega con la cabeza contra mi pecho. Su respiración empieza a calmarse, pero sigue aferrándose a mí como si soltarme significara desmoronarse aún más. Yo no la suelto. No hasta que ella lo decida.

Después de un rato, su cuerpo deja de temblar tanto y sus lágrimas empiezan a menguar. Se aparta lo justo para mirarme a los ojos. Los suyos están hinchados y rojos, pero siguen siendo los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

—Gracias —susurra con voz ronca.

—No tienes que agradecerme nada. Estoy aquí. Siempre estaré aquí.

Ella intenta sonreír, pero se le quiebra en las comisuras. Con cuidado, le limpio una lágrima que le resbala por la mejilla. Suspira, cierra los ojos un instante y se recarga contra mí otra vez, pero esta vez parece más liviana y sé que ahora es ella la que me da el apoyo a mí.

—Voy a quedarme con ella —suelta de pronto, con determinación en la voz.

—No puedes. Dijeron que no permiten visitas largas.

—Pues me quedaré en la sala de espera. No pienso dejarla sola aquí.

Yo sé que no tiene sentido discutir con ella, pero debo hacerlo.

—No va a estar sola —comenta la chica de la recepción—. Aquí siempre se queda algún que otro médico por si pasa algo. Iros a casa y descansad.

—Pero… —intenta protestar ella.

—No hay peros hoy, Mónica. Vamos a casa y mañana por la mañana volvemos.

Sus ojos me miran intentando descifrar algo en mí. Tarda unos instantes en asentir con la cabeza y esta noche, si es necesario, me quedaré en el sofá pendiente de si nos llaman o no.

5 días, unas ensaimadas

Mónica

Cinco días. Han sido cinco días interminables, llenos de preocupación y de ansiedad, pero al fin Amandine está de vuelta. Está recuperada al cien por cien, con su pequeño cuerpecito acurrucado en el transportín, maullando suave como si protestara por el viaje en coche. Solo necesita su medicación, pero ya está a salvo, en casa.

Salgo del vehículo con ella en la mano, sintiendo el aire fresco de la tarde en el rostro. Respiro hondo, intentando relajarme, pero sigo tensa. Demasiada calma. Demasiado silencio. Cuando entro en casa, todo parece normal, pero hay una pieza que no encaja. Grito para avisar a Guillaume de que hemos llegado.

—¡Guillaume! ¡Ya estamos aquí!

Nada. Silencio absoluto.

Frunzo el ceño, dejando las llaves en la mesita de la entrada. Con cuidado, abro la puertecita del transportín y saco a Amandine, que se estira en mis brazos y frota su cabecita contra mi barbilla. Subo las escaleras, acariciándola con suavidad, aún sintiéndome inquieta. En cuanto llego al piso superior, todo encaja.

Un estallido de confeti explota en el aire y, de repente, una voz llena de entusiasmo grita:

—¡Bienvenida a casa, Amandine!

Parpadeo, sorprendida. Delante de mí, la escena es un caos encantador: banderines de colores cuelgan por todas partes, hay

globos atados a las sillas y sobre la mesa del comedor descansa un gran desayuno con ensaimadas, zumos y café recién hecho. Sofía, doña Fina y Guillaume están allí, cada uno con una sonrisa de oreja a oreja. Guillaume se acerca primero, pasando un brazo alrededor de mis hombros y besándome la sien.

—Sabía que estarías de los nervios todo el camino, así que queríamos darte una sorpresa —susurra.

Me río, sintiendo cómo toda la tensión de los últimos días se disuelve.

—¿Y esto? —pregunto, señalando los banderines—. ¿Una fiesta de bienvenida para Amandine?

—¡Por supuesto! —exclama Sofía, acercándose para acariciar a la gata—. Ha pasado por mucho, y tú también. Os merecéis esto y mucho más.

Doña Fina, con su eterna energía, se acerca y me ofrece un plato con una enorme ensaimada.

—Come, querida, que se te ve flaquita de tanto sufrir.

Guillaume se ríe, pero asiente.

—Lo dice en serio. Apenas has comido bien estos días, Mónica.

Suspiro y miro a Amandine, que ya está explorando la mesa con curiosidad. Parece tranquila, como si todo lo que ha pasado fuera solo un mal sueño. Me siento en una de las sillas y dejo que el ambiente cálido y acogedor me envuelva.

—Está bien, está bien. Comeré —digo, cogiendo un pedazo de ensaimada—. Pero primero, gracias. En serio, esto significa mucho para mí.

Sofía sonríe con dulzura, mientras doña Fina se abanica con exageración, como si quisiera quitarle importancia al asunto.

—No tienes que agradecernos nada, querida. Pero, si quieres, puedes encargarte de lavar los platos cuando terminemos —añade con una risita.

Guillaume se sienta a mi lado y me aprieta la mano con cariño.

—Solo queríamos recordarte que no estás sola en esto. Ya pasó, Amandine está bien, y ahora solo queda disfrutar de tenerla de vuelta.

Muerdo la ensaimada y cierro los ojos con placer. Está deliciosa, esponjosa y con ese sabor dulce y reconfortante que tanto necesitaba. Abro los ojos y miro a todos los que están a mi alrededor, sintiendo que el peso de la angustia por fin se desvanece.

Sí, Amandine está de vuelta. Pero yo también. Y esta pequeña familia improvisada, con sus banderines, confeti y desayuno, es lo mejor que podría haber deseado.

Parecemos un matrimonio en el súper

Guillaume

Para cuando el otoño llega, las aguas han vuelto a su cauce y no he tenido más ataques de pánico. La tienda de flores funciona con esa rutina peculiar que hemos construido, entre melodías suaves de piano y el aroma constante de las plantas. Mónica sigue sin saber lo que pasó aquella noche del concierto de inicios de año, y he decidido no mencionarlo. Al menos, no todavía.

Hoy es una de esas tardes frescas y lluviosas, perfecta para quedarnos en casa, ver alguna serie y olvidar el mundo exterior. Por eso, Mónica y yo hemos decidido ir al súper a por provisiones para nuestra noche de maratón televisiva.

Una vez dentro del supermercado, Mónica saca la lista del bolsillo y un boli.

—A ver —anuncia agitando el papel—, tenemos que decidir el menú. ¿*Pizza* o pescado al horno?

La miro arqueando una ceja.

—¿Pescado al horno para una noche de series? ¡Eso es demasiado saludable! *Pizza*, sin duda.

—Pero si eres tú el que siempre quiere cenar de manera decente —protesta sacándome la lengua como cuando teníamos quince años.

—Ya, pero no para ver la tele desde el sofá. ¡*Pizza*! —proclamo, arrebatándole el boli y tachando el pescado de la lista.

—¡Eres un aguafiestas! —responde ella riendo—. El pescado también puede ser sofisticado y delicioso.

—Pero no combina con un capítulo doble de esa serie de misterios absurdos que quieres ver.

—¡No es absurda! —replica golpeándome con suavidad en el brazo con el bolígrafo.

Terminamos metiendo en el carrito una *pizza* congelada de cuatro quesos para ella y otra con piña para mí, aunque ella aún mira las bandejas de pescado con cierta nostalgia.

Seguimos por los pasillos, avanzando poco a poco entre los estantes llenos de cosas innecesarias que de repente parecen imprescindibles. Llegamos a la sección de *snacks* y, como si fuera una batalla a vida o muerte, comienza otra discusión.

—¿Palomitas, chuches o frutos secos? —pregunta Mónica con aire solemne.

—Palomitas. No hay nada más clásico.

—Pero las chuches son más divertidas.

—Los frutos secos son el punto medio perfecto. Un poco sanos, un poco adictivos.

Nos quedamos mirando las estanterías y al final terminamos cogiendo las tres cosas. Mejor que sobre que no que falte. Mónica lo llama previsión, yo lo llamo incapacidad para tomar decisiones. Pero al fin y al cabo, salimos ganando los dos.

—Ahora las bebidas, ¿agua con gas o refrescos con demasiado azúcar? —propone ella, haciendo girar el carrito con una destreza casi profesional.

—¿Por qué siempre planteas opciones tan extremas?

—¿Por qué siempre eliges lo más sencillo?

Acabamos con una botella de agua con gas para ella y un par de latas de refresco para mí. Mónica sonríe de esa forma suya, medio burlona, medio tierna, mientras empuja el carrito hacia la caja.

—Siento que hemos comprado para un ejército —comento.

—Nunca se sabe cuántos capítulos aguantaremos.

Su móvil empieza a sonar. Cuando lo saca, ocurre lo mismo que otras veces: se excusa un instante y gira por el pasillo.

—Sí, puedo hablar —escucho que murmura.

Extrañado por ese giro repentino, me acerco poco a poco para intentar escuchar algo.

—Sí, sí. —Hace una pausa—. Es lo que acordamos.

¿Con quién hablará?

Una vecina me mira de reojo al ver lo que estoy haciendo. Disimulo cogiendo el primer tarro que encuentro y me pongo a «leer» la etiqueta.

—No, no se lo he contado, pero…

¿El qué?

—¿Ahora te interesan las conservas, *carinyet*? —la voz de doña Fina me saca de mi momento Sherlock.

Los dos nos ponemos al día hasta que Mónica regresa guardándose el teléfono en el bolsillo y seguimos con nuestra compra.

Una sensación incómoda se me ha instalado en lo más hondo de mi ser.

Pagar, salir del súper y caminar de vuelta a casa con las bolsas llenas de nuestras pequeñas batallas gastronómicas me aporta una sensación reconfortante que nunca antes había sentido. Como si el simple hecho de planear una noche de series fuera otro ladrillo en esta extraña convivencia que, sin darnos cuenta, se ha vuelto parte de nuestras vidas.

Noche de series y planificación

Mónica

Cuando termina el tercer episodio, Guillaume y yo nos levantamos del sofá casi al unísono. Después de tres episodios ya estamos sincronizados para comentar el último giro inesperado de la serie. No puedo dejar de gesticular mientras recojo los platos de *pizza* vacíos salvo por algunos bordes que ha dejado él.

—¡Te lo dije! ¡Te dije que no podía ser el vecino amable! —exclamo señalándole con el plato la tele para darle más validez a mis palabras.

Guillaume niega con la cabeza y se ajusta la coleta para que no se le escapen los mechones rebeldes. Hace un par de días fue al barbero a que se lo retocaran y se lo dejó demasiado corto por delante como para que le llegue a la coleta.

—Aún no me lo creo. Parecía tan normal... ¡El clásico tipo que ayuda con las bolsas de la compra!

Nos reímos mientras entramos en la cocina. Dejo los platos en el fregadero y saco las bolsas de palomitas del armario. Guillaume abre la nevera y se queda mirando las bebidas intentando escoger si ser responsable e ir a por el agua o seguir llenando su cuerpo de azúcar.

—Entonces, ¿dulces o saladas? —le pregunto agitando los paquetes junto a mi cara.

—Saladas, siempre.

—Eres tan predecible.

Sonrío mientras las introduzco en el microondas. El sonido rápido de los granos estallando llena el silencio cómodo entre nosotros. Apoyo las manos en la encimera antes de dejar caer lo que llevo desde ayer queriendo compartir con él:

—Por cierto, este fin de semana Sofía y yo vamos al vivero a por las plantas de otoño. Si te apetece venir...

Antes de que termine la frase, Guillaume levanta las manos, como si le estuviera ofreciendo cargar un saco de piedras.

—¡No, no, no! Es vuestra salida de chicas. Merecéis un par de días para hablar de cosas. Por cierto —se acerca con el ceño fruncido y una sonrisa pícara en los labios—, ¿de qué habláis cuando salís?

—De todo y de nada, pero sobre todo te ponemos a parir —bromeo.

—Entonces vengo a defenderme —suelta entre risas.

La cercanía entre los dos es bastante real y mi corazón se detiene un rato al verle sonriente. ¿Qué me está pasando?

El microondas pita y saco las palomitas, abriendo la bolsa con un estallido de vapor salado. Salvada por la campana. Guillaume se apoya en el marco de la puerta, mirándome con una sonrisa ladeada.

—Deberíais quedaros a dormir en algún sitio. Salir de fiesta o lo que sea que hagáis las chicas cuando os juntáis. Yo me quedo aquí cuidando de la finca, prometo no destruir nada.

—¿Fiesta? ¡Guillaume, ni que tuviera 20 años! Como mucho estaré fuera ¿47 horas? —finjo mientras calculo el total de horas que tenemos permitido estar separados por las puñeteras normas—. No quiero que te quedes con la herencia sin haber luchado hasta el final.

Él se echa a reír, un sonido claro y sincero que hace eco en la cocina.

—Mónica, puedo sobrevivir sin ti dos días. Lo juro. Y si te pasas… Qué remedio, me quedaré con el local y montaré una tienda de vinos.

Nos reímos juntos mientras echo las palomitas en un bol enorme. Cuando volvemos al salón, la tensión de las últimas semanas parece haberse disipado, al menos por esta noche. Por un momento, todo es simple: una serie, palomitas saladas y bromas que vuelan de un lado a otro como una pelota de ping-pong.

—Tú, sigue bromeando —le golpeo con el hombro antes de salir de la cocina para chincharlo.

—Lo digo muy en serio, listilla. El vino está en auge.

—Las flores siempre serán eternas.

Él lanza una palomita para atrás, que esquivo chocando contra la estantería del comedor.

Conforme nos vamos acercando al sofá, no paramos de chincharnos el uno al otro. Cuando él se sienta, no me espero la última jugarreta.

Al tener que saltar sus pies para ponerme en mi sitio, tropiezo con el pie que me ha puesto para hacerme la zancadilla y me caigo sobre Guillaume. El corazón empieza a latirme con fuerza, se me acelera cuando siento su respiración en la mejilla. Sus ojos me miran demasiado cerca y siento ese nerviosismo de cuando tenía quince años que me hormiguea en la boca del estómago.

Sus labios se aprietan, pero me fijo en que la comisura sube con sutileza. Su mirada busca la mía y un millar de sensaciones que hacía años que sentía adormecidas se despiertan de nuevo en mi estómago. La misma sensación que tuve cuando estuvimos en Alcudia, pero más intensa.

Una idea me atraviesa fugaz. Quiero besarlo, quiero comprobar si sus labios siguen sabiendo a melocotón fresco y a libertad. Respiro con profundidad. Dudo. Dudo si terminar de recorrer los escasos centímetros que nos separan o…

—*Miaaaaaau* —Amandine protesta cuando da un salto y se cuela en el sofá.

Sin esperar, saco la fuerza de voluntad para incorporarme y sentarme en mi sitio otra vez después de romper toda la magia que se ha formado en mi cabeza.

—Venga, dale al *play*. Quiero ver cómo se justifica ahora el vecino amable.

—Ya verás como será por un trauma infantil —responde Guillaume poniéndose melodramático.

Y, por una noche, el mundo fuera de estas paredes no existe.

Un fin de semana solo

Guillaume

Ayudo a Mónica a bajar la maleta enorme que se lleva para pasar un fin de semana fuera. Cuando la cojo por el asa, me doy cuenta de que se ha llevado, como mínimo, medio armario. Pesa como una tonelada.

—¿Estás segura de que te vas dos días y no dos meses? —resoplo mientras me tambaleo un poco cuando pongo el pie en el primer escalón.

Mónica, por supuesto, no pierde el tiempo y me saca una foto justo en el momento en el que estoy haciendo una mueca extraña por el esfuerzo.

—¡Esa va directa al *feed*! —canta con esa sonrisa traviesa que ya me conozco demasiado bien.

—Ni se te ocurra subirla a redes, Mónica. Lo digo en serio.

El «pling» de notificación en mi móvil me confirma lo que ya sospechaba. Ella está ahogándose de la risa mientras yo saco el teléfono y veo el vídeo: «Cuando tu compañero de finca cree que te vas de expedición al Everest, pero solo te escapas un finde con tu mejor amiga». Hay un GIF de un alpinista encaramándose a una montaña de fondo.

—Eres imposible.

Intento mantener la seriedad, pero acabo riéndome también.

Por raro que parezca, ya me he acostumbrado a esa rutina suya de ir documentando todo lo que sucede. Al principio me ponía de los nervios. Cada gesto, cada situación, con toda seguridad podía acabar en redes sociales. Pero ahora... no sé. Tiene ese punto divertido. Mientras termino de concentrarme en bajar la tortuosa escalera recuerdo como un par de semanas atrás, yo mismo subí un vídeo de uno de mis ensayos para el próximo concierto. La mejor parte fue que, de fondo, sin que me diera cuenta, aparecía Mónica con una toalla enredada en el cuerpo, después de una ducha, hablando y gesticulando de manera exagerada por teléfono.

¡Los comentarios fueron una locura! «La musa aparece en su estado más puro», «La diva del piano y su misteriosa acompañante», «¿Se puede pedir más arte en un solo vídeo?». Cuando Mónica lo vio, me lanzó un cojín directo a la cara entre carcajadas.

—¿Por qué lo subiste, Guillaume? —preguntó, intentando sonar indignada, pero sin dejar de reírse.

—No me di cuenta de que estabas ahí —me defendí, aunque en seguida empecé a reírme—. Es lo justo. ¡Ojo por ojo, historia por historia!

Trastadas de estas nos hemos estado haciendo casi todo el verano y confieso que es mucho mejor esto que entierren las cuerdas de mi piano otra vez.

Ahora, mientras coloco la maleta en el coche, ella revisa una lista en su móvil.

—Sofía dice que está pensando en reservar un *brunch* para mañana en Sóller. ¡Te podrías venir, Guillaume!

—¿Y convertirme en el sujetavelas de vuestro fin de semana de chicas? Ni de coña. —Me limpio las manos en los vaqueros—. Os merecéis un tiempo para vosotras. Pero ¿has pensado en salir de fiesta? Lo digo en serio. Comprad algo bonito, arreglaos y salid a bailar.

Aún no han terminado de formarse mis palabras de entre mis labios que ella se cruza de brazos y levanta una ceja con una media sonrisa pícara en los labios.

—¿Quieres deshacerte de mí o qué?

—No. —Sonrío—. Solo quiero que te diviertas. Yo cuidaré de la tienda y de la finca.

—¿Entonces estás intentando que me eche un novio? No te tenía yo como una Celestina.

Me ahogo en mi propia saliva y me pongo a toser.

—¿Qué? Nooo yo solo… —se me traban las palabras.

—Sí, sí lo que tú digas —canturrea abriendo la puerta del conductor para dejar el bolso.

Carraspeo un poco antes de intentar excusarme.

—Solo digo que te lo pases bien y que te olvides de todo.

Mónica me escruta, como si estuviera evaluando cuán en serio hablo.

—¡Ni hablar! Como mucho en cuarenta y siete horas estaré de vuelta. No pienso dejarte solo aquí tanto tiempo.

—Pero…

—Nada de peros. Esta herencia va a ser tan tuya como mía. —Mueve un dedo para hacerse la importante—. Cuarenta y siete horas, ni una más ni una menos.

Nos echamos a reír y, por un momento, el peso del mundo parece desaparecer sobre mis hombros. Ella cierra el coche y yo la observo mientras charla con Sofía por el altavoz del teléfono, organizando lo que parece un fin de semana legendario. Aunque me quedo aquí, en la finca, siento que de alguna manera estoy formando parte de esa aventura también. Una pequeña parte de mí, por una vez, le tiene envidia a Sofía.

Unas cuantas horas después de que Mónica se haya ido, me quedo atrapado en la conversación que hemos tenido antes de que partiera, y que tal vez acabaría ligando como una loca. «Un fin de semana de chicas», lo llamó, entre risas, mientras cerraba la tapa del maletero. En su momento, me reí con ella, hice alguna broma sobre no olvidarse de la finca, pero ahora, en el silencio de la tienda, la idea me carcome.

El sol de la tarde entra cansado por las ventanas y me encuentro enredando los dedos entre los tallos de las rosas recién entregadas, casi sin mirar. Una espina se clava en el costado de mi pulgar. Suelto un leve quejido y me llevo la mano a la boca, chupando la gota de sangre. Pero el dolor físico apenas distrae mis pensamientos.

La veo con claridad, como si la estuviera mirando ahora mismo: Mónica, con el pelo suelto, con esa risa suya que parece llenar cada rincón de la habitación, bailando con un desconocido. ¿Sería un tipo alto? ¿Alguien con barba desaliñada? ¿Un fotógrafo bohemio que le hablaría de arte contemporáneo mientras ella juega con el borde de su vaso? ¿O el típico empotrador con pose de malote por el que todas pierden la cabeza? La imagino moviendo las caderas, sus labios rojos curvándose con picardía, mientras una mano masculina le roza la cintura. Me pongo enfermo.

—¿Todo bien, hijo? —la voz de doña Fina me arranca del agujero de mis pensamientos.

Me giro al instante y parpadeo con rapidez para quitarme esas imágenes de la cabeza. La señora está arreglando un ramo para una clienta y me mira con una mezcla de diversión y curiosidad.

—Sí, sí, claro —respondo con una risa forzada—. Solo estaba… pensando.

—Ajá. Pues pareces en Babia —canturrea con su voz rasposa—. Y tienes cosas que hacer.

Que me regañen a mi edad, más que tomármelo como un castigo de mamá, me hace sentirme como en casa.

—Voy —respondo mientras acabo de hacer un par de arreglos florales que no terminan de hacer el peso.

Cuando la clienta se va, doña Fina me escudriña con la mirada desde el otro extremo de la puerta. Yo intento hacer como si nada y me pongo a recoger los tallos del mostrador para tirarlos a la basura.

—No será por Mónica, ¿verdad? —su tono travieso me hace apretar más fuerte el tallo cortado de una rosa.

Aunque su pregunta es de lo más cotilla, no podría haber escogido un mejor momento: justo cuando una clienta, una mujer de unos cincuenta años con gafas enormes, sonríe al entrar tras escuchar el comentario y finge examinar una planta de lavanda.

—¿Mónica? —intento sonar despreocupado—. No, para nada.

—Ay, claro que no. Seguro que ni te has dado cuenta de que se ha ido, ¿verdad? —Doña Fina le guiña un ojo a la clienta y ambas se ríen con esa complicidad que solo tienen las mujeres mayores cuando huelen el rastro del drama sentimental.

Me paso una mano por la nuca y trato de cambiar de tema, preguntando sobre la lluvia de la semana pasada, pero ellas ya han hecho su veredicto silencioso y sé que no me van a dejar en paz con sus miradas socarronas. Al final, la clienta paga su planta, doña Fina se despide con un «Dale recuerdos a Mónica cuando vuelva si es que vuelve», y yo me quedo solo en la tienda con el zumbido de las luces y el aroma a tierra húmeda.

Vuelvo detrás del mostrador y saco el teléfono. Siento una necesidad irracional de revisar nuestra cuenta compartida. ¿Parezco un exnovio celoso? No lo negaré. ¿Que esto es acoso? Rectifico, solo me preocupo por su bienestar y porque hayan llegado bien a su destino. Me autoengaño, lo sé. Pero ¿qué le voy a hacer?

Abro las historias. Solo hay dos. Una desde la carretera: un paisaje abierto, árboles con hojas doradas y rojas y el cielo medio encapotado. Sofía, de fondo, canturrea el último *hit* norteamericano. La segunda historia es más reciente, una vista del balcón del hotel: hierro forjado y macetas de geranios, con una calle adoquinada abajo. Ni rastro de fiestas ni pistas de chicos misteriosos. Solo calma.

Pero mi cabeza sigue tejiendo escenarios. Quizá no lo ha grabado. Quizá está pasando justo ahora.

El viaje ya no me hace tanta gracia..

Día de relax y chicas

Mónica

Cuando después de cenar subimos a la habitación a ponernos los modelitos de fiesta, no puedo evitar sonreír de felicidad. La brisa cálida del final del verano se cuela por la ventana, mezclándose con la música suave que Sofía ha puesto desde su móvil. Ha escogido un vestido corto, rojo, que resalta su piel bronceada, mientras yo opto por uno más sencillo, negro, que me hace sentir cómoda pero lista para cualquier locura nocturna.

—Voy a la ducha —anuncia Sofía, desapareciendo tras la puerta del baño mientras tararea una canción—. Vete pensando en cambiar ese modelito por el dorado que te he dejado en la silla.

—Ni de coña voy a ponerme eso —replico echando un vistazo a ese trozo de tela tan enano que apenas cubre del todo mi trasero.

Me dejo caer sobre la cama, todavía saboreando el *virgin* mojito que tomamos junto a la piscina del hotel. Ha sido un día perfecto: carretera, risas, chapuzones improvisados y planes sin ataduras. No he podido evitar subir una historia desde la tumbona con el texto:

«Me he fugado, pero máximo 47h, si no chao herencia».

A Sofía casi se le cae el cóctel de la risa.

Durante el viaje, mi amiga me ha contado que su «medio» novia, la *influencer* coreana, regresa en un par de semanas y que esta vez parece que viene para quedarse. Hay una chispa en sus ojos, una felicidad pura que me hace apretarle la mano y desearle, sin decirlo,

que todo le salga bien. Es imposible no contagiarse de su entusiasmo.

—Y tú ¿qué? —me pregunta, a voz en grito, desde la ducha con la voz amortiguada por el agua—. ¿Cómo va la vida de matrimonio a la fuerza con Guillaume?

Suelto una carcajada.

—Para mi sorpresa, bien —suelto poniéndome en pie—. Demasiado bien —susurro antes de entrar en el cuarto de baño para hablar con ella—. Él lleva la cuenta de las ventas como si fuese un robot suizo, yo mantengo vivas las plantas y juntos no hemos incendiado la casa... aún.

—Eso suena muy idílico.

—Suena a convivencia funcional —decreto mientras me siento en la taza del váter y me agarro las piernas con las manos.

—Suena a que estáis a un paso de poner un calendario familiar en la nevera.

Pongo los ojos en blanco, pero la sonrisa no se me borra de la cara. La realidad es que, aunque esta situación haya sido impuesta, hay una extraña armonía en lo que Guillaume y yo hemos construido. Una rutina hecha de cafés matutinos que compartimos en silencio, discusiones sobre música mientras regamos las plantas y alguna que otra mirada cómplice cuando algo se nos escapa de las manos.

Cuando Sofía sale de la bañera envuelta en vapor y olor a coco, yo estoy terminando de pintarme los labios. Me observa con una ceja arqueada.

—Dime la verdad, Mónica, ¿no hay ni una chispa entre tú y Guillaume?

—¡Ni una! —respondo demasiado rápido para mi gusto.

—Uh-huh. —Su sonrisa ladeada me advierte de que no me cree en absoluto—. Porque, si no hay chispa, ¿por qué te pones tan nerviosa cada vez que hablas de él?

—No me pongo nerviosa.

—Estás repitiendo el delineado por tercera vez.

Suelto el lápiz de inmediato y cruzo los brazos.

—Guillaume solo quiere que me divierta. De hecho, me insistió para que saliéramos de fiesta esta noche.

Sus ojos reflejados en el espejo se abren de par en par.

—¿En serio? ¿Él, que parece el protagonista de una novela clásica tocando el piano con el ceño fruncido?

—¡Sí! Me dijo que necesitaba un fin de semana de chicas y que me despejara.

Sofía da una vuelta sobre sí misma, evaluando su reflejo, y luego me lanza una mirada calculadora.

—Tengo un plan.

—¡No!

Asiente con la cabeza, me coge de los hombros y me gira hasta quedarnos frente a frente.

—¡Sí! Vamos a salir, bailar hasta el amanecer y vamos a subir historias a cada segundo. Nada comprometedor, solo lo suficiente para que Guillaume vea lo bien que te lo estás pasando.

—Eso es cruel. —Hago una pausa para bajar la mirada unos segundos antes de añadir—. Además de que eso no demuestra nada.

—Eso es ciencia social. Y el domingo por la noche ya verás sus efectos.

Entre risas, terminamos de arreglarnos. La noche promete ser una aventura, pero en el fondo de mi mente, una pequeña voz se pregunta cómo reaccionará Guillaume cuando vea esas historias. No porque quiera provocarlo, sino porque, por alguna razón que aún desconozco, su opinión me importa más de lo que debería.

Una cita conmigo

Guillaume

Después de una larga jornada de flores y ensayos de piano, cierro la tienda. El silencio me envuelve, pero no me hace sentir cómodo conmigo. Las luces de fuera parpadean dos veces antes de apagarse y prometo revisarlas mañana antes de que peten o se incendie todo.

El eco de mis pasos resuena en el suelo de madera mientras recojo mi mochila con el pequeño picnic que me he preparado: un tupper con tortilla, un poco de pan y una botella de agua. Sencillo. Funcional. Intentando que mi cabeza funcione de la misma manera, aunque sin mucho éxito.

Antes de salir, reviso el móvil una vez más. Vigésima vez en el día. Las historias de Mónica están ahí, alineadas como pequeños testigos de que está cumpliendo con todas y cada una de las gilipolleces que le dije antes de que se subiera al coche. La cuenta atrás de las 47 horas, la foto del paisaje desde la carretera, el balcón del hotel, las risas con Sofía junto a un mojito sin alcohol. Todo registrado a la perfección.

—No me extraña que seas *influencer* —mascullo, aunque me arde la garganta al decirlo.

El nudo en el estómago sigue ahí, apretando cada vez que la veo sonreír en esas fotos. Como si el hecho de que esté feliz sin mí fuera una amenaza. Es absurdo. Es patético. Pero no puedo evitarlo.

Así que decido hacer lo único que me queda para encontrar paz mental: ir al árbol. Nuestro viejo refugio, el cementerio de los malos recuerdos. Un roble enorme a las afueras de Valldemossa donde solíamos reunirnos de adolescentes a hablar de lo que sería el futuro, a planear vidas que nunca sucedieron, a llorar amores que jamás tuvimos.

El camino es largo y la brisa de la tarde arrastra hojas secas a mis pies. Intento concentrarme en el próximo concierto. En los arreglos que quiero hacer en la cocina de la finca. En la idea de ampliar el negocio para vender algunas plantas en línea, como sugirió Mónica. Pero ella vuelve a invadirlo todo, como una nota sostenida que nunca acaba. Mónica en la carretera, Mónica en el hotel, Mónica riendo. Mónica.

—Céntrate, Guillaume —me regaño a mí mismo.

Sin ser consciente, apresuro el paso mientras las últimas casas del pueblo se despiden de mí y me doy cuenta de que he perdido la cordura. ¿Debería decirle todo este barullo de sentimientos a Mónica? ¿O mejor lo hablo con Sofía? No lo sé, no sé nada en absoluto salvo que no tengo amigos con quienes ahogar mis penas, y ahora necesitaría alguno.

La silueta del roble aparece recortada contra el horizonte. Las ramas parecen más pesadas con las primeras hojas del otoño prematuro de este año. Es un sitio solitario, ideal para despejar la mente.

A pocos metros del árbol, veo algo que no esperaba. La figura de un hombre que se me ha adelantado. Me acerco cauteloso cuando de repente siento como si el universo me hubiese escuchado.

Adrián.

Está sentado con la espalda apoyada contra el tronco, las piernas dobladas y el rostro hundido entre las manos. Al principio creo que está dormido o borracho, pero no. Está llorando. Mi compañero de travesuras de mis veranos aquí.

El mismo Adrián que tenía entendido que vivía en Madrid, el que dejó el pueblo para trabajar en una gran empresa. El que siempre parecía tener una sonrisa fácil y un plan mejor que el anterior.

Ahora, está aquí, en el viejo árbol, como si el tiempo no hubiera pasado.

Me quedo quieto, incapaz de moverme, intentando buscar las palabras perfectas.

—Tronco, ¿me sujetas la bici, que voy a por chicles?

La voz de Adrián me pilla desprevenido. El cielo está anaranjado con un fino arco de sol tras el horizonte, y ahí está él, sentado en el lugar donde menos me habría imaginado. Su cabello está más corto que la última vez que lo vi, las gafas le resbalan por la nariz y tiene esa sonrisilla a medias entre burla y nostalgia.

—Pero que sean de fresa y regaliz —respondo intentando recordar viejos tiempos.

—Eso sigue siendo asqueroso —se ríe, y por un segundo parece que nada ha cambiado.

Pero ahora todo es diferente. Lo noto en sus ojos hinchados, en la forma en que sus dedos tamborilean sobre la tapa de un bote de metal que descansa a su lado. Me acerco dejando mi pequeño picnic olvidado junto a mis pies.

—Cuánto tiempo, tío —comento sentándome a su lado.

—Demasiado —dice pasándose el reverso de la mano para limpiarse las lágrimas.

Por unos segundos no sé si preguntar por su estado, por la vida en general o por qué. El buen rollo de antaño no está, aunque él siempre será mi mejor amigo, así que opto por algo que hubiese hecho hace quince años. Le paso un brazo por encima de los hombros.

—¿Va todo bien?

La pregunta es absurda. Por supuesto que no está bien. Se pasa una mano por el rostro, limpiándose las mejillas húmedas, y suelta una risa amarga.

—Jordi ha muerto —suelta, sin rodeos, como si esas palabras le pesaran demasiado como para disfrazarlas.

Sus palabras me dejan en *shock*. El suelo se abre bajo mis pies. Jordi, el gracioso del grupo, el que siempre nos hacía reír con sus imitaciones y tenía ese sueño imposible de abrir un café-teatro en el centro del pueblo. Jordi ha muerto, me repito para cerciorarme.

—¿Cómo? —balbuceo.

—Leucemia —responde Adrián, mirando al frente, como si al no encontrarse con mi mirada pudiera sostenerse mejor—. Hace un año se lo diagnosticaron. Fue rápido... Demasiado rápido.

El aire pesa. El roble que solía ser nuestro refugio en las tardes de verano parece ahora una triste sombra del pasado. Y cobra sentido su nombre una vez más.

—Adrián, lo siento mucho —logro decir después de procesar toda la información.

Es lo único que se me ocurre, porque nada puede llenar ese vacío que ahora me pesa en el pecho. Hace mil que no sabía nada de él, al igual que de Mónica y Sofía cuando puse un pie en este lugar. Pero, joder. Son mis amigos. Eran mis amigos. Adrián asiente, tragando saliva.

—Nos reencontramos hace unos años. En un bar, de casualidad. Terminamos saliendo y nos casamos —su voz se quiebra un poco al enseñarme la alianza que todavía lleva puesta—. Fue la mejor época de mi vida, Guillaume.

Mi mente intenta procesar la información. Pienso en el chico risueño y revoltoso que fue Jordi, y en cómo nunca me había imaginado esta parte de su historia.

—Quise reunir a la pandilla cuando le dieron el diagnóstico —continúa Adrián—, pero no era buena idea. Después de que tú te marcharas, el verano siguiente todo se desmoronó. El grupo ya no era el mismo. Yo seguía viendo a las chicas porque vivía aquí, pero...

Deja la frase en el aire y yo asiento. Lo entiendo. Todo cambió cuando me fui y ahora lo veo con más claridad que nunca. Después de estos meses junto a las chicas y ahora esto, me doy cuenta de lo equivocado que estaba al irme. De todo lo que me he perdido y que, ahora, algunas cosas jamás volverán a ser como antes.

El silencio entre nosotros se vuelve más pesado. No sé qué decir, no sé qué pensar. Unos minutos después o quizás media hora, Adrián coge el bote de metal y lo observa con las manos temblorosas.

—Jordi quería que sus cenizas descansaran aquí —murmura con una voz que apenas logro escuchar—. Este sitio significó mucho para

él. Para nosotros.

Mis ojos se clavan en el bote, en ese contenedor que guarda lo que queda de Jordi, pero también en la manera en que Adrián lo sostiene, como si al soltarlo, volviera a perderlo.

—¿Siguen las chicas por aquí? —me pregunta.

—Ya te digo yo que sí —resoplo mientras se me escapa una sonrisa.

—¿Terminasteis juntos Mónica y tú?

Suspiro mientras cojo mi picnic improvisado y lo pongo entre los dos.

—¿Tienes tiempo para un viejo amigo?

Sábado de resaca y mal humor

Mónica

Me levanto con un dolor de cabeza horrible y unas ganas terribles de olvidar la noche de ayer. Todo a mi alrededor gira un poco más de lo que debería, y el sol de media mañana entra como una explosión de excesiva luz por las rendijas de las cortinas. Parpadeo, intentando aclarar las ideas, pero lo único que consigo es que los recuerdos de anoche se arremolinen en mi cabeza, confusos, fugaces, como destellos de neón en mitad de la oscuridad. Y miedo me da ponerme a hacer memoria.

Recuerdo las risas estridentes de Sofía, los vasos alineados en la barra, cada uno de un color y brillo más intenso que el anterior. Un chupito tras otro. Los *flashes* de la discoteca: luces moradas, rojas, azules, destellos cegadores al ritmo de la música. Música que recuerdo que estaba demasiado alta para mi gusto.

Puedo verme a mí misma bailando, moviéndome con una soltura que ni sabía que tenía. Las manos de Sofía alzadas, girando sobre sí misma, el cabello pegándosele a la frente por el sudor. Una canción tras otra. Mis caderas siguiendo el ritmo, una voz grave diciéndome algo al oído, una risa, el roce de unas manos en mi cintura…

El móvil no paraba de sonar. Ignoré todas las llamadas de Guillaume. Fotos. *Flashes* que me cegaban. Mi amiga no paraba de

decir que él me juraría su amor eterno.

Intento tragar saliva, pero me es imposible. Tengo la garganta demasiado seca y áspera. ¿Cuánto bebí?

Me llevo una mano a la frente y me masajeo las sienes. El eco de la música sigue golpeando dentro de mi cabeza. Las imágenes vuelven como ráfagas: un chico con una camisa abierta hasta el pecho, sus dedos rozándome el brazo cuando pasé a su lado; el suelo pegajoso bajo mis tacones; Sofía gritándome que esto era justo lo que necesitábamos; mi propio reflejo en el espejo del baño, con el rímel un poco corrido pero una sonrisa tonta pintada en los labios.

El silencio de la habitación ahora es abrumador.

Trato de incorporarme, pero cada músculo de mi cuerpo se queja. Me siento extraña, ni siquiera me encuentro bien. La sábana ligera resbala un poco y me aferro a ella por instinto y en ese instante me doy cuenta de algo. Mi corazón late más deprisa.

Respiro hondo, queriendo olvidar, pero un hormigueo me sube por la espalda. Con los dedos temblorosos, levanto la sábana hasta apartarla del todo.

Estoy desnuda.

Doy un vistazo rápido a la habitación y el aire deja de entrar en mis pulmones. El vestido de anoche cuelga del pomo de la puerta del lavabo, arrugado, mal colocado, como si lo hubiera tirado sin cuidado alguno. Me arde la cabeza y un latido constante retumba con cada pensamiento.

Y entonces lo veo.

Una pierna. Desnuda. Asomando desde los pies de la cama.

Todas las emociones y remordimientos de no saber qué hice ayer me reconcomen por dentro. Las sábanas a mi lado están revueltas, con las marcas evidentes de un cuerpo que ha estado ahí hasta no hace mucho. Y al fondo, el sonido del agua corriendo. La ducha está encendida. Alguien está dentro.

—¡*Ay, virgen santa*! —susurro con voz rota.

Me tapo con rapidez con lo primero que pillo: la camiseta que llevaba ayer. El corazón me sigue palpitando con fuerza y me cuesta pensar con claridad.

«No... no puede ser... No puede ser... ¿Qué he hecho?», me repito una y mil veces en la cabeza mientras me revuelvo el pelo para intentar saber cómo llegué ayer a nuestra habitación.

La pierna sigue ahí. Inmóvil.

Me armo de valor y avanzo, estirando la camiseta para que me cubra el culo como mínimo. Cuando rodeo la cama, la sangre casi se me hiela: es Sofía.

Mi amiga está tirada en el suelo, dormida como un tronco. Lleva puesto solo el sujetador y una falda que se le ha subido hasta las caderas.

—Sofía —susurro, zarandeándola un poco con el pie.

Emite un gruñido que no logro entender y se da la vuelta provocando que la pierna se le caiga de encima de la cama y se queje entre sueños.

El agua sigue corriendo en el baño.

—Entonces, ¿quién coño está en la ducha? —murmuro sin entender nada.

Siento un nudo en la garganta, las palmas de las manos me sudan. La resaca se mezcla con un miedo irracional que me hace temblar. No entiendo nada. Recuerdo el desfase, recuerdo la música, pero no recuerdo nada más.

Apresurándome, echo un vistazo a mi alrededor en busca de algún objeto que pueda usar para defenderme. En vista de no encontrar nada que me convenza, uso lo que tengo más a mano. Un zapato de tacón. Lo agarro con fuerza, como si fuera un arma letal, y avanzo hacia la puerta del baño.

—Seas quien seas —intento que la voz no me tiemble demasiado —, que sepas que tengo un arma y sé cómo usarla.

Me detengo un par de segundos ante la puerta, pero el agua no cesa.

—Muy bien. Tú lo has querido —levanto un poco más el tono—. Voy a entrar. Uno, dos…

Mi respiración es un desastre cuando retiro mi vestido para lanzarlo sobre la cama y poner la mano en el pomo.

—...tres.

Abro la puerta de golpe.

La ducha está encendida, el vapor empaña el espejo y las paredes están cubiertas de gotitas de agua... pero no hay nadie.

El baño está vacío.

Mañanas entre colegas

Guillaume

Antes de abrir la floristería, me siento frente al piano y dejo que mis dedos encuentren las teclas por puro instinto. El sonido suave y delicado de las notas llenando la estancia me da una calma que pocas veces siento pero que después de la noticia de ayer necesito más que nunca. La mañana está en silencio, salvo por el suave crujido de la madera vieja bajo el taburete cada vez que me muevo. La luz dorada del amanecer entra por la ventana de la trastienda y tiñe las paredes de un tono cálido.

Pero no dura mucho.

—¿De verdad tenías que dar el concierto ahora? —gruñe Adrián mientras baja por las escaleras, con la voz rasposa y los pelos más revueltos que una maraña de raíces.

Amandine suelta un bufido cuando dejo de tocar que me hace gracia. Al menos alguien aprecia de verdad mi arte.

Me sobresalto un poco al escuchar a mi viejo amigo. Casi me había olvidado de que decidió quedarse anoche y que lo dejé tumbado en el viejo sofá del salón.

—¿Qué quieres? La inspiración no entiende de horarios —bromeo dejando que una escala fluya como colofón de la frase.

Adrián se sienta a mi lado en la banqueta mientras se frota los ojos.

—Esto me recuerda a tu último concierto en Madrid.

Paro en seco y giro la cabeza para mirarlo.

—¿Estuviste allí?

—Por supuesto. —Bosteza—. No iba a perderme el espectáculo de ver a la estrella del piano en acción.

La confesión me golpea con fuerza en el centro del alma. Siento una mezcla extraña de emoción y tristeza al saber que estuvo allí, callado entre el público, mientras yo creía que estaba entre desconocidos.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Adrián encoge los hombros.

—Que hiciese años que no nos viéramos no implica que no siga a mis amigos en redes. Te juro que aplaudí hasta que me dolieron las manos.

Una parte de mí quiere enfadarse por no haber sabido nada, pero la otra solo siente gratitud. Un nudo me aprieta la garganta, así que en lugar de responder, acaricio las teclas y dejo que hablen por mí.

—¿Te acuerdas de esta? —pregunto mientras toco las primeras notas de una pieza de antaño que solíamos improvisar de adolescentes.

Adrián sonríe.

—Claro que sí. *El vals de los perdedores*, ¿no?. —Se sienta a mi lado y con movimientos torpes al principio, empieza a tocar las notas de la mano izquierda mientras yo llevo la melodía.

La risa nos brota entre acordes, cada fallo convertido en una carcajada hasta que, poco a poco, encontramos el ritmo de siempre. Como si el tiempo no hubiera pasado.

El momento es perfecto hasta que alguien golpea la puerta con fuerza.

—¡Abra la puerta! ¡Policía!

La voz hace que nos sumamos en un silencio incómodo y ambos nos quedamos petrificados. Las notas del piano mueren en el aire. Los dos nos miramos con los ojos como platos.

—¿Policía? —susurra Adrián.

Yo solo trago saliva, incapaz de responder.

Abro la puerta y lo primero que veo es una furgoneta de la policía aparcada justo delante de la floristería. Un par de agentes se bajan

con el gesto serio, acompañados por un hombre vestido de calle con un cinturón de herramientas y un montón de artilugios colgando de las manos: cinta adhesiva, alicates, destornilladores. El corazón me da un vuelco y mi rostro pierde un par de tonos al igual que se me restan un par de años de vida.

—Buenos días, ¿el señor Guillaume Moreau? —pregunta el agente más alto.

—Sí, soy yo —respondo, notando cómo la voz me sale más grave de lo habitual.

—Después de varias advertencias formales y quejas vecinales por contaminación acústica, lamentamos informarle que ha sido denunciado y, tras la correspondiente tramitación, nos vemos obligados a proceder a su arresto —anuncia sin titubear, como si estuviera leyendo un manual de instrucciones o recitando la lección de la escuela.

—¿Arresto? —repito incrédulo—. Aquí debe haber algún error. Nadie ha venido quejándose de nada.

Siento la risa histérica a punto de salir pero, por suerte, queda atrapada en mi garganta. Adrián, que hasta ese momento había permanecido a un par de pasos detrás de mí, se adelanta.

—¿Cómo que arresto? Solo estaba tocando el piano, ¡por el amor de Dios! —exclama mirando a los agentes para confirmar que esto sea una broma o algo por el estilo.

—Han sido reiteradas las denuncias. Al parecer, los vecinos han alegado que los ensayos han superado el límite permitido tanto en horario como en volumen —explica el segundo agente mientras el hombre de las herramientas entra en la tienda.

No hemos recibido ningún aviso, que yo sepa, a menos que Mónica me lo intentase…

En ese momento caigo en la pila de cartas por abrir que tenemos al lado del ordenador de la tienda. ¡Mierda!

—¿Y usted quién es? —pregunto, mirando cómo empieza a sacar cinta adhesiva y a medir el piano.

—Soy técnico judicial. He venido a precintar el instrumento musical como parte de las medidas cautelares —responde sin mirarme siquiera.

La palabra «precintar» me golpea como una bofetada. Mi piano no lo toca nadie, no a menos que sea bajo mi cadáver.

—Esto tiene que ser un error —digo, aunque mi voz ahora suena más débil—. No toco tan fuerte... No puede ser…

Me zafo del agente y corro hasta llegar al piano antes que el «técnico». Pero es imposible. El agente que me tenía cogido me atrapa. Intento forcejear, librarme, buscar un consuelo, pero la fuerza que ejerce sobre mí es mayor y caigo al suelo de rodillas, impotente.

Todo mi mundo se derrumba sin poder hacer nada. Por mucho que forcejee, los dedos del agente se hunden más en mí hasta que el primero que ha entrado ya está sacando las esposas.

—¿Puede darme sus muñecas, por favor?

—¿En serio? —suelto, aturdido—. ¿De verdad es necesario?

Un nerviosismo histérico hace que la vena que cruza mi cuello de arriba a abajo se ponga a palpitar de manera alarmante. Un sudor frío al ver toda esta locura hace que mi cabeza no pueda parar de enumerar todos y cada uno de los momentos en los que he tocado el piano y nadie haya venido nunca a quejarse.

—Es el procedimiento estándar.

Antes de que pueda decir nada más, siento el frío del metal rodeándome las muñecas. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. Mónica. Debo decirle lo que está pasando.

—Adrián —grito volviéndome hacia él mientras trato de mantener la calma—, llama a Mónica. Su número está en la nevera, el imán rojo. Díselo, por favor.

Adrián asiente, con los ojos tan abiertos como los míos.

—Lo haré. Te sacaré de esta, tío —promete.

Mientras me guían hacia el coche patrulla, veo que algunos vecinos se han asomado a las ventanas o están en las puertas de sus casas, murmurando entre ellos. Siento sus miradas clavándose como dagas en mi espalda. La sensación de vergüenza me abruma y por un instante espero que nadie haya grabado esto y lo cuelguen en las redes. No podría soportar otro escándalo y menos si este salpica a Mónica.

Me suben al coche y, justo antes de que la puerta se cierre, alcanzo a ver cómo el técnico judicial comienza a colocar una gruesa cinta roja alrededor de mi piano, como si fuera una escena del crimen.

La puerta se cierra y lo único que puedo hacer es dejarme llevar.

Llamadas del pasado en el presente

Mónica

Con el zapato todavía en la mano y los nervios a flor de piel, escucho mi teléfono que empieza a sonar. La melodía del tono de llamada hace que se me escape un pequeño grito del susto. Para nada lo esperaba después de todo esto. Sofía, desde el suelo, entierra la cara en una almohada y gruñe:

—Apaga ese cacharro, por favor. Solo un rato más.

Ignorándola, sigo el rastro del sonido, que parece salir de todas partes a la vez. Mi cabeza aún da vueltas por la resaca y por el susto de hace un momento, pero por fin lo localizo: está dentro del cajón de la mesilla de noche del lado de mi amiga.

«¿Cómo demonios ha acabado ahí?», me pregunto agitando la cabeza y produciéndome más dolor por la resaca.

Lo saco con torpeza y miro la pantalla. Un número que no tengo registrado. Frunzo el ceño y cuelgo sin pensarlo demasiado.

Apenas pasan dos segundos cuando vuelve a sonar.

—¿Qué pasa? —resopla Sofía removiéndose.

Al ver el mismo número decido que esta vez lo cojo, más por frustración que por otra cosa.

—¿Sí? —pregunto con la voz todavía ronca.

—¿Mónica? —la voz al otro lado me resulta vagamente familiar, pero me cuesta ubicarla—. Soy Adrián.

Me quedo en silencio unos instantes, parpadeando. Adrián. ¿Nuestro Adrián? ¿Cuántos Adrianes conozco? ¿Será el chico que conocí ayer? Pero ¿le di mi número? ¿Se llamaba Adrián? ¿Cómo tiene mi número? Vuelvo a preguntarme.

—¿Adrián? —repito, confusa—. ¿Cómo has conseguido mi teléfono?

—Estaba en la nevera —parece acelerado, y no capto si está nervioso o enfadado—. Mónica, escucha, esto es importante.

¿En la nevera? No puede ser el chico de ayer porque el hotel no tiene minibar. Me masajeo la frente, pensando, y solo se me ocurre que sea nuestro Adrián, uno de los miembros de la tribu. Pero ¿cómo es que me llama y de dónde ha sacado el teléfono? ¿De qué nevera?

Me enderezo, sintiendo cómo la adrenalina vuelve a recorrerme las venas.

—¿Qué ha pasado? —Mi mente ya empieza a generar todo tipo de escenarios: desde una caída tonta hasta un gran cataclismo.

—Han arrestado a Guillaume.

Imposible. Adrián se había mudado a Madrid y, que yo sepa, Guillaume y él no tenían contacto.

—¿Qué? —es lo único que consigo decir.

—Está en el calabozo —continúa Adrián, con voz crispada—. Ayer regresé a Valldemossa, pero eso ya te lo contaré. Se ve que es por el tema del piano. Parece que los vecinos se han quejado varias veces y hoy la policía ha venido a precintarlo. Lo han esposado, Mónica. Se lo han llevado.

Mi corazón empieza a latir sin control. Me llevo una mano a la mejilla para saber si tengo fiebre y estoy delirando. Pero nada más lejos, así que me toca intentar asimilar lo que acabo de escuchar.

—Esto es una broma, ¿no? —musito, aunque sé que no lo es.

—Ojalá lo fuera —se rinde Adrián dejando escapar un suspiro—. Tenemos que hablar los cuatro otra vez.

—¿Los cuatro? —pregunto, desconcertada.

—Tú, yo, Sofía y Guillaume—aclara, y escucho un ruido de fondo, como si estuviera caminando por la calle—. Tenemos que solucionarlo. ¿Dónde estáis?

—En Soller —respondo intentando encajar todas las piezas del puzle.

Sigo sin procesar del todo lo que me acaba de soltar. Guillaume. En un calabozo. La policía. Los vecinos denunciándolo. Todo suena a una especie de pesadilla absurda. Y Adrián en el pueblo.

—Voy para allá —logro decir, aunque todavía estoy en pijama y la cabeza me late con un ritmo frenético.

—Date prisa —murmura él antes de colgar.

Me quedo mirando la pantalla apagada del móvil durante unos segundos mientras la habitación sigue medio en penumbra y Sofía ronca de nuevo desde el suelo. Entonces me doy cuenta de que todo ha salido peor de lo que esperaba antes de que grite a mi amiga:

—Guillaume está en el calabozo.

Sofía se incorpora de golpe.

Después de un par de analgésicos y un cruasán que me he comido mientras hacía las maletas, por fin nos metemos en el coche camino a casa. El sol de media mañana es una puñalada directa a mi dolor de cabeza y cada vez que Sofía pisa el acelerador con más ímpetu del necesario, mi estómago da una voltereta.

—¿Recuerdas qué pasó anoche? —le pregunto, a ver si ella tiene más memoria que yo.

Sofía sigue conduciendo, con las gafas de sol enormes cubriéndole media cara y el pelo aún enredado. Apenas nos ha dado tiempo para una ducha rápida y hacer el equipaje a trompicones. Solo resopla.

—Mmm... Bailamos mucho... —masculla—. ¿Había un DJ o era todo una *playlist* infinita?

—*Playlist*, Sofi. Eso es lo que te preocupa ahora mismo. —Me paso una mano por la frente sin saber si estoy más nerviosa que

confusa o es justo al revés—. Te encontré tirada en el suelo de la habitación medio desnuda y había alguien en la ducha que resultó no existir.

Sofía frunce el ceño y se muerde el labio, intentando atar cabos.

—¿Estás insinuando que me drogaron? Porque solo recuerdo los chupitos, nada más.

—Eso es lo que me preocupa, que no recordamos nada más. —El silencio que sigue se me hace incómodo de narices.

Solo es interrumpido por el rugido del motor mientras salimos a la carretera principal. Intento dejarla descansar, porque cuando está de mal humor es mejor no decirle gran cosa ni presionarla, pero mi mente sigue a mil por hora. No sé si es la resaca o el hecho de que Guillaume está en el calabozo y todo lo que rodea a esa información sigue sonando como un mal chiste.

Saco el móvil y, sin pensarlo mucho más, llamo a mi hermana.

—Aina, necesito que vengas a Valldemossa. Ya. —Mi voz suena más tajante de lo que pretendía, pero me importa una mierda.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —responde al instante, con ese tono serio y protector que tiene desde siempre.

—No lo sé, todo es un desastre. Guillaume está en comisaría, acusado de violar no sé cuántas leyes absurdas sobre ruido. Adrián me ha llamado desde su teléfono, ni siquiera sé cómo consiguió mi número y Sofía... Bueno, digamos que nuestra escapada no ha sido muy relajante que digamos. —Respiro hondo—. Por favor, ven. Necesito a alguien con la cabeza más clara que la mía.

Aina no duda ni un segundo.

—Salgo en cuanto pueda. Estoy en la oficina, pero lo arreglo todo y en dos horas estoy allí. Aguanta.

Cuelgo y dejo caer el móvil sobre mi regazo. Sofía me lanza una mirada rápida.

—¿Le has contado lo de la ducha vacía?

—No —respondo—. Ni pienso hacerlo. ¿Acaso no has oído la conversación?

Si ella se puede permitir ser borde en estos momentos, yo también. Sofía asiente y vuelve a centrarse en la carretera. El resto del viaje transcurre entre silencios incómodos, música baja y

pensamientos que no dejan de arremolinarse en mi cabeza como un enjambre de abejas.

La única certeza que tengo ahora mismo es que esta pesadilla acaba de empezar.

La eternidad del preso

Guillaume

En cuanto escucho el clic metálico de las rejas de hierro, estoy bien jodido. Y todavía no sé ni qué ha pasado.

La celda es más pequeña de lo que imaginaba. Fría. Con un banco de cemento adosado a la pared y un olor denso a humedad y desinfectante barato. Me siento como si alguien me hubiera vaciado por dentro, como si todo el ruido del mundo se hubiese condensado en este silencio sofocante. Me siento como si todos los males de este universo fuesen culpa mía y todavía no hubiese salido del cascarón. Y yo, aquí, esperando un interrogatorio por... ¿por qué exactamente? ¿Por tocar el piano?

El miedo me corroe las entrañas. No puedo evitarlo. Pienso en la floristería. En cómo esto podría afectar al negocio de Mónica y a todo por lo que ha luchado durante años. A la herencia. ¿Qué pasa si nos multan? ¿Si ponen una restricción legal? ¿Y si esto lo complica aún más y terminamos perdiéndolo todo? Intento respirar, contar hasta diez como una vez me enseñó mi psicóloga, pero los números se me quedan estancados en alguna neurona que ha decidido cambiar el viaje y ahora me aprisiona contra el pecho.

Me dejo caer en el rincón más apartado de la puerta, abrazándome las rodillas contra el pecho. Me hago un ovillo. Un ovillo de ansiedad, de pánico, de pura desesperación. Las paredes parecen encogerse poco a poco a mi alrededor. Cada grieta y cada

sombra de la celda se me clavan como agujas y me recuerdan que las tormentas cada vez son más oscuras y que el sol solo brilla a cuentagotas.

Y entonces, vienen los pensamientos. Cayendo uno tras otro sin freno y dejándome sin aliento, vacío, sin alma.

La voz de mi padre. Rota, con esa calma gélida que siempre usaba cuando quería hacerme sentir como una mierda.

—Ya ves dónde te ha llevado tu cabezonería, Guillaume. No serás nunca nadie. Un pianista fracasado arrestado en un pueblo perdido. Bravo.

Se me revuelve el estómago y empiezo a sentir cómo la humedad me quema en la comisura de los ojos empujando por salir.

Luego, Sophie. Mi Sophie. Aparece en mi mente como un espejismo: el cabello negro recogido en una trenza floja, los labios pintados de rojo, los ojos oscuros llenos de ira y decepción. Me mira como si no me reconociera, como si fuera alguien a quien nunca debió amar.

—¿Así acabas, Guillaume? —parece decir—. Esta es la vida que elegiste después de mí, y mírate. Un error tras otro.

Aprieto los dientes. Me duele el pecho al mismo tiempo que una sensación irrefrenable de que me voy a desmayar me empieza a venir.

Y, por último, Mónica.

Mónica que sonríe, liberada. Mónica que arranca las teclas del piano una a una, tirándolas al suelo como si fuesen los pétalos de las flores marchitas. Mónica feliz porque al fin podrá quedarse con la herencia sin mí, sin la carga de mi música.

—¡Al fin! —la escucho vitorear—. Ahora podré transformar esta finca como yo quiera. Adiós, Guillaume. Adiós a tu piano.

Se va regocijando mientras rompe pieza a pieza, mientras aporrea con un martillo la madera lacada, mientras yo me hago añicos por no haber sabido expresarme desde el primer instante que la volví a ver.

Se me escapa un sollozo áspero que me quema por dentro. Ni siquiera sé si es por rabia, por miedo o por el puro agotamiento que me recorre. No puedo distinguirlo.

Mis dedos tamborilean sobre mis rodillas, buscando un ritmo, una melodía que pueda calmarme. Pero nada sale. Ni una sola nota. Solo el silencio.

Y el clic metálico de las rejas, recordándome que aquí estoy. Atrapado.

Y que no tengo ni idea de cómo salir.

Los papeles pueden herir más que la verdad

Mónica

Ya estoy cogida al teléfono, con la mejilla pegada a la pantalla y el altavoz gritándome mientras mis manos revuelven sin descanso los cajones de la habitación de Guillaume. Para ser la primera vez que entro en este lugar de la casa, me parece que está en bastante sintonía con él. Aina, al otro lado de la línea, suelta un bufido.

—Por el amor de Dios, Mónica, ¿no podíais tenerlo todo en una carpeta, como cualquier persona normal? —refunfuña impaciente.

—No es mi culpa, Aina. Es suya —contesto con los nervios a flor de piel mientras aparto partituras arrugadas y alguna que otra carta abierta.

—Pues se te ha pegado su caos —replica, seca—. A ver, encuentra el DNI primero.

¿Qué se me ha pegado? Cuando la vea por navidades te juro que le arranco la melena como siga con este aire de superioridad y perfeccionismo subido.

Abro otro cajón. Más partituras a medias, un libro con la esquina doblada, una foto que apenas vislumbro de Guillaume al piano, joven, mucho más joven, con el ceño fruncido. Mi corazón da un vuelco. Sigo buscando.

—Lo tengo —afirmo al fin, levantando el DNI como si Aina pudiese verlo a través del micrófono.

—Bien. Ahora la documentación que certifica que está viviendo ahí por la herencia.

Ese papel lo recuerdo. Lo vi cuando estábamos en el notario, entre las condiciones absurdas que nos forzaron a vivir juntos. Revuelvo un poco más hasta encontrar un sobre grande y arrugado. Saco los papeles.

—Aquí está.

—Revisa que tenga el sello notarial —dicta Aina más repipi que antes—. Y el papel de empadronamiento en París, que también podría servir.

Las manos me tiemblan, las hojas me resbalan entre los dedos. Pienso en Guillaume y en cómo de diferente es ahora su vida y no lo digo por el cuartelillo. No me puedo ni imaginar por todo lo que debe de estar pasando.

—Aina, ¿para qué todo esto?

Un silencio.

—Mira, Mónica, en primer lugar para sacarlo de este embrollo —resuelve ella, con voz suave, como si fuera la cosa más obvia del mundo—, pero si consigues demostrar que Guillaume ha sido arrestado y tiene antecedentes, podrías llevarlo a los juzgados. Alegar que ha incumplido las condiciones de la herencia. Esto podría ser justo lo que estabas esperando.

Me quedo helada.

—¿Cómo?

—Podrías quedarte con el cien por cien de la finca. Sin condiciones, sin compartir. Sería tuya, Mónica. Lo que querías.

Mi respiración se entrecorta. De repente, las paredes de la habitación de Guillaume parecen encogerse. Miro a mi alrededor: su armario, su cama con las sábanas bien puestas, las partituras desordenadas, la bufanda que siempre deja tirada sobre la silla del rincón...

Y en mi mente, una imagen: la floristería sin sus acordes de fondo, la casa en completo silencio, sin sus quejas por las plantas

que invaden el salón, sin su maldita costumbre de dejar las tazas de café donde le viene en gana. Solo yo. Y el eco de mi propia voz.

No puedo.

—No —niego con rotundidad.

—¿Cómo que no?

—No voy a hacerle esto, Aina. No quiero quedarme la finca así.

—Pero... —empieza a decir

—Seamos sinceras —la corto—: no voy a traicionarlo. No así.

El silencio al otro lado de la línea pesa como una losa. Mi hermana no lo entiende. Quizá yo tampoco. Pero, por alguna razón, la idea de una vida sin Guillaume aquí me resulta insoportable.

Mi hermana vuelve a la carga con más papeles que debo buscar entre los cajones de su pequeño despacho improvisado al lado de la ventana de su habitación. Amandine salta sobre la mesa y me observa con ojos curiosos mientras rebusco sin descanso entre facturas, cartas sin abrir y bolígrafos sin tinta. Su ronroneo grave no parece que me esté dando ánimos para que encuentre lo que mi hermana está dictándome.

—Mónica, concéntrate —me espeta Aina desde el otro lado del teléfono—. Necesitamos el certificado de residencia aquí en Valldemossa, el justificante del negocio y cualquier papel que acredite su empleo o algo por el estilo. ¿Está todo en un mismo archivador o Guillaume también lo tiene todo hecho un desastre?

—Está… —mi voz tiembla cuando intento abrir el último cajón que está atascado—. Bueno, ya sabes, él es… creativo.

—Un desastre, quieres decir. —Puedo imaginar a mi hermana rodando los ojos.

Resoplo, le doy un tirón fuerte al mueble y tras un chirrido metálico consigo abrirlo de golpe. Un montón de carpetas con sellos franceses me caen sobre las piernas, además de papeles sueltos. Algunas llevan la fecha de hace unos años, otras en cambio parecen más recientes. Me inclino y las recojo una a una, pero el que está más arriba, con una inscripción en letra elegante, me llama la atención.

Es una citación a la notaría.

Pero no a una cualquiera, sino a la nuestra.

El corazón me bombea más rápido y el aire empieza a faltarme. ¿Qué coño es esto?

—¿Mónica? ¿Qué haces? —La voz de Aina suena impaciente.

—Espera —murmuro apenas soy consciente de que aún tengo el teléfono en la mano.

Dejo a un lado el papel y sigo revisando el resto. Hay una denuncia del Conservatorio Nacional de Música de París. Palabras como «conducta inapropiada», «suspensión indefinida» y «audiencia disciplinaria» saltan a mis ojos, pero el caos mental apenas me deja procesarlas.

Encuentro algo más.

Un certificado de matrimonio.

El nombre de Guillaume al lado de Sophie Beaumont.

La fecha… No hace tanto. Apenas cuatro años atrás. ¿Está casado?

No.

No puede ser. Otra vez.

No puedo estar pasando por esto.

El móvil resbala de mi oreja y cae al suelo con un golpe seco. Amandine da un salto asustada y sale disparada de la habitación.

Mi mente va a mil por hora, pero mi cuerpo está paralizado. Guillaume estuvo casado. No es solo el pasado de un joven músico con problemas. Es un hombre con secretos, con una vida que nunca mencionó.

Mi hermana sigue hablando a lo lejos desde el teléfono caído, pero ya no escucho su voz, ni el eco de los pájaros tras el cristal, ni nada.

Pero yo solo puedo quedarme ahí, con esos papeles en las manos, preguntándome cuántas capas más tiene Guillaume que nunca me atreví a descubrir.

La noche más oscura

Guillaume

Para cuando llego a casa junto a Adrián y Aina, siento que me han exprimido hasta la última gota de energía de mi ser. El camino desde la comisaría ha sido un silencio incómodo interrumpido solo por comentarios sin sentido de Adrián que intentaba animarnos y bajar la tensión del momento.

—¿Sabes qué? —suelta de golpe encendiendo las luces del recibidor—. Esto ha sido como esa escena de *Cadena perpetua*, cuando Andy sale del túnel y levanta los brazos bajo la lluvia... pero sin túnel. Ni lluvia. Y más papeleo.

Aina suelta un resoplido y deja las llaves sobre la mesita poniendo los ojos en blanco.

—Si esto te parece *Cadena perpetua*, tú no durarías ni cinco minutos en una cárcel de verdad, *mon ami* —masculla ella quitándose la chaqueta.

—Perdona por intentar ponerle humor a la situación —refunfuña Adrián—. Además, Guillaume solo ha pasado unas horas ahí. No es como si fuese *El expreso de medianoche*.

La broma me arranca una sonrisa cansada, pero mis pensamientos están en otro lado. Todo lo que quiero es hablar con Mónica. Sé que ha venido a entregar los papeles. He escuchado su voz a lo lejos mientras firmaba los últimos documentos, aunque no

la he visto. Y ahora, la casa está envuelta en una calma extraña que me pone los pelos de punta.

—Voy a la cocina —comenta Aina, dirigiéndose hacia allí con paso firme.

—Sí, y yo me encargo de no hacer bromas sobre películas de cárceles, prometido —añade Adrián siguiéndola.

No respondo. Me detengo en el pasillo y fijo la vista en la puerta de la habitación de Mónica. Está cerrada. La madera blanca parece más fría de lo normal. Alzo una mano y doy un par de golpes suaves.

—¿Mónica? —pregunto con un hilillo de voz por si está dormida.

Nada.

Aguardo unos segundos, los suficientes para que el latido en mi pecho se haga más evidente. Vuelvo a llamar, esta vez un poco más fuerte.

—¿Estás ahí?

Silencio.

Mis dedos resbalan sobre el pomo, pero no lo giro. Algo me dice que si cruzo esa puerta, no me va a gustar lo que encuentre al otro lado.

Por eso regreso a la cocina junto a Adrián y Aina y les comunico que Mónica está durmiendo. La casa sigue en esa calma extraña, como si la tormenta hubiese pasado pero la oscuridad se hubiese quedado a vivir en cada rincón. Adrián, con su humor de siempre, intenta quitarle hierro al asunto.

—Ya que no hay drama, ¡hora de hacer el *post* viral de tu estancia en la cárcel! —anuncia con una sonrisilla mientras teclea en su móvil.

Aina resopla, recargada contra la encimera con los brazos cruzados.

—No es para tanto —añade—. Una detención por exceso de volumen y un piano secuestrado. Guillaume, no eres el primer artista incomprendido. Además, esto puede arruinar las redes y la reputación.

Adrián se ríe por lo bajo.

—Ya, pero podría venderlo como un acto de rebeldía musical. La injusticia del sistema contra un pianista apasionado.

Sus palabras me arrancan una media sonrisa. Por dentro, todo es un sinsentido de emociones. Esto debería hablarlo con Mónica. Ella sabría cómo equilibrar lo serio con lo ligero, cómo convertir la situación en una anécdota divertida, sin cruzar la línea. Pero no está aquí. Y aunque su puerta cerrada me dice que duerme, mi corazón sabe que hay algo más.

—En realidad, prefiero subir fotos del reencuentro con Adrián —confieso al final, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros.

Adrián arquea una ceja.

—¡Oh! El drama de la detención —hace un gesto con la mano como si se estuviese clavando una estaca en el pecho— pierde contra la nostalgia de la pandilla. Muy bien, Mozart. Me gusta.

Aina me escudriña con la mirada intentando descifrar qué es lo que me pasa por la cabeza. Aunque sea la hermana de Mónica, empieza a conocerme mejor que yo mismo. Así que niego con la cabeza para tranquilizarla.

—Sería buena idea —asiente—. Refuerzas la parte personal y emocional. La gente empatiza más con las historias reales, ya lo sabes.

Adrián se acerca y me pone una mano en el hombro.

—Venga, hagámoslo. Vamos a ese árbol. Al fin y al cabo, ahí empezó todo.

El árbol. El cementerio de los malos recuerdos. Nuestra tradición. Y en este momento caigo en un tema. Una de las cláusulas de la herencia era cumplir con una tradición y ese árbol lo es. Pero claro, al mismo tiempo estaría incumpliendo la octava, realizarlo con un tercero en lugar de Mónica.

Mi pecho se encoge un poco. Me froto la nuca y asiento sin pensar demasiado.

—Dame un minuto. Cojo el teléfono.

Mientras salgo de la cocina anotando en mi cabeza que eso deberíamos hacer los dos en algún momento y quitar ese punto de la *lista* de comprobación, noto cómo cada paso pesa más de lo

normal. Al pasar frente a la habitación de Mónica, la puerta sigue cerrada. Vacilo, mi mano rozando el pomo, pero al final sigo adelante.

Mañana hablaré con ella. Es más, después de tanto pensar dentro de la celda y nuestra conversación tardía con Adrián, me lanzaré. Le montaré un buen aperitivo y le prepararé una «cita», por así decirlo. Aunque me tiemblen las palabras.

Pesadillas agotadoras

Mónica

Caigo rendida.
Siento como Morfeo me abraza.
Papeles.
Guillaume en el notario.
Un torbellino.
Me ahogo.
Espirales raras.
Una boda.
No soy yo.
Grito.
Silencio.
Ojos que me miran.
Bucle.
Sudor.
Sudo mucho.
Pañuelos.
Risas.
Una flor pentagrafiada.
Lloro.
Agua.
Inundación.
Sueño.

Me agito.
Voces del pasado.
Me hago pequeña.
Lloro.
Amandine le prefiere a él.
Soledad.
Noche.
Duermo.
Todos gritan.
Me gritan.
Corro.
Se ríen.
Señalan.
Deshonra.
Castigo.
Espirales.
Abismo.
Las rosas pinchan.
Sangre.
Culpabilidad.
Duermo.
Ecos.
Un coche en la lejanía.
Grito.
Salgo corriendo.
Mar.
Invierno.
Frío.
Estoy hecha un ovillo.
Inmensidad.
Un piano averiado.
Culpa.
Desgarro.
Rompo.
Martillo.
Suelo inundado.

Escaleras.
Me siento pequeña.
Profundidad.
Desesperación.
Llorar no arregla nada.
Vacío.

Despierto.

Abrir con mentiras nunca está bien

Guillaume

Esta mañana abrí la puerta de su habitación y se había ido. No hay ni rastro de Mónica. Ni sus zapatillas junto a la puerta. Ni su taza de café esperando en la encimera. Solo una nota escrita con su letra rápida y precisa que encuentro sobre su cama cuando he decidido entrar para ver cómo estaba:

> «Ni me llames».

Ni me llames. Cuatro palabras que se sienten como el final de una ópera, desgarradoras. Como si de pronto la distancia entre nuestras habitaciones volviera a ser la del primer día, o peor, la de dos desconocidos.

No entiendo qué ha pasado. Me apoyo en el marco de la puerta con la nota temblándome entre los dedos. Repaso cada conversación, cada gesto, cada pequeño cruce de miradas de los últimos días.

¿Hice algo? ¿Dije algo? ¿Olvidé algo importante?

Camino hasta la cocina sin saber bien qué busco. Reviso mi móvil esperando encontrar alguna otra pista. Nada. Solo la nota. Solo el silencio.

El reloj marca las ocho y media. En poco más de una hora empieza la jornada en la tienda. El olor de su champú aún flota en el aire y en la mesa del salón hay una flor pentagrafiada medio caída del jarrón. La cojo con delicadeza, intentando que no se desarme, y me siento en el sofá con la nota en una mano y la flor en la otra.

¿Qué he hecho?

Marco su número ignorando el papel, necesito saber.

Una vez.

Dos veces.

Tres.

«El buzón de voz de Mónica está lleno».

El contestador me recibe una y otra vez dejándome vacío por dentro. Como si cada pitido me alejara más de ella. Como si no tener su voz al otro lado me hundiera en un mar espeso de incertidumbre.

¿Y si ha pasado algo? ¿Y si ha tenido una crisis? ¿Y si…?

No. No quiero pensar eso. La nota es clara. «Ni me llames». Está enfadada. Pero no sé por qué.

Un par de días después. Mónica se ha ido. Desaparecida. Volatilizada. No ha dado ni una mísera señal de vida desde entonces. Le he mandado un par de mensajes —uno lleno de disculpas, otro intentando razonar con ella, preguntar qué he hecho mal—, pero nada. Silencio. Un vacío tan brutal que me ha hecho dudar si alguna vez, en realidad, llegamos a compartir algo.

Así que, lejos de seguir dejándome arrastrar por la incertidumbre, he tomado una decisión que me parece casi heroica: abrir la tienda. Intentar continuar con esta rutina absurda. Esta floristería que construimos juntos y que ahora me mira desde cada pétalo como un recordatorio constante de su ausencia.

—Vamos, venga... —mascullo con los dientes apretados.

Intento ajustar el envoltorio de un ramo de lirios blancos que una clienta quiere con «detalle minimalista pero elegante». Y me pongo a hacerlo aunque no tengo ni idea de qué significa eso.

La caja de pedidos está a rebosar. No sé cómo ha pasado. Por lo que parece, alguien compartió una de las fotos antiguas de Mónica arreglando un ramo en redes sociales —sí, una de las que publiqué yo para mantener la fachada de que todo seguía normal y de la que empiezo a cansarme— y desde entonces, los pedidos se han multiplicado como conejos en primavera.

Debería alegrarme. Pero no. Estoy desbordado. No sé dónde está el alambre floral. No encuentro las tarjetas para los mensajes. Me corté con las tijeras esta mañana y no me di ni cuenta hasta ver las manchas de sangre en el papel de regalo.

—¿Dónde mierdas está el celofán con lunares? —gruño, revolviendo los cajones con torpeza, tirando rollos de cinta por el suelo.

El timbre de la puerta suena.

—Estamos cerrados —advierto sin mirar.

—Guillaume.

Reconozco la voz. Sofía. Genial. Justo lo que me faltaba.

—Te he dicho que estamos cerrados —repito sin levantar la vista.

Ella ni se inmuta. Cierra la puerta tras de sí y se cruza de brazos. Tiene esa mirada de quien está a punto de explotar y está conteniéndose por pura educación.

—¿Has sabido algo de Mónica?

—No.

—¿Le has escrito?

—Sí.

—¿Ha respondido?

—No.

—¡Pues haz algo más! —explota—. No puedes quedarte aquí jugando a florista mientras ella desaparece del mapa. ¡Lleva más de cuarenta y ocho horas desaparecida, Guillaume! Ni siquiera ha contestado a Aina. Doña Fina dice que la ha visto una vez en el súper, pero que parecía una sombra de sí misma. ¿Y tú estás aquí haciendo ramos?

Sus palabras me golpean como bofetadas, pero me da igual o eso me quiero creer.

—¿Y qué quieres que haga, Sofía? ¡Ya he llamado, escrito, esperado! ¿Y sabes qué? Me ignora. No me quiere ver.

—¡No lo sabes!

—¡Lo sé, joder! —estallo. El ramo en mis manos cae al suelo. Los lirios se desparraman, heridos—. ¡Estoy solo aquí, intentando que esta tienda no se hunda! ¡Esto era de los dos! ¡Y ahora soy yo el que tiene que fingir que todo va bien mientras las clientas me preguntan con vocecita melosa «¿Y Mónica? ¡¿Hoy no está Mónica?!» ¡Estoy harto!

Sofía abre la boca para responder, pero la freno con un gesto torpe y desesperado.

—Y ahora tú vienes aquí con tus reproches como si no hubiera hecho nada. ¡Estoy haciendo todo lo que puedo! ¡Estoy de pie! ¡Estoy respirando! ¡Estoy, maldita sea, atando flores con cinta dorada mientras… todo se va a la mierda! ¿Eso no cuenta?

El silencio que queda es espeso.

Sofía traga saliva. Y por un instante, por uno diminuto, parece que va a entenderlo, que va a calmarse. Pero no. Sus ojos brillan con rabia contenida.

—¿Y tú crees que a Mónica no le está costando? ¿Crees que ha elegido desaparecer porque le divierte? ¡Está rota, Guillaume! Y lo único que necesitaba de ti era paciencia, honestidad... cariño. No que le ocultaras cosas. No que la dejaras sola cuando más lo necesitaba.

—¡Yo no la dejé sola!

—Pues así lo sintió.

—¡Y qué! ¡Yo también tengo derecho a sentirme traicionado! ¡A estar confundido! ¡A no ser perfecto!

Sofía da un paso atrás, como si la hubiera empujado. Me mira. Me mira de verdad. Y entonces dice, con una voz helada:

—Te estás comportando como un ogro. Como un niño enfadado que no sabe qué hacer con sus emociones y las lanza contra todo el mundo. Yo solo quería saber si Mónica estaba bien. Pero ya veo que contigo no voy a encontrar respuestas.

Se gira hacia la puerta.

—Quizás el notario tuviese razón el otro día. Quizás ninguno estaba preparado para esto.

Veo como la amiga de Mónica se queda parada y se vuelve a mirarme de nuevo.

—¿Qué has dicho qué? —me interroga sin entender nada—. ¿Tú has ido a hablar con el notario?

Sus palabras me caen como un jarro de agua fría. Si había mantenido mis visitas en secreto era porque no quería todo este marrón. Pero estoy bien jodido.

—Yo… No es…

—¡Vete a la mierda, Guillaume! —espeta y vuelve a tomar la marcha antes de que pueda explicarme.

—Sofía...

—No. No me sigas. Arréglate. Piensa. Y luego... si algún día quieres volver a ser alguien digno de ella, empieza por no ser un cerdo que crea ilusiones y juega con un as bajo la manga para destrozar la vida de los demás.

Y se va.

El sonido de la puerta cerrándose me deja clavado en el sitio.

Los lirios en el suelo. El papel de regalo manchado. El mostrador lleno de pedidos que no quiero preparar. Y un vacío enorme dentro del pecho que no para de expandirse.

Me dejo caer en la silla, con las manos temblorosas. El llanto no llega. No aún. Solo el silencio. Solo la floristería. Solo yo. Y el eco de mis errores, resonando como una sinfonía descompuesta.

Y entonces, sin pensarlo, cojo el móvil. Abro la conversación con Mónica.

No escribo nada.

Solo dejo los dedos suspendidos sobre la pantalla.

Porque ya no sé qué decir.

Porque ya no sé si las palabras pueden arreglar lo que el orgullo ha roto.

Ignorando a todo el mundo

Mónica

Una semana ha pasado. Una eternidad envuelta en la oscuridad de mis propias paredes, con las persianas bajadas y el corazón más bajo aún. Sofía ha llamado. Sé que lo ha hecho con la mejor de las intenciones, pero no he sido capaz de mirarla a la cara. Ni siquiera he podido fingir estar bien. Grité que necesitaba estar sola y la escuché suspirar al otro lado de la puerta antes de irse. Al menos me dejó tranquila.

Me he convertido en una caricatura de mí misma: una cama deshecha, mi cuerpo cubierto por una camiseta vieja que no huele a rosas que digamos, los rizos hechos un desastre y un ejército de chocolatinas vacías formando trincheras entre las sábanas. No tengo hambre. No tengo sed. No tengo ganas de nada. Ni siquiera me meto en la ducha, porque ¿para qué? Todo lo que sentía limpio por dentro se ha vuelto a manchar.

Doña Fina también ha venido. La he oído hablar en voz baja al otro lado de la puerta, dejando un *tupper* en el suelo. Ayer, cuando supe que se había ido, lo recogí. Caldo casero. Caliente, sabroso, hecho con amor. Solo tomé un par de cucharadas. Luego lo dejé en la mesita de noche, como si con eso bastara para mantenerme con vida.

Los dramas de los 90 suenan sin parar en el portátil. He visto *Felicity* tres veces esta semana. He llorado con *Dawson's Creek*, me

he reído con *Will & Grace* y me he enfadado con Buffy, porque ni siquiera la cazadora consigue apartarme esta sensación de abandono, de traición.

Guillaume ha ganado.

Todos los tíos son iguales.

Me lo repito una y otra vez, como si necesitara que se me quedara grabado en la piel. Como si tuviera que grabarlo con tinta sobre la muñeca para no olvidarlo nunca más. Todos. Los. Tíos. Son. Iguales.

Lo de las llamadas misteriosas fue el principio. Creí que era mi imaginación, que era parte de mi inseguridad o que simplemente él tenía cosas que hacer. Luego lo del notario. No quería parecer paranoica. No quise hacer preguntas. Me callé. Me tragué la duda. Me tragué las punzadas. Y él, mientras tanto, siguió construyendo su mentira con una sonrisa.

Luego los papeles escondidos. Las evasivas. Las conversaciones que se cortaban cuando yo entraba en la habitación. Y entonces esa manera suya de hacerme sentir como si fuera lo mejor que le había pasado en la vida. Como si cada vez que me miraba, su mundo girara solo alrededor de mí.

¡Mentira!

Me ha hecho sentir especial solo para después arrancármelo todo. Para quedárselo, como hacen todos. Como hizo mi ex. Como hicieron los demás. Como hizo cada hombre que dijo quererme.

Aprieto los dientes. Me duele el pecho. Me escuecen los ojos. Pero no pienso llorar. Ya he llorado suficiente. Ya he sangrado por dentro demasiado tiempo como para darle una lágrima más.

El timbre suena otra vez. No me muevo. Puede ser Sofía o doña Fina o quién sabe. Incluso podría ser él. Guillaume. Pero si lo es, no pienso abrirle. No pienso ceder. Me da igual si me deja flores, si me deja partituras dobladas en forma de flor, si me deja notas. No quiero verlo. No puedo.

No me fío. Y no me fío porque lo quise. Porque me estaba empezando a imaginar una vida con él. Porque me estaba permitiendo soñar.

Y ahora esos sueños están rotos, desparramados por el suelo como mis chocolatinas. Como mi dignidad.

Me encojo bajo las sábanas, aunque el calor es insoportable. He dejado de preocuparme por todo. Amandine duerme a mi lado, su cuerpo tibio pegado al mío. Ella no ha entendido nada. Solo sabe que su humana no se mueve mucho y que, cuando lo hace, su respiración es agitada y rara. Me lame los dedos de vez en cuando, buscando consolarme.

—Lo siento, pequeña —le susurro acariciándole la cabeza—. Te prometí que esta vez sería distinto, que ese lugar sería nuestro hogar.

Y lo fue. Durante un tiempo.

Cierro los ojos. Escucho el runrún de una canción triste. Por un instante, me dejo ir. Me dejo flotar entre el dolor, la frustración y el silencio.

Pero no por mucho.

Porque en el fondo de todo este caos, debajo de toda esta rabia, hay algo que duele aún más: la duda. Esa puñetera duda que me susurra que quizá no fue lo que creí. Que tal vez había una razón para sus silencios. Para sus ausencias. Para sus escapadas al notario. Para sus papeles escondidos. Seguro que ya tiene la herencia a su nombre y solo estaba jugando conmigo.

Y esa duda es lo que más odio de todo.

Porque si resulta que me he equivocado, si he construido este drama sobre una suposición errónea, entonces me habré convertido justo en lo que más temo: en alguien incapaz de confiar.

Y eso me parte por dentro. Pero no pienso moverme. No todavía.

Quizá mañana. Quizá..

El paso del paritorio

Guillaume

Desde que Mónica se fue hará ya casi un mes, los días se me han hecho una sucesión gris y monótona de rutinas necesarias y silencios incómodos. Me levanto temprano, me obligo a desayunar, aunque el estómago me pese como una piedra. Bajo a abrir la tienda, reviso los encargos de flores invernales y las composiciones que ella dejó a medio hacer, contesto las dudas de las clientas —que no dejan de preguntar por ella, por su sonrisa, por su gusto con las flores, por el próximo taller que ya no se ha anunciado— y luego, por las tardes, subo a un piso donde todo está igual, pero vacío.

Lo que me mata no es el trabajo, no es la soledad. Es la ignorancia.

No sé qué hice mal. O mejor dicho, sé que hice mal algo, pero no sé cuál de todas mis acciones fue la que rompió la chispa dentro de ella. Fue como si de repente me hubiesen arrancado una parte del alma y me hubiesen dejado solo con el eco de su risa rebotando por las paredes.

He intentado llamar. Dos veces, mil. La primera con el corazón palpitando, deseando que contestara. La segunda, solo para escuchar de nuevo ese maldito contestador automático y su voz grabada, que ahora suena más distante que nunca. Y el resto sin esperanza.

Entre todo ese caos, he llenado las redes sociales del negocio con fotos antiguas, con momentos robados: ella colocando flores en la entrada, ella soplando una vela en su cumpleaños, ella y yo —aún distantes— en la inauguración de los conciertos. Me siento un traidor publicando esas imágenes, como si estuviese mintiendo al mundo al mostrar algo bonito cuando dentro solo hay escombros.

El remordimiento no me deja respirar. Lo peor es que me he dado cuenta de que me importa, de que no solo me importaba como compañera de piso, como socia en este extraño proyecto, como la mujer que me descolocaba con una mirada. Me he vuelto a enamorar de ella. Por eso duele tanto.

Mi cabeza es cruel. A veces me engaña y creo verla entrando por la puerta con sus bolsas de plantas. O bailando mientras limpia. O riéndose con Sofía en la cocina. Me giro de golpe y no hay nadie. Solo el silencio. Solo yo.

No he dejado de ir a su antigua calle. Al principio me mentía. «Voy a dar un paseo», «quiero caminar un poco», «pasaré por su barrio, por casualidad». Pero no hay casualidades cuando los pasos te llevan una y otra vez al mismo sitio. Me he plantado delante de su portal mil veces. He mirado hacia arriba. He sentido la tentación de subir, de tocar, de decirle que…

No sé qué decirle. Solo que me duele. Que me perdone. Que vuelva. Necesito estar con ella.

Hoy, como cada vez, estoy aquí, parado frente a esa puerta verde con los desconchones en la esquina inferior izquierda. Y esta vez, antes de darme la vuelta y huir como las otras, la voz de doña Fina me sorprende.

—*Nene*, ¿vas a quedarte plantado como un farol mucho rato más?

Me giro. Me da un vuelco el corazón. Ella está ahí, con sus gafas enormes y una bolsa de tela con frutas.

—¿Cómo sabe que...?

—Porque esta es la cuarta vez que te veo esta semana, chiquillo. No soy ciega. Anda, sube a casa, que tengo té recién hecho.

Me dejo llevar. No sé por qué. Tal vez porque me tiemblan las piernas o porque necesito hablar con alguien que también la eche de menos.

Su piso huele a canela y a plantas secas. Me ofrece una taza y me siento en una butaca baja mientras ella se acomoda enfrente.

—¿Y bien? ¿Qué te pasa?

Sus palabras son tan directas que me desarman.

—No lo sé, doña Fina. No sé qué hice. Se fue. Me dejó una nota. No he podido hablar con ella desde entonces.

Ella asiente, como si ya lo supiera todo.

—La vi el otro día. Bajaba a la calle. Iba como un fantasma. Pálida, delgada, con el alma hecha trizas. Y no me digas que tú no estás igual, porque te veo.

No puedo evitar bajar la mirada. Me arde la garganta y todas las emociones se me quedan atascadas.

—¿Por qué no subes? —me dice ella, con voz suave—. Sube, Guillaume. Habla con ella.

—Tengo miedo —susurro.

Ella no se burla. No se ríe. Solo asiente, con esa sabiduría serena de quien ha vivido muchas vidas en una sola.

—Eso es el amor, hijo. Miedo. Pero también es coraje. Y si no lo enfrentas, la perderás, y esta vez será para siempre.

No sé qué responder. Solo me quedo allí, con las manos rodeando la taza caliente, temblando por dentro. Pensando en la posibilidad de subir, de tocar a su puerta, de que me mire y me diga que me odia. O peor, que ya no siente nada.

Pero también está esa mínima posibilidad. La que me hace seguir volviendo aquí, día tras día. La que me susurra que quizás, solo quizás, aún no es tarde.

Doña Fina se levanta y me aprieta el hombro antes de ir a la cocina. Me quedo solo, con la taza en las manos y el corazón retumbando en el pecho. Miro hacia la ventana y pienso que, tal vez, hoy sea el día. O quizás necesite uno más. Pero cada día estoy más cerca de subir esas escaleras. Porque Mónica es mi caos y mi calma, y no quiero rendirme. No aún. Pero también sé que todavía es demasiado pronto.

Encuentros no deseados

Mónica

He decidido que va siendo hora de ir a hacer la compra como Dios manda.

No un caldo improvisado de tetrabrik, no un paquete de galletas que dura cuatro días ni chocolatinas escondidas entre las sábanas. Me he levantado temprano, he abierto la ventana para ventilar la habitación —aunque ese gesto haya hecho volar varias servilletas sucias del suelo— y he respirado hondo. Hoy toca empezar de nuevo. Aunque sea con pasos torpes y sin ganas.

Me meto bajo el agua caliente de la ducha con una sensación de desazón nada propia de mí. El jabón me resbala por los brazos y me deja líneas de espuma sobre la piel. Me miro al espejo empañado cuando salgo y apenas me reconozco. Ojeras profundas, mejillas hundidas, pelo desordenado. Pero al menos ahora huelo a limpio. Al menos eso.

Una sudadera vieja, unos tejanos raídos, zapatillas de batalla. Me recojo el pelo en una coleta floja y bajo al supermercado. El aire de la calle me golpea como una bofetada. Huele a primavera húmeda, a asfalto tibio, a flores de azahar perdidas entre las aceras. Y por un segundo —uno muy corto— me permito imaginar que no ha pasado nada. Que todo está bien. Que hoy será un día más.

Entro al súper y el zumbido constante de los fluorescentes me da una extraña sensación de paz. Carros arrastrándose, murmullos de

gente que discute sobre qué pasta meter en el carrito, el pitido de la caja... Me refugio entre las estanterías intentando que nadie me pare y me pregunte.

Primero la fruta —solo cogeré lo justo, que no quiero que se pudra otra vez—, después el pan, las bebidas… Entonces me entretengo más de la cuenta en el pasillo de las conservas.

Estoy tan concentrada comparando precios entre un bote de garbanzos ecológicos y uno en oferta que al principio no le doy importancia. Pero entonces…

Una risa. Masculina. Familiar.

Congelo la mano en el aire.

No puede ser.

Doy un par de pasos. El corazón me empieza a latir con fuerza. Doblo la esquina del pasillo de los encurtidos y lo veo.

Guillaume.

Está justo al final de la estantería de los encurtidos, aunque no me ha visto. Sonríe. Esa sonrisa que conozco tan bien, la que a veces parecía iluminar toda la tienda cuando le salía sin querer.

Pero lo que me paraliza no es él.

Es la mujer que hay tras él.

Solo veo que lleva un abrigo largo y lo más devastador: le coge del brazo. Se lo aprieta. Él no se resiste. Es más, se ríe. Le dice algo que no escucho y ella responde con una carcajada. Después, sin ninguna vergüenza, lo abraza. Pero al ser más baja que él no logro verle el rostro.

El aire se me va de los pulmones.

El mundo se estrecha a mi alrededor como si estuviese cayendo por una espiral. Miro sus brazos entrelazados, cómo caminan hacia la zona de bebidas, como si fueran una pareja cualquiera haciendo la compra. Normal. Cómodos.

La escena me golpea con fuerza.

¿Será ella?

¿La mujer con la que está casado? ¿La del secreto?

¿La que ha estado siempre y yo solo era el entretenimiento de paso?

Las lágrimas me arden en los ojos. No me caen todavía, pero amenazan con hacerlo, con romperme ahí mismo en mitad del supermercado, entre latas de mejillones y botellas de agua con gas. Me agarro al carro con fuerza, como si fuese un ancla.

Mi primer impulso es salir corriendo. El segundo, más impulsivo aún, es acercarme, plantarme delante de él y soltarle una barbaridad.

«¿Eso era lo que escondías? ¿Todo lo que me hacías sentir era una mentira? ¡Eres otro cerdo!».

Podría hacerlo.

Podría gritarle delante de todos.

Podría empujarle esa lata de garbanzos ecológicos en el pecho y echar a correr.

Pero no lo hago. Me quedo allí, medio escondida entre una pila de ofertas de arroz, tragándome la dignidad cucharada a cucharada.

Hasta que escucho algo.

—Entonces, ¿el sábado a las ocho? Me hace mucha ilusión.

Y él responde:

—Claro, por supuesto.

Siento una punzada en el pecho. Como si alguien hubiese tirado de un hilo muy fino y me lo arrancara desde dentro. Como si una verdad confirmada me partiese en dos.

No me quedo a ver más.

Salgo del supermercado sin comprar nada. El aire fresco me golpea otra vez, pero esta vez no me calma. No me salva. Camino rápido por la acera, sin rumbo. Me pierdo entre calles que conozco pero que ahora parecen hostiles. Cada paso resuena en mis sienes.

Me estoy rompiendo. No por lo que ha hecho —o por lo que creo que ha hecho—, sino porque me duele admitir que me importa. Me duele saber que me había empezado a construir un pequeño rincón dentro de mi corazón para él. Que aunque me alejé, aunque lo ignoré, aunque me encerré en mi mundo, no lo saqué del todo de mi cabeza.

Y de repente me doy cuenta.

No solo me alejé de él.

Me alejé de todo.

De Sofía. Mi mejor amiga. Que ha estado llamando, dejando mensajes, intentando entrar en mi cueva oscura sin éxito.

De doña Fina. Que me dejó un *táper* con caldo y yo apenas le di las gracias.

De la Mónica que era capaz de reírse con la música de la radio mientras barría el suelo. La que organizaba talleres con ilusión. La que discutía con Guillaume por una tontería y luego se reía sola en la cocina.

Me he apagado.

Y él... Él parece haber seguido adelante.

Me siento en un banco de piedra en la plaza vacía, me cubro la cara con las manos y, esta vez sí, dejo que las lágrimas salgan.

No puedo más con este nudo en el pecho. Necesito hablar con alguien. Necesito recuperar algo de lo que he perdido, aunque sea una pequeña parte.

Tanteo el móvil en el bolsillo. Lo enciendo.

Las notificaciones me abruman, pero solo busco una cosa.

Un nombre.

Sofía.

Marco su número.

En lugar de escuchar su voz, solo me responde el rugido metálico del contestador. Y me hundo más. Porque en el fondo estoy sola.

Melancolía

Guillaume

Desde que Mónica se fue, volví a aporrear las teclas del piano.

No hay mejor forma de decirlo. No toco. No interpreto. No compongo con arte. Golpeo. Maltrato. Descargo sobre las teclas toda esta mierda que se me acumula dentro como una tormenta que no acaba de estallar.

Las primeras noches fueron las peores. Me sentaba con el *whisky* en la mano, todavía vestido, sin siquiera encender las luces. Solo la silueta negra del piano brillando contra la ventana como un animal dormido. Me obligaba a sentarme. A enfrentarme a ello. A dejar que hablara por mí.

Y lo hizo.

Lo sigue haciendo.

En más de mes y medio, he compuesto la sinfonía más amarga, hermosa y desquiciada que he parido nunca. Una armonía en cuatro movimientos. Cada parte, una etapa. El desconcierto de su marcha, la rabia de no entender por qué. La tristeza de sus ausencias por la casa. La ternura de los recuerdos. El vértigo de haberme enamorado de ella cuando ya era demasiado tarde.

Lo toco cada día. A veces más de una vez. A veces en plena madrugada, cuando todo el pueblo duerme. Suerte que insonoricé la habitación en cuanto salí del calabozo. No la he grabado. No la he escrito en partitura. No quiero que exista más allá de este piano.

Es... mía. Es de Mónica. Es este desastre silencioso que me consume.

Por eso cuando alguien me interrumpe, gruño como un animal herido.

—¡Guillaume!

La puerta de casa se abre de golpe. Sofía. Claro. Habíamos quedado.

—¿Dónde estás? —me llama desde la entrada, mientras se sacude la chaqueta con energía.

Yo no respondo. Estoy en la trastienda, con las manos aún sobre el piano, la espalda tensa y los ojos cerrados.

—¿Guille? —Entra por fin y se detiene al ver mi expresión cruzándose de brazos—. ¿Has dormido algo?

Niego. No tengo fuerzas ni para mentirle.

—¿Sigues con la sinfonía esa?

—No es «la sinfonía esa» —mascullo sin apartar la vista del teclado—. Es lo único que mantiene mi cabeza en su sitio.

Sofía se acerca y se sienta a mi lado, en el borde de la banqueta. Me estudia un momento, ladeando la cabeza.

—¿Puedo escucharla?

—No.

—Guillaume...

—Es demasiado personal.

—¿Demasiado personal para mí? ¿Para la persona que lleva más de un mes haciéndote de terapeuta, soporte emocional y niñera de gatos?

Suspira y se deja caer más cómodamente.

—¿Vas a contarme qué demonios pasó entre vosotros o solo vas a seguir componiendo como si fueras Chopin con resaca?

A pesar de todo, suelta una risita, y eso consigue arrancarme una sonrisa torcida.

—No lo sé. No sé qué pasó. No sé qué hice mal. Me dejó una nota que decía «ni me llames» y desapareció. No contesta al móvil. No abre la puerta. Doña Fina dice que parece un fantasma.

—¿Y no has intentado hablar con ella?

—Cada día. —Me paso las manos por la cara—. Cada vez que llego a su portal, me paralizo. Me imagino el rechazo. Me imagino que abre la puerta y me mira con esa frialdad. No podría soportarlo.

Sofía me da un golpecito en el brazo.

—¿Sabes qué creo? Que tanto tú como ella estáis igual de rotos y asustados. Pero a diferencia de ti, ella ha decidido esconderse. Tú al menos has hecho algo maravilloso con ese dolor.

Miro el piano. La sinfonía. Mi confesión escondida en cada nota. Es cierto. Esto es lo único que tengo ahora que habla de ella sin que me destruya.

—¿Quieres saber lo que significa?

—Claro.

—La primera parte es confusión. Todo empieza con un tema suave, casi ingenuo. Como si todavía creyera que era posible explicarlo todo con palabras. Después el tema se quiebra, entra un ritmo que imita sus pasos por la casa, pero se alejan, se apagan. Y entra la rabia. Es el segundo movimiento. Más disonante. Las notas se pisan, se gritan unas a otras. Como yo con el espejo cada mañana. Como los porqués sin respuesta.

Sofía se queda en silencio, sus ojos se han suavizado.

—La tercera parte —trago saliva— es el recuerdo. Casi toda en *pianissimo*. Melodías que aparecen como ecos. Como si ella estuviera aún aquí. A veces me sorprendo viéndola entrar en la cocina. Escuchando su voz en la habitación de al lado.

—¿Y la última parte?

—Es la que aún no sé cómo terminar. —Me miro los dedos. Están rígidos de tanto tocar—. No sé si este dolor se resuelve en esperanza o si termina de romperme.

Antes de que pueda responder, mi teléfono suena. Miro la pantalla.

Aina.

—¿Quién es? —pregunta Sofía al ver mi cara.

—La hermana de Mónica.

—Cógelo —murmura mientras le doy al botón verde y lo llevo a mi oreja.

—¿Sí?

—Guillaume, hola. Perdona que te moleste a estas horas —la voz de Aina suena tensa, directa—. Llevo una semana sin saber nada de Mónica. No me responde los mensajes, no devuelve las llamadas. Me estoy empezando a poner de los nervios. ¿Sabes algo? ¿Le ha pasado algo?

Cierro los ojos. Sofía me observa en silencio.

—Aina, está aquí. Bueno, estaba. Se fue hace más de un mes, casi dos para ser exactos. Yo tampoco sé nada desde entonces. He intentado contactarla pero...

—¿«Se fue»? ¿Cómo que se fue?

—Tuvo un... una crisis. El fin de semana que salió con Sofía, a la vuelta pasó lo del calabozo y se fue. Me dejó una nota.

Al otro lado del teléfono, Aina suspira con rabia.

—Joder. ¿Nadie ha hecho nada? ¿No la has buscado?

—He ido a su antiguo piso mil veces. Doña Fina me ha dicho que la ha visto, que está ahí. No abre la puerta. Estoy preocupado. Más de lo que puedas imaginar.

Hay un silencio largo.

—Voy a coger el primer coche de línea de mañana. No puedo quedarme de brazos cruzados.

—Hazlo. Quizá contigo...

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?

No sé qué responder. Me miro las manos. El piano. Las teclas negras y blancas manchadas de mi desesperación.

—Voy a hacer lo que pueda.

—Haz más. No desaparezcas como la última vez —concluye Aina con un deje de dolor antes de colgar.

Sofía me mira.

—¿Qué vas a hacer?

Trago saliva. Respiro hondo.

—Voy a terminar la sinfonía.

—¿Y después?

—Después voy a tocarla para ella. Aunque no me escuche. Aunque no esté. Voy a tocarla en la tienda, con las puertas abiertas, y si le llega el eco aunque sea por una rendija, quizá... quizá

recuerde que todavía hay algo entre nosotros que no se ha roto del todo.

—Eres un romántico.

—O quizás solo reúna el valor para llamar a su puerta.

—Eso me parece bien. —Hace una pausa pasando una mano por mi espalda—. Yo voy a preparar la cena mientras, ¿te parece?

Asiento mientras me deja solo de nuevo. Y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, me siento frente al piano y empiezo a escribir las últimas notas.

Manteniendo la cordura a veces

Mónica

Dos meses. Eso es lo que llevo de incumplimiento del contrato de la herencia. Dos meses enteros sin pisar la finca. Sin oler las flores recién cortadas. Sin escuchar las notas del piano de Guillaume colándose por las rendijas del suelo. Dos meses en los que lo he perdido todo.

Y no estoy enferma. Lo que estoy es harta. Harta de que Guillaume me engañe, me oculte cosas y, al final, se salga con la suya. Eso es lo que me pasa. Que estoy hasta los cojones de que siempre tenga que salir ganando él en todo. Pero esta vez las cosas son distintas a hace quince años, esta vez he sido yo la que ha tomado la decisión.

Me he quedado en mi antiguo piso. Como lo dejé para que se viniese Aina a hacer de niñera, todavía conserva los muebles y todo lo necesario. Pero se ha quedado en este limbo extraño entre lo que era y lo que iba a ser. Sé que esconderme aquí no va a devolverme a mi antigua y calmada vida, como tampoco va a solucionar todos los problemas que tengo ahora. Ahora necesito cerrar los ojos y dejar de existir por una temporada.

Llevo un mes mintiendo a Aina, diciéndole que estoy replanteándome las cosas, que quizás tiene razón y que debería

hablar con un abogado para reclamar el total de la herencia por lo del arresto, como también le digo que sigo en la finca con Guillaume. Aunque por dentro siento que cada vez que lo menciono, una parte de mí se encoge, como si le estuviera traicionando. Me jode tener este doble pensamiento con él, que no se merece nada.

Llevo un mes escondiéndome de Sofía, que no deja de mandarme mensajes de audio, unos furiosos, otros rogándome que la llame.

—Mónica, por favor, ¿qué coño te pasa? Dime algo, lo que sea. Me tienes preocupada, tía. No puedes desaparecer así —berrea en uno, y noto su voz rota entre la desesperación y la rabia.

Otro, más suave, con el sonido de un vaso chocando contra una mesa de fondo:

—Nena, de verdad, te echo de menos. Llámame. Solo quiero saber que estás bien.

Y el último, el que más me duele.

—Si no quieres hablar de él, no lo hagas. Solo quiero saber que sigues ahí.

Me trago las lágrimas y dejo el móvil boca abajo. No puedo escuchar nada más. No quiero. Todo me recuerda a él, a sus mentiras, a sus traiciones. Estoy harta.

También llevo un mes ignorando a doña Fina, que ha venido tres veces a mi puerta, la primera con la excusa de traerme un poco de caldo casero, la segunda diciendo que había visto una luz rara encendida en la finca y me daba una alarma comprada en el chino.

—Por si era algún ladrón, niña, que nunca se sabe.

La tercera y última vez, llamándome egoísta en toda la cara.

—No sé qué demonios le habrás hecho al pobre muchacho, pero está hecho un trapo —me espeta con los brazos cruzados y esa mirada suya que parece capaz de taladrar paredes—.Tú aquí, encerrada, como si con eso se arreglara algo.

—Doña Fina, por favor, no es asunto suyo —le respondo intentando sonar firme aunque mi voz tiembla un poco.

—¿Ah, no? Pues que sepas que a los ojos de todo el pueblo sí que lo es. ¡Están diciendo que lo has abandonado porque ha estado en la cárcel! —suelta, y noto un pinchazo en el pecho—. ¿Sabes lo peor? Que él no dice ni pío. Ni una mala palabra sobre ti. Solo baja la

cabeza y sigue tocando ese condenado piano como si le fuera la vida en ello y salvándote el negocio de las plantas. Egoísta, más que egoísta.

La puerta se cierra antes de que pueda responder. Me quedo ahí, con la espalda apoyada en la madera, resbalándome hasta el suelo.

Un mes. Y cada día se siente más pesado que el anterior.

Diciembre y sus planes navideños

Guillaume

Para cuando llega diciembre, ya sé formar ramos a la perfección y he organizado un nuevo concierto para Navidad, ya que el de octubre —a pesar de que Mónica no estuvo—, fue todo un éxito.

Las flores de invierno tienen un encanto discreto, menos ostentoso que las de primavera, pero igual de precioso. Las coronas de acebo, los ramos de abeto y las poinsettias rojas llenan la tienda de ese aroma fresco y leñoso que me recuerda a las navidades de mi infancia.

No sé nada de Mónica. Ni una llamada ni un mensaje. Y cuando me la he encontrado por la calle, se ha dado media vuelta dándome a entender que no quiere saber nada de mí. El vacío que deja su ausencia es como una herida mal cerrada, una punzada que aparece en los momentos más tontos: cuando preparo dos cafés por inercia, cuando pongo nuestra serie y dejo la manta a su lado del sofá, por si acaso. A veces, incluso subo una foto a la cuenta conjunta que intento mantener viva para que Aina no se entere del incumplimiento y se cargue la parte de herencia que le toca a Mónica. Además, para mí es una manera de seguir estando ahí, de no perderla del todo y con la ilusión de ver algún día que ha dado un

«me gusta» o ha visto alguna historia. Es patético, lo sé, pero no pierdo la esperanza.

Hoy toca abrir la tienda y empezar a vender los abetos para que la gente pueda montar su árbol de Navidad. No tengo ni idea de si esto es algo que Mónica habría hecho o si, por el contrario, estoy arruinando todo el concepto de la floristería que ella soñó. Pero siento que debo hacerlo por el bien del pueblo, porque la tienda tiene que seguir respirando aunque uno de sus pulmones esté fuera de combate.

La mañana empieza fría, con una brisa que corta las mejillas, y mientras coloco los abetos en la entrada, doña Fina aparece con su bufanda de lana y su boina verde. Me mira por encima de las gafas con esa mezcla de compasión y severidad que solo ella sabe manejar.

—Ya era hora de que pusieras un poco de espíritu navideño, muchacho —comenta dando un golpecito a un abeto con su bastón —. Pero estos pobres están más torcidos que mi espalda.

Hace un par de semanas fue al médico de cabecera porque se encontraba insegura, claro que a sus casi setenta y nueve años quién no. Le recetaron el bastón antes de que se fracture la cadera.

—¿Dónde está Mónica? Ella sí sabría cómo alinearlos.

Aguanto el golpe como puedo y sonrío, aunque siento que mi estómago se encoge.

—Está… ocupada —respondo poniéndome a erguir los árboles y evitando sus ojos.

—¿Ocupada? —repite con ese tono que deja claro que no se lo traga—. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero más os vale arreglarlo. Las flores no crecen bien con corazones marchitos.

Su comentario me deja sin palabras. Solo atino a asentir con la cabeza mientras ella se pierde calle abajo.

—¿Usted no ha hablado con ella estos últimos días? —le pregunto siendo cauteloso de no mostrarme demasiado efusivo con mi preocupación y mi delirio personal.

—¡Ai, *cariñet*! Nuestra chica es más cabezona que una *colla de capgrossos*. —Resoplo una sonrisa al recordar cuánta razón tiene—.

Pero ten en cuenta que esta herencia debéis lucharla los dos o si no…

Sus palabras me caen como un jarro de agua fría, pero es cierto, no podemos seguir así.

—No irá a los juzgados a denunciarnos, ¿no? Ya tuve suficiente con ese día en el calabozo.

El cual, por cierto, me llevó a tener que acondicionar la trastienda con material que redujese la acústica para poder seguir con mi piano.

—Soy demasiado vieja para saber lo que tengo que hacer, pero tú demasiado idiota.

Y ahí debo darle la razón, pero tengo miedo. Claro que he intentado acercarme a Mónica, la he llamado —aunque ahora hace días que no lo hago—, le he dejado mensajes, incluso me he intentado pasar por su casa unas cuantas veces… Pero cada vez que hago un movimiento para acercarme, o ella me da la espalda o mi ansiedad hace que dé un paso atrás.

—Ten cuidado, hijo. Valldemossa es demasiado pequeño y nos gusta demasiado el chisme.

En cuanto doña Fina se va, y mientras preparo una corona de acebo para una clienta, Adrián me manda un mensaje.

«¿Has pensado en lo que te dije? Lo del concierto solidario en honor a Jordi. Podría ser una forma de cerrar ciclos. Dime alguna cosa».

Me quedo mirando el móvil, dándole vueltas a la idea. Un concierto solidario. Una oportunidad para hacer algo grande, para que la música vuelva a tener sentido. Para demostrarme que todavía puedo hacerlo bien, aunque ahora mismo sienta que todo a mi alrededor se ha desmoronado.

Debería contárselo a Mónica, decirle todo lo que estoy haciendo y no puedo dejar pasar más tiempo del necesario.

Unas noches más tarde, estoy sentado en el sofá comiéndome unos fideos chinos que he pedido a domicilio. La mesilla de centro está repleta de notas adhesivas con todo lo que creo que debo decirle a Mónica. También tengo el portátil abierto en videollamada con Adrián y Sofía, que observan el caos de papelitos con una mezcla de diversión y escepticismo.

—Vale, tío, explícame esto otra vez —recapitula Adrián ajustando la cámara—. ¿Por qué hay una nota que solo dice «Lo siento por lo que sea que haya hecho»?

Sofía se ríe al otro lado de la pantalla y asiente.

—Sí, ¿eso qué significa? ¿No tienes ni idea de qué hiciste mal?

Suspiro y revuelvo los fideos con los palillos.

—Exacto. No lo sé. No sé qué hice para que me evitara durante todo este tiempo. No sé si ha sido por el arresto, porque conoció a alguien ese fin de semana, porque se cansó de mis desayunos fallidos… Así que mejor cubro todas las bases, ¿no?

—Qué desastre, de verdad —murmura Sofía mientras se estira en su sofá con una manta sobre las piernas—. A ver, repasemos las otras. Esta de «Propuesta amistosa de tregua y cena» me gusta. No es demasiado insistente.

—Sí —coincide Adrián—. Pero la de «Tenemos que hablar sobre la continuidad de su floristería» suena un poco a «tu negocio se va a pique y no sé cómo cubrirte las espaldas ni para qué lo estoy haciendo».

Ruedo los ojos y aparto los restos de la cena.

—No quiero que crea que intento imponerme, pero tenemos que hablar sobre el negocio. No puedo seguir fingiendo que todo va sobre ruedas.

—O que no la echas de menos —interviene Sofía con tono pícaro.

—Eso no hace falta decirlo —respondo con una sonrisa cansada—. Lo peor es que cuando me la encuentro, huye. No me deja ni acercarme.

Adrián resopla.

—Por eso tienes que ir a verla en persona. Las notas están bien, pero si te da con la puerta en las narices, no van a servir de nada.

Asiento con un movimiento exagerado de cabeza mientras la ansiedad crece en mi pecho.

—Mañana voy. Sea como sea.

—Entonces tienes que preparar bien el discurso —sentencia Sofía, con tono de *coach* motivacional—. Nada de divagar. Ve al grano, sé sincero y, sobre todo, no la presiones.

—¿Tienes algo planeado para Navidad? —pregunta Adrián—. Quizás si le cuentas lo del concierto, se anime.

—Lo pensé, pero no quiero que crea que la estoy manipulando para que venga. Si viene, quiero que sea porque quiere, no por compromiso. —Me froto la frente desesperado por ver toda la montaña de cosas que debía decirle y que no he hecho por ser un maldito cobarde—. Además, no tiene ni idea de la muerte de Jordi y siento que ya ha pasado demasiado tiempo.

Sofía suspira con un aire soñador.

—Mira que eres adorable cuando te pones así. Guillaume, el romántico incomprendido.

Adrián suelta una carcajada.

—A ver si esta vez no acabas en la cárcel por intentar hacer lo correcto.

Pongo los ojos en blanco, aunque no puedo evitar reírme.

—Esa es la meta. Hablar con Mónica sin acabar arrestado..

Nos despedimos entre bromas y la promesa de actualizarlos mañana por la noche sobre cómo va todo.

Cuando cierro el portátil, miro la mesa llena de notas y suelto un suspiro largo. Mañana puede salir bien o fatal, pero al menos lo voy a intentar. Recojo los papeles y escojo solo los que en realidad quiero decirle. No hay garantía de que Mónica me escuche, pero al menos sabrá que sigo aquí, dispuesto a hablar.

Mi hermana se presenta sin avisar

Mónica

Me despierto de golpe en el sofá, con el cuello entumecido y la boca pastosa. Ayer me debí de quedar dormida a las tantas mientras veía un capítulo de ese programa sobre cosas paranormales. He pasado una noche de perros, sé que he tenido un montón de pesadillas y que me despertaba pero al poco volvía a quedarme dormida dejándome con un mal sabor de boca. Escucho cómo alguien está aporreando la puerta con insistencia para que a los dos segundos los gritos de mi hermana y los niños retumben al otro lado como si fueran a derribarla.

—¡Mónica, abre de una vez! ¡Sabemos que estás ahí!

Parpadeo aturdida y me paso la mano por la maraña de pelos enredados. Me cuesta recordar en qué día estoy, en qué momento de la vida me encuentro. Pero el batiburrillo de voces al otro lado de la puerta me empuja a levantarme de mala gana y abrir sin pensarlo demasiado.

Aina entra hecha un basilisco sin darme tiempo ni a reaccionar. Va escupiendo palabras atropelladas y gesticulando con las manos mientras los niños se cuelan tras ella y se esparcen por la sala sin pudor.

—¡Pero bueno, Mónica! ¡Eres la persona más irresponsable que conozco!

—Pero ¿qué...? —mascullo tratando de entender de qué va todo esto.

Al cerrar la puerta, me fijo en el reflejo que da mi imagen contra el espejo de la entrada y reconozco que doy asco. Unas enormes sombras oscuras se dibujan bajo mis ojos, el cabello parece un nido de pájaros y el pijama está enredado alrededor de mi cuello. Estoy segura de que si levanto el brazo hasta huelo a choto, pero por un instante recobro la cordura y no lo hago.

—He hablado con Guillaume —me suelta, y la sangre se me hiela en las venas—. Me ha dicho que estás aquí porque viniste a buscar unas cosas que te habías dejado.

Me quedo estática, siento como si un cubo de agua fría me hubiese caído encima.

—¿Qué? —es lo único que consigo decir mientras me acerco al sofá.

—¿Se puede saber a qué huele aquí? Esto hay que ventilarlo, ¿eh? —se queja Aina mientras abre la ventana antes de proseguir y se cruza de brazos—¡No me habías dicho nada de que habías estado enferma, Mónica! ¡Y resulta que has estado con gripe y por eso no subías contenido! ¡Todo este tiempo lo ha estado haciendo él!

Me quedo boquiabierta. No solo no le ha contado a mi hermana que me he ido de casa e incumplido el trato de la herencia, sino que encima Guillaume ha cubierto mi ausencia con una mentira que ni yo misma sabía.

—¡Es que ni para avisarme, ¿eh?! —Aina sigue despotricando—. ¡Menos mal que he hablado con él! Si no, seguirías aquí aislada, sin que nadie supiera nada de ti. ¡Por Dios, Mónica!

—No es tan grave, Aina —empiezo a decir, pero ella me interrumpe con un ademán de la mano.

—Da igual. ¡Los niños y yo nos quedamos aquí la semana del puente! Y para Navidad también venimos. Sin Lluc.

Me froto la cara con ambas manos, sin poder creerme lo que estoy escuchando. Estoy demasiado cansada para procesarlo todo. Pero lo que más retumba en mi cabeza es la mentira de Guillaume,

su extraña protección hacia mí cuando habría tenido todas las razones del mundo para delatarme y quedarse con la finca.

¿Por qué lo ha hecho?

Me dejo caer en el sofá, sintiendo que mi mundo se desmorona aún más y sin saber qué hacer con la información que acaba de aterrizar sobre mis hombros.

En ese instante, cuando mi hermana carraspea, caigo en que han venido los cuatro solos y en la aclaración de su última frase. Frunzo el ceño y la miro con confusión.

—¿Y Lluc? —pregunto, esperando que me diga que vendrá en unos días o que ha decidido quedarse en casa.

Aina se remueve en el asiento y al principio intenta decirme que está de viaje por negocios, pero su voz suena tensa, falsa. Algo no encaja. Antes de que pueda soltar otra mentira, le levanto una mano.

—Espera un segundo.

Me levanto sin esperar respuesta y llamo a los tres monstruitos que tiene por hijos. Aparecen correteando desde mi habitación. Les dedico mi mejor sonrisa y les paso un brazo por encima de los hombros.

—Vamos a hacer un trato —les digo en voz baja, inclinándome hacia ellos—. Vais a bajar a casa de doña Fina y le vais a contar qué tal os ha ido el inicio de curso. Le encanta escuchar cuentos de valientes caballeros y príncipes traviesos que van a primaria. Luego, cuando terminemos, os contaré un secreto superimportante.

Los tres intercambian miradas cómplices y asienten al unísono antes de salir disparados escaleras abajo. Sus risas se pierden por el pasillo y cierro la puerta con un suspiro, aliviada por haber conseguido un poco de privacidad.

Cuando regreso al salón, Aina está mirando por la ventana con una taza de café entre las manos, sin beber. Ni siquiera sé cuándo se la ha hecho ni si es la que dejé hace un par de días sobre la mesa desordenada del comedor. Se la quito con suavidad y la empujo para que se siente en el sofá. Luego me acomodo a su lado, dejando que el silencio se instale entre nosotras por un momento. Su mirada no

es la misma de siempre, hay un brillo extraño en ella. Se la ve agotada, como si no hubiera dormido en días.

—Dime la verdad.

Ella aprieta los labios, pero al final deja escapar un largo suspiro y hunde la cara entre las manos.

—Mi vida perfecta se ha ido a la mierda —susurra con la voz temblorosa.

Espero sin interrumpirla. Aina nunca ha sido de las que muestran su vulnerabilidad con tanta facilidad, y si está aquí, es porque ha tocado fondo.

—Lluc tenía varias amantes —confiesa al fin con la voz rota mientras sorbe la nariz—. Desde hacía un tiempo. Me lo contó una de ellas, porque, según él, yo tenía derecho a saberlo.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda, pero no digo nada y la dejo continuar.

—Y por si eso no fuera suficiente, lo despidieron hace meses. Pero no me lo dijo, claro. En vez de eso, se lo ha pulido todo en el juego. Todo, Mónica. Nuestros ahorros, el dinero de los niños, incluso el fondo de emergencia.

Aina deja escapar una risa amarga y se pasa las manos por la cara. Está temblando y yo solo puedo mirar con los ojos muy abiertos, tratando de procesar todo lo que acaba de soltarme de golpe. Y aunque ella es la mayor de las dos, por un instante parece que empequeñece a mi lado.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —pregunto en voz baja.

—Porque soy una idiota —responde con un suspiro tembloroso—. Porque durante un tiempo intenté convencerme de que podíamos arreglarlo, de que si hacía terapia o si hablábamos las cosas, podría cambiar.

Suelto un bufido, pero me contengo. No quiero que se cierre en banda ahora que está abriéndose conmigo. Las dos sabemos de sobra que esa situación no se puede arreglar de un día para otro. Cuando alguien toca fondo y lo hace de verdad, salir de ese pozo es la tarea más complicada del mundo.

—Hace un par de semanas llegó borracho a casa —continúa en voz baja—. Los niños lo vieron. Me puse furiosa, le grité que se fuera

y lo denuncié. Tenía miedo.

El aire se me queda atrapado en los pulmones. No puedo ni imaginarme lo difícil que habrá sido para ella toda esta situación y lo que más me jode es que por mantener ese rictus de mujer perfecta y que nadie se entere de sus mierdas, me haya apartado de su vida. Claro que yo he hecho un poco lo mismo al no contarle lo de Guillaume, pero eso es otro cantar.

—He pedido el divorcio —confirma con la mirada fija en la nada—. Necesitaba irme de allí. Necesitaba pensar, tomar espacio, alejar a los niños de toda esta mierda.

Asiento despacio, intentando digerir la información. Nunca imaginé que la vida de Aina pudiera desmoronarse de esta manera. Siempre la he visto como la fuerte, la que tiene todo bajo control. Verla así, rota y perdida, me parte el alma.

—Vamos a salir de esta —le digo al fin tomándole la mano con fuerza.

Ella me mira con los ojos vidriosos y me aprieta los dedos.

—Gracias, Moni.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que mi hermana me necesita.

—Tengo una idea. —La miro con picardía.

Cogiendo fuerzas para la realidad

Guillaume

El aire de la mañana lleno del salitre del Mediterráneo me llena de serenidad, y más porque viene cargado con la promesa de un nuevo comienzo.

Sentado bajo el árbol del cementerio de los malos recuerdos, repaso de memoria todas y cada una de las cosas que llevo días planeando. Miro el horizonte, dejando que el sol de primera hora me bañe el rostro mientras intento reunir el valor suficiente para hacer lo que debo hacer: ir a casa de Mónica y hablar con ella. No quiero seguir huyendo ni permitiendo que el orgullo o los malentendidos sigan creciendo entre nosotros.

A mi lado, Sofía se abraza las rodillas, observándome con esa expresión mezcla de ternura y determinación que tanto la define.

—Te estás comiendo demasiado la cabeza —me comenta dándome un leve empujón con el hombro—. Si sigues esperando el momento perfecto, nunca llegará. Solo ve y habla con ella. No es tan difícil.

Suelto un suspiro pasándome las manos por el cabello y ajustando la coleta más fuerte.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿y si no quiere escucharme? ¿Y si ya ha decidido que no hay nada que salvar?

Sofía me mira con paciencia y me coloca una mano en el brazo.

—Entonces al menos sabrás que hiciste todo lo posible. Dudo mucho que no quiera escucharte. Has estado protegiéndola todo este tiempo, incluso cuando podrías haber usado su incumplimiento del contrato en tu favor. Eso significa algo, aunque ella ahora esté dolida.

Me quedo en silencio unos segundos. Lo que dice tiene sentido, pero el miedo me sigue oprimiendo el pecho. Sin embargo, no puedo dejar que me paralice por mucho más tiempo.

Me pongo de pie y me sacudo el polvo de los pantalones.

—Vamos. Me llevas en coche hasta allí antes de que me arrepienta.

Sofía sonríe y se levanta también, sacando las llaves de su abrigo.

—Así me gusta. Pero no quiero excusas, Guillaume. Vas a tocar esa puerta y no te vas a ir hasta que hayáis hablado.

—Palabra de pianista.

Nos dirigimos al coche y en el trayecto me dedico a repasar mentalmente lo que quiero decirle a Mónica. Me aferro a la esperanza, a la posibilidad de que tal vez, si hablamos con el corazón abierto, podamos encontrar una manera de seguir adelante. Juntos o por caminos separados, pero sin rencores.

Cuando llegamos, el coche se detiene frente a la puerta de su casa. Trago saliva, intentando controlar el nudo en mi estómago. Sofía me da una palmada en la espalda.

—Suerte. Y recuerda, sin importar lo que pase, ya diste el paso más difícil.

Asiento y con una última respiración profunda, me bajo del vehículo y me dirijo a la puerta. Levanto la mano y golpeo con los nudillos.

Unos segundos de silencio que me parecen eternos.

Nadie abre la puerta, pero me ha parecido oír pasos detrás, así que con ganas de que me escuche de una vez, me siento con la espalda apoyada en la madera y empiezo un monólogo con todo lo que debía decirle.

—Sé que estás ahí, Mónica. O tal vez no. Quizás me equivoqué y solo fue el sonido de Amandine, pero si estás ahí necesito hablar

contigo. Si de algo me he dado cuenta en estos meses es que necesito decir lo que siento, aunque no tenga respuesta.

Respiro hondo, me paso una mano por el pelo y apoyo la cabeza en la puerta.

—No sé por dónde empezar. Quizás por lo obvio: lo siento. Lo siento por lo de ese día en el calabozo, por no haberte llamado a ti primero y por haber confiado en Adrián, pero no entiendo qué ha podido pasar después de aquello. No sé si puedo arreglar eso, pero me gustaría intentarlo.

Me río, aunque sin ganas. Solo porque los nervios me hacen actuar así.

—¿Sabes? He estado vendiendo abetos. Nunca pensé que terminaría haciendo algo así, pero confesaré que me ha gustado. La gente se lleva los árboles a casa con una sonrisa, los niños corretean entre las ramas y se llenan de resina las manos. No tenía ni idea de que este tipo de cosas me harían sentir… bien. Pero no quiero hacerlo solo. No quiero que todo esto se convierta en una costumbre sin sentido si no estás tú para compartirlo.

Paso una mano temblorosa por la tela de mi abrigo antes de poner las piernas como los indios y cambiar la postura.

—He estado viendo nuestras series, mejor dicho, reviendo los capítulos de nuestras noches de maratón. Sé que suena ridículo, pero me aferro a esos pequeños hábitos como si pudieran traer de vuelta lo que teníamos. Puse dos tazas de café, dejé tu lado del sofá libre… —Hago una pausa cuando las imágenes me vienen a la cabeza y las lágrimas empujan por salir—. Me sentí un completo idiota cuando terminé de ver un capítulo y no pude discutirlo contigo. Ahí me di cuenta de cuánto te echo de menos. No solo en la tienda, no solo en la casa. A ti. A tus bromas sarcásticas, a tu manera de organizarlo todo, incluso a las peleas absurdas sobre qué tipo de flores combinan mejor. A todo.

Tomo aire de nuevo. Quiero decirle tantas cosas que siento que me voy a ahogar con ellas.

—Mónica, no sé si esto se puede arreglar. No sé si me vas a abrir la puerta o si mañana seguirás sin hablarme. Pero quiero que sepas que estoy aquí. Que no me voy a rendir. Que pase lo que pase con la

herencia, con la tienda, con lo que sea, lo único que de verdad me importa es que podamos volver a ser un equipo. Aunque sea desde el principio, empezar de cero.

El silencio me responde. Un silencio denso, impenetrable. Pero no me muevo.

—No hace falta que digas nada —murmuro poniéndome en pie con un suspiro—. Sé que soy patético y quizás creas que soy un cobarde por no haber venido antes a tu puerta.

Me deshago de todos mis sentimientos, me desnudo por completo ante la nada. No sé si estará escuchándome al otro lado, pero suelto todos y cada uno de mis sentimientos por ella.

Desayunos que hacen historia

Mónica

Estoy sentada en una de las mesas junto a la ventana de la cafetería de Cloe, removiendo sin ganas mi café con leche mientras mi hermana ojea por enésima vez los documentos que encontré en la habitación de Guillaume. Tiene el ceño fruncido y de vez en cuando niega en silencio con la cabeza juzgando todas y cada una de las palabras que hay en esos malditos documentos.

—Emmm… Esto es una locura —sentencia por fin dejando los papeles sobre la mesa—. No me extraña que te enfadaras, pero, con franqueza, me sorprende que no le dieras ni la oportunidad de explicarse. Además de que tener estos papeles se podría considerar un robo.

Levanto la vista y la fulmino con la mirada.

—¿Me tomas el pelo? ¿Tú habrías esperado con calma a que te soltara todo esto después de medio año conviviendo con él?

—No digo que no tengas razón. —Se encoge de hombros levantando las manos en un gesto de paz—. Digo que después de dos meses ignorándolo, igual ya va siendo hora de escucharle.

—¿Y si me sigue mintiendo? Siempre ha sido igual, desde ese último verano. Me engañó.

—Él no te engañó o al menos no lo sabemos. Él se fue.

Aina suspira y se inclina sobre la mesa, bajando la voz como si estuviera a punto de soltar una verdad absoluta.

—¿Y si no te engaña? Hasta donde yo sé te ha estado cubriendo las espaldas para que nadie en redes te echara de menos, incluso yo me creí que seguías viviendo en la finca y no lo estabas haciendo.

Mis dedos aprietan la taza caliente y noto un nudo en la garganta. No quiero responder. Quizás tenga razón, pero no quiero admitir que la he estado cagando, porque no es así. Ocultarme toda esta mierda me hace daño.

—Mónica —su tono es más suave, ahora más comprensivo—, lo que te jode no es que te mintiera sobre su pasado. Pero reconoce que, a pesar de eso, sigues sintiendo cosas por él.

Aparto la mirada y echo un vistazo por la ventana, como si la calle vacía de Valldemossa fuera a salvarme de esta conversación. Pero Aina sigue arremetiendo contra mí y mis sentimientos.

—Lo sabías desde el primer momento en que lo viste otra vez —continúa—. Y estos dos meses te han dolido igual que cuando se fue hace quince años.

Cierro los ojos y suspiro, dejando la taza sobre el platillo con más fuerza de la necesaria. Un pequeño silencio se forma en la mesa cuando de repente algo me sorprende y mi hermana sigue el recorrido de mis ojos. Guillaume acaba de entrar por la puerta de la finca de mi casa.

—Vale, sí. Lo admito —las palabras me queman en la lengua y estoy demasiado cansada para fingir más—. Me ha dolido. Me sigue doliendo. No sé si puedo perdonarlo, pero tampoco quiero vivir con este nudo en el pecho cada vez que lo veo de lejos.

Aina sonríe con satisfacción y se recuesta en la silla con los brazos cruzados.

—Ahí tienes la respuesta, hermanita. Habla con él.

Hace un gesto con la mano señalando cómo se cierra la puerta.

En el fondo no es por él. No todo este berrinche tiene que ver con Guillaume, sino con el resto de mi vida amorosa. Estoy harta de pasar por desengaños amorosos. Harta de Ricard, que me puso los cuernos; de Jordi, que me dejó tirada en el aeropuerto justo el día que nos íbamos juntos de viaje a Londres; de Santi, que mientras

salía conmigo estaba casado con otra; de Lluís, que me hizo *ghosting*; de Joan, que solo quiso divertirse. Por culpa de todos ellos he sumado un nombre más a la lista, uno que estaba en el número uno y que, aunque me duela, debería quitar de ella.

Quizás haya sido injusta con él. Quizás le haya metido en un saco que no le pertenecía. Quizás él ha cambiado. Pero ¿y yo?

Lo he juzgado como hubiese hecho quince años atrás. Puede sonar infantil o de niña mimada, pero cuando tu primer amor vuelve a ti y te ilusionas, cuando descubres que él no te ha contado la verdad, a veces pierdes los papeles. A veces te pasas de dramática. A veces te dejas llevar por esa adolescente que nunca ha tenido suerte en el amor, porque la primera persona de la que se enamoró le jodió el corazón y después de eso todo se ha vuelto en mi contra.

Y es en ese precioso instante en el que me doy cuenta de que me lo he cargado todo por no saber ver las cosas a tiempo.

Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que su expresión cambia y me lanza una mirada que no sé si es más culpable o divertida.

—Y… ya que estamos y no te vas, yo también quiero pedir perdón.

La miro con escepticismo.

—¿Por qué?

—Por presionarte tanto con lo de la herencia. Y por meterte prisa con todo. —Junta las manos sobre la mesa y me mira con sinceridad —. Y por haberte mandado cien mil audios gritándote por no estar haciendo nada bien.

Suelto una carcajada amarga.

—Yo también te mandé a la mierda unas cuantas veces.

—No lo niego.

Nos miramos durante un segundo antes de que ambas soltemos una risa liberadora, de esas que alivian tensiones y sanan heridas.

—Vamos a empezar de nuevo, ¿vale? —promete extendiendo la mano sobre la mesa.

La miro con intensidad y luego, con una sonrisa cansada, tomo su mano entre las mías y le doy un leve apretón.

—Vale.

El peso en mi pecho sigue ahí, pero ahora es más liviano. Tal vez sea el momento de empezar a arreglar las cosas de verdad.

—Y ahora, ve —me apremia moviendo la cabeza hacia mi edificio.

—Está bien.

Salgo de la cafetería con el corazón latiéndome con demasiada fuerza y los nervios a flor de piel.

Aina se ha quedado dentro, removiendo su café con aire pensativo y yo apenas puedo procesar todo lo que hemos hablado. La calle está húmeda por el rocío de la mañana y el aire frío me araña la piel, pero apenas lo noto. Solo quiero llegar hasta él y plantarle cara. No sé qué voy a decirle pero lo que sí sé es que para bien o para mal, tenemos que tener esta conversación.

Cruzo la calle con pasos acelerados y entro en mi edificio. A medida que subo las escaleras, las voces que resuenan arriba me hacen detenerme en seco.

Guillaume.

Tardo un segundo en reconocer su voz, porque suena distinta por culpa del eco. Tampoco es la voz confiada e irritante con la que me discutía cada día. Es una voz baja, pausada, con mucha firmeza y seguridad en cada palabra que hace que se me erice la piel.

Con cautela, subo un escalón más y me detengo justo en el piso de abajo. Doña Fina está ahí, en el umbral de su puerta, con los brazos cruzados y un dedo sobre los labios. Me mira con una ceja enarcada y me indica que escuche y calle.

Mi corazón se acelera.

¿Por qué Guillaume está hablando solo?

Contengo la respiración y me inclino un poco hacia adelante para escuchar mejor todo lo que dice.

—Nuestros veranos eran todo lo que tenía —explica Guillaume con un deje de nostalgia en la voz—. Cada año volvía contando los días hasta el siguiente. Era mi única escapatoria. Nuestras escapadas, las risas con la pandilla y las noches de verano al raso contando estrellas.

El aire se vuelve denso en mis pulmones al recordar de nuevo todos y cada uno de esos instantes.

—Pero ese último verano… —Hace una pausa y suelta un suspiro —. No fue mi decisión. No fue lo que quería.

Siento cómo mi corazón se salta un latido.

—Mi padre me dio dos opciones: quedarme y aceptar lo que él quería para mí o irme y no volver nunca.

Sus palabras me hielan la sangre en las venas.

Doña Fina me observa por el rabillo del ojo y sus labios forman una larga sonrisa mientras asiente confirmando todo lo que él dice.

—Pero nunca me olvidé de mis días felices aquí, nunca.

Hace una pausa extensa para coger aire. El tono de su voz está cargado de dolor, de sentimientos, incluso me atrevería a decir que sus lágrimas aparecen tras cada frase que dice. Y aunque suene extraño, las mías se amontonan en los ojos. Me escuecen y siento como mi pecho sube y baja con demasiada fuerza.

—Y luego París. —continúa Guillaume—. El conservatorio era todo lo que soñaba y al mismo tiempo todo lo que me aterraba. No encajaba. No era suficiente. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero nunca bastaba.

Doña Fina pasa un brazo a mi alrededor para calmar todas y cada una de las emociones que se me amontonan.

—Y entonces llegó ella. —Mi corazón se detiene un segundo—. Sophie… Ella pertenecía al mundo de los instrumentos de viento. Siempre con una palabra amable, su sonrisa eterna y esa dulzura que me derretía el corazón. Me enamoré de ella. Fue mi segundo amor.

Cierro los ojos con fuerza al recordar esos nombres en uno de sus papeles, en un certificado de defunción. Doña Fina me aprieta el hombro con suavidad mientras asiente con la cabeza. Ella sabía toda la historia y nunca me la había contado. Pero eso ahora da igual.

—... pero el cáncer me la arrebató hace un año. No se lo merecía, era demasiado buena.

No sé cuánto tiempo estoy espiando mientras me cuenta lo terrible y duro que fue para él superar su pérdida. Y mucho más cuando en abril se enteró de la muerte de María del Carmen. Entre risas habla de un accidente que tuvo al inicio de un concierto con un teléfono móvil y unas teclas que lanzó.

Me tapo la boca para no reír en voz alta. Pero luego cambia a cuando llegó aquí y nos volvimos a ver. Recuerda todas y cada una de las perrerías mutuas que nos hicimos y no puedo más que sonrojarme al escuchar en voz alta lo idiotas que hemos sido.

—Me prometí a mí mismo que nunca volvería a la finca —continúa Guillaume—. Que nunca volvería a verte, Mónica.

Mi estómago da un vuelco. ¿Por qué dirá eso?

—Porque sabía que si lo hacía, no podría soportarlo.

Siento la presión de las lágrimas en mis ojos, pero no dejo que caigan. Debo subir, dejar de esconderme y confesarle toda mi parte y lo estúpida que he sido.

—Míranos, hablando a través de una puerta. Ni siquiera sé si estás escuchándome. Pero voy a seguir peleando y fingiendo que todo va bien. No quiero que pierdas legalmente la floristería. Todo por lo que has estado luchando durante años. No otra vez. Pero claro, ¿y ahora?

No puedo más. No puedo seguir aguantando cómo se rompe en mil pedazos mientras yo he escuchado todas las explicaciones que necesitaba aquí, escondida entre los brazos amorosos de doña Fina. Así que termino de subir los peldaños que me quedan de dos en dos hasta llegar a él. Sentado en el suelo con la espalda contra mi puerta, con los ojos rojos y un mechón largo y rubio de su preciosa melena. Y no puedo evitarlo, me lanzo sobre él, lo abrazo y le susurro.

—Ahora estoy aquí.

Algo inesperado

Guillaume

Sentir el cálido tacto de Mónica cuando me abraza hace que mi corazón vuelva a latir. Durante un instante, no sé si es real o si mi mente me está jugando una mala pasada. He soñado tantas veces con volver a estrecharla entre mis brazos que tengo miedo de que no sea más que fruto de mi imaginación.

Sus brazos me aprietan con firmeza y tengo la sensación de que siente que si no lo hace voy a desaparecer. Y yo… yo la sostengo con la misma necesidad.

No sé si lo ha escuchado todo o no. No sé si ha entendido mis palabras o si tan solo ha decidido ignorar todo el dolor que ha habido entre nosotros estos últimos meses. Pero nada de eso importa ahora. Necesitaba desahogarme, no tanto por ella sino por mí. Por soltar riendas y permitirme ser sincero conmigo mismo.

Una sensación de liberación me recorre por dentro y me permite volver a respirar con normalidad. Y noto cómo me perdona sin la necesidad de decir ni una palabra más.

No sé cuánto tiempo estamos así, pero cuando se deshace del abrazo, nuestros rostros quedan a escasos centímetros. Mónica sigue sentada sobre mi regazo y su respiración entrecortada choca contra mis labios. No se aparta. Yo tampoco lo hago.

El mundo entero se ha detenido en este preciso instante cuando la miro a los ojos y siento que todo lo que he vivido me ha llevado

hasta aquí y nada más importa.

Mis ojos recorren su rostro y me pierdo en cada detalle, en cada peca, en una lágrima de emoción que se derrama y cruza su pómulo derecho. La curvatura de sus labios entreabiertos, el leve rubor en sus mejillas, el brillo magnético en sus ojos… Todo es perfecto.

Es un segundo. O quizá una eternidad, pero siento que hay una emoción que nace en la punta de mi lengua y quiero que la oiga.

—Mónica —susurro con la voz grave por la emoción—, hay algo más que necesito decirte.

Ella me mira con intensidad. Antes de dejarme continuar, mueve la cabeza hacia un lado y con determinación acorta los centímetros que nos unían y me besa.

Sus labios se funden con los míos acoplándose en una melodía tranquila de Vivaldi. Siento la música dentro de mi cabeza, la perfección del momento y el dulzor de ese beso que durante tantos años he echado de menos.

Llevo una mano a su nuca, enredando los dedos en su cabello y la acerco más, profundizando el beso con la desesperación contenida. Necesito más. Necesito saber que ella siente lo mismo que yo y que no quiero irme de su lado otra vez.

Mónica suspira contra mi boca y ese simple sonido me desarma por completo.

Su peso sobre mi regazo, el calor de su piel contra la mía, la manera en que sus dedos se aferran a mi chaquetón Todo es demasiado.

Y a la vez, es justo lo que necesito. Y no me tiembla el pulso al aferrarme a ella como si fuese la última tecla de piano del mundo. La beso con la certeza de alguien que ha esperado demasiado. Con la ternura de un hombre que ha extrañado cada parte de esta mujer. Con la pasión de alguien que, por fin, después de tanto tiempo, vuelve a casa.

Porque ella es mi hogar, ella es la tecla que me faltaba, ella es la melodía que mis dedos anhelan rozar, ella es el *allegro* de mis días, ella es…

Mónica responde con la misma intensidad, sus labios se entreabren para recibir los míos en un baile sin prisa, pero cargado

de significado.

No hay nada más que importe. No hay pasado, no hay rencores, no hay malentendidos. Solo estamos ella y yo, enredados en este beso que sabe a reencuentro, a perdón, a hogar.

Mis manos recorren su espalda con suavidad, queriendo grabar cada centímetro de ella en mi memoria. Nuestras lenguas se encuentran en una vorágine de sensaciones que me hacen feliz. Por fin vuelvo a ser feliz..

Mónica se aparta apenas unos centímetros, dejando que nuestras respiraciones agitadas puedan acompasarse y podamos coger aire por un instante. Abro los ojos apreciando cada momento de lo que acaba de pasar y la encuentro mirándome con una intensidad que me deja sin aliento.

—Guillaume —susurra con un hilo de voz—, yo también quiero decirte algo.

—No hace falta.

—Sí, sí hace falta porque te juzgué mal. Me cegué en lo que sucedió cuando éramos unos críos. Y ya sé que no debería, pero tampoco he tenido buenas experiencias en el amor como tú. De hecho, han sido nefastas.

—Shhh —la silencio poniéndole un dedo sobre los labios, mojados por las lágrimas—. No estoy enfadado contigo. ¿Te guardaré un pelín de rencor? Puede, pero todo va a ir bien.

—Guillaume, lo que te he hecho no tiene perdón. Me he comportado como una niña.

Me doy cuenta de que mi nombre en sus labios es la melodía más hermosa que he escuchado jamás. Hace una pausa, indignada.

—Lo sé, pero yo también te tendría que haber hablado de Sophie y de por qué me fui.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Apoyo mi frente contra la suya, incapaz de soltarla todavía.

—Dime que no es un error —murmuro sin apartar el contacto visual—. Dime que podemos arreglarlo.

Los labios de Mónica se transforman en una sonrisa mientras que siento cómo su pulgar acaricia mi mejilla con una ternura infinita.

—Podemos con esto y con más.

Y con eso, me besa de nuevo, sellando nuestras palabras en un pacto silencioso. Y esta vez, no hay más dudas. Ni miedos, ni mentiras.

Cuando esa misma tarde, entre los dos, preparamos de nuevo la bolsa con la ropa de Mónica para que regrese a la finca, siento mi corazón latir con más fuerza que nunca. Cada prenda doblada y guardada en la maleta es un paso más cerca de tenerla de vuelta. De hacer que esto funcione.

Ella bromea sobre el desastre que es su armario y yo la molesto por la cantidad absurda de bufandas que ha metido. Pero en el fondo, en cada pequeña risa compartida, hay una sensación de alivio y de esperanza que me emociona.

—Por cierto —comenta ella levantando sus ojos hasta conectar con los míos—, ¿y todas esas visitas al notario?

Juro que mi cabeza acaba de cortocircuitar.

—¿Qué visi…? —entonces caigo en la cuenta—. ¿Al principio de vivir juntos?

—Esas.

—¿Cómo sabes que fui? —levanto una ceja. Se supone que entonces ella no estaba en casa para no preocuparla.

—A ver, que yo no… O sea, que fue una coincidencia… Que yo no…

Me río. Verla excusarse de esa forma y lo nerviosa que se ha puesto me hace mucha gracia.

—Tranquila. Fui por el tema del empadronamiento. Como la casa no es mía pero necesitaba registrarme, pedí ayuda un par de veces al notario.

Mónica se queda observando la maleta un segundo antes de cerrarla. Sus dedos recorren la cremallera con un gesto pensativo, y yo me acerco, rozando su mano con la mía. Un hormigueo nervioso me recorre por dentro hasta hacerme estremecer.

—¿Lista? —pregunto dando un vistazo rápido a todo lo que llevamos, incluido el transportín con Amandine.

Ella levanta la mirada y me sonríe con esa calidez que hace que el mundo entero se detenga antes de darme un ligero beso en los labios.

—Más que preparada.

Cargamos la maleta y salimos a la calle. Es una tarde fría, con el cielo teñido de naranja y el aire oliendo a invierno. Pero mientras aguanto la puerta de la calle para que pase, siento la calidez en lo más profundo de mi corazón, y eso me reconforta.

Nos miramos de reojo y, como si nos leyéramos el pensamiento, nuestras manos se entrelazan con naturalidad.

Todo va bien. Todo es perfecto.

Hasta que, de repente, la maleta de Mónica decide traicionarnos. Con un chasquido, una de las ruedas se parte en mitad de la acera provocando que el plástico roce contra los adoquines y la tela de esta se rasgue y se rompa.

Los dos nos quedamos congelados por un segundo, viendo cómo un par de jerséis ruedan calle abajo y su bufanda favorita queda atrapada en el poste de una señal de tráfico.

Mónica suspira con demasiado dramatismo.

—Perfecto. El universo diciéndome que no vuelva.

Yo parpadeo, mirando el caos a nuestro alrededor para después soltar una carcajada. Mónica me mira levantando una ceja y señalando el desastre, pero enseguida se echa a reír también.

—¡No te rías, idiota! ¡Mi ropa está por todas partes! —grita señalando las prendas atrapadas entre los postes y los árboles de la calle.

—¡Es que es demasiado bueno! —confieso agachándome para recoger unos pantalones que han quedado cerca de una montaña de hojas—. Primero nos odiamos, luego nos reconciliamos y ahora esto. Parece una comedia romántica de las malas.

Ella resopla, pero la risa no desaparece de su rostro.

—Más bien un melodrama.

La ayudo a recogerlo todo, doblando las prendas lo mejor que puedo, mientras ella sacude su bufanda con cara de resignación.

—Necesito documentar esto —anuncia sacando su móvil y enfocando el desastre.

—¿De verdad? —Levanto una ceja—. ¿No prefieres fingir que esto nunca pasó?

Sus ojos brillan bajo la luz del crepúsculo.

—Ni hablar. Esto es icónico.

Se agacha junto a la maleta destrozada y me agarra del brazo para que me incline con ella.

—A ver, sonríe, que hay que hacer bien el ridículo.

Pone el temporizador y, en el último segundo, me mira con un brillo travieso en los ojos.

—Espera. Falta algo.

Antes de que pueda preguntar qué, se inclina y me besa.

El clic de la cámara captura el momento justo en el que sus labios tocan los míos.

El beso es rápido, suave, pero queda inmortalizado para la posteridad y con eso tengo suficiente. Cuando nos separamos, Mónica ya está sonriendo como una niña traviesa, mirando la pantalla del móvil.

—Vale, esta es perfecta.

Yo aún estoy procesando lo que acaba de pasar, pero no dejo de sonreír

—¿Lo has hecho a propósito?

Ella se encoge de hombros y pestañea demasiado rápido como para ser inocencia real.

—Quizá.

Y entonces, con toda la naturalidad del mundo, sube la foto a redes con una frase corta pero contundente:

«Nuevos comienzos».

Siento un cosquilleo en el pecho, una calidez que me llena de emoción. No solo por el beso, sino por lo que significa. Por primera vez en mucho tiempo, Mónica y yo estamos avanzando juntos. Aun con la maleta rota y cargándola a peso hasta llegar a nuestra casa, no cambiaría este momento por nada.

Una despedida a la vieja usanza

Mónica

Cuando el invierno llegó, me reconcilié con Sofía, me mudé de habitación a la de Guillaume e hicimos el concierto en honor a Jordi, nuestro amigo de la pandilla. Y esa misma noche decidimos hacerle un homenaje en nuestro árbol del cementerio de los malos recuerdos.

La noche es fría, pero no importa. Nos hemos abrigado bien y llevamos linternas, velas y una botella de vino caliente que Adrián insistió en traer. No hay nieve, pero el aire huele a frío, a leña quemada y a nostalgia. Caminamos en grupo, pisando la hierba húmeda hasta llegar al claro donde nos espera el árbol. Aquel árbol. El de siempre.

Guillaume se detiene junto a él y pasa la mano por la corteza rugosa. Todos hacemos lo mismo, como si fuera un ritual silencioso. Como si tocándolo pudiéramos sentir a Jordi una vez más y abrazarlo.

—Dios, cuántas veces nos escondimos aquí —comenta Sofía con una sonrisa melancólica.

—Demasiadas —ríe Adrián—. Pero la mejor fue cuando Jordi se trajo un saco de dormir y dijo que se quedaría toda la noche para «conectar con la naturaleza».

Me llevo la mano a la boca, conteniendo la risa. Ese espíritu de aventurero había llevado por el camino de la amargura a sus padres más de una vez.

—No duró ni dos horas —comenta Adrián, divertido—. Apenas oscureció, empezó a escuchar ruidos y salió corriendo hasta la finca gritando que un monstruo lo perseguía.

—Era un erizo —añade Guillaume con una sonrisa de oreja a oreja —. Un maldito erizo.

Las carcajadas resuenan en el claro y me calientan más que cualquier manta. Jordi se habría reído más alto que nadie si estuviera aquí.

—Y la vez que nos hizo construir una cabaña en este mismo árbol —recuerda mi amiga, sacando su teléfono para hacer una instantánea a la base del tronco.

—Madre mía, la cabaña —suspiro negando con la cabeza—. Metimos maderas, heno, telas viejas… Todo se vino abajo en menos de dos días.

—Pero él estaba convencido de que era un éxito —ríe su exmarido —. «Solo hace falta un par de ajustes», decía, cuando ya no quedaba nada en pie.

—Siempre fue un optimista —dice Guillaume en voz baja.

Nos quedamos en silencio un momento, mirando las luces de nuestras linternas parpadear contra la corteza del árbol. Es Adrián quien rompe el momento, sacando un pequeño cuaderno arrugado de su chaqueta.

—Sofía me dio esto. Son algunas de las cosas que Jordi escribió cuando tenía quince años.

—Dios, qué peligro —murmura Guillaume atragantándose con su propia risa.

Todos decidimos sentarnos alrededor del árbol dejando la urna con los restos de nuestro amigo enfrente. Adrián se aclara la garganta y lee:

—«Lista de cosas que haré cuando sea un viejo con dinero: Uno. Viajar en un tren de lujo y no pagar el billete para sentirme un rebelde».

Las risas son inevitables. Me abrazo a mí misma, sintiendo el calor del recuerdo.

—«Dos. Adoptar un perro, llamarlo Brad Pitt y enseñarle a saludar con la pata».

—Lo habría hecho —afirma Sofía secándose una lágrima.

—Hasta le habría enseñado a recrear alguna escena de *Troya* —admite mi pareja.

—«Tres. Aprender a hacer malabares con fuego y unirme a un circo».

—¿En serio? —Me río—. ¡No sabía eso!

—Jordi y su fascinación por el peligro —murmura Guillaume, negando con la cabeza con una sonrisa.

Adrián pasa unas páginas y se detiene en otro fragmento.

—«Algún día, cuando ya seamos todos unos viejos aburridos, quiero que volvamos a nuestro árbol y recordemos que aquí tuvimos la mejor época de nuestras vidas. Quiero que nos riamos de todas nuestras tonterías, que brindemos por los tiempos pasados y que, aunque yo no esté, sepáis que siempre estaré aquí, en este maldito árbol, viendo cómo seguís con vuestras vidas».

El silencio se espesa. Miro a mis amigos y sé que todos sienten lo mismo. Guillaume se aclara la garganta y levanta la botella de vino caliente.

—Por Jordi.

Todos alzamos nuestras copas improvisadas. Nos miramos, con los ojos brillantes, con los recuerdos pesando en el pecho y la felicidad latiendo en el alma.

—Por Jordi —repetimos todos a la vez.

Y bebemos. Y reímos. Y hablamos hasta que el frío se nos mete en los huesos y los párpados nos pesan. Pero nos quedamos. Porque esta noche es suya. Porque este árbol es suyo. Porque, de alguna manera, sigue con nosotros.

Y siempre lo estará.

Año nuevo, nuevos retos

Guillaume

La llegada del año nuevo trae consigo una sorpresa inesperada: nuestra cuenta en redes ha alcanzado casi el medio millón de seguidores. Es un número que me sigue pareciendo irreal. Nunca imaginé que compartir mi vida con Mónica, nuestra floristería y los eventos *músicoflorales* llegarían a tanta gente.

Aina, la hermana de Mónica, también ha encontrado su propio nuevo comienzo: se ha instalado con sus tres hijos en la antigua casa de Mónica buscando estabilidad tras su divorcio. Hecho que hizo que mi pareja y yo nos metiésemos de lleno en su mudanza y nos quedásemos a los tres torbellinos alguna que otra noche para que ella pudiese tomar un respiro.

Y después de todo el trajín, Mónica y yo... Bueno, nos hemos tomado un merecido respiro. Nos fugamos a Madrid durante un fin de semana. La idea era visitar a Adrián, pero también regalarnos unos días para disfrutar sin la presión de la finca, las redes o los negocios. Nos sumergimos en la ciudad, caminamos por el Retiro de la mano, nos perdimos en las callejuelas del Barrio de las Letras y probamos cada dulce que se nos cruza por el camino. Vimos un musical en la Gran Vía y pasamos la noche en un pequeño hotel *boutique* con vistas a los tejados de Madrid que nos dejó con ganas de volver más adelante. Fue como vivir en una burbuja donde solo

existimos Mónica y yo, sin preocupaciones, sin contratos, sin recuerdos dolorosos.

Pero a la vuelta, al llegar a la finca, el hechizo se rompe con una llamada inesperada. Es Irene, mi prima y *manager*. En cuanto escucho su voz, noto que está cargada de emoción.

—Guillaume, tienes que escucharme antes de decir que no.

Me río por lo bajo y Mónica me lanza una mirada curiosa mientras deshace la maleta.

—Eso no suena bien —comento, divertido, mientras pongo el manos libres para que mi pareja lo escuche y cuelgo mi abrigo en el perchero de detrás de la puerta.

—El Conservatorio de París —anuncia con un gritito de entusiasmo—. Siguen tu nueva etapa y están fascinados. Han visto tu evolución, la mezcla de la música con la naturaleza, con las emociones... Guillaume, te quieren de vuelta. Pero no solo eso, te ofrecen múltiples oportunidades: clases magistrales, conciertos, una gira… Es un sueño.

Mi cuerpo se tensa al instante. Miro a Mónica, que ahora me observa con atención con los brazos cruzados y los ojos abiertos de par en par. Nos quedamos los tres en silencio. Vuelvo a conseguir lo que hace casi un año me encargué de arruinar. Podría volver a estar en lo más alto y seguir con mi vida de pianista ilustrado llenando los teatros y óperas de toda Europa, pero ahora sí que sé lo que quiero.

—No —respondo sin pensarlo ni dos segundos más.

Irene suelta un suspiro dramático al otro lado de la línea.

—Guillaume…

—He dicho que no.

—Al menos escúchalos, mándales un video, una respuesta más elegante… No puedes simplemente mandarlos a la mierda.

Pero es que sí puedo. Y lo haré. No me dejaron explicarme cuando cometí ese fatídico error y ahora, tras todo lo que ha pasado este tiempo, me he dado cuenta de por qué estaba haciendo lo que hice. No quiero darles una segunda oportunidad después de todo.

—Irene. No soy el mismo que se fue a París hace años. No quiero vivir de gira, no quiero auditorios fríos y llenos de desconocidos.

Estoy aquí, en un sitio que me llena, con la mujer a la que amo, haciendo algo que tiene sentido para mí.

Mónica sonríe. Su mirada brilla con una mezcla de sorpresa y alegría.

—Diles que gracias, pero que no —concluyo.

Hay un silencio al otro lado de la línea antes de que mi *manager* deje escapar una carcajada resignada.

—Eres incorregible, primo. Pero está bien. Lo transmitiré con un poco más de tacto que un simple «que se jodan». Aunque deberías saber que mucha gente pagaría por estar en tu posición.

—Lo sé. Pero yo pagaría por estar justo donde estoy —respondo guiñandole un ojo a la mujer que tengo justo enfrente, que me mira con la boca abierta, atónita.

Cuando cuelgo, Mónica se acerca con los brazos cruzados, sin dejar de sonreír.

—Así que lo has mandado todo a la mierda por quedarte aquí conmigo.

Me encojo de hombros con una sonrisa ladeada.

—¿Te sorprende?

Ella me rodea el cuello con los brazos y me besa con una dulzura que me desarma.

—Un poco —admite sobre mis labios—, pero me gusta.

—A veces los mejores conciertos no son los que llenan cientos de butacas en un auditorio, sino las melodías que nacen de los corazones que laten juntos guiándonos en esta locura de vida.

Nos quedamos abrazados un momento, sintiendo la calidez del otro, la seguridad de esta decisión. Todo lo que he vivido hasta ahora me ha traído hasta aquí. Y no me arrepiento de nada.

Epílogo
Otra vez en el notario

Mónica

De nuevo estamos frente al notario, que nos mira con el ceño fruncido a los cuatro: a Guillaume y a mí, que nos hemos sentado juntos con las manos cogidas; a doña Fina, que no para de afirmar y ponerle más cotilleo a cada cosa que comenta el notario; y a Aina que alega todo tipo de pruebas de que hemos cumplido el acuerdo.

El despacho está cargado de ese aire solemne que solo los edificios antiguos pueden tener. La luz que entra por los ventanales es tenue, de un color amarillento por culpa de la madera oscura de las paredes y los muebles. El notario, un hombre de rostro impenetrable y mirada inquisitiva, repasa con parsimonia los documentos que tiene frente a él.

Por un momento siento que mi corazón va a salirme por la boca como no diga palabras que entienda, aunque me obligo a mantener las formas. Guillaume, a mi lado, me aprieta la mano con seguridad, transmitiéndome toda su energía y buen rollismo.

—Señorita Mónica —llama mi atención el notario tras carraspear, provocando que me sobresalte—, según el testamento y las condiciones impuestas para heredar la propiedad, debían convivir sin interrupciones durante un año, gestionar el negocio en común y organizar cuatro eventos. Hasta ahí, todo parece correcto.

Doña Fina asiente con entusiasmo.

—Yo misma puedo dar fe de que han hecho todo lo que debían. Y con qué gusto han decorado la finca, señor notario. Aquello es una delicia para los ojos. Y la floristería, oh, preciosa. Preciosa. Lo que esta muchacha ha hecho allí es arte.

La reafirmación excesiva de mi exvecina me hace esbozar una sonrisa.

—Gracias, doña Fina —murmuro sonrojándome.

El notario le lanza una mirada de advertencia a la mujer para que no interrumpa y sigue con su discurso.

—También quiero añadir que la cláusula tres —interrumpe mi hermana—, arreglos compartidos en la finca, se ha cumplido en un par de ocasiones: la primera cuando el escape de agua del almacén y luego la posterior obra del acondicionamiento del mismo para la acústica del piano.

—Eso es correcto —afirma el notario antes de cambiar a un tono más áspero y juicioso—. Sin embargo, hubo un periodo en el cual la señorita Mónica abandonó la finca para residir en otro domicilio. Si no recuerdo mal, justo antes de la segunda reforma nombrada, letrada.

Se hace un silencio sepulcral. Guillaume y yo intercambiamos una rápida mirada. Nos han pillado y no podemos negar lo evidente. En su mirada no hay reproche solo expectación. Me humedezco los labios antes de que él conteste por mí, tal y como teníamos planeado si se diese el caso.

—Fueron solo un par de meses. Y no abandonó la finca del todo. Seguía gestionando la floristería, venía a diario, trabajó en los eventos…

—Pero no dormía aquí. —El notario entorna los ojos—. Y eso es un incumplimiento de contrato.

Aina resopla con indignación.

—Eso es ridículo. Fueron solo dos meses. Si revisamos el contrato, especifica que si hay una causa de fuerza mayor, podía saltarse la norma de convivencia. Y en este caso la hay. —Saca unos papeles de su maletín—. Aquí tengo un certificado en el cual dicta que el colchón en el que ella dormía tenía una infección por culpa del

moho, lo cual le provocó una alergia terrible y debió de instalarse en su antigua finca.

El notario revisa los papeles que un compañero de mi hermana —que le debía algún que otro favorcillo— nos ayudó a falsificar para salvarnos el culo.

—Exacto —interviene Guillaume por primera vez haciendo que su voz suene serena pero firme—. Mónica nunca abandonó del todo la finca ni el negocio. Todo este tiempo ha estado involucrada.

El notario deja escapar un suspiro y entrelaza los dedos.

—Para evitar problemas legales, nuestro despacho contrató a un detective para verificar que ambas partes cumplieran con lo estipulado en el testamento.

Mi estómago da un vuelco. ¿Nos espiaron?

Aina golpea la mesa con indignación.

—¿Un detective? ¿Está de broma? ¡Eso es ilegal!

—Es una práctica habitual en casos de herencias con condiciones específicas —responde el notario sin inmutarse—. La finalidad era verificar que se cumplieran las estipulaciones. Según el informe, la señorita Mónica pasó dos meses fuera de la finca y eso genera una laguna legal en la aceptación de la herencia.

Me muerdo el labio con fuerza, sintiendo una mezcla de rabia e incredulidad. Guillaume sigue sujetándome la mano y, cuando giro la cabeza hacia él, su expresión se suaviza. «Va a salir bien», me dice con la mirada.

Doña Fina, por su parte, levanta una ceja con aire desafiante.

—Así que contrataron a un detective. Por cómo te conozco, *chiquet*, estoy segura de que has sobornado a Marcelo, el del kiosco, para que les tenga el ojo echado. —Chasquea la lengua—. Menudo idiota estás hecho. Esta tarde llamo a tu madre.

El notario ignora su comentario y prosigue.

—La decisión no depende de mí, pero podría ser motivo suficiente para impugnar la herencia si así lo desean otros familiares.

Aina vuelve a intervenir más cabreada si cabe.

—No hay otros familiares que la impugnen. ¡Todo esto es absurdo!

Guillaume, con su calma habitual, se inclina un poco hacia adelante.

—Dado que la gestión de la finca y la floristería nunca se vieron afectadas, y que Mónica ha vuelto a residir aquí, podría considerarse un periodo de pausa dentro del cumplimiento general del acuerdo. Aunque hemos aportado pruebas contra este pequeño problemilla.

El notario tamborilea los dedos sobre la mesa, pensativo.

—Habría que consultarlo con la instancia legal correspondiente. Supongo

Suspiro, agotada.

—¿Cuánto tiempo tardará eso?

—Depende. Semanas, quizá meses.

Ahora, es doña Fina la que se pone en pie para encararse con el notario dando un golpe con el bastón en el suelo que hace retumbar toda la sala.

—Mira. Ya puedes estar moviendo ese bolígrafo para firmar y que acepten la herencia de una vez. Porque como no lo hagas, te juro por lo más sagrado que le digo a doña Concha, alias tu madre, que se haga la víctima y la tienes metida en casa hasta el día en que se muera. ¿Te ha quedado claro? —Hace una pausa con una mirada tan severa que me da miedo que traspase los ojos del pobre hombre—. Lo que han luchado estos dos jóvenes por salir a flote, por reenamorarse y por cuidar sus vidas, no está escrito. Así que ya estás firmando los papeles si no quieres que haya represalias.

Nos quedamos en silencio. Nadie dice nada. Siento un nudo en el estómago, pero no es miedo ni rabia ni tristeza. Es admiración por esta mujer. Ya no es una lucha entre nosotros. Ahora es una lucha contra la burocracia y contra la dignidad de este hombre. Guillaume, sin soltarme, me mira con ternura. No me culpa, no me reprocha nada. Solo está aquí, a mi lado.

El notario asiente.

—Está bien, doña Fina —admite al mismo momento que garabatea una firma mal hecha—. Ya es oficial, sois propietarios. Él de la finca y usted del local.

Emocionada, grito mientras me lanzo a los brazos de Guillaume. Por fin tenemos los papeles y todo por lo que hemos luchado

durante trescientos sesenta y seis largos días. Por fin tenemos un futuro libre de normas, de ataduras y libres para ser felices.

Epílogo
El cementerio de los buenos recuerdos

Guillaume

Por la noche, Mónica y yo hemos juntado a todos nuestros amigos y familiares —Irene, Aina y sus hijos, Sofía, Adrián y doña Fina— para celebrar que la finca es nuestra. Los hemos reunido en el lugar donde todo empezó: el cementerio de los malos recuerdos. Hemos montado una mesa improvisada, llenado todo de velas y flores de papel hechas con partituras mías del conservatorio y todos cenamos entre risas y anécdotas del pasado. La noche es cálida a pesar de ser principios de mayo, y la luz temblorosa de las velas baña los rostros de las personas que más quiero en este mundo.

Los niños corren de un lado a otro, Sofía cuenta alguna historia disparatada que hace reír a Aina hasta las lágrimas y Mónica... Mónica está a mi lado, con su mano entrelazada a la mía bajo la mesa. Su pulgar dibuja pequeños círculos en mi piel y cada roce es un recordatorio de lo mucho que hemos pasado para llegar hasta aquí.

Al final de la cena, me pongo en pie y le doy con el cuchillo a la copa de cristal para que todos me hagan caso. El silencio que se

hace me deja con el corazón en un puño y ganas de agradecerles por todo.

—Antes de que esta noche termine, quiero decir unas palabras. —Miro alrededor y respiro hondo para coger fuerzas—. Quiero dar las gracias a mi difunta tía por esta aventura y locura que nos dejó, porque sin ella muchos de nosotros no estaríamos aquí juntos, de nuevo. A mis amigos, por reencontrarme con ellos y recordarme quién soy. A doña Fina, por estar siempre presente, cotilleando y asegurándose de que nunca nos falte un buen chisme. A Aina, por todo el papeleo, por enfrentarse a leyes y burocracia en nuestro nombre, por hacer de hermana, madre, amiga y abogada. Y, finalmente...

Me giro hacia Mónica, y mi corazón da un vuelco. Está hermosa bajo la luz de las velas. Sus ojos brillan con la intensidad de quien, como yo, ha vivido un año lleno de aventuras y peripecias.

—Finalmente, quiero agradecerle a Mónica por ser mi pilar, por ayudarme a sanar mis heridas y por ser el amor de mi vida.

Ella parpadea, sorprendida, y noto un leve apretón en las manos que mantenemos entrelazadas. Traga saliva, como si procesara mis palabras, y yo siento que es ahora o nunca.

—Nuestra historia no ha sido fácil —prosigo—. Hemos tropezado, nos hemos alejado, hemos dudado. Pero como estas flores *pentagrafiadas* que tenemos en la mesa, del pasado resurgiremos más fuertes y bonitas que nunca. Y por eso...

Suelto su mano con suavidad, y antes de que pueda reaccionar, hinco una rodilla en el suelo.

Un murmullo de asombro recorre la mesa. Irene se tapa la boca con las manos, Sofía ahoga un grito emocionado y Aina ya tiene el móvil en la mano grabando cada segundo. Mónica se lleva una mano al pecho, con los ojos abiertos de par en par.

—Mónica —empiezo con la voz firme, pero sintiendo que mi corazón está a punto de estallar—, quiero que estemos juntos no solo porque una cláusula nos obligue, no solo porque compartimos una herencia de por vida, sino porque te elijo a ti, aquí y ahora, y cada día de mi vida.

Abro la cajita que he llevado en el bolsillo toda la noche y el reflejo de la luz se posa sobre un anillo sencillo con un pequeño brillante en el centro que brilla sin eclipsar el destello que emanan los ojos de Mónica en este momento.

—¿Te casarías conmigo? —pregunto.

El silencio es absoluto. Todo el mundo contiene la respiración, esperando su respuesta. Pero yo solo la miro a ella, a Mónica, a la mujer que lo ha cambiado todo para mí.

Sus labios se abren, su pecho sube y baja con rapidez. Y entonces, se echa a reír.

Una risa genuina, de felicidad pura y dura, de incredulidad. Se lleva las manos a la cara y asiente, primero despacio y luego con más fuerza.

—¡Sí! —exclama al fin, y antes de que pueda reaccionar, se lanza sobre mí y me besa con tal intensidad que la caja del anillo cae al suelo.

Alrededor de nosotros, los gritos de alegría explotan. Irene llora y aplaude, Sofía grita «¡Por fin!», Aina sigue grabando mientras los niños corren de un lado a otro sin saber muy bien qué pasa, pero emocionados por la reacción de los adultos.

Mónica me abraza fuerte, con el rostro hundido en mi cuello.

—No puedo creer que hayas hecho esto aquí —susurra.

—Creo que es momento de cambiarle el nombre a este lugar y empezar a llamarlo el cementerio de los buenos momentos.

—Me parece fantástico, amor —se emociona y la vuelvo a abrazar —. No puedo creer que esto esté pasando de verdad.

—¿Para bien o para mal? —pregunto con una sonrisa, acariciándole la espalda.

—Para bien. Para muy bien —grita y vuelve a besarme.

Cuando nos separamos, Aina recoge la caja del suelo y saca el anillo.

—Te toca ponérselo —me regaña entre risas y con el móvil aún en alto, extendiéndome la alianza con una sonrisa cómplice.

Miro a Mónica, que me ofrece la mano con una sonrisa temblorosa. Con toda la delicadeza del mundo, le deslizo el anillo en

el dedo. Le queda perfecto, como si siempre hubiera estado destinado a estar ahí.

—Ahora sí que esto es un nuevo comienzo —afirma ella, y yo asiento, porque sé que es verdad.

Esa noche, bajo la luz de las velas, en el lugar donde todo empezó, nuestro futuro juntos también comienza.



Agradecimientos

Ahí por 2022, estaba haciendo limpieza de fotos antiguas cuando me crucé con el viaje a Mallorca de hace unos años. Teníamos el hotel en Valldemossa, nos recorrimos toda la isla con la familia y me enamoré de la sierra de Tramuntana y sus pueblos. En ese instante, decidí que quería empezar una historia que ocurriese en el lugar donde pasé más tiempo. Recuerdo que comencé a escribirla e ir publicando cositas sobre este misterioso proyecto y hubo alguien que estuvo a mi lado todo el rato desde los inicios porque su familia es justo de ahí, de Valldemossa. Así que creo que este primer agradecimiento es para ella.

Gracias a Flor de neu por ayudarme a meterme de lleno en la historia, porqué aunque hice un parón siempre estabas ahí para animarme a que siguiese con la novela, por todo el apoyo, las horas de documentación, los papeles con las jergas… Gracias por confiar tanto en ella. No estaría aquí si no fuese porqué apostaste por esto y lo seguí a pies juntillas.

Gracias a mi otra mitad, Eva Álmez. Sin ti, ni esta ni ninguna otra historia verían la luz. Tú eres el alma de poner bien las letras, de dejarme mil comentarios, de ser estricta y darme la bronca cuando se necesita, de llorar y reír juntas. Gracias por tantas horas y esfuerzo que le dedicas a mis novelas. Gracias por ser mi amiga, correctora y confidente. Te quiero un montón.

Quiero hacer mención a mis padres por ese viaje que hicimos allá por 2017 y que ahora me ha dado la oportunidad de cumplir uno de mis sueños. Gracias por hacerme una vida más fácil, por las horas

de coche cantando la Cabra, por apostar por mí a cada paso que doy, por hacerme luchar por lo que quiero y porque este pequeño logro sea el primero de muchos que os pueda agradecer.

Por supuesto a Noe, Jess y Nesi, mi familia al otro lado de la península, por estar ahí siempre, por el apoyo, por la amistad y por las verdades aunque duelan. Sin vosotras este mundo de las letras no sería ni la mitad de divertido.

A Ester Ribas, amiga y el lado oscuro de la misma moneda. Aunque hace ya unos años que nos conocemos y que empezamos a publicar, si que juntas iniciamos este proceso de la vía editorial al mismo tiempo. Así que gracias por compartir los mismos miedos, por saltar juntas al vacío, por las horas de marketing y de ideas locas. Porque aunque siempre seas dark, yo seré tu lado cozy.

A mis diosas, Sandra y Montse, porqué desde 2021 siempre habéis estado a mi lado, habéis apostado por mis historias, porqué me ayudáis a subir cuando caigo, por vuestros ánimos, por el tardeo, por el chisme y por ser como sois. Sin vosotras los viernes no serían igual.

A JD, Asun y el equipo de Lantia por hacer de este proceso de publicación un lugar increíble. Por los mails de apoyo, por aguantar mis incertidumbres y por hacer un trabajo tan maravilloso. Gracias por hacer realidad mis sueños.

Sigo con toda mi comunidad de abejas lectoras que desde hace años me leéis sin tregua, por las horas que compartimos en redes, por vuestro apoyo sincero y porqué me motiváis día a día a seguir con mi pasión.

Y por último, la persona más importante de esta historia, a ti, lectora. Por haber apostado por la historia, por leerme, por llegar hasta aquí. Gracias por leerme y espero que hayas disfrutado de esta aventura por Valldemossa.

Gracias de corazón a todos los que habéis formado parte.

Índice

Prólogo. El último concierto 7
Salseos matutinos 13
Un piano en Valldemossa 19
Fina es una cotilla, pero se lo agradezco 23
La finca es mía 27
Lo peor de una abogada es que sea tu hermana 31
El cementerio de los malos recuerdos 37
La floristería es mía 41
Ni olvido ni perdón 45
Un tardeo para tomar decisiones 49
Hay torturas peores, pero esta me toca los bemoles 53
Encontré la octava maravilla 59
Mañana nos vemos en la notaría 65
Primera sorpresa del día 69
Mañana nos vemos en la notaría 73
La gran Heren-Putada 77
Acuerdos y desacuerdos 83
Una cena de locas 89

La semana más corta de mi vida 97
Una nueva idea 105
La tranquilidad se ha ido al garete 111
Más normas 117
Adaptándonos sin remedio 123
Tarde de chicas y cosas raras 129
Nuevas ideas que no terminan de encajarme 137
Empiezan las apuestas 143
Un sábado con mi prima 149
Limpieza por casa que nunca falle 153
Buscando el repertorio 157
Una avería por San Juan 159
Pensando demasiado alto 165
Una verbena asfixiante 171
El primer concierto después del desastre 175
Celebrando nuestro primer éxito 181
Las flores que nacen del caos 187
No hay nada como un buen chisme 189
Todo está roto 193
Noche de pánico 197
Un pasito entre nuestro muro 201
Una noche para la reflexión 205
Algo raro pasa 211
Esto es más grave de lo que creía 215
Más grave de lo que pensamos 221
5 días, unas ensaimadas 227
Parecemos un matrimonio en el súper 231
Noche de series y planificación 235
Un fin de semana solo 239

Día de relax y chicas 245
Una cita conmigo 249
Sábado de resaca y mal humor 255
Mañanas entre colegas 259
Llamadas del pasado en el presente 265
La eternidad del preso 271
Los papeles pueden herir más que la verdad 275
La noche más oscura 281
Pesadillas agotadoras 285
Abrir con mentiras nunca está bien 289
Ignorando a todo el mundo 295
El paso del paritorio 299
Encuentros no deseados 303
Melancolía 307
Manteniendo la cordura a veces 313
Diciembre y sus planes navideños 317
Mi hermana se presenta sin avisar 323
Cogiendo fuerzas para la realidad 329
Desayunos que hacen historia 333
Algo inesperado 341
Una despedida a la vieja usanza 349
Año nuevo, nuevos retos 353
Epílogo. Otra vez en el notario 357
Epílogo. El cementerio de los buenos recuerdos 363
Agradecimientos 367